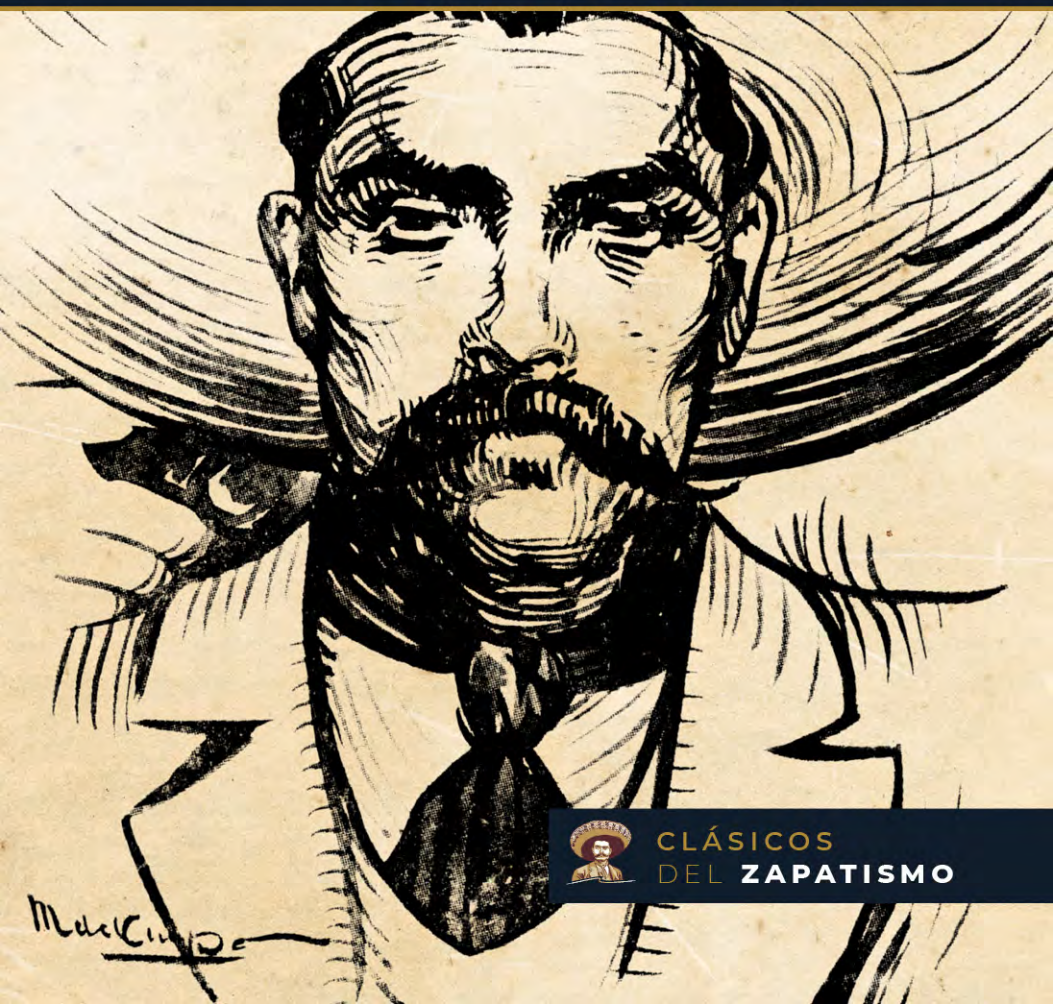


BALTASAR DROMUNDO

EMILIANO ZAPATA

BIOGRAFÍA



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

BALTASAR DROMUNDO

EMILIANO ZAPATA

BIOGRAFÍA



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Pedro Salmerón Sanginés

Director General

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General Adjunto de Investigación Histórica

Gabriela Alejandra Cantú Westendarp

Directora General Adjunta de Difusión de la Historia

BALTASAR DROMUNDO

EMILIANO ZAPATA

BIOGRAFÍA

MÉXICO 2019

Con el fin de mejorar la calidad de las fotos en la presente edición, las imágenes de baja resolución de la publicación original fueron sustituidas por otras del mismo tema y/o personajes. En los casos en que nos fue imposible reponer algún documento o foto decidimos su eliminación, agregando la nota correspondiente.

Fotografías contenidas en este volumen:

FONDO TINA MODOTTI.SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX; ARCHIVO FOTOTECA INEHRM; ARCHIVO GRÁFICO DE EL NACIONAL, INEHRM/SEGOB.

Portada: imagen tomada de la edición de 1934, dibujo hecho a tinta por el pintor revolucionario Ricardo Martín del Campo. Fotomecánico INEHRM.

Primera edición: promovida por el autor bajo los auspicios de Eduardo Vasconcelos, 1934.

Edición en formato electrónico:

Primera edición: INEHRM, 2019

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM)

Francisco I. Madero 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000, Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-079-3

HECHO EN MÉXICO.

Índice

PRÓLOGO	13
GENERALIDADES	19
CAPÍTULO I	
La niñez	29
CAPÍTULO II	
La violencia	37
CAPÍTULO III	
El Plan de San Luis Potosí.....	49
CAPÍTULO IV	
La revolución suriana 1910-1911.....	61
CAPÍTULO V	
El Plan de Ayala.....	89
CAPÍTULO VI	
El problema agrario.....	105
CAPÍTULO VII	
La revolución suriana 1911-1914.....	115
CAPÍTULO VIII	
La personalidad moral de Zapata.....	147

CAPÍTULO IX	
La revolución suriana 1915.....	159
CAPÍTULO X	
Las canciones revolucionarias.....	173
CAPÍTULO XI	
La revolución suriana 1916-1917.....	191
CAPÍTULO XII	
Las leyes agrarias y el zapatismo.....	207
CAPÍTULO XIII	
La revolución suriana 1917-1918.....	217
CAPÍTULO XIV	
La emboscada de San Juan Chinameca.....	241
CAPÍTULO XV	
El héroe.....	275
EPÍLOGO.....	287
APÉNDICE.....	295
El quinto aniversario (Discurso del general Plutarco Elías Calles, en Cuautla, 1924).....	297
La opinión de la Confederación Regional Obrera Mexicana en 1924.....	298
Ciento veinte mil pesos pagados a los zapatistas en 1930..	298
El undécimo aniversario.....	299
El monumento al general Zapata.....	299
El traslado de los restos.....	299
Las calles del general Emiliano Zapata.....	300
El nombre de Zapata en el Congreso federal.....	301



Una pensión para los hijos de Emiliano Zapata	301
Una pensión a las hermanas de Zapata	301
La educación en Morelos	302
Los ejidos definitivos en Morelos. Posesiones definitivas dadas en el estado de Morelos, con clasificación de tierras, desde el año de 1915 hasta diciembre de 1933	303
Opinión de Jesús Silva Herzog	317
Otra opinión autorizada sobre el general Zapata	317
Opinión de Frank Tannenbaum sobre el general Emiliano Zapata	317
Manifiesto de Madero, de marzo de 1911	319
Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Artículo 27	319
ALGUNOS CORRIDOS DE LA REVOLUCIÓN	327
<i>Corrido de la muerte de Emiliano Zapata</i>	331
<i>La rielera</i>	335
<i>Verdadera historia y completo corrido de la muerte de Emiliano Zapata</i>	337
<i>Nuevas mañanitas al estado de Morelos. Triste despedida de Emiliano Zapata</i>	346
<i>Mañanitas de Benjamín Argumedo</i>	351
<i>Corrido de la muerte trágica de don Emiliano Zapata acaecida en Chinameca el día 9 de abril de 1919</i>	355
<i>El fusilamiento en Monterrey del general Guajardo, el 18 de julio de 1920</i>	359



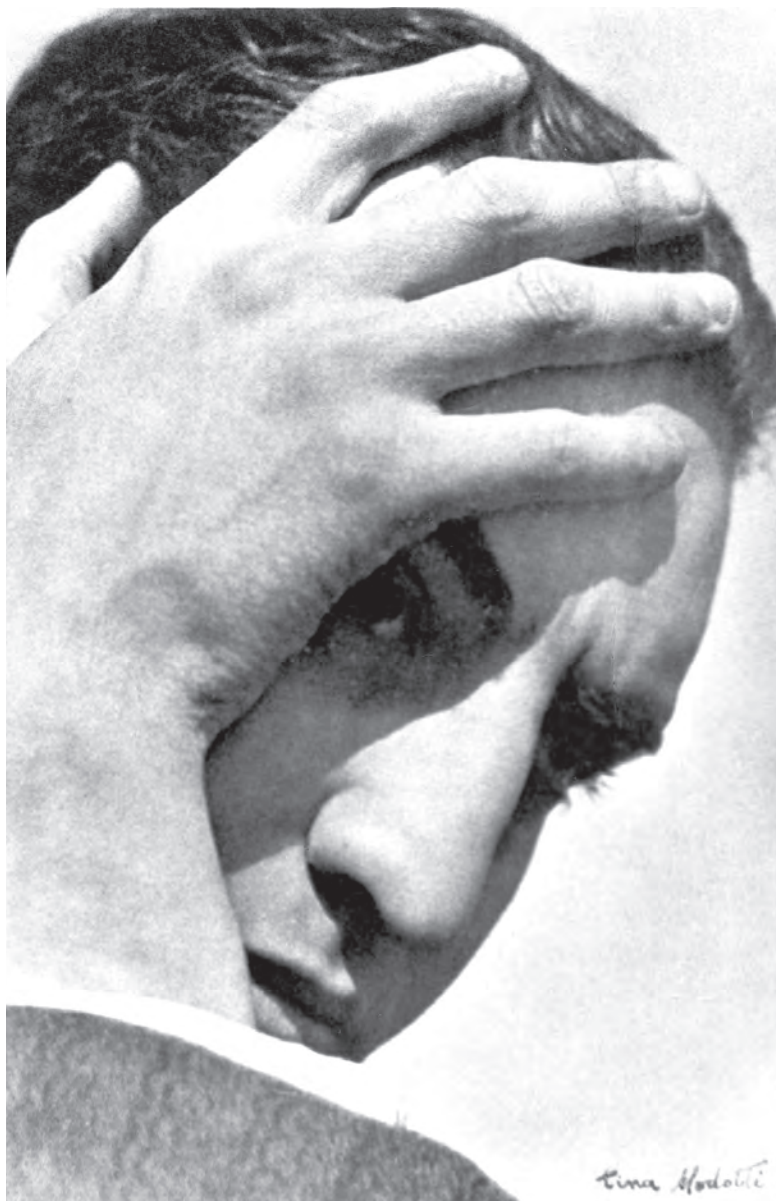
<i>Un recuerdo al general Zapata</i>	364
<i>El saqueo de pueblos por Guajardo</i>	367
<i>Valentina</i>	369
<i>Fusilamiento del general Felipe Ángeles</i>	370
<i>Muerte de Blanquet</i>	374
<i>Despedida a don Victoriano Huerta</i>	379
<i>Adelita</i>	383
<i>Zapata y los zapatistas</i>	386
<i>A la tumba de los héroes</i>	389
<i>Las ferias de Morelos</i>	392
<i>Corrido de la traición de Federico Morales</i>	395
BIBLIOGRAFÍA	399



*Mientras haya un solo campesino armado,
no toleraré que las haciendas continúen
con los terrenos del pueblo.*

EMILIANO ZAPATA

(Declaraciones hechas a los periódicos
en el mes de agosto de 1911)



Tina Modotti. *Baltasar Dromundo*, 1929.

Prólogo



Este libro es un viaje hacia Emiliano Zapata, hacia su tierra y los suyos. Como en todos los viajes, estuvimos expuestos al peligro de que la verdad fuese adversa a nuestro sueño; sin embargo, la realidad que encontramos —fresco aún el paso de esa vida impecable de anhelos— superó en mucho al ideal. Lo hizo limpio como una mujer a su recién nacido.

Al regresar —si es que hemos regresado de este viaje en que el recuerdo del héroe y el milagro de su tierra nos captaron el alma por entero— pudimos anotar con lealtad y conocimiento toda la mentira con que los traidores y los intelectuales de alquiler habían envuelto la figura del caudillo.

Llevábamos en el corazón al héroe de los indios que desde la niñez amamos con predilección muy honda; para el cual esta juventud nuestra, dislocada de urgencias y de apetitos, pero levantada en el horizonte de un México mejor, por venir, se había hecho una hornacina en que Emiliano, olvidado por la inconfesable ira de sus enemigos, tenía nuestro afecto de generación.

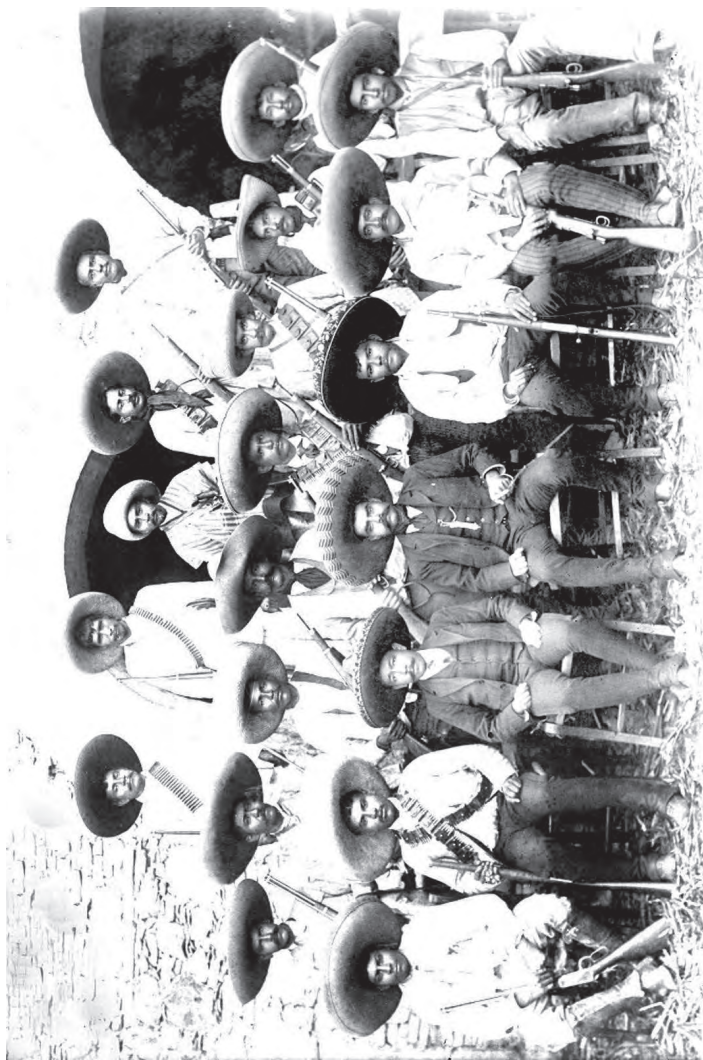
Hemos enriquecido, devotos y sencillos, ese afecto.

Hemos estado en su recuerdo cálido que alimentó nuestra esperanza de juventud.

El héroe estuvo entre nosotros.

Y aquí presentamos a nuestro Emiliano Zapata a la luz de todos los que lo amamos y al inútil rencor de quienes lo maldijeron por ser íntegro.

B. D.



El general Emiliano Zapata rodeado de su Estado Mayor, *ca.* 1912.

Generalidades



Por juzgar superficialmente, el extranjero cree que en México ha habido varias revoluciones. Inclusive se da el caso de que algunos historiadores diserten acerca de ese mismo tópico, aceptándolo como una realidad.

Ese juicio es ligero y equivocado en los historiadores no materialistas. Y es malévolos en quienes se documentaron en editoriales y en crónicas, más o menos rectificables, de los periódicos mexicanos; en testimonios apócrifos de turistas más o menos frívolos; o en el decir siempre rectificable de mexicanos o extranjeros que son enemigos de México.

La Revolución de México, históricamente considerada, se presenta como un único movimiento, prolongado en su madurez por diversas circunstancias económicas y políticas no siempre limpias, radicales ni generosas —intereses egoístas, asonadas, dictaduras militares, etcétera—, durante más de 13 años, al grado de que este desconcierto ha venido a crear poco menos que un estado de espíritu. Esto colocó al país en situación difícil, interior y exterior —económica y moral—, de la cual, por épocas, han intentado sacarla los hombres de la Revolución.

Y aquello colocó a la Revolución misma en el trance de limitarse y desvirtuarse en buen número de formas y modalidades de expresión.

Pero la raíz de todo eso estaba en la dirección que se dio al movimiento revolucionario. De una verdadera revolución, hecha y sostenida por las fuerzas vivas de trabajadores rurales y urbanos, se hizo un movimiento pequeño burgués

dirigido por semi-intelectuales, que daban apariencia revolucionaria al criterio obtuso de los caudillos reaccionarios. Los impreparados y los ineptos, cuando no los bribones, redujeron durante mucho tiempo a un segundo término a los revolucionarios auténticos, limitando su acción. Sin embargo de esto, la Revolución tuvo muchos aspectos afirmativos y constructivos en el orden obrero y en el orden agrario.

El movimiento social mexicano fue iniciado en 1910 por Francisco I. Madero, natural de Parras de la Fuente, Coahuila —30 de octubre de 1873—, quien murió asesinado en las afueras de la Penitenciaría de México, siendo presidente constitucional de la República, el 22 de febrero de 1913.

Madero fue un caudillo civil que resultó demasiado costoso a las clases trabajadoras, sobre las cuales recayó todo el peso de sus desaciertos políticos. Accidentalmente fue elevado a la categoría de líder, en fuerza de las circunstancias que le hicieron favor, dada la senectud del dictador Porfirio Díaz, quien no se decidió a combatirlo y, asimismo, gracias a la impreparación revolucionaria de las clases trabajadoras mexicanas.

Madero carecía de carácter y de programa avanzado. Lo primero se desprende de sus complacencias con los antiguos ricos latifundistas, cuyas haciendas respetó; se acepta también por sus devaneos con los políticos porfiristas, corrompidos y desprestigiados que admitió en su administración al hacerse cargo del gobierno; y, a mayor abundamiento, se demuestra en virtud de la falta de talento político que implicaba su absurdo afán de hacer respetar —en cierto modo, según veremos más tarde— la libertad de ideas, con lo que vino a favorecer a la contrarrevolución; es decir, esa fue una de las causas de su caída, hábilmente usufructuada por los periódicos de alquiler que controlaban el clero, el militarismo porfirista, el “cientificismo” latifundista y aquellos sectores de la opinión que, por diferentes razones, le eran adversos al nuevo gobierno.



Y lo segundo, o sea su falta de programa avanzado, se admitirá por la lectura de su difundido Plan de San Luis Potosí —contenido en este libro— que no daba resoluciones revolucionarias al multiplicado y viejísimo problema de las clases explotadas de México, problema que se pierde en las noches de la Colonia, en la fundación de la Nueva España.

La Revolución no fue de acento político, como ha tratado malévolamente de creerse y como intentó establecer la ingenuidad, no del todo pueblerina ni liberal, de Madero. La Revolución venía de las entrañas del pueblo, hambriento y cansado, contra un orden de cosas podrido, contra un régimen social-político que, desvencijado y prostituido, acusaba una de sus expresiones en el porfirismo, pero en el que lo más importante de considerar era la base, la plataforma económica en que se levantaba, sobre la aguda miseria de los trabajadores, el sistema de producción, de explotación y de trabajo de ese tiempo.

Se comprenderá que el señor Madero era un político insuficiente. Pensó y expuso que lo indispensable era un cambio político en función de la sustitución de un vicepresidente de la República; era partidario de la idea reformista de la democracia al uso, aspiraba a una pequeña y, por lo demás, inútil participación del “pueblo”, “efectiva”, en el Poder Ejecutivo.

Mas en 1911 apareció en la vorágine revolucionaria Emiliano Zapata, quien años antes ya había trabajado en favor de la insurrección y del reparto de las tierras. Con él adquiere la Revolución, que burocratizara Madero, su fundamento ideológico radical, su contenido de doctrina social.

La Revolución va a cargar su acento sobre el problema de la tierra, columna vertebral de ese recorrido histórico en atención a las condiciones semif feudales del sistema porfirista de trabajo-gobierno, así como por la absoluta ignorancia e indigencia del campesino explotado, que se reunió a la som-



bra de Emiliano Zapata en el estado de Morelos, frente a la tendencia maderista que en un principio los engañara.

La revolución agrarista que hizo en la intención y en la práctica el zapatismo morelense, tuvo un verdadero carácter popular, fue avanzada y radical en su primera etapa, si se toman en cuenta las condiciones del país en esa época y no obstante referirse al ejido, puesto que era él la única solución. Cuando los revolucionarios antirreeleccionistas llevados al poder discutían problemas gastados y cuestiones inútiles para el “mejoramiento social”, ya Zapata establecía que: “la tierra es de quien la trabaja”.

Zapata produce la impresión de un intuitivo, de un hombre impreparado, pero con diáfana visión del medio y de sus necesidades. Quizá sea su principal virtud y su único defecto a la vez ser demasiado localista, ser un revolucionario firmemente poseído de la tragedia y del drama que pesaba sobre el destino de los indios y sobre el destino de la tierra de México.

Es lógico entender que la impreparación cultural de Zapata, hombre rústico, no le permitió juzgar técnicamente el problema agrario; pero quién sabe hasta qué punto eso lo perjudicó o le permitió suplir un conocimiento frío con el uso de sus magníficas cualidades de visión.

La doctrina zapatista, como veremos posteriormente, sería aceptada en la esencia de la Ley Agraria de 1915 que dictó Venustiano Carranza en la época de triunfo aparente de la Revolución. Y todavía en la obra de los legisladores de 1917 —que discutieron largamente sobre cuestiones personales, pero que tuvieron el buen criterio de constituir comisiones técnicas que elaboraron el texto del articulado constitucional nuevo— nos encontramos con que los postulados revolucionarios del artículo 27 equivalen a demostrar que en el ánimo de Carranza —incapaz de generosidad— estaba todo intento de restar fuerzas y prestigio al zapatismo morelense, no obstante que, como ellos mismos se encarga-



ron de demostrar más tarde, el carrancismo fue la masa, la horda militar que mejor y más eficazmente se opuso a que se diera cumplimiento a esas propias disposiciones que habían llevado al cuerpo de la Ley Suprema para timar a la clase proletaria —pues éste pareció ser siempre el propósito del Primer Jefe— y conservar durante mayor tiempo el poder.

A la sombra de este poder se iban redondeando las fortunas y capitales de los falsos soldados de la Revolución que, como el caso de Pablo González, un general sin batallas, enriquecido y envilecido, pobre hechura de Carranza, servía para sostener en la impunidad y para amparar a la tenebrosa secta de bandoleros que fue la “banda del automóvil gris”, una especie de sociedad de forajidos quienes en su mayor parte eran también miembros del ejército y que, con la apariencia de tribunal del terror, uniformados, se dedicaban a estuprar y saquear en la capital de la República, a ciencia y paciencia del señor Venustiano Carranza.

Algunos de esos caudillos se constituirían en terratenientes de nueva factura, puesto que eso era resultado inevitable de la psicología caudillista y del tono individualista y personalista que con toda mala fe le fueron dando a la Revolución los interesados en vivir a sus expensas, usufructuando un ideal que nada les importaba realizar, ya que esa propia realización los perjudicaría en sus prebendas, gajes y negocios desde el poder.

El anhelo radical de la Revolución, anhelo de amanecer espléndido y magnífico, iría perdiendo su valor en fuerza de burocratizarse y en virtud de tender hacia la satisfacción de caudillos en uso del poder público, por encima del sentido colectivista que iba empujando a la opinión radical.

Veinte años de distancia iban a darnos a nosotros, los jóvenes que nacimos en la hora grave de México, una perspectiva limpia de literatura de alquiler, literatura oprobiosa y lacayesca que cotizó muy alto el sector entorchado, el sector



norteño de aquel río revuelto que no pudo ver venir don Francisco I. Madero.

Para eso se había derramado tanta sangre. Para eso se habían perdido tantas cosas en lo espiritual y en lo material. Para eso se había levantado en los hombros laxos y enflaquecidos de los campesinos del país todo el horror, toda la miseria, toda la angustia humana que llenó un horizonte de 23 años de lucha civil en la larga y dolorosa noche de un pueblo de explotados que trató, a tientas, de alcanzar su propio destino. Para eso se había llevado a la trinchera a los jóvenes campesinos, cuyo brumoso ideal quedó crucificado sobre la tierra árida de los desiertos del norte. Para eso se había arrancado a sus hogares a todos los agricultores y a todos los obreros de la industria en pequeño. Para eso, en fin, se había sacrificado lo que de tradicional y de honesto, lo que de incólume existía en el hogar humilde y honrado de la mujer indígena, de la india vencida por un crucifijo de piedra y un mito espléndido, pero en cuyo espíritu se alzaba la antigua y maravillosa alegría del tiempo viejo y los valores morales que se perdían en los orígenes de la leyenda y de la fábula.

Frente a todo eso, las nuevas generaciones campesinas y obreras que a medias obtuvieron justicia y que asistirían a una farsa permanente adornada con literatura seudorrevolucionaria de propaganda electoral; la juventud campesina y obrera de México cuyos padres fecundaron con la vida los surcos irregulares de la Revolución bajo los cielos huérfanos; los jóvenes que vieron lucir los sombreros de petate como tema decorativo en los banquetes bufos de los nuevos ricos; esa juventud en cuyos brazos está el destino niño de la reforma social mexicana, fincaría su esperanza más alta, su más claro y vigoroso ejemplo, en el propósito generoso, en el propósito matinal y adelantado del apóstol Emiliano Zapata, el atormentado padre de la revolución agraria, el enorme sacrificado de Chinameca, emblema de un México puro.





Tina Modotti, *Manos trabajadoras*, 1917.

CAPÍTULO I

La niñez



En la tierra disputada y conmovedora de México, hacia 1879, nació un hombre en San Miguel Anenecuilco, barrio de Villa Ayala, estado de Morelos. Era Emiliano Zapata, futura violencia de los tristes, ancho destino de la Revolución. Fue hijo de Gabriel Zapata y de Cristina Robles.¹

“Para que su niñez pueda crear más tarde las horas difíciles, ha de ser en sus primeros años niño humilde, fuerza silvestre de humanidad. Sin Signos”. Iba su niñez por la vida rumorosa y silenciosa del campo, y en el trabajo soleado de la tierra del sur.

Nuevo camino de hombre. No es lo mezquino en consorcio con lo desorbitado. Este hombre no formará eslabón en las generaciones de caudillos civiles o militares que pasaron por la tierra de América sin ver ya que eran los herederos del tiempo, hombres que cumplieron por mitad.

Éste es un hombre inédito en la fauna espiritual de mi pueblo. Es la acción generosa, será el desinterés, forma heroica de la existencia.

Viene a cambiar la suerte del indio, el perfil de la vida social.

Sencillo arbusto para que en él golpeen los siglos, las voces, los ecos y la ira de los siglos.

Desde la lejanía gris, lenta y polvosa de la Colonia, el indio de mi México ha venido esperando a este hombre, Me-sías sin Bautista, creador de la íntegra solicitud indígena y

¹ N. del E. llama la atención el nombre de Cristina Robles que el autor anota como el de la madre de Emiliano. En la actualidad todas las biografías establecen que la autora de sus días fue Cleofas Salazar.

en cuyo acento superior cobrará la lucha de clases su más acendrado sentido.

En la penumbra vaga de su estado, él parece saber que “en la cruz murió el hombre un día, pero hay que aprender a morir en la cruz todos los días”.

Sobre este camino, pensará que “toda palabra no nutrida en la meditación es brizna sonora para el viento”. El niño, de engrandecidos ojos oscuros, pasó su edad primera en vastos silencios precursores de aquel mutismo austero que más tarde sería una de las características del héroe.

Crecerá en el silencio, ambiente de forja de la palabra; en la angustia, desamparo, injusticia, tortura que sufrieron los suyos. Crecerá en la desesperanza de los indios.

El cronista sólo nos conserva de su niñez un grito, un grito escuchado por Santiago Campos y Eduardo A. Marín,² ordeñadores al servicio del padre de Zapata. Un grito que, ante la resignación de su padre cuando le quitaba el hacendado las tierras que les pertenecían, puebla toda la infancia de Emiliano: “¡Padre, cuando yo sea hombre, haré que nos devuelvan las tierras!”.

El niño, con natural lentitud, fue haciéndose un buen jinete. La índole de su vida lo puso en condiciones favorables para llegar a ser, en el decurso de sus 20 años, uno de los charros más atildados y conocedores de su pueblo. Viajero en las cañadas rumorosas, viajero en los cerros y montes del sur que hacía infinitos la pesadez solar o que llenaba de una sensual dejadez el tono plenilunar de la noche romántica, noche ligeramente quebrada por una canción que se alargaba en la distancia.

Quizá muchas veces, desde el fondo de su gran silencio, el niño Emiliano intuyó los días luminosos y atorbellinados

² Ambos viven. [Las notas a pie de página son del autor, a menos que se indique otra cosa, como en la nota anterior.- N. del E.]



en que la Ciudad de México, vestida de zozobra, asomaría a los balcones de las calles de la Profesa a sus más bellas mujeres aristócratas, que morbosamente admirarían el paso de un jinete impecable, llegado en caballo prieto, lucero y cuatroalbo de primera línea, con traje oscuro y botonadura de plata, ciñendo una pistola izquierda niquelada, de cachas negras, y rodeado de un Estado Mayor en que los generales vestían sobrios adornos de charros, al frente del Ejército Libertador del Sur, varios miles de indios que iluminaban con sus sombreros blancos de palma y de petate, con sus albos calzones y con sus 30-30 las calles asombradas de la ciudad vieja, de la ciudad santa y maldita que ellos habrían sostenido con el esfuerzo de su producción desde las lejanas villas y rancherías en que los señores de horca y cuchillo iban ahogando en oro sus arcas particulares, al amparo del mal gobierno.

Lo cierto es que el paisaje moreno y personal de su provincia se había dormido un poco en los ojos del niño, tornándolo reconcentrado y sobrio; apretados los ojos del crepúsculo siempre igual y siempre diverso de aquellas regiones, por modo que Emiliano tenía las características rústicas: un poco de desconfianza, un poco de temor frente a las cosas extrañas a sus gentes, toda la psicología que da el dolor, que proporciona la miseria y que causa la ira de varios cientos de años de explotación y de hambre. ¿Era la voz de los indios, que se levantaba? Sí; pero significada en una clase explotada, contra el sector burgués, privilegiado, que encarnaban los criollos y los blancos.

En el cruce del tiempo se iba haciendo un hombre. El niño sencillo y de apariencia grosera que transitaba por las calles de Villa Ayala, era insignificante. Sólo en sus ojos, en el fuego interior de sus ojos que se dejaban llenar del horizonte, podría ver el que fuese más allá de lo que todos miran en la tierra, que el niño Emiliano iba creciendo hacia dentro, en



lo espiritual, y que, como en el romance, “un hombre nuevo se hacía para la revolución”.

Del campo, disperso, venía el viento fuerte.

Iba adelantándose la hora embarazada que daría a luz a la Revolución. La hora que fecundó el campesinado de México en 30 años de yugo, 30 años de recibir mendrugos por entre las rejas italianas de los palacios de mal gusto de una aristocracia inmoral, una aristocracia constituida por las niñas de lánguidas ojeras y de sombreros emplumados, que mezclaron a su “fe” religiosa una acentuada histeria; aristocracia cuyos hombres elevó al poder el prestigio liberal del caudillo de Tuxtepec y “cuyos privilegios —según Bulnes— constituían una religión ferviente en el alma de todos los gobiernos”.

El respeto a la propiedad individual —decía Bulnes— era el dogma sin ateos, cuajado en siglos de Derecho Romano, de creencias católicas, de costumbres de fierro, de sentimientos de humildad en la masa analfabeta. Exaltadas e intransigentes en materia de proteccionismo, todas las clases sociales se enternecían defendiendo tarifas aduanales prohibitivas para hacer la vida posible a la agricultura y a la industria nacionales; lo que daba seguridad a los hacendados e industriales de jamás sufrir en sus intereses, aun cuando condujeran al pueblo al hambre y a la desnudez, por explotar las tierras a lo vampiro y sujetar el vientre de las poblaciones al capricho de las nubes. Los gobiernos tenían miedo de que, si disgustaban a los hacendados, éstos compraran barato a uno o varios generales para que sonara el cuartelazo regenerador o libertador y, para no dar a los terratenientes motivo de queja, les imponían moderadas contribuciones. Desde 1821 hasta 1911, gobernaron a México las ideas de los blancos aceptadas por los mestizos, que colocaban al indio en la categoría de un animal



dulce, explotable y acreedor a buen trato siempre que no se opusiera a la voluntad de sus amos.³

Como se ve, Bulnes no lo hacía mal cuando, contra su voluntad y muy a su pesar —aunque dolosamente por lo que hace a la supuesta guerra de castas que veía como motivo único de la Revolución— tenía que decir un poco de la verdad social. Empero, se olvidaba de añadir que esos mismos gobiernos —a los que él servía— habían vivido y subsistido gracias a usufructuar tal situación de oprobiosa desigualdad, ya que los principales arbitrios económicos del Estado procedían de gravar desconsideradamente a los pueblos sobre la producción, sobre el comercio, el trabajo y la industria.

Se comprenderá que, en tales condiciones, el gobierno no era más que el administrador de los intereses de la clase burguesa, siendo, por lo tanto, una expresión de vida de ella misma.

Frente a este panorama se levantaría Emiliano Zapata con una chusma de peones desheredados, sin derechos en realidad a cosa alguna, que hicieron del máuser su último grito contra las fuerzas del pasado, latentes e inmisericordes en tal sociedad prostituida, y contra aquel presente social-político.



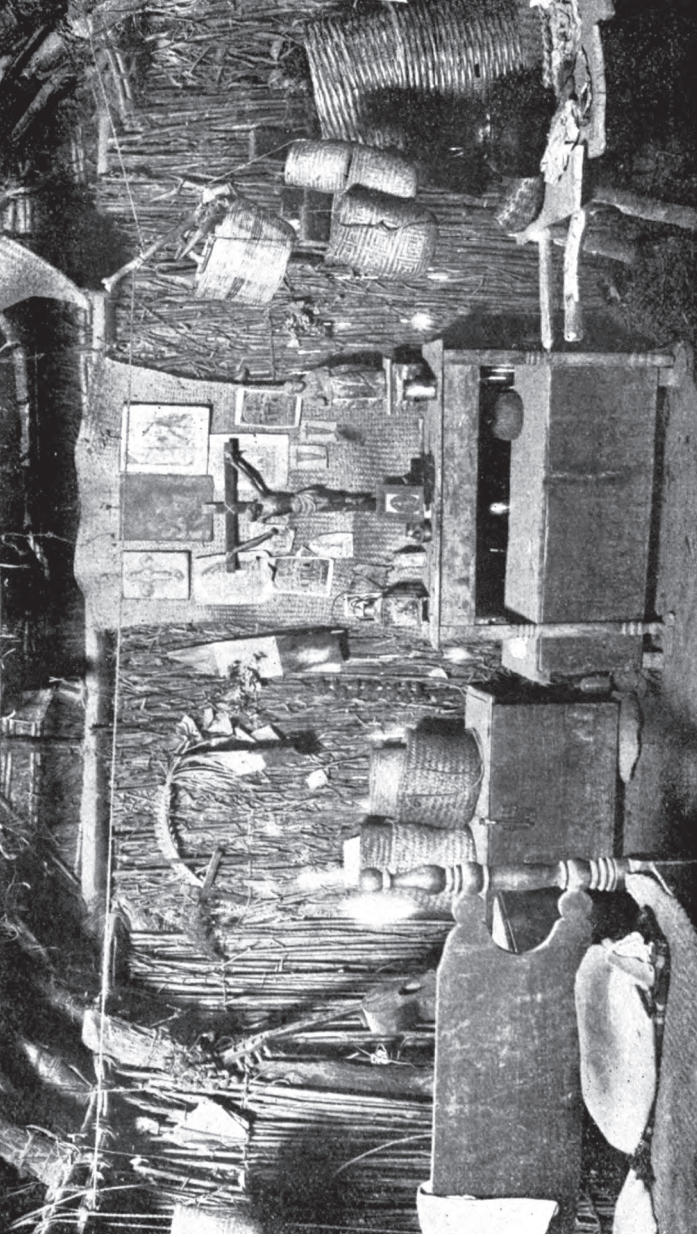
³ Francisco Bulnes, *Los grandes problemas de México*.



CAPÍTULO II

La violencia





Choza del estado de Morelos.

El niño se había hecho hombre desde 1900.

Dos años antes del movimiento maderista Emiliano era ya un hombre alto, delgado, de complexión robusta, de color moreno, tostado y quemado por el sol de la Tierra Caliente. Usaba grandes bigotes y tenía un lunar en la parte superior del bigote derecho.

Sus ojos oscuros conservaban esa recóndita dulzura y ese sentido penetrante que venía desde la infancia. Podía decirse que en sus ojos, como en los del personaje de Andreiev, había algo de conciliador, como una antigua amistad de siempre; su mirada era franca entre los suyos y parecía referir toda la vida de aquel hombre ofreciendo un cariño sólido y constante.

Hacia esa época, año de 1908, los hacendados del estado de Morelos intentaron un nuevo atentado contra la propiedad vecinal, apoyándose, según la ya vieja costumbre, en las venales autoridades de la localidad, con cuya fuerza habían venido despojando de sus tierras a los pueblos muchos años antes de la Revolución.

Ese atentado pretendió cometerse contra Villa Ayala y Anenecuilco, lo que decidió a Emiliano a encabezar a los directamente perjudicados, dirigiéndose a varios abogados de la Ciudad de México para que defendiesen sus derechos.

Entonces pudo enterarse de que la parte contraria estaba patrocinada por uno de los “licenciados” más influyentes del llamado “grupo científico”, que era la camarilla del anciano dictador oaxaqueño.

En consecuencia, nada podría hacerse. El pueblo, lleno de cólera, tuvo que resignarse.

Pero Emiliano, al tener conocimiento del fracaso de la comisión enviada a México, se indignó justamente y, arrojando los naturales peligros de su determinación, ayudado por su hermano Eufemio y tres o cuatro vecinos decididos, convocó al pueblo un día domingo.

Poblóse de sombreros claros, de cabezas lacias sin peinar, de pies descalzos, la plaza principal a su llamado. Los vecinos, mudos, interrogábanse con la mirada acerca de lo que iba a pasar. Entonces el nuevo líder arengó al pueblo en el lenguaje sencillo y rudo que el indio entiende, con palabras tan claras como decir “la tierra”, decir “lo tuyo”, decir “nuestro pan” o “nuestros hijos”.

Su voz, insistente, iba penetrando al corazón campesino de esas gentes. Las instó a que, por medio de la fuerza, tomaran posesión de las tierras. Y él, personalmente, acompañado de algunos hombres, empezó a repartir pequeños lotes de tierra a cada uno y los invitó a que los defendieran con las armas. El pueblo las aceptó y se dispuso a luchar por la tierra contra la burguesía y la fuerza militar.

Al tenerse conocimiento de esos hechos en la hacienda, los terratenientes solicitaron la “ayuda” del gobierno, y fueron enviados a Cuautla numerosos contingentes militares, los que en breve quedaron en posesión del terreno, teniendo que remontarse Zapata a la sierra del estado, seguido de los más comprometidos.

Este fue el primer intento por la liberación prerrevolucionaria de la tierra. La situación quedaba aparentemente dominada por el gobierno, pero el espíritu de la Revolución cundía entre la gente sojuzgada.

Iba creciendo, en el anhelo popular, una figura de líder y de caudillo, que encarnaba Emiliano Zapata.



Poco tiempo después de esa primera rebelión, Zapata regresó a Villa Ayala. La Revolución estaba en el ambiente; veredas de sangre, atajos de masacres, hacían fácil su camino. Había un horizonte político macizo de presagios.

Una vez que Emiliano se instaló nuevamente en su hogar, y a pesar del ofrecimiento que le habían hecho las autoridades de no molestarlo, fue aprehendido por orden del jefe político, ese tipo que era una especie de “apoderado jurídico” de los ricos de los pueblos antes de la lucha armada de 1910.

El hombre comienza a sufrir persecución por la justicia, va a probar los vinagres de la “leva” entre la soldadesca anónima que simulaba, muy a su pesar, la “paz orgánica” del México de entonces.

Transcurrida una breve prisión, Zapata fue consignado al servicio de las armas. El jefe político Muñoz de Cote y su secretario, Carmen García, de Cuautla, que posteriormente sería fusilado, pusieron gran empeño en esta consignación.¹

Así se robusteció y recrudeció en él la convicción de la necesidad revolucionaria para aniquilar a toda una sociedad podrida. Así fue como pudo darse cuenta de los atropellos que se ejercían sobre las víctimas de la “leva” que iban a los cuarteles por la enemistad de los caciques y la avaricia de los hacendados; que eran arrancados a sus hogares dejando en la orfandad a sus gentes, para ir a servir los caprichos de una oficialidad espuria.

Permaneció algún tiempo en el ejército, poco más de seis meses, y fue ascendido por sus méritos a sargento.

Estuvo de servicio en el cuartel del 9o. Regimiento de Caballería, que comandaba el coronel Fernando Remes y que “guarnecía” la plaza de Cuernavaca.

¹ Parece ser que Muñoz de Cote y Carmen García estaban comprados por los latifundistas de Morelos.



Su talento natural y sus modestos ahorros personales, poco más de 3000 pesos, así como la ayuda constante que encontró en don Ignacio de la Torre y Mier, le dieron oportunidad a Emiliano de abandonar el servicio de las armas, que le disgustaba.²

En espera de madurar un plan de trabajos políticos, pensó regresar a Villa Ayala y dedicarse a las tareas del campo, pero cuando hizo esto fue obstruido por el gobierno y tuvo que irse a Chietla, estado de Puebla, a prestar sus servicios como arrendador con un español de apellido Martínez. Allí permaneció hasta el año 1909, casi olvidado, en el trabajo monótono y desapercibido, entregado otra vez a sus meditaciones y a sus silencios.

En el año citado, las elecciones para gobernador del estado de Morelos lo atrajeron de nuevo a su tierra natal.

Era el candidato de imposición el teniente coronel Pablo Escandón, rico hacendado “morelense”, elemento incondicional de la dictadura. Por otra parte, el candidato popular era el ingeniero Patricio Leyva, natural del estado, hijo del general Patricio Leyva, a quien se debió en 1869 que el tercer distrito militar de México fuese elevado a la categoría política de estado de Morelos.

Emiliano se afilió al leyvismo. Puso todo su empeño y su gran capacidad de acción al servicio de la organización del nuevo partido.

Colaboró con supremo esfuerzo en la tarea de agitación popular, que era tanto más difícil cuanto animalizado por la violencia se encontraba el indio; y utilizó para aquel fin sus numerosas amistades, las simpatías con que contaba y el ferviente deseo de justicia que tenía el campesinado.

² En varias ocasiones demostró don Ignacio de la Torre y Mier una gran amistad hacia Emiliano.



Así se hizo la campaña, sorteando peligros, amenazas, constantes abusos de la fuerza militar.

Al tiempo de la elección el pueblo fue burlado por los porfiristas. Había resultado “electo” para gobernador el señor Escandón, bajo cuyo imperio continuó el régimen caciquista [sic] en todas sus manifestaciones. Los jefes políticos, los comandantes rurales, la policía y todo otro orden de autoridades no uniformadas, venales empero, prosiguieron en su obra atentatoria contra el indio.

Quien observase de cerca la vida del indio en Morelos, podría darse cuenta de la gravedad de los acontecimientos. Era ese un estado de tierra fértil, pródiga, con ricas haciendas, con fuertes industrias madereras, de una vegetación exuberante, tropical. Los productos naturales constituían la riqueza principal de esa zona, aun cuando en menor escala se contaba la industria de la palma, de la fibra y de tejidos en general —sarapes, rebozos, etcétera—, así como de cerámica, en que el indio hace verdadera y delicada elegancia.

El indio era, pues, el factor determinante en la “mano de obra”, en el trabajo del arado “de sol a sol” y en la tarea de recolectar, de cortar y de limpiar los frutos que pertenecían “legalmente” a los terratenientes. Cuando no era así, se ocupaba todo el día en tejer los sarapes y en pintar previamente y asolear la lana tramada de que estaban hechos; por esos sarapes cobraba una auténtica miseria. Asimismo ocupaba sus días en inclinarse sobre el barro fresco, que hacía girar con los pies sobre un torno primitivo, hasta que salía, pura y grácil, la línea esbelta del jarrón o del ánfora. Ésta era una de las ocupaciones del indígena en Morelos.

La entidad se encontraba dividida, maravillosa como es, en extensísimos latifundios que había otorgado o sancionado el tirano oaxaqueño, ya que no siempre podían saber sus “legítimos” propietarios los antecedentes de la primera do-



tación o el origen de esas tierras, cuya posesión se perdía en los desmanes de 1580...

En esas tierras, cuyos límites se perdían y confundían con el horizonte de las montañas, el campesino dejaba su juventud, contraía sus deudas por el sistema de listas de raya y de tiendas de raya³ y sus hijos nacían en calidad de esclavos, de hecho, del hacendado, del “amo” o del “patrón”. Más aún: nacían como una especie de fiadores mancomunados *ad perpetuam* de las “deudas” que a sus padres habían obligado a contraer. ¡No cambió mucho la situación del indio en la Nueva España respecto de la que guardaba Morelos en el siglo XX!

Sin escuelas de utilidad social efectiva, sin diversiones, sin ropa decente, sin patrimonio alguno, visto como una cosa despreciable e inferior, así vivía el campesino, entregado casi siempre a sus supersticiones, lleno de mitos y de fantasmas en el oscuro mundo de su conciencia, expuesto siempre a la maldad y a la bribonada de la gente con cultura, producto flamante de civilización y de rapiña. Víctima del amo y del gobierno —casi lo mismo—, del prestamista y del rentista; víctima del tendero, del soldado rural del destacamento y hasta del gendarme infeliz. Víctima del maestro de escuela que, cuando educaba a los hijos del indio, los tenía a su servicio como mozos, los dedicaba al aseo del local, los hacía desempeñar toda clase de trabajos, sin concederles un pupitre en el salón de clase. Víctima, en fin, del sacerdote, es-

³ Al indio se le pagaba antes de la Revolución por medio de listas. Esta paga se hacía en la tienda de la hacienda, propiedad del mismo hacendado. La raya se descontaba por medio de hábiles subterfugios y trampas, de modo que el indio percibía una miseria, descontado el valor de frazadas, mantas, artículos de primera necesidad y alcohol, que tenía que comprar por fuerza en esa misma tienda, donde al momento de la raya le descontaban su raquíico salario de hambre, si no es que resultaba deudor, sin recibir un solo centavo por su trabajo.



pecie de parásito moralista que era una verdadera porquería humana, pues en tanto que el maestro de la escuela del pueblo desarrollaba una labor mezquina tendiente a desorientar y a esclavizar “culturalmente” al indio, el sacerdote lo engañaba también, gracias a su ignorancia, con una religión para vencidos en que él mismo no creía y con la cual colaboraba en los fines odiosos del hacendado, ya que acostumbraba al indio a ser “un animal dócil” que veía en otro mundo la verdadera felicidad, sin conceder importancia al “alimento” del cuerpo ni a las injusticias sociales, de las que solapadamente daba un concepto de “penitencia” el cura del lugar.

Se dedicaba ese mismo cura libidinoso y cobarde, hipócrita y corrompido, a celebrar las misas y otros actos en los oratorios particulares de los ricos del estado de Morelos, en los cuales era atendido “a cuerpo de rey”, y sancionaba con su presencia y con los actos religiosos de “desagravio” cuanto desmán llevaba a cabo esa gente. Éste era el ignominioso contubernio en que vivían el clero y la burguesía con la burocracia escolar. Y unido a esta situación, por propia conveniencia, el gobierno simulaba oficialmente la fiel observancia de las Leyes de Reforma sobre cultos, pero en las casas “grandes” y “chicas”⁴ de los gobernadores, diputados y jefes políticos, era el “cura” uno de los invitados imprescindibles y se le consideraba como de gran influencia.

En esas condiciones de sublevante injusticia vivían el indio y el mestizo, coaccionados moralmente desde el siglo XVI, sin esperanza de cambio, educados en esa resignación moral, religiosa y política, por todos esos bribones de sotana o de uniforme, que se “distrían” a veces con las indias

⁴ Llamábase en México, por entonces, “casas grandes” a las que pertenecían al verdadero hogar de esos señores, en tanto que eran llamadas “casas chicas” las que tenían al mismo tiempo con sus amantes.



bonitas de los pueblos, que más tarde aparecían muertas en los cuarteles.

Y de todo ese engranaje de farsa y de crímenes, de toda esa violencia que por los más variados caminos se ejercía sobre el indio, éste no tenía conciencia clara en cuanto a combatirla. ¡Buenos habían sido los resultados pedagógico-religiosos de cuatro siglos de mentira social!

Zapata, gran intuitivo, se daba cuenta cabal de estas cosas y, después de la imposición de Escandón, sabía que la Revolución estaba próxima. Nada podría detenerla.



CAPÍTULO III

El Plan de San Luis Potosí



Zapata ya no creía en el sufragio —por ese tiempo— y seguramente lo consideraba como el traje de colores de la democracia, nulo e ineficaz como medio de aliviar la situación de los trabajadores indígenas. El campo nos da una visión particular de todas las cosas que, vistas desde la ciudad, nos parecen de otro modo; el campo produce una visión simplista, pero precisa y clara, de lo que en los grandes centros de población es material fácil de malabarismo político y de juegos conceptualistas. Más aún: Zapata, tipo de rancharo ciento por ciento, sabía que los problemas sociales deberían ser tratados de manera distinta a como hasta la fecha se había hecho.

Tuvo la firme idea de que, para hacer respetar el voto, era indispensable apoyarse en la fuerza armada del pueblo. Éste era el camino.

Así se hizo el gran apóstol del ejido y de la voluntad armada del campesino que ha llegado hasta nosotros, envuelto en la tradición oral de una leyenda que, ya estéticamente considerada, es magnífica.

Es cierto que no fue Emiliano el primer defensor de la pequeña propiedad campesina. Ya los constituyentes Francisco Zarco, Ignacio Ramírez (El Nigromante), José María Mata, Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto y algunos más con que culminó brillantemente la generación laica del 57, habían defendido esa bandera.

Pero Zapata entra en la historia con paso seguro, por haber tenido el doble valor de luchar fuera de los cenáculos y contra

el gobierno, sin seguridad alguna otorgada por el fuero político, sin conocimiento teórico o doctrinario acerca de lo que en él era sólo una enorme aspiración de justicia social: el ideal de las tierras.

Dentro de esa situación caciquista pequeño-burguesa, que sacrificaba los intereses y la libertad de los jornaleros, pronto encontró desarrollo el movimiento rebelde que en toda la República venía preparando el señor Francisco I. Madero.

Después de la conferencia Díaz-Creelman, en que el dictador decía que ya el pueblo estaba capacitado para ejercer sus derechos cívicos. Después de la publicación del libro de Madero *La sucesión presidencial*, que fue un libro hecho sin talento y sin espíritu revolucionario, pero que significaba cierta rebeldía como estado de ánimo popular. Después de las giras de Madero por todo el país para agitar a las masas, se promulgó el Plan de San Luis Potosí, cuyo texto era el siguiente:

1o.—Se declaran nulas las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República, Magistrados a la Suprema Corte de Justicia de la Nación y diputados y senadores, celebradas en junio y julio del corriente año.

2o.—Se desconoce al actual Gobierno del general Díaz, así como a todas las autoridades cuyo poder debe dimanar del voto popular, porque además de no haber sido electas por el pueblo, han perdido los pocos títulos que podían tener de legalidad, cometiendo y apoyando con los elementos que el pueblo puso a su disposición para la defensa de sus intereses, el fraude electoral más escandaloso que registra la historia de México.

3o.—Para evitar hasta donde sea posible los trastornos inherentes a todo movimiento revolucionario, se declaran vigentes, a reserva de reformar oportunamente por los medios constitucionales, aquellas que requieren reformas, todas las leyes promulgadas por la actual administración y sus regla-



mentos respectivos, a excepción de aquellas que manifiestamente se hallen en pugna con los principios proclamados en este Plan. Igualmente se exceptúan las leyes, fallos de tribunales y decretos que hayan sancionado las cuentas y manejos de fondos de todos los funcionarios de la administración porfirista en todos los ramos; pues tan pronto como la Revolución triunfe, se iniciará la formación de comisiones de investigación para dictaminar acerca de las responsabilidades en que hayan podido incurrir los funcionarios de la Federación, de los Estados y de los Municipios.

En todo caso serán respetados los compromisos contraídos por la administración porfirista con gobiernos y corporaciones extranjeras antes del 20 del corriente.

Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdos de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República, siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario; se declaran sujetos a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral o a sus herederos que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona, antes de la promulgación de este Plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo.

4o.—Además de la Constitución y leyes vigentes, se declara ley suprema de la República el principio de NO REELECCIÓN del Presidente y Vicepresidente de la República, gobernadores de los Estados y presidentes municipales, mientras se hagan las reformas constitucionales respectivas.



5o.—Asumo el carácter de Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos, con las facultades necesarias para hacer la guerra al Gobierno usurpador del general Díaz.

Tan pronto como la capital de la República y más de la mitad de los Estados de la Federación, estén en poder de las fuerzas del pueblo, el Presidente Provisional convocará a elecciones generales extraordinarias para un mes después y entregará el poder al Presidente que resulte electo, tan pronto como sea conocido el resultado de la elección.

6o.—El Presidente Provisional, antes de entregar el poder, dará cuenta al Congreso de la Unión del uso que haya hecho de las facultades que le confiere el presente Plan.

7o.—El día 20 del mes de noviembre, de las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan. (Los pueblos que estén retirados de las vías de comunicación lo harán desde la víspera.)

8o.—Cuando las autoridades presenten resistencia armada, se les obligará por la fuerza de las armas a respetar la voluntad popular; pero en este caso las leyes de la guerra serán rigurosamente observadas; llamándose especialmente la atención sobre las prohibiciones relativas a no usar balas expansivas ni fusilar a los prisioneros.

También se llama la atención respecto al deber de todo mexicano de respetar a los extranjeros en sus personas e intereses.

9o.—Las autoridades que opongan resistencia a la realización de este Plan, serán reducidas a prisión, para que se les juzgue por los tribunales de la República, cuando la Revolución haya terminado. Tan pronto como cada ciudad o pueblo recobre su libertad, se le reconocerá como autoridad legítima provisional, al principal jefe de las armas, con facultad para delegar sus funciones en algún otro ciudadano caracterizado,



quien será confirmado en su cargo o removido por el gobernador provisional.

Una de las primeras medidas del Gobierno Provisional será poner en libertad a los reos políticos.

10o.—El nombramiento de gobernador provisional de cada Estado que haya sido ocupado por las fuerzas de la Revolución, será hecho por el Presidente Provisional. Este gobernador tendrá la estricta obligación de convocar a elecciones para gobernador constitucional del Estado tan pronto como sea posible, a juicio del Presidente Provisional. Se exceptúan de esta regla los Estados que, de dos años a esta parte, han sostenido campañas democráticas para cambiar de Gobierno, pues en éstos se considerará como gobernador provisional al que fue candidato del pueblo, siempre que se adhiera activamente a este Plan.

En caso de que el Presidente Provisional no haya hecho el nombramiento de gobernador, que este nombramiento no haya llegado a su destino o bien que el agraciado no aceptare por cualquier circunstancia, entonces el gobernador será designado por votación entre todos los jefes de las armas que operen en el territorio del Estado respectivo, a reserva de que su nombramiento sea ratificado por el Presidente Provisional tan pronto como sea posible.

11o.—Las nuevas autoridades dispondrán de todos los fondos que se encuentren en las oficinas públicas, para los gastos de guerra, llevando las cuentas con toda escrupulosidad. En caso de que estos fondos no sean suficientes para los gastos de la guerra, contratarán empréstitos, ya sean voluntarios o forzosos. Estos últimos, sólo con instituciones y ciudadanos nacionales. De estos empréstitos se llevará también cuenta escrupulosa y se otorgarán recibos en debida forma a los interesados, a fin de que al triunfar la revolución se restituya lo prestado.

TRANSITORIO: A.—Los jefes de fuerzas voluntarias tomarán el grado que corresponda al número de fuerzas de



su mando. En caso de operar fuerzas militares y voluntarias unidas, tendrá el mando de ellas el jefe de mayor graduación; pero en caso de que ambos jefes tengan el mismo grado, el mando será para el jefe militar.

Los jefes civiles disfrutará de dicho grado mientras dure la guerra, y una vez terminada, esos nombramientos, a solicitud de los interesados, se revisarán en la Secretaría de Guerra, que los ratificará o rechazará, según sus méritos.

B.—Todos los jefes, tanto civiles como militares, harán guardar a las tropas la más estricta disciplina; pues ellos serán responsables ante el Gobierno Provisional de los desmanes que cometan las fuerzas a su mando, salvo que justifiquen no haberles sido posible contener a sus soldados y haber impuesto a los culpables el castigo merecido.

Las penas más severas serán aplicadas a los soldados que saqueen alguna población o que maten a prisioneros indefensos.

C.—Si las fuerzas y autoridades que sostienen al general Díaz fusilan a los prisioneros de guerra, no por eso y como represalia se hará lo mismo con aquellos que caigan en poder nuestro; pero en cambio serán fusilados dentro de las veinticuatro horas y después de un juicio sumario, las autoridades civiles o militares al servicio del general Díaz que una vez estallada la Revolución hayan ordenado, dispuesto en cualquier forma, transmitiendo la orden o fusilado a alguno de nuestros soldados.

De esta pena no se eximirán ni los más altos funcionarios; la única exención será el general Díaz y sus ministros, a quienes en caso de ordenar dichos fusilamientos o permitirlos, se les aplicará la misma pena, pero después de haberlos juzgado por los tribunales de la República cuando haya terminado la Revolución.

En caso de que el General Díaz disponga que sean respetadas las leyes de la guerra y que se trate con humanidad a los prisioneros que caigan en sus manos, tendrá la vida salva,



pero de todos modos deberá responder ante los tribunales de cómo ha cumplido con la ley.

D.—Como es requisito indispensable en las leyes de la guerra que las tropas beligerantes lleven algún uniforme o distintivo y como será difícil uniformar a las numerosas fuerzas del pueblo que van a tomar parte en la contienda, se adoptará como distintivo de todas las fuerzas libertadoras, ya sean voluntarias o militares, un listón tricolor en el tocado o en el brazo.

CONCIUDADANOS: Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al Gobierno del general Díaz, no es solamente por el atentado que cometió durante las últimas elecciones, sino para salvar a la Patria del porvenir sombrío que la espera continuando bajo su dictadura y bajo del Gobierno de la nefanda oligarquía científica, que sin escrúpulo y a gran prisa está absorbiendo y dilapidando los recursos nacionales, y si permitimos que continúe en el poder, en un plazo muy breve habrán completado su obra: habrán llevado al pueblo a la ignominia y lo habrán envilecido; le habrán chupado todas sus riquezas y dejándolo en la más absoluta miseria: habrán causado la bancarrota de nuestras finanzas y la derrota de nuestra Patria, que débil, empobrecida y maniatada, se encontraría inerte para defender sus fronteras, su honor y sus instituciones.

Por lo que a mí respecta, tengo la conciencia tranquila y nadie podrá acusarme de promover la Revolución con miras personales, pues está en la conciencia nacional que hice todo lo posible para llegar a un arreglo pacífico y estuve dispuesto hasta a renunciar mi candidatura siempre que el general Díaz hubiese permitido a la nación designar aunque fuese al Vicepresidente de la República; pero dominado por incomprensible orgullo y por inaudita soberbia, desoyó la voz de la Patria y prefirió precipitarla en una Revolución antes que ceder un ápice, antes de devolver al pueblo un átomo de sus derechos, antes de cumplir aunque fuese en las postrimerías de su vida, parte de las promesas que hizo en La Noria y Tuxtepec.



Él mismo justificó la presente Revolución cuando dijo: “Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será la última Revolución”.

Si en el ánimo del general Díaz hubiesen pesado más los intereses de la Patria que los sórdidos intereses de él y de sus consejeros, hubiera evitado esta Revolución haciendo algunas concesiones al pueblo; pero ya que no lo hizo... ¡Tanto mejor! El cambio será más rápido y más radical, pues el pueblo mexicano, en vez de lamentarse como un cobarde, aceptará como un valiente el reto y ya que el general Díaz pretende apoyarse en la fuerza bruta para imponerle un yugo ignominioso, el pueblo recurrirá a esa fuerza para sacudir ese yugo, para arrojar a ese hombre funesto del poder y para reconquistar su libertad.

CONCIUDADANOS: No vaciléis, pues, un momento: tomad las armas, arrojad del poder a los usurpadores, recobrad vuestros derechos de hombres libres y recordad que nuestros antepasados nos legaron una herencia de gloria, que no podemos mancillar. Sed como ellos fueron: “invencibles en la guerra, magnánimos en la victoria”.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN.
San Luis Potosí, octubre 5 de 1910.

Francisco I. Madero

A este plan se debió que la Revolución en un principio haya derivado hacia una forma política. No obstante tratarse de un documento escrito aproximadamente en español [*sic*], y con un criterio reformista y acomodaticio, cualquiera puede darse cuenta de que Madero era un pequeño-burgués y como tal pensaba.

Ese Plan no tiene validez científica ni histórica, menos aún revolucionaria. Sólo teniendo en cuenta el enorme descontento de las masas en 1910 puede admitirse que haya ha-



bido quien, con excesiva buena voluntad, viera en Madero a un revolucionario. Los párrafos segundo y final del punto tercero, relativos a las tierras, son de un infantilismo que, si no indignara, nos haría sonreír; y sus opiniones respecto a las “leyes de la guerra”, así como los autoelogios de la parte última del plan, son de una vulgar trivialidad.

En conclusión: quería la libertad política, y tanto él como quienes le ayudaron a escribir ese documento, parecían no darse cuenta cabal de la naturaleza de esa propia libertad frente al problema económico, que era el fundamental.

Las gentes que se echaron a las calles a vitorearlo en la capital de la República después de los Convenios de Ciudad Juárez, nada sabían de todas estas cosas; la masa —y sobre todo la masa mexicana de aquel tiempo— no podía ni sabía meditar estos problemas y bastóle para su justa ira y su necesidad social un hombre como Madero, sin darse cuenta de que, en mucho, al general Díaz entonces y ahora se le cometieron injusticias sin cuento, pues los políticos arrojaron sobre él toda la culpabilidad de una etapa histórica en cuyos errores todos, y el orden económico, eran las múltiples causas del desequilibrio del país. Pero Madero era por lo menos útil, como lo entendió Zapata, para robustecer la conciencia campesina y esperar el momento propicio.

Ya hemos dicho en otra parte que Madero hizo de la revolución social un movimiento pequeño-burgués, de cuyos resultados, a larga distancia, nadie de aquel tiempo podía aventurar un juicio, excepto Emiliano Zapata y los suyos, pero cuyos errores todavía se están pagando en multitud de aspectos, pese al esfuerzo de algunos hombres puros que contra todo viento pudo producir la Revolución.

Al crédito que los campesinos le habían abierto, Madero respondió sin conciencia de lo que él estaba obligado a hacer. A él, cabeza y bandera de la lucha, debe hacérsele el cargo de no haber querido orientar revolucionariamente el movi-



miento en favor de los intereses proletarios y de haber dejado, de haber abandonado las riendas del mismo movimiento en manos de la burguesía mexicana, que solapadamente se filtró en las filas revolucionarias —al amparo de la “libertad política”— hasta lograr que cambiase casi en su totalidad, para beneficio de las clases privilegiadas de México.

Madero burocratizó la lucha en lugar de radicalizarla.

¡Después de todo, él no era más que un propietario y un hacendado de Parras de la Fuente que, con ningún sacrificio y sin desinterés, pudo dedicar 600 000 pesos de sus capitales a la Revolución; un hombre que había adquirido suficiencia intelectual en su viaje por Europa y por Estados Unidos y en cuyo espíritu de capitalino, de hombre creado en centros de población egoísta, no podía encontrarse comprensión alguna de la necesidad, de la miseria y del hambre populares que requerían a un caudillo!



Eufemio Zapata y Juan Andrew con otras personas, retrato, 1911.



CAPÍTULO IV

La revolución suriana
1910-1911



Elevado al poder el señor Escandón, que había sido jefe del Estado Mayor Presidencial del general Díaz, la situación fue ofreciendo algunos cambios por lo que hace a la oposición.

Parece ser que Emiliano estuvo enterándose del antirreeleccionismo por conducto de Otilio E. Montañón, profesor de enseñanza primaria en la humilde escuela de Cuautla, hombre de cierta ideología avanzada para ese tiempo y quien seguía con atención los progresos que el maderismo iba haciendo en la opinión popular.

Desde que Escandón inició su gobierno, Emiliano Zapata y Pablo Torres Burgos se dedicaron a ganar adeptos para la lucha entre el peonaje y entre la servidumbre de haciendas e ingenios, pues se habían dado cuenta de que la Revolución tendría en Morelos un excelente campo de actividad, por las condiciones sociales que allí privaban.

La vigilancia de que eran objeto por parte de las autoridades los obligó a no desarrollar abiertamente sus actividades, sino hasta mediados de diciembre de 1910.

Acordaron celebrar una junta privada entre los elementos que simpatizaban con la Revolución y, para tal fin, se reunieron en Cuajimalpa, en la serranía del estado de Morelos. A esta junta concurren Pablo Torres Burgos, Emiliano Zapata, Margarito Martínez, Catarino Perdomo, Gabriel Tepepa y algunos otros rancheros decididos.

Allí se acordó que Torres Burgos marchara a San Antonio, Texas, con el propósito de presentar sus adhesiones

a Madero, conferenciar con él y recibir instrucciones para hacer la Revolución en el sur, de acuerdo con el Plan de San Luis Potosí. Burgos, con este motivo, salió para Estados Unidos.

Hasta la elevación de Madero al gobierno, pensaron los campesinos surianos que se les haría justicia y se dotarían las tierras, fraccionándose los grandes latifundios. De ahí que reconocieran a Madero como jefe nato del movimiento y que lo sostuvieran durante 1910 y 1911.

En tanto que unos cronistas afirman que Torres entrevistó a Madero en el norte, otros lo niegan. Parece que debe resultarnos más atendible la posición de éstos, ya que en ese tiempo era poco menos que imposible hablar con el señor Madero, a quien sus familiares y uno o dos de sus más íntimos guardaron escondido a las miradas indiscretas, pues tanto durante sus últimos días en México, como en San Luis Potosí, fueron contadas las personas que lo vieron. Inclusive muchos de aquellos en quienes Madero tenía depositada su confianza, no pudieron verlo por esos días, de lo que resulta más factible suponer que Torres Burgos, desconocido en todos sentidos para el Jefe de la Revolución, no logró hablar con él, ya que aun los mismos que predicán como cierta esa entrevista no han dado pruebas serias de su dicho.

El hecho es que Torres Burgos regresó a Morelos diciendo que había hablado con el señor Madero y participó a sus amigos las instrucciones y nombramientos que para los iniciadores de la Revolución en el sur dijo haber recibido de Madero. Él quedaría como jefe, siguiéndole en categoría Emiliano.

Torres era un hombre de edad madura, de mediana ilustración y de cierto prestigio en el grupo de que tratamos; por esto se le distinguió con la comisión aludida y se aceptó de buen grado la designación que en su favor —se afirmaba— había hecho Madero.



Pero bien pronto surgieron algunas dificultades. Torres Burgos abundaba en ideas democráticas y era enemigo de toda violencia. Sus compañeros comenzaban a darse cuenta de que lo indispensable en el jefe no era ese inútil barniz cultural que tenía, sino que para hacer la Revolución eran de desearse otros valores: carácter, decisión, honradez, conciencia de clase, que Torres Burgos sólo en parte representaba.

Por esas razones dimitió su encargo y reunióse a su familia, desilusionado y abatido, y abandonó Villa Ayala. El 23 de marzo de 1911 sería sorprendido cuando dormitaba a la sombra de unos árboles en un lugar denominado Rancho Viejo y sería fusilado inmediatamente, en presencia de su pequeño hijo, por órdenes del coronel Javier Rojas, que comandaba un destacamento del 18o. Regimiento y que iba con dirección a Tlaltizapán para “imponer el orden”.

No todos obraban con lealtad. El ingeniero Leyva había traicionado al grupo revolucionario, por lo que éste, prescindiendo de él, se trazó otros planes.

Después de la feria anual de Cuautla, que se celebraba el segundo viernes de cuaresma, que fue entonces el 10 de marzo de 1911, y a la que asistió todo el pueblo, según costumbre, abandonaron la ciudad Emiliano Zapata, Tepepa, Catarino Perdomo, Próculo Capistrán y otros más.

Pasaron cerca de la medianoche del 11 de marzo por Villa Ayala, donde se encontraba el hogar de Emiliano, y se dirigieron hacia Los Hornos. Van hacia la vorágine de la Revolución; el hombre se ha entregado a ella y no es ya el hombre corriente.

Al día siguiente, entrando la tarde, pasó Emiliano por San Rafael Zaragoza, donde se le reunieron varios campesinos: Maurilio Mejía, José Villanueva, José Omaña, Antonio Medina, Nicolás Malpica y Benito Sánchez. Regularmente armados, siguieron para Huachinantla, en donde aumentaron su fuerza de 30 hombres, con 80 más, pertrechados y de a



caballo. En la barranca Los Bueyes dividió y distribuyó a su gente Zapata y posteriormente entró a Jolalpan, Puebla; a Axochiapan, en donde se dice que el párroco del lugar le regaló un precioso caballo, y después se dirigió a Teotlalco para obtener recursos económicos.

Iba creciendo, arrolladora y peligrosa, la fuerza de los zapatistas, indios, mestizos y criollos. En todas partes los indios se incorporaban a las fuerzas revolucionarias. Lo poco que tenía el indio, sus animales e instrumentos de trabajo, lo llevaba con él para pelear. Afluía la gente como a una fiesta por la libertad.

Por este tiempo se encontraron en Tepexco, Puebla, Emiliano Zapata y Juan Andrew Almazán, que venía como representante de la Junta Revolucionaria de San Antonio, Texas, y que con tal carácter iba a ordenar todo el movimiento revolucionario por el sur.

Almazán¹ acababa de truncar sus estudios de medicina para entrar de lleno a la Revolución. Por esos días realizó, con Emiliano, el primer combate de que se tiene noticia cierta, en Tlayacac, distrito de Jonacatepec, estado de Morelos, con 800 hombres en contra de 200 rurales de la Federación, al mando del coronel Villegas, los cuales fueron derrotados por los zapatistas y perseguidos hasta que se acabó la luz del día. Esa acción duró seis horas y tuvo lugar el 4 de abril.

En razón de su cargo, los revolucionarios comenzaron a llamar “embajador” a Juan Andrew; más tarde se le llamó “el general embajador” y después todos lo reconocieron como “el general”, pues se aceptó que era el jefe nato del movimiento en Guerrero.

¹ N. del E.: El autor en múltiples ocasiones llama al general Juan Andrew Almazán simplemente por su segundo apellido: Almazán.



En la mencionada población de Tepexco, Almazán dio a Emiliano Zapata el nombramiento de coronel, grado por el cual comenzó a reconocerse al caudillo. De allí, reunidos ya y en una amistad que duraría siempre, a pesar de todo, se dirigieron a Jonacatepec, plaza que atacarían el 6 de abril contra las fuerzas que se mencionan, por 800 hombres, siendo suspendido el ataque la noche de ese mismo día.

De ese lugar partieron rumbo a Chiautla, en el estado de Puebla.

Almazán logró con sus esfuerzos que todos reconocieran como único jefe en Morelos a Emiliano Zapata. Lo convenció de que fueran a Chiautla, como hemos dicho, lugar que sitiaron el día 8 de abril con 800 hombres en contra de 100, al mando del jefe político Ángel Andonegui, quien fue aprehendido por Almazán en la toma de la plaza el 10 de ese mismo mes y después fusilado por órdenes del coronel Emiliano Zapata.

Allí se le unió mucha gente a Zapata, tal como se había previsto.

Almazán venía zanjando verdaderas dificultades. Tenía que oponerse con todo tacto al carácter belicoso e indisciplinado de algunos de los segundos jefes zapatistas, que no parecían darse cuenta cabal del desprestigio que podrían acarrear a Zapata y al movimiento suriano con desórdenes innecesarios. Por estas razones tuvo Zapata pruebas de amistad de Almazán, cuando éste logró sortear las dificultades que representaba la actuación de Felipe Neri en Tepalcingo, de igual modo que la de Tepepa en Chiautla.

Asimismo defendió Almazán, hasta donde le fue posible, los intereses de algunos españoles que, por el solo hecho de serlo, iban a ser linchados y despojados por los revolucionarios, cuando no todos esos propietarios tenían la misma filiación de despojadores o capataces del campesino, quien,



naturalmente, no acertaba a distinguir a sus verdaderos enemigos en esos momentos.

Posteriormente se separaron Zapata y Almazán; éste siguió para el estado de Guerrero, en donde tomaría Huamuxtitlán el 20 de abril, en una acción que duró 24 horas, en un combate de 200 hombres del 2o. Batallón de Línea y rurales de la Federación, al mando del mayor Horta, contra 300 hombres que comandaba Almazán.

Emiliano, hombre honesto y tranquilo en su manera de opinar, quedaba con la impresión de que Juan Andrew era efectivamente uno de sus mejores amigos, y conservaría esta opinión durante toda su vida, no obstante que, debido a las intrigas de sus generales, en alguna ocasión se distanciaría de Almazán.

Ya en mayo siguiente, llegará a Zapata la noticia de que Almazán había atacado y tomado la plaza de Tlapa en el estado de Guerrero, entre los días 1o. y 5, con 500 hombres de caballería organizados y 7000 indios tlapanecos, contra 400 del 2o. Batallón de Línea y rurales de la Federación, al mando del mayor Guillemín.

Los zapatistas continuaron luchando sin descansar. La plaza de Jojutla caía a manos de Tepepa poco después del triunfo de Chiautla, y más tarde Yautepec caía en manos de Lucio Moreno, que atacaba en combinación con el propio Tepepa.

Las tropas gobiernistas del 29o. Batallón, al mando del coronel Aureliano Blanquet, en Matamoros Izúcar, se manifestaban expertas en el pillaje, devastación y asesinato en masa de los indios indefensos que encontraban por el camino. Quienes quedaban con vida se iban a buscar a Zapata y se le unían. Su figura de apóstol de los peones adquiriría más firmes contornos en el paisaje de la lucha social.

Emiliano no descansaba. El 17 de abril estaba cerca de Puebla dando instrucciones y armas a sus tropas. Entretanto,



el jefe político de Cuernavaca, Emilio Dabbadie, buscaba el apoyo del ejército para incursionar los alrededores. Ya el 23 de marzo había llegado a refugiarse allí, en la ciudad romántica de Cortés, el gobernador Escandón, que violentamente salió de Jojutla al saber que se aproximaban las fuerzas del jefe zapatista Tepepa.

Desde esa fecha, el 18o. Regimiento y el jefe político Dabbadie se multiplicaron en atender a reforzar Jojutla y Yau-tepec, amagada esta última por la partida que capitaneaba Lucio Moreno.

Hacia el 18 de abril Escandón presentaba su renuncia, cobarde y podrido en el dinero que le robó al pueblo. Aparecían gavillas en todos los rumbos. Por Huitzucó estaban Ambrosio Figueroa y Federico Morales; por Jonacatepec estaba Amador Salazar, uno de los más leales y sinceros revolucionarios de aquel tiempo; y en Ahutepec se había presentado Felipe Neri, formidable guerrillero que llegaría a ser el terror del gobierno.

También había llegado a Zapata otro hombre, Jesús Morales, El Tuerto, que parecía ser un tipo decidido y valiente, aunque no de las condiciones morales de Amador Salazar.

De este modo aumentaba el Ejército Libertador del Sur, no obstante haber abandonado Matamoros Izúcar en manos de Blanquet, después de un combate de seis horas; y a pesar de los muertos y heridos que tuvo en sus filas, ya el día 30 llegaba con el apóstol y varios miles de indios al pueblo de Jantetelco, Morelos, donde el general y sus lugartenientes mestizos descansaban un poco de la lucha, en medio de la alegría vigorosa de los campesinos que conversaban las hazañas zapatistas transcurriendo por las calles o tendidos en las maravillosas huertas de granados de aquel lugar.

Parece que en esta época el cabecilla suriano Ambrosio Figueroa trataba de traicionar a Zapata atrayéndose a los demás jefes revolucionarios del sur y autotitulándose Jefe



Supremo de la Revolución Suriana, para lo cual intentó firmar un armisticio con el teniente coronel Fausto Beltrán, que comandaba a los federales de Jojutla.

Estas maniobras de Figueroa se encontraban patrocinadas por los hacendados españoles, que lucharon sin descanso para imponer en Morelos, como su instrumento, al propio Figueroa.²

En esos momentos de prueba para Zapata, en que hasta los mismos revolucionarios decían que era un bandolero, Almazán fue el único que lo defendió en todas partes —no obstante que era predilecto amigo de la familia Madero—, pues estimaba a Emiliano como a un hermano suyo.

El 2 de mayo de ese año fueron atacados el capitán Ángel V. León y el jefe político Alfonso Esnaurrizar, quienes guarnecían Jonacatepec con 90 soldados y 25 rurales; Zapata, al ver rechazar el ataque, animó a sus tropas con estas palabras:

—¡Muchachos! ¡Hay que vencer! Tenemos que acabar con una dictadura que nos tiraniza desde hace 30 años.

El día 5 se rindió la plaza aludida y el 10 del mismo mes de mayo el general puso a disposición de Fortino Ayaquica una columna con la cual se logró recuperar Matamoros Izúcar.

Los hechos de armas se sucedían con rapidez. El zapatismo iba ganando adeptos en victorias consecutivas. El 12 de mayo se reconcentraron en Cuautlixco los más destacados jefes zapatistas que operaban en Morelos, México, Guerrero, y la parte oriente de Puebla, con un contingente total, aproximado, de 4800 hombres, los cuales iniciaron el ataque de Cuautla, que defendían 300 federales del 5o. Regimiento, a

² Dicho dato nos fue proporcionado por el general de división Juan Andrew Almazán.



las órdenes del coronel Eustaquio Munguía, y 50 rurales del comandante Gil Villegas.

Rudos combates se trabaron entre zapatistas y federales; aquéllos eran mejores en cantidad y conocimiento del terreno; éstos lo eran en armamentos y parque. A los siete días de haber iniciado el ataque, las fuerzas del general Zapata entraban a Cuautla encabezadas por él mismo, por Eufemio Zapata, Amador Salazar, Abraham Martínez, El Tuerto Morales, Francisco Mendoza, Lorenzo Vázquez, Felipe Neri y algunos otros, que respetaron las vidas de indios y mestizos y procedieron a exigir responsabilidades a los extranjeros explotadores de la población, aun cuando el general, en su cuartel de Cuautlixco, concedió libertad a varios “científicos” prominentes que, gracias a él, salvaron sus vidas.

Este rasgo de generosidad, que es peculiar en Emiliano, lo ofrece constantemente en la Revolución; prueba es de su excelente calidad de hombre sin rencores y sin bajeza, sin la mezquindad con que gratuitamente lo decoró la prensa vendida durante nueve años, en que lo llamaría “Atila del Sur”, “fiera de presa de una cuadrilla de demagogos”³ y otras fantasías por el estilo, que halagaban a la asustada burguesía de Morelos.

Cabría suponer que, después del triunfo en plaza tan importante como Cuautla, Emiliano se sentiría cambiado; empero, nada lo haría variar sus virtudes de tipo generoso y austero. Sólo sería implacable con los traidores y con los detentadores del poder o con los eternos explotadores del trabajo del indio y del mestizo campesinos. Tenía una visión integral de la justicia que a tinterillos, políticos bribones y periodistas de tres al cuarto no les convendría reconocer jamás.

³ Las frases citadas pertenecen al amplio archivo de producción intelectual del señor Francisco Bulnes.



Posteriormente se trasladó el general a Cuernavaca, que el día 21 había sido ocupada por los maderistas de Manuel Asúnsolo.

Emiliano se presentó en México el día 7 de junio, acompañado de Manuel Asúnsolo y de Juan Andrew Almazán, cuya muy buena amistad con Madero le era seguramente de gran utilidad y a lo que se unía el prestigio del revolucionario suriano entre el ejército insurgente. Madero hacía su entrada triunfal en la capital de la República un día domingo, algo así como una fiesta de ramos y de delirio popular nunca vistos.

Las cualidades de gran observador que reunía el general Zapata le permitían darse cuenta cabal del espíritu conciliador y tímido de Madero, que iba rodeándose poco a poco de muy moderados revolucionarios. No obstante esto, Emiliano mantuvo inquebrantable su fe en el maderismo, esperando que la revolución agraria se llevaría a cabo. De ahí que el 20 de junio, a pesar de la turbia coalición de la policía metropolitana con el cabecilla Ambrosio Figueroa, en detrimento de los ayudantes de Zapata, que por presunciones fueron reducidos a prisión, éste llegó a la Ciudad de México para hablar con Madero, al que prometió el licenciamiento de las tropas agraristas.

Después de la caída del general Díaz, su salida del país, la designación del licenciado Francisco León de la Barra para la Presidencia de la República; después de la aparente solución política que otorgaban los convenios de Ciudad Juárez entre los maderistas y el gobierno de la dictadura, la situación no era, ni con mucho, una situación fácil y segura. Por todo esto parece que Emiliano accedió a sus declaraciones para desorientar al gobierno acerca de la fuerza exacta de los revolucionarios, existiendo entre Zapata y Madero el acuerdo de sostener sobre las armas, a la expectativa, al Ejército Libertador como una garantía de respeto a la voluntad cívica.

Como se ve, esa iba a ser la segunda ocasión en que Emiliano salvaba al maderismo, ya que esta actitud amenazadora,



presentada ante el gobierno de De la Barra, era similar a aquella otra que frente al porfirismo adoptó, haciendo pensar al general Díaz y a don Manuel González Cosío que “las fuerzas revolucionarias organizadas en el sur se elevaban a 21 000 hombres”, por lo que se estimó inútil el intento de sofocar la Revolución, a pesar de los ofrecimientos del general Victoriano Huerta, quien pedía 1 500 federales para marchar contra Zapata.

Otra vez el apóstol de los campesinos viene a demostrar su habilidad y su poderío político emanado de la indudable influencia que ejercía sobre las regiones del sur. Estrategia en política, este es el valor que siempre le han negado sus detractores y que más tarde, en 1914, volverá a demostrar contra el usurpador Huerta. Será Bulnes, nada menos que el más violento impugnador de la memoria de Emiliano, quien venga a decirnos que “a Zapata se debe, pues, la victoria llamada constitucionalista; y no será torpe el orador, el escritor o el historiador que lo llame padre de la revolución”.

En esos días los periódicos metropolitanos, principalmente *El Heraldo Mexicano* del 20 de junio, se encargaron de propalar noticias malévolas y diatribas contra el general Zapata, gracias a la decantada “libertad de expresión” que procuró en ciertos casos el maderismo. Indignado con justicia, Emiliano les llamó la atención a los reporteros que lo entrevistaron en el Hotel Coliseo, indicándoles “que no sabía por qué los periódicos hablaban tan mal de él; que no había ido a la revolución por robar, pues no lo necesitaba, ya que poseía tierras y ganado que eran suyos desde mucho tiempo antes”, y añadía “que los hacendados lo atacaban porque les había quitado a los peones que cobraban jornales miserables...”⁴

⁴ En esa ocasión se tomaron algunas fotografías muy interesantes, por los hermanos Casasola, que aparecen en la colección editada por ellos mismos: *Álbum Histórico Gráfico*, México.



Por este tiempo Almazán defendió en la prensa a Zapata, actitud casi de blasfemia que mucho le censuraron maderistas y latifundistas. Con positivo esfuerzo logró que Bonilla, jefe de redacción de *El Heraldo de México*, publicara en un número del mes de junio de 1911 una entrevista en que defendía calurosamente al caudillo y atacaba con toda rudeza a Figueroa. Sólo entonces —como dijo Almazán en carta dirigida más tarde a Emiliano— hubo prensa que se preocupara por la causa de Zapata.

El gobierno continuaba en sus maniobras solapadas contra Madero y Zapata. Ya el 12 de julio auspiciaba la masacre de campesinos, mujeres y niños ordenada por Blanquet en Puebla, lo que sublevó al general Zapata y lo decidió a prepararse contra el jefe exfederal; mas un telegrama de Madero, otra vez conciliador, dejó en tal estado las cosas.

A pesar de las promesas de Madero y aun cuando él se encontraba grandemente obligado con la clase campesina por sus servicios prestados a la Revolución, el gobierno se desentendió de la opinión maderista, dándose cuenta de que la fuerza del zapatismo era demasiado peligrosa, y envió a Cuernavaca, el 10 de agosto, al general Victoriano Huerta, quien llevaba instrucciones de obrar con toda “energía”.

Por estas razones Emiliano declaró al licenciado Robles Domínguez que no desarmaría a su gente mientras no fuese realidad la restitución de las tierras. “Mientras haya un solo campesino armado —decía Zapata—, no toleraré que las haciendas continúen con los terrenos del pueblo”.

Causa admiración esta importantísima y radical expresión. Los hombres de la Revolución discutían sus pequeñas cuestiones personales sin entender la verdadera naturaleza y finalidad del movimiento. Sólo Zapata, intuitivo y convencido de las necesidades campesinas, a sabiendas de que ellas eran la única finalidad de la lucha, la única justificación, sostenía en las montañas del sur y proclamaba en la capital



de la República, ante los políticos mendaces, los postulados agraristas del Ejército Libertador.

En ocasiones, un tanto defraudado, un poco abatido íntimamente por tanta mezquindad que ponía a flote la Revolución, Emiliano buscaba encontrar en el tibio seno de una mujer mestiza de su clase aquella enorme ternura escondida que sus oscuros ojos de niño, en años anteriores, ponían sobre el paisaje luminoso y triste de Villa Ayala. Su alma recta y levantada, construida en los riscos de la serranía al caminar del tiempo, sufría a veces de un afán crepuscular, sensual, aunque escéptico, y encontraba en unas manos de mujer descanso para su fatiga; muchas noches tuvo para su cabeza el regazo solícito de una mujer que con él hacía la campaña. Pero luego, repuesto ya el ánimo, tornaba a luchar con sus peones y sus jefes mestizos.

Desde el fondo de él, como recuerdo de un gran día querido, escuchaba Emiliano la voz de un niño: “¡Padre, cuando yo sea hombre, haré que nos devuelvan las tierras!”.

En tanto que estas cosas sucedían, la vieja aristocracia porfirista recluida en los círculos sociales del gobierno de De la Barra, gustaba de seguir divirtiéndose, aferrada a sus costumbres de extranjera cursilería. En las fiestas se escuchaba *Sobre las olas*, de Juventino Rosas, vals dedicado a la señora Carmen Romero Rubio de Díaz, la “primera dama mexicana”, como la llamaba la gente de jueves santo y oficios en la Profesa; se oía con placer otro vals llamado *Carmen*, dedicado a la misma señora de Díaz, así como una gavota denominada *Estefanía*; el solicitado y sutil *Vals poético*, *Mi reina* y *El Danubio azul*, una que otra audición con la *Quinta sinfonía* cerraba con broche elegantísimo las noches de aquella sociedad corrompida que, naturalmente, veía en los campesinos a facinerosos y que ponía todas sus esperanzas en la continuidad del nuevo gobierno. El presidente De la Barra, viejo emboscado y ambicioso, con alguna cultura, se prestaba a



los deseos de aquella sociedad en cuya fuerza —comercio, latifundistas y clero unidos al ejército federal— encontraba un apoyo seguro para conservar el poder.

Con fecha 17 de agosto el general Zapata envió un telegrama a Madero en que le manifestaba su propósito de reanudar la lucha contra los federales, en atención a que éstos estaban preparándose para atacarlo. Asimismo, insistía en poner sobre aviso a Madero acerca de las maniobras de traición de los “científicos” que lo rodeaban.⁵

⁵ Por esos días se cambiaron los telegramas siguientes: Telegrama de Zapata al señor Madero:

“Cuernavaca. Agosto 16 de 1911.—Dirección *Diario del Hogar*.—México.—Cuautla, Morelos, 16 de agosto de 1911.—Señor Francisco I. Madero: Quedo enterado de su telegrama de hoy. El jueves 17 lo espero a usted en ésta y ya ordeno a todos mis subordinados guarden el mayor orden. A Jojutla transmito órdenes terminantes para que haya tranquilidad necesaria. Tenga usted fe en mis tropas siempre que no las ataque nadie. Protesto a usted mi adhesión y respeto.—El general Emiliano Zapata”.

“Cuautla, Morelos, 17 de agosto de 1911.—Señor Francisco I. Madero.—México. —Causa mucha indignación entre pueblo y ejército el amago de las fuerzas federales que están con intención de ataque contra nosotros. Si se derrama sangre no seré yo el responsable, pues usted comprenderá se trata de asesinar los mismos principios que usted proclamó. La nación entera nos contempla con sus ojos. Nos moriremos, pero los principios que usted inscribió en sus banderas en Chihuahua no morirán; nuestra Patria, la nación entera, los hará revivir si desgraciadamente sucumben con nosotros. Yo he querido a todo trance la paz de nuestro suelo, pero los hacendados ‘científicos’ quieren que el pueblo sea su esclavo, que no ejerza sus derechos de sufragio, que haya presión como en los tiempos de la dictadura y por esta causa intrigan con el Supremo Gobierno para que nos asesinen por una petición justa. Si la Revolución no hubiera sido a medias y hubiera seguido su corriente, usted realizaría el restablecimiento de sus principios y no nos veríamos envueltos en este conflicto. Sin embargo, tengo fe en que usted solucionará este asunto que conmueve al Estado y conmoverá al país entero cuando sepa los derechos que defendemos. Yo sé que he sido partidario fiel de usted y del Gobierno, ¿por qué, pues, por una petición justa mía, del pueblo y del

ejército, se nos trata de reos de grave delito, puesto que no hemos tenido otro que el de haber sido defensores de nuestras libertades? Comprendo perfectamente bien que tanto a usted como al Supremo Gobierno los han sorprendido los 'científicos' calumniadores; pero el pueblo está dispuesto a probar lo contrario de lo que afirman nuestros enemigos. Yo ni por un momento he dudado de que usted no sostendrá los principios por los cuales el pueblo mexicano derramó su sangre y en la cuestión a que en este momento me refiero, tengo fe y la he tenido siempre en que usted evitará el derramamiento de sangre que se prepara contra nosotros; el pueblo y el Ejército Libertador esperan con ansias que usted resuelva definitivamente los puntos de su petición y los arreglos que haya tenido con el Supremo Gobierno. Le suplico atentamente me mande su pronta contestación. Protestando a usted mi atención y respeto, me reitero su fiel subordinado.—General Emiliano Zapata”.

“México, agosto 17 de 1911.—Señor general Emiliano Zapata. —Cauatla, Morelos. —Acabo de recibir su largo e interesante mensaje. Comprendo muy bien los sentimientos que inspiran a usted y por este motivo vine a México a exponer al Supremo Gobierno la situación. En vista de lo cual, han acordado solucionar el conflicto de esa en forma que estoy seguro será aceptada por usted y que le haré saber a mi llegada a esa. Para lograr mis vehementes deseos, la condición esencial es que ustedes sigan teniendo fe en mí como yo la tengo en ustedes. En prueba de lo cual voy a esa a pesar de que han venido noticias de que mi vida peligrará yendo allí, pero no creo nada de eso, porque tengo fe en ustedes. Repítome que saldré esta tarde a las cuatro p. m., en tren especial. Calculo llegar entre siete u ocho si no está la vía interrumpida.—Francisco I. Madero”.

Don Francisco I. Madero pasó el 19 de agosto de 1911 al señor presidente de la República el siguiente mensaje:

“Acabo de celebrar conferencia con Zapata y delegados de todos los pueblos y han aceptado las condiciones de ese Supremo Gobierno. Están conformes en aceptar al ingeniero Eduardo Hay; pero preferirían, si es posible, al señor profesor Miguel Salinas, director de la Instrucción Pública en este Estado, únicamente por ser hijo de aquí, pues por Hay sienten grandes simpatías. Le suplico contestar este punto. Igualmente aceptarán como jefe de las armas al teniente coronel Raúl Madero. Mañana principiaremos licenciamiento de tropas. Suplícole disponga salgan inmediatamente ferrocarril doscientos 50 hombres fuerzas ex revolucionarias del Estado de Hidalgo y disponga igualmente que fuerzas federales se reconcentren en Cuernava-



Debido a que diferentes personas influyeron en el ánimo del general Zapata, éste llegó al convencimiento de que Madero lo estaba traicionando, visto lo cual, el general Eufemio Zapata y los de igual grado, Próculo Capistrán y Jesús Jáuregui, con sus tropas, se apostaron en el camino para detener a Madero, que iba a buscar a Zapata, y fusilarlo sin consideración alguna.

En ese mismo tren viajaba el general Almazán por súplicas que le había hecho la madre del señor Madero para que acompañase a éste a Cuautla.

Cuando el tren pasó por la estación de Yecapixtla, el maquinista tuvo que detenerse, pues hacía buen trecho que venía notando ciertos movimientos de gente sospechosa a los lados de la vía.

Detenido el tren, Madero ordenó al general Almazán que bajase a ver a los zapatistas que estaban apostados en la estación, habiéndose encontrado Almazán con los generales

ca y regresen a esa capital lo más pronto posible. Me ha parecido necesario para restablecer por completo tranquilidad en el Estado, permanecer aquí hasta que se hayan verificado cambios y muy especialmente hasta que las tropas federales se encuentren en esa capital, pues es muy difícil de otra manera vencer la desconfianza que les tienen y que no deja de estar justificada con la actitud asumida por el general Huerta, que sin órdenes expresas avanza hacia Yauhtepec, y si se evitó un choque, fue debido a la pronta providencia que tomó usted en ordenar se suspendiera todo movimiento. Igualmente puede ordenar a las Líneas Nacionales que reanuden el tránsito desde luego, seguro de que no serán molestados. Por tan plausible acontecimiento que de un modo firme y definitivo cimenta la paz y la tranquilidad en la República y demuestra efectivamente el prestigio y la fuerza del Gobierno, felicito muy cordialmente a usted y sus colaboradores.—Francisco I. Madero”.

Por otra parte, el general Almazán recibió un telegrama procedente de Cuernavaca en el que se le avisaba que el general Huerta ya marchaba al frente de las tropas federales rumbo a Cuautla.



citados, Eufemio Zapata, Capistrán y Jáuregui, que tenían 100 hombres perfectamente armados a espaldas de la estación.

Buen esfuerzo significó para Almazán convencer a los surianos de la sinceridad y sentimientos de Madero para la causa agrarista, así como de que no debían precipitarse y menos aún atentar contra su vida.⁶

⁶ *El Diario del Hogar*, en su número del 20 de agosto de 1911, relata estos acontecimientos en la forma siguiente:

“De Ozumba a Cuautla. Telegrama especial para *El Diario del Hogar*. Traído especialmente a la redacción por el general Cándido Aguilar.

“Al llegar el tren especial en que viajaba el señor Madero a la estación de Cascada, supimos que doscientos cincuenta zapatistas nos esperaban anoche para escoltarnos; poco antes de Atlanca vimos cien hombres rodear por un cerrito que bordea la vía. El maquinista del tren me hacía señas para que me fijara en sus movimientos, pues parecía que tomaban puestos y posiciones detrás de las cercas junto a la vía, atrincherándose. Yo no me fijé en las señales del maquinista hasta que el tren moderó su velocidad. Estábamos a una distancia como de cien metros de los que al parecer se atrincheraban, cuando oímos una fuerte detonación. Se trataba de una formidable cámara cargada seguramente con dinamita. En seguida infinidad de cohetes atronaron el espacio. Allí el jefe de aquellos hombres había recibido un telegrama del general Emiliano Zapata en el que le ordenaba no dejara pasar más tren que en el que veníamos con el jefe de la Revolución. El señor Madero fue muy aclamado por la muchedumbre, que no es difícil haya llegado a ochocientas almas. A pocos minutos nos pusimos en marcha para Yecapixtla, viendo de lejos, poco antes de llegar a la estación, los movimientos que hacían más de cien hombres a caballo que estaban sobre la vía. El tren se detuvo de nuevo y aquellos hombres, formados al lado de la vía, con las armas en la mano, esperaron a que descendiera el general Juan Andrew Almazán, quien fue enterado de que el hermano de Zapata, Eufemio Zapata, estaba detrás de la estación con ochenta hombres de a pie, armados hasta los dientes, y que creyendo que era un tren con federales, se habían parapetado esperando agresión de nuestra parte. El general Almazán fue por Eufemio Zapata y lo trajo donde estaba el señor Madero. Aquellos hombres, recelosos al principio, vitorearon a Madero, quien les dirigía la palabra en términos amistosos y asegurándoles que no debían tener cuidado, pues él



Accediendo a los deseos de Almazán, y aunque de mala gana, subieron al tren los jefes zapatistas mencionados y, presentando sus respetos a Madero, continuaron con él el viaje a Cuautla, sirviéndole de escolta.

Madero llegó a Cuautla al día siguiente del mensaje telegráfico de Emiliano, hacia las once horas, en compañía de su esposa y otras personas, siendo recibido por crecidos contingentes surianos y por el general Zapata.

A esta ocasión corresponde un discurso en que el coahuilense expresó juicios violentos contra el general Bernardo Reyes, así como opiniones encomiásticas para el general Zapata, a quien llamó “general integérrimo y uno de los soldados más valientes de la revolución”⁷.

se quedaría en el Estado de Morelos hasta arreglar amigablemente todas las dificultades que pudieran ocurrir. Eufemio Zapata subió al tren y sus hombres hicieron otro tanto, hablando tranquilamente ya con todos nosotros. Yo aproveché el tiempo para pasar revista a toda aquella gente. Tenían armas de todos sistemas y calibres. Me dijeron que poseían una ametralladora que dejó el 50 Batallón. Me aseguraron también que tienen varios cañones, aunque no me dijeron de qué sistema ni quién los manejaba. Tienen mucha dinamita; con verdadero alarde nos referían las cantidades.—El enviado especial”.

⁷ *El Diario del Hogar*, en su número de 20 de agosto de 1911, publicó el discurso de Madero en la siguiente forma:

“Conciudadanos:

“Muy fresca está en nuestra memoria la lucha terrible que tuvimos que sostener para derrocar la dictadura y conquistar nuestras libertades.

“Yo, que fui jefe de la revolución triunfante, encarnando en mí los sentimientos del pueblo mexicano, que siempre ha sido invencible en la guerra y magnánimo en la victoria, quise, después de que habíamos vencido al enemigo y que habíamos demostrado que las virtudes heroicas no estaban muertas en el corazón mexicano, quise, repito, demostrar que estábamos también a la altura de los héroes más magnánimos que ha tenido nuestra historia: de Morelos, de los Bravo, de los Juárez, y quise, en representación del pueblo mexicano, ser noble y magnánimo con los vencidos.



"Nunca me imaginé que ellos fuesen a agradecer esos nobles sentimientos nuestros; yo sabía muy bien que a la sombra de esa libertad que habíamos conquistado y que les habíamos arrancado a ellos mismos, pretenderían luchar contra nosotros, pretenderían levantar de nuevo la cabeza y ya que en el campo de batalla habían sido derrotados, cobijándose bajo esa misma libertad conquistada por nosotros, encubriéndose bajo esos principios democráticos que han sido el anhelo del pueblo mexicano, pretenderían engañar de nuevo al pueblo, pretenderían intrigar, pretenderían luchar contra nosotros, ya sea por medio de la mentira, de la calumnia y de la intriga.

"Ya veis, señores, cómo lo han intentado, pero en cambio, demostraremos nosotros que tenemos bastante juicio, que tenemos bastante cordura y bastante inteligencia para confundir a nuestros enemigos y hacer fracasar sus intrigas.

"Ya veis lo que ha pasado aquí, en este Estado de Morelos; todo ha sido cuestión de intrigas de nuestros enemigos, que no descansan; de nuestros enemigos, que quieren conquistar el poder de nuevo; de nuestros enemigos, que no se resignan a la derrota que han sufrido y que se imaginan que pueden engañar al pueblo, o bien que pueden, por medio de la fuerza, volver a imponer las cadenas al pueblo mexicano. Pero, señores, si por la fuerza estamos seguros de que no lo podrán hacer, porque ya hemos demostrado de lo que es capaz el pueblo mexicano luchando por sus libertades, demostramos también que por medio de la intriga serán impotentes y se estrellarán ante su buen juicio y patriotismo.

"Las calumnias de nuestros enemigos habían hecho aparecer que en el Estado de Morelos había efervescencia, había inquietud; que el Ejército Libertador no guardaba el orden debidamente; se contaban miles de calumnias, miles de mentiras; yo siempre protesté contra ellas; sin embargo, ya que era el único reproche que le querían hacer a la revolución, al partido nuestro, dije: 'Voy, pues, a arreglar esa cuestión satisfactoriamente y esas tropas del Estado de Morelos se licenciarán'. ¿Por qué? Porque sabía muy bien que aunque estuviesen licenciadas, cada uno de vosotros, al llegar a vuestros hogares con la satisfacción del triunfo y del deber cumplido, estaría dispuesto al primer llamado de nosotros y empuñaría las armas para defender nuestras libertades.

"Pero como os digo, nuestros enemigos no descansaban, querían hacer aparecer que yo no tenía prestigio sobre los mismos jefes que me ayudaron en la revolución, y si ustedes han leído los periód-



Se dice que, horas más tarde, Madero comunicó al general la necesidad que tenía de que demostrase sumisión al gobierno, mas sin desarmar a sus tropas, puesto que existía la posibilidad de que los “científicos”, de acuerdo con De la Barra y con Reyes, trataran de burlar la opinión popular adueñándose definitivamente del poder. Zapata convino a esta solicitud de Madero, manifestándole que él cumpliría su ofrecimiento siempre que los federales no avanzasen sobre las posiciones zapatistas, y comprometiéndose Madero, en cambio, a entorpecer los movimientos de Huerta, así como a llevar de jefe de las armas en Morelos al coronel Raúl Madero y de gobernador al ingeniero Eduardo Hay. Pero las gestiones de Madero resultaron ineficaces, puesto que ya el día 19 de agosto avanzaban los federales sobre los surianos, cumpliendo órdenes de Huerta y de Blanquet, que aparentemente desobedecían las instrucciones giradas a ellos por la Secretaría de Guerra.

El general Huerta había ofrecido que no pasaría su columna de San Juan del Río y que los zapatistas podían estar en Tlacingo; pero no cumplió su palabra y, engañándolos, ordenó el avance de los federales, con lo que estaba de acuerdo el presidente De la Barra.

A todo esto, Almazán se encontró con Zapata en Ixcamilpa, yendo Emiliano en muy malas condiciones de guerra, por

dicos de México, enterándose de las caricaturas burlescas que representan, habrán visto a su valiente general Zapata pintado como un gran asesino.

“Y por esto había crecido la idea y decían que yo era un gran patriota y un hombre sincero; pero que me faltaba energía, que me faltaban dotes para gobernar, porque no había mandado fusilar al general Zapata, y ustedes comprenden, señores, que para eso no se necesita valor ni energía; se necesita ser asesino y criminal para fusilar a uno de los soldados más valientes del Ejército Libertador”.



lo cual Almazán le dio provisiones y puso a su disposición cuanto tenía.

Zapata acababa de escapar, por exceso de buena suerte, de la traición que le había preparado Federico Morales cuando el caudillo, con ocasión de su boda, que tuvo lugar en San Juan Chinameca, encontrábase tranquilo, gozando de la justa paz de espíritu que tanto tiempo se escatimó a sí mismo por la Revolución. Era el 30 de agosto; Zapata había dejado Cuautla rumbo a San Miguel Anenecuilco, de donde salieron con dirección a Chinameca. En este lugar se encontraban en un jaripeo, rodeado el caudillo de muy pocos hombres que había conservado, casi sin armas, cuando cayó la gente de Morales por sorpresa, en número de 600 hombres de caballería. Se dice que Emiliano comenzaba a comer en compañía de su amigo don Antonio Posada cuando le llevaron la noticia de que el enemigo se aproximaba. Entonces los surianos hicieron frente a la gente de Figueroa, que comandaba dicho señor Morales, mas a pesar del denuedo demostrado más de una vez, Zapata tuvo que salir rápidamente de allí, destrozado y sin gente que lo valiera. En esas condiciones lo encontró Almazán en Ixcamilpa.

Luego siguieron ambos jefes hacia Huamuxtitlán y allí empezaron las diferencias, porque los jefes zapatistas más cercanos a Emiliano se ocuparon de predisponerlo contra Juan Andrew, según parece, debido a que Almazán no quiso que maltrataran a los españoles para que esta noticia no llegara a Tlapa y no les hicieran resistencia. Dijeron que Almazán había obtenido 10 000 pesos como préstamo forzoso en ese lugar, cuando sólo se habían podido reunir 300, y gustaban de poner en duda su buena fe a pesar de que en Olinalá —lugar de nacimiento de Juan Andrew— el jefe suriano repartió 1 000 pesos que había traído de México entre sus hombres y los de Emiliano.



Debido a estas razones, Almazán y Emiliano se separaron nuevamente.

Más tarde supo Almazán los movimientos de Huerta; se indignó e iba a salir para Jolalpan a buscar a Emiliano, con quien pensó unirse, cuando recibió un mensaje urgentísimo de México, de Jacobo Harotian, en que éste le decía que por ningún motivo fuera a ver a Zapata, porque lo quería fusilar. Almazán, que tenía por entonces mucha confianza en Harotian, se sorprendió y regresó a México, donde tuvo conocimiento de una positiva infamia.

Con bastante sacrificio sostenía Almazán los gastos de los generales zapatistas Ruiz y Jáuregui, a quienes la víspera de abandonar la capital les había regalado 300 pesos. Estaban durmiendo todos ellos cuando llegaron al cuarto del Hotel del Jardín, en que se hospedaban, para llamarlos de parte de Madero. Ya en la casa de éste, salió Raúl Madero y, habiéndoles regalado 10 000 pesos, los aleccionó para que convencieran a Emiliano de que no reconociera a De la Barra y para que, asimismo, ordenara el fusilamiento inmediato de Almazán, porque éste “había sido comprado para asesinar a Zapata”.

Esta acción tan sucia de los hermanos Madero se debía a que Almazán estaba en muchos de los secretos políticos de la familia y juzgaron conveniente, dado que era también leal amigo de Zapata, eliminarlo para que no tuviese oportunidad de hacerle ver a Emiliano las maniobras preparadas en su contra.

Todos estos hechos marcaron el rompimiento definitivo de Almazán con Francisco I. Madero y con su grupo, pero, al propio tiempo, decepcionaron al jefe suriano respecto al concepto en que tenía a Emiliano Zapata, “a quien quería



como a un hermano”⁸ y lo hicieron prometerse a sí mismo que no volvería a mezclarse jamás en esos asuntos.

Las simpatías con que contaba el general Zapata quedaron eficazmente demostradas el 20 de agosto por más de 30 000 manifestantes, que se dirigieron a Chapultepec en importantes grupos vitoreando al general y a Madero y atacando rudamente al Clero, a Huerta y a Bernardo Reyes. En la manifestación tomó parte el tribuno Jesús Urueta,⁹ cuyo discurso caudaloso y vibrante enardeció más aún a las masas, logrando que se negase un aplauso a De la Barra en tanto los federales no fueran retirados de Morelos. La capital y toda la República sabían ya que los esbirros de Huerta y de Blanquet se dedicaban a saquear, “fugar”, esturpar e incendiar en los pueblos y rancherías por donde “iban imponiendo el orden”.

Esos desmanes eran favorecidos por el nefando ministro de Gobernación, Alberto García Granados, un tipo mendaz que, bajo la falsa actitud puritana de que “el Gobierno no pactaba con bandidos”, se dedicaba a prestar la ayuda necesaria a Huerta, a Gabriel M. Hernández y a otros generales cuyas tropas cometían verdaderas depredaciones a título de “enérgicos escarmientos”.

Desde ese tiempo y durante nueve años en que las treguas serían raras, el estado de Morelos se vería assolado y talado, en continuos incendios, en asesinatos de indios en masa, como si fueran animales. Ese lujo de violencias y atropellos no lograría, empero, aniquilar al zapatismo; como todo lo que se hace fuerte y crece en un ideal, el agrarismo morelense se ampararía a la sombra de Emiliano, por encima de las

⁸ El general Andrew Almazán expresó esta opinión en una carta particular dirigida al general Zapata y de la cual hemos tenido copia al formar este libro.

⁹ Véase Baltasar Dromundo, *Los oradores de México. Ensayo social-político*.



derrotas militares, de las traiciones y de la campaña cobarde de los periódicos burgueses.

Comprendiendo lo peligroso de la nueva situación creada por el pillaje de Huerta y de sus secuaces, el general Zapata reunió a los principales jefes de guerrillas en Tehuiztingo, el día 24 de septiembre, y se decidieron a reanudar la lucha al grito de “¡Viva la Revolución!, ¡viva el general Emiliano Zapata!, ¡Abajo el mal gobierno!”.

Al día siguiente de esa reunión, ya el general llegaba a las inmediaciones de la capital de la República después de haberse posesionado de Topilejo, Tulyehualco, San Mateo y Milpa Alta, plazas que ocupó con admirable rapidez después de haber derrotado en Ozumba al coronel Reynaldo Díaz.

En tanto que esos acontecimientos se desarrollaban en el campo militar zapatista, en la Ciudad de México el pueblo exigía a gritos en las calles la renuncia de García Granados, llegando en son de reto hasta las puertas de la Cámara de Diputados, en cuyo recinto el licenciado José María Lozano¹⁰ manifestó con toda mala fe que Zapata “pretendía hacer de la metrópoli el escarnio lúgubre del festín más horrendo y macabro que haya presenciado nuestra historia”. Acto continuo del discurso apareció en escena el ministro García Granados e informó que existía una influencia poderosa debido a la cual no podían cumplirse las órdenes del gobierno respecto al exterminio de los zapatistas. En cambio, el general González Salas, subsecretario de la Guerra, manifestó que en todos los pueblos se unían adeptos a los zapatistas.¹¹

El resultado de la manifestación popular frente a la Cámara fue la renuncia de García Granados, de Vázquez Gómez y de González Salas, con fecha 26 de octubre.

¹⁰ Véase el ensayo citado en la nota anterior.

¹¹ Alfonso Taracena confiesa, en la página 21 de *La tragedia zapatista*, esa opinión del general González Salas.



Los acontecimientos venían precipitándose. Ambrosio Figueroa y el general federal Arnaldo Casso López, jefe de la guarnición de Cuautla, se entrevistan en Jojutla el 31 del mismo mes y acuerdan exterminar por cualesquier medios al zapatismo. Enrique Castrejón, con una columna de “colorados”, llega a Cuautla con igual propósito el día 9 de noviembre. El día 12 las tropas de Federico Morales y de Castrejón salen de Cuautla para Santa Inés y la caballería de federales se dirige a Tenextepango.

No conformes con estar violando la situación de armisticio, las tropas de Casso López avanzaron contra los zapatistas en Villa Ayala; Federico Morales y sus 500 “colorados” ocuparon Moyotepec, que intentaba desarmar el gobierno, y un contingente de fuerzas del 9o. Regimiento y del 34o. Batallón, y rurales de Gil Villegas, ocuparon la distancia que media entre la hacienda de Tenextepango y la de Chinameca, en tanto que el 11o. Regimiento y una sección de artillería de montaña ocupaban Coahuixtla y la Barranca del Cuarto.

Estas fueron las condiciones que determinaron la definitiva ruptura de Emiliano con todos los simuladores de la Revolución. Por todo ello se decidió reunir a sus hombres cerca de un sitio denominado El Jilguero, una barranca, en donde iba a prepararse concienzudamente la nueva campaña.

Esa fue la actitud desleal del maderismo con relación a Zapata, pese a los escritores que tratan de culpar a todo trance a León de la Barra.¹² Se venía a comprobar la farsa de aquel discurso de 1911 en Cuautla, cuando Madero llamaba al general “uno de los soldados más valientes del Ejército Libertador y un general integérrimo”.

¹² Se refiere esta opinión a Germán List Arzubide, por su folleto *Emiliano Zapata. Exaltación*, en lo asentado por él en la página 21 de su segunda edición.



Por lo demás, la posición militar del zapatismo era fuerte. Zapata presentaba crecido número de guerrillas; sus hombres —decía El Jicote— sabían morir; sus armas, suficientes, eran bastantes para afirmar un ideal.

Emiliano declaró más de una vez esta gran verdad: “Nosotros no hemos comprado armas al extranjero, todo lo hemos tomado del enemigo”.



CAPÍTULO V

El Plan de Ayala



Plan de la Villa de Ayala
Plan Libertador de los hijos del Esta-
do de Morelos, afiliados al ejército Insurgente que de-
fenden el cumplimiento del Plan de San Luis Pe-
trel con las reformas que ha caído convenientemente aumen-
tar en beneficio de la Patria Mexicana.

Los que suscribimos constituídos en junta revolucionaria
para sostener y llevar a cabo las promesas que hizo la re-
volución de 20 de Noviembre de 1910 pasadas, de-
clarámos solemnemente ante la faz del mundo cri-
ado que nos juzga y ante la nación a que pertenecemos
y a nosotros, los principios que hemos for-
mado para acabar con la tiranía que nos oprimió, y re-
ducir a la Patria de las dictaduras que se nos impo-
nieron las cuales quedan determinadas en el siguiente
Plan.

1^o Teniendo en cuenta que el pueblo Mexicano
acaudillado por Dr. Francisco J. Madero fue a de-
marcar su sangre para reconquistar sus libertades y re-
vindicar sus derechos, principios que vino a defender la
jo el tema de "Hipotico Electivo con Reelección", ultra-
pando la fe, la causa, la justicia y las libertades
del pueblo, teniendo en consideración que ese hombre
ha que nos referimos es Dr. Francisco J. Madero el
mismo que inició la precitada revolución el cual im-
puso por norma su voluntad e influencia al gobierno
provisional del ex presidente de la República Lic. Dr.
Francisco R. de la Barra, por haberle alcanzado el
pueblo su libertador causando con este hecho centen-
dos de amamamientos de sangre, y multiplicadas des-
gracias a la patria de una manera olapada y rudi-
cula, no teniendo otras miras que satisfacer sus ambi-
ciones personales sus desmedidos y patentes de tira-
no y su profundo desacato al cumplimiento de las leyes
persistentes, emanadas del inmortal Código de 57
escrito con la sangre de los revolucionarios de Cuautla,
teniendo en consideración: que el llamado jefe de la
revolución libertadora de México Dr. Francisco J.
Madero no llevó a feliz término la revolución que

Figura en el Estado de Morelos y otras que se conde-
nan al precipicio de conflictos sangrientos contenidos por
el capricho del dictador maderista y el círculo de aristócratas
y hacendados que lo han sustentado.

Al Sr. Presidente Madero y demás señores de la
dignidad, del actual y antiguo régimen seccionar
en menzugas de propaganda que aligoran a la Patria; que hagan
inmediata la renuncia de los puestos que ocupan y
con eso en alas cristianidad de los graves hechos que en
arresto al seno de la Patria, sí es que de no hacer así
sobre sus cabezas caerá la sangre derramada de nues-
tros hermanos.

15.^a Mexicanos: considerad que la astucia y la
mala fe de un hombre está de demandado sañudo de
una manera escandalosa por ser incorrecto y no con-
nar, considerad que la revolución de justicia está
quiritando a la Patria y hollando con la fuerza ar-
ta de las bayonetas nuestras instituciones, como
nuestras armas las levantamos para elevarnos
poder ahora las vertemos contra el por fallar a un
compromiso con el pueblo Mexicano y hacer tradición
de la revolución iniciada por él; no somos personas
listas y somos partidarios de los principios que de
los hombres.

Pueblo Mexicano: apoyad con las armas en la
mano este Plan y haced la independencia y liber-
tad de la Patria.

Justicia y Ley

Ayala, Noviembre 28 de 1911

General Francisco Cuernavaca
Julian Ayala

General
Jesús Morales

General
C. E. Rodríguez

Gral.
José F. Ruiz

Gral.
Eusebio Tapate

Manuscrito original del Plan de Ayala,
página 7. 28 de noviembre de 1911.

Durante el mes de septiembre de 1911, el gobierno y los periódicos se encargaron de obligar a todos los revolucionarios a una franca rebelión.

Mucho se insistió en propalar la noticia de que Juan Andrew Almazán andaba por el sur de Puebla reclutando y levantando gente, según manifestaba la Secretaría de Gobernación con fecha 9 de ese mes. Asimismo, el día 21 fue aprehendido Jacobo Harotian, amigo entonces de Almazán, y sacado del Hotel del Jardín en la Ciudad de México, so pretexto de que preparaba una nueva rebelión de acuerdo con Juan Andrew.

A pesar de toda esa labor de provocación oficial, Almazán salió de Chietla y llegó a Puebla el día 27 con rumbo a la capital de la República, acompañado de su Estado Mayor, llevando el propósito de ayudar al gobierno y a los surianos al arreglo de sus dificultades. Acontecimientos posteriores demostrarían lo inútil de ese intento. No conforme el gobierno con el licenciamiento que de sus tropas había hecho Almazán poco después de la visita de Madero a Morelos, trataría ahora de hostilizarlo para usar de él contra Zapata.

Los periódicos extranjeros se preguntaban desconcertados: “¿cuáles son las condiciones de estos bandidos zapatistas? Si no andan peleando por botín, ni por diversión, ni por ambición, ¿por qué andan peleando? Si no son bandidos, ¿qué son, pues?”¹

¹ Germán List Arzubide, *Emiliano Zapata. Exaltación*, p. 27.

A esa y a otras interrogaciones vino a responder el Plan de Ayala.

Buena parte del mes de noviembre dedicó el general Zapata a la vigilancia y redacción del Plan de Ayala. Dio sus puntos de vista; escuchó largas horas, consigo mismo, sus propias opiniones respecto a lo que iba haciéndose; meditaba con la lealtad espiritual de siempre en la gravedad y en la importancia histórica que venía a plantear, con sus postulados, la proclama aludida. Él sabía que el Plan de Ayala tendría que ser considerado como la bandera genuina de la lucha social mexicana.

Ya para el 28 de noviembre había sido terminado el Plan por el general Zapata y por el profesor y general Otilio Edmundo Montaña en la sierra de Ayoxustla, cerca de Miquetzingo, punto a que afluyeron algunos contingentes de zapatistas con ese motivo.

Se dice que el general los llamó a firmar siempre que nadie tuviera temor alguno y estuviese, además, convencido de la verdad histórica y política del Plan. En un jacal, animados por la palabra de Montaña, que habló antes de la lectura del Plan, así como por el discurso de José Trinidad Ruiz, en tanto que afuera tocaban el Himno Nacional Mexicano, como último número, unos músicos “líricos” de Miquetzingo,² fue firmado el documento más valioso de la Revolución, cuyo texto era el siguiente:

PLAN DE AYALA

Plan Libertador de los hijos del Estado de Morelos afiliados al Ejército Insurgente que defiende el cumplimiento del Plan de San Luis Potosí, con las reformas que ha creído conveniente aumentar en beneficio de la patria mexicana:

² Alfonso Taracena, *La tragedia zapatista*, p. 24.



Los que suscribimos, constituidos en junta revolucionaria para sostener y llevar a cabo las promesas que hizo la Revolución de 20 de noviembre de 1910 próximo pasado, declaramos solemnemente ante la faz del mundo civilizado que nos juzga y ante la Nación a que pertenecemos y amamos, los propósitos que hemos formulado para acabar con la tiranía que nos oprime y redimir a la patria de las dictaduras que nos imponen, las cuales quedan determinadas en el siguiente Plan:

I. Teniendo en consideración que el pueblo mexicano acaudillado por Don Francisco I. Madero fue a derramar su sangre para conquistar sus libertades y reivindicar sus derechos conculcados y no para que un hombre se adueñara del poder violando los sagrados principios que juró bajo el lema de “Sufragio Efectivo. No Reelección”, ultrajando la fe, la causa, la justicia y las libertades del pueblo; teniendo en consideración que ese hombre a quien nos referimos es Don Francisco I. Madero, el mismo que inició la precitada revolución, el cual impuso por norma su voluntad e influencias al Gobierno Provisional del ex Presidente de la República, licenciado Don Francisco León de la Barra, por haberle aclamado el pueblo su libertador, causando con este hecho reiterados derramamientos de sangre, multiplicadas desgracias a la patria de una manera solapada y ridícula, no teniendo otras miras que satisfacer sus ambiciones personales, sus desmedidos instintos de tirano y su profundo desacato al cumplimiento de las leyes existentes emanadas del inmortal Código de 57, escrito con la sangre de los revolucionarios de Ayutla; teniendo en consideración que el llamado Jefe de la Revolución Libertadora de México, ciudadano Don Francisco I. Madero, no llevó a feliz término la revolución que tan gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del Pueblo,³

³ La idea religiosa debe entenderse como una medida política, ya que la táctica exigía captarse el mayor número de adeptos y éstos eran en



puesto que dejó en pie la mayoría de poderes gubernativos, elementos corrompidos de opresión del Gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, que no son ni pueden ser en manera alguna la legítima representación de la Soberanía Nacional, que por acérrimos adversarios nuestros y por los principios que hasta hoy defendemos, están provocando el malestar del país y abriendo nuevas heridas al seno de la patria para darle a beber su propia sangre; teniendo en consideración que el supradicho señor Francisco I. Madero, actual Presidente de la República, trata de eludirse del cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación en el PLAN DE SAN LUIS POTOSÍ, cificando las precitadas promesas en los Convenios de Ciudad Juárez, ya nulificando, encarcelando, persiguiendo o matando a los elementos revolucionarios que le ayudaron a que ocupara el alto puesto de Presidente de la República, por medio de sus falsas promesas y numerosas intrigas a la Nación; teniendo en consideración que el tantas veces citado señor Francisco I. Madero ha tratado de ocultar con la fuerza brutal de las bayonetas y de ahogar en sangre a los pueblos que le piden, solicitan o exigen el cumplimiento de sus promesas a la revolución, llamándoles “bandidos y rebeldes”, condeñando a una guerra de exterminio sin conceder ni otorgar alguna de las garantías que prescriben la razón, la justicia y la ley; teniendo en consideración que el Presidente de la República, señor Don Francisco I. Madero, ha hecho del sufragio efectivo una sangrienta burla al pueblo, ya imponiendo contra la voluntad del mismo pueblo, en la Vicepresidencia de la República, al licenciado José María Pino Suárez, o ya a los gobernadores de los Estados designados por él, como el llamado general Ambrosio Figueroa, verdugo y tirano del pueblo de Morelos; ya entrando en contubernio escandaloso

su mayoría fanáticos por las condiciones de educación y costumbres ya citadas en otra parte de este libro.



con el “Partido Científico”, hacendados, feudales y caciques, opresores, enemigos de la revolución proclamada por él, a fin de forjar nuevas cadenas y de seguir el molde de una nueva dictadura, más oprobiosa y más terrible que la de Porfirio Díaz, pues ha sido claro y patente que ha ultrajado la soberanía de los Estados conculcando las leyes sin ningún respeto a vidas e intereses, como ha sucedido en el Estado de Morelos y en otros, conduciéndonos a la más horrorosa anarquía que registra la historia contemporánea; por estas consideraciones, declaramos:

1. Al susodicho Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la fe del pueblo y pudo haber escalado el poder, incapaz de gobernar, por no tener ningún respeto a la ley ni a la justicia de los pueblos, y traidor a la patria por estar humillando a sangre y fuego a los mexicanos que desean libertad, por complacer a los “científicos”, hacendados o caciques que nos esclavizan, desde hoy continuamos la revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen.

2. Se desconoce como Jefe de la Revolución al ciudadano Francisco I. Madero, y en su carácter de Presidente de la República, por las razones que antes se expresan, procurando el derrocamiento de este funcionario.

3. Se reconoce como Jefe de la Revolución Libertadora al ciudadano general Pascual Orozco, segundo del caudillo Francisco I. Madero, y en caso de que no acepte este delicado puesto, se reconocerá como Jefe de la Revolución al ciudadano general Emiliano Zapata.

4. La Junta Revolucionaria del Estado de Morelos manifiesta a la Nación bajo formal promesa:

Que hace suyo el Plan de San Luis Potosí con las adiciones que a continuación se expresan, en beneficio de los pueblos



oprimidos, y se hará defensora de los principios que defiende hasta vencer o morir.

5. La Junta Revolucionaria del Estado de Morelos no admite transacciones ni componendas políticas, hasta no conseguir el derrocamiento de los elementos dictatoriales de Porfirio Díaz y de Francisco I. Madero, pues la Nación está cansada de hombres falaces y traidores que hacen promesas como libertadores, pero al llegar al poder se olvidan de ellas y se constituyen en tiranos.

6. Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar: Que en los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, “científicos” o caciques, a la sombra de la tiranía y de la justicia venal, entrarán en posesión de estos bienes inmuebles desde luego los pueblos y ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por la mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance, con las armas en la mano, la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos, lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la revolución.

7. En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura por estar monopolizados en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa, se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos, o campos de sembradura o de labor, y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.



8. Los hacendados, “científicos” o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan, verán nacionalizados sus bienes y las dos terceras partes que a ellos les correspondan se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones para las viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en la lucha por este Plan.

9. Para ejecutar los procedimientos respecto a los bienes antes mencionados, se aplicarán las leyes de desamortización según convenga; de norma y ejemplo pueden servir las puestas en vigor por el inmortal Juárez a los bienes eclesiásticos que escarmentaron a los déspotas y conservadores que en todo tiempo han pretendido imponernos el yugo ignominioso de la opresión y del retroceso.

10. Los jefes militares insurgentes de la República que se levantaron con las armas en la mano, a la voz de Don Francisco I. Madero, para defender el Plan de San Luis Potosí, y que ahora se opongan, con fuerza armada, al presente Plan, se juzgarán traidores a la causa que defendieron y a la patria, puesto que en la actualidad muchos de ellos, por complacer a los tiranos, por un puñado de monedas, o por cohecho o soborno, están derramando la sangre de sus hermanos que reclaman el cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación don Francisco I. Madero.

11. Los gastos de guerra serán tomados conforme a lo que prescribe el artículo undécimo del Plan de San Luis Potosí, y todos los procedimientos empleados en la revolución que emprendemos, serán conforme a la instrucción misma que determina el mismo Plan.⁴

12. Una vez triunfante la revolución que hemos llevado a la vía de la realidad, una Junta de los principales jefes revolucionarios de los distintos Estados, nombrará o designará un

⁴ Respecto a los métodos zapatistas seguidos en la Revolución, ya hacemos consideración por separado en otra parte del libro.



Presidente Interino de la República, que convocará a elecciones para la nueva formación del Congreso de la Unión, y éste, a su vez, convocará a elecciones para la organización de los demás poderes federales.

13. Los principales jefes revolucionarios de cada Estado, en junta, designarán al gobernador provisional del Estado a que correspondan, y éste elevado funcionario convocará a elecciones para la debida organización de los poderes públicos, con el objeto de evitar consignas forzosas que labran las desdichas de los pueblos, como la tan conocida consigna de Ambrosio Figueroa en el Estado de Morelos, y otros, que nos conducen a conflictos sangrientos sostenidos por el capricho del dictador Madero y el círculo de “científicos” y hacendados que lo han sugestionado.

14. Si el Presidente Madero y otros elementos dictatoriales del actual y del antiguo régimen, desean evitar inmensas desgracias que afligen a la patria, que hagan inmediata renuncia del puesto que ocupan, y con eso en algo restañarán las grandes heridas que han abierto al seno de la patria, pues de no hacerlo así, sobre sus cabezas caerá la sangre derramada de nuestros hermanos.

15. Mexicanos: Considerad que la astucia y la mala fe de un hombre están derramando sangre de una manera escandalosa por ser incapaz de gobernar; considerad que su sistema de Gobierno está aherrojando a la patria y aherrojando con la fuerza bruta de las bayonetas nuestras instituciones, y así como nuestras armas las levantamos para elevarlo al poder, ahora las volvemos contra él por haber faltado a sus compromisos con el pueblo mexicano y haber traicionado a la Revolución; no somos personalistas, somos partidarios de los principios y no de los hombres.

Pueblo Mexicano: Apoyad con las armas en la mano este Plan y haréis la prosperidad y el bienestar de la patria.



Reforma, Libertad, Justicia y Ley.

Villa Ayala, Morelos, a 28 de noviembre de 1911.

Al pie de ese documento pusieron sus firmas las siguientes personas: general Emiliano Zapata, Francisco Mendoza, general Jesús Morales, general O. E. Montaña, general José F. Ruiz, general Eufemio Zapata, general Próculo Capistrán, coronel Emigdio M. Marmolejo, capitán Manuel Hernández, coronel Pioquinto Galis, capitán José Pineda, capitán Ambrosio López, capitán Apolinar Antonio, capitán José Villanueva, capitán Porfirio Cázares, capitán Antonio Gutiérrez, capitán Odilón Meri...,⁵ capitán Arturo Pérez, capitán Agustín Ortiz, coronel Manuel Vergara, capitán Pedro Val... Huertero, capitán Catarino Vergara, capitán Margarito Camacho, capitán Serafín Rivera, capitán Teófilo Galindo, coronel Santiago Aguilar, capitán Felipe Torres, capitán Simón Guevara, secretario Franco, capitán Avelino Cortés, capitán José Carrillo, capitán Jesús Escamilla, coronel Julio Tapia, coronel Clotilde Sosa, capitán Florentino Osorio, capitán Camerino Menchaca, capitán Juan Esteves, capitán Francisco Mercado, capitán Sotero Guzmán, capitán Melesio Rodríguez, capitán I. Gregorio García.⁶

Ignoraba el cura de Huautla, que el día 27 había hecho unas copias a máquina de este Plan, la importancia definitiva que el mismo tenía. Ignoraban, quizá, muchos de los firmantes que Zapata fundamentaba nada menos que el movimiento social iniciado el año 10.

⁵ Algunos nombres, que han sido tomados del original manuscrito del Plan de Ayala, aparecen un poco borrosos, de ahí las forzadas omisiones al transcribirlos en el presente libro.

⁶ De dicho original del Plan de Ayala se sacaron los nuevos originales que, corregidos, fueron presentados por el cura de Huautla y en los cuales ya aparecieron otras firmas a la vez que se suprimieron algunas consideradas posteriormente como de segunda significación.





Guardia de honor al Monumento
de Emiliano Zapata, 1934, XV Aniversario Luctuoso.

Después de publicado el Plan de Ayala, nada ni nadie podría detener al general Zapata en su apostolado grande y magnífico. Él había levantado en ese plan una proclama de fusiles. Madero, que le había ofrecido una o dos haciendas del estado de Veracruz, así como un viaje a Europa porque dejara de abanderar el agrarismo, no podría detenerlo.⁷ Ni por un momento abandonaría el héroe su enorme fe en la revolución agraria. Iba en su trágico idealismo por encima del lodo de la Revolución, sin mancharse; saldría limpio y entero en su valor de rectificador, de hombre que quería a toda costa la justicia.



⁷ La entrevista en que Francisco I. Madero ofreció a Emiliano “una o dos haciendas del estado de Veracruz y un viaje a Europa” si dejaba de abanderar el agrarismo morelense, tuvo lugar en Cuautla, la escuchó el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama y parece que también estuvo presente el general Gildardo Magaña.

CAPÍTULO VI

El problema agrario



Para juzgar de la importancia del Plan de Ayala y, por lo mismo, del verdadero valor que el general Zapata representa en la Revolución de México, es necesario enfocar el problema agrario mexicano desde su nacimiento; de ese modo el extranjero, que hoy más que nunca nos desconoce, gracias a quienes le han dado un México falso, deforme, podrá darse cuenta del asunto más trascendental y de mayor interés en la historia del país.

Al principio —dice Andrés Molina Enríquez refiriéndose a la Nueva España—,¹ los españoles se dividieron las tierras de las regiones que estaban bajo su dominio, en las encomiendas, que comprendían grandes extensiones de dichas tierras juntamente con sus pobladores. Poco tardaron esas encomiendas en convertirse, por la extinción o expulsión de los indios, en grandes haciendas de cultivo y ganadería, tituladas en la forma de propiedad privada del tipo romano: después, cuando ya las encomiendas habían desaparecido, se fueron dando, por los reyes y por los virreyes, nuevas grandes extensiones, en haciendas tituladas del mismo modo, sin más limitaciones que las resistencias de los indios; y aunque unas y otras estaban virtualmente limitadas por los títulos respectivos, de hecho los favorecidos por ellas las fueron ensanchando por invasiones sucesivas sobre los terrenos dejados o dados después a los

¹ Andrés Molina Enríquez, *La revolución agraria de México*, libro primero: *Aspectos indios de la historia de México*, p. 91.

indios, avanzando el ensanchamiento cuando los indios podían ser despojados y retrocediendo cuando las resistencias de los indios eran invencibles. El sistema de tales invasiones ha mantenido los derechos sobre las tierras durante cuatro siglos, en un estado de inquietud y zozobra que ha sido después la causa principal de las desgracias nacionales; y no puede ser puesta en duda la existencia continua de dicho sistema, porque la legislación de las “composiciones” para sancionar las posesiones irregulares no tuvo otra razón de ser, porque los títulos primordiales de todas las haciendas lo demuestran de un modo irrecusable, y porque invasiones de esa naturaleza han llegado hasta nosotros. Podríamos citar centenares de ellas. Apenas habrá hacienda donde no se puedan encontrar todavía las huellas de poblados indios que fueron arrasados.

LOS ATENTADOS INJUSTIFICABLES PARA CONSOLIDAR LOS DESPOJOS DE TIERRAS DE LOS INDIOS

Ahora, cuando las invasiones daban lugar a conflictos pacíficos (así llamaremos a los judiciales), entonces los españoles o criollos, acudían a su sistema general de arreglar negocios, o sea el sistema de la “influencia”, que consistía en hacer valer su condición personal de acreedores no satisfechos, y exigir de las autoridades superiores, que de hecho les estaban subordinadas, como Pereyra lo afirma, medidas extralegales, o sea medidas de fuerza, de violencia, de muerte, que destruyeran las resistencias de los indios o de los representantes de éstos, con ejecuciones sumarias de algunos, y, de ser posible, con la destrucción total del poblado insumiso y con la implacable dispersión de todos sus pobladores. Así terminaban y terminan aún los litigios en que los indios han defendido y defienden sus tierras; así terminarán hasta que el sistema de las grandes haciendas desaparezca por completo.



En esas condiciones, el indio sólo podía escapar a “tierras pobres, cercanas a los pantanos, o las situadas en las montañas o en las serranías”. En ocasiones, y por excepción, dice Molina que se les daban las que entonces se llamaron “de pan llevar”.

A pesar de los buenos oficios de algunos virreyes que procuraron imitar a don Antonio de Mendoza, el indio, en último análisis, tenía que recurrir a sus propias fuerzas para hacerse justicia, sucumbir en la lucha o “irse al monte”. El español peninsular, el español nacido en América y el criollo, lo despojaban siempre que podían, sin detenerse ante el temor de las autoridades ni ante las prédicas más o menos eficaces de los misioneros.

En cuanto al sistema de propiedad en que sólo el rey tenía ese derecho sobre las tierras de América,² constituyó permisos de ocupación y de posesión, que llamaban *mercedes*, en favor de los españoles, y esos permisos tenían una forma parecida a los derechos de propiedad de tipo romano; eran transmisibles por contrato, por herencia, susceptibles de posesión, de servidumbre y de prescripción. El indio, naturalmente, no entendía la naturaleza de esos derechos, como con certeza observa Molina Enríquez;³ en tal virtud, era raro que se les reconociesen en mercedes las tierras que habían logrado escapar a la voracidad de los explotadores, no obstante el derecho de reversión de los reyes, que pretendía acortar los derechos a españoles y criollos para favorecer en contados casos a los indios. Los bienes comunes que así resultaban eran muy escasos. El indio, perdidas sus tierras, no tenía derecho alguno —porque ignorándolo, no podía usar de él, y esa ignorancia era protegida y auspiciada por los

² Bula *Noverint Universi*, del papa Alejandro VI. Ley I, libro III de la *Recopilación de Indias*.

³ Andrés Molina Enríquez, *op. cit.*



explotadores que de ella sacaban provecho—; ni siquiera le era permitido, a pesar de las disposiciones del rey, talar en los bosques la madera necesaria para calentarse, ni usar el agua para las siembras.

Rey, virreyes y toda clase de autoridades, en su caso, coaccionaron al indio por mil formas, reduciéndolo a *calpullis* rurales, llamados pueblos, cuya extensión se tituló *fundo legal*, al que servía de centro la iglesia; a esos fundos se les agregaron más tierras, inmediatas, que los españoles llamaban *exidos*. “Los ejidos siguieron la condición de los fundos legales y fueron comunales también”. Los comuneros debieron a la limitación de esas tierras la disminución de las poblaciones, puesto que tendían por fuerza a disminuir y no a aumentar, ya que siendo menor la población, eran mejores las condiciones de vida en ese terreno, que abastecía con cierto límite. Sin embargo, así el indio salvó en parte sus costumbres, su unidad y sus prácticas.

A pesar de los títulos, en tres siglos se sucedieron los despojos; a ello debíanse las restituciones y las dotaciones⁴ en la forma de dominio útil del derecho feudal, es decir, la libre disposición sin derecho a la enajenación. A pesar de ello, muy poco se les restituyó y les fueron dotados los terrenos inservibles.

Así llega el indio a la vida de la República, perdido el propósito generoso de José María Morelos y Pavón; así llega y en condiciones similares soporta el nuevo yugo de los mestizos instauradores de dictaduras republicanas, y así lo encontramos en el presente siglo, ignorante, explotado y vejado, buscando una especie de refugio en la noción de fuerza colectiva del pueblo, creyendo más en el mapa del mismo

⁴ Párrafo III de la ley III, título XIII, libro VII de la *Novísima recopilación de las leyes de España* y artículo 61 de la *Ordenanza de intendentes*. Todas estas disposiciones tendían principalmente a conciliar los intereses de las castas, problema que nunca descuidaron los reyes.



que en los títulos respectivos, y amparándose también, sin provecho, en la Iglesia, que venía a recargar su raquítico e insuficiente presupuesto de vida.

Esa era la situación de oprobio que informaba el Plan de Ayala y por la cual el general Zapata había ido a la Revolución. Se comprenderá, pues, lo injusto de quienes lo detractaban, debiendo hacerse notar, además, que durante la época del gobierno de Díaz, esa situación cobró caracteres de injusticia mayor a la arriba señalada: el indio campesino, y aun el mestizo campesino, era poco menos que un animal en todos sentidos.

Aun cuando la mayoría de los políticos acomodados en la capital de la República pretendía ignorar ese gravísimo problema, no era posible que continuaran fingiendo. Por esta razón algunos de ellos comenzaron a hablar de estos temas en 1912 para continuar simulando su radicalismo y restar méritos y simpatías al zapatismo morelense, que era el único movimiento agrarista auténtico, genuino abanderado de las necesidades campesinas.

El 3 de diciembre de 1912, el licenciado Luis Cabrera pronunció un discurso en la Cámara de Diputados, que posteriormente se editó con el título de *La reconstitución de los ejidos de los pueblos como medio de suprimir la esclavitud del jornalero mexicano*, y en el cual exponía que el peonismo era la esclavitud de hecho o servidumbre feudal en que se encontraba —en 1912— el peón jornalero, sobre todo el enganchado o deportado del sureste del país, sistema que subsistía debido a los privilegios económicos, políticos y judiciales de que gozaba el hacendado todavía.

El peonismo —manifestaba Cabrera— debe desterrarse por medio de leyes que aseguren la libertad del jornalero en la prestación de sus servicios, a la vez que por medio de las leyes



agrarias que deben tender a librar a los pueblos de la condición de prisioneros en que se encuentran, encerrados y ahogados dentro de las propias haciendas.

Asimismo, expresaba Cabrera que

el hacendismo, o sea la presión económica, la competencia ventajosa que la gran propiedad rural ejerce sobre la pequeña a la sombra de la desigualdad en el impuesto y la multitud de privilegios de que goza aquélla (en 1912) en lo económico y en lo político, producen la constante absorción de la pequeña propiedad agraria por la grande. El hacendismo debe combatirse por medio de medidas que tiendan a igualar la grande y la pequeña propiedad ante el impuesto, pues una vez igualadas ambas propiedades, la división de la grande se efectuará por sí sola. El Gobierno debe hacer, sin embargo, esfuerzos para fomentar la creación de la pequeña propiedad agraria.

A pesar de esas y otras opiniones más o menos rectificables y más o menos sinceras, pero que de todos modos demostraban alguna inquietud, nada hizo el gobierno por cambiar tal estado de cosas. El general Zapata continuaba su lucha contra esa sociedad miserable, y la divisa “Tierra y Libertad” encarnaba el ideal del campesino, cuya vida de injusticia, como hemos visto, se perdía en las noches de la Nueva España. Este era el intuitivo, el gran apóstol de las reivindicaciones campesinas, el primer caudillo de la revolución agraria mexicana que en el Plan de Ayala había logrado expresar, aunque fuese de modo incompleto, la urgente y dolorosa etapa de vida económica por que atravesaba, desde hacía siglos, el peón mexicano. Zapata era, pues, el primer ideólogo de la Revolución Mexicana y quien antes que nadie de su tiempo planteaba el problema agrario a la nación.





Baltasar Dromundo pronunciando el discurso oficial en honor de Zapata, en Cuautla, con ocasión del XV aniversario de la muerte del caudillo.



CAPÍTULO VII

La revolución suriana
1911-1914



Contra lo que afirman los historiadores maderistas, no se debió al consentimiento de Madero la publicación del Plan de Ayala en *El Diario del Hogar*, sino que ésta se hizo como cualquier otro negocio periodístico.

La edición del Plan fue agotada el mismo día de su publicación, 15 de diciembre de 1911, y hubo necesidad de hacer un sobretiro.

En los últimos meses de 1911 y principios de 1912, el zapatismo fue tomando una fuerza preponderante en el sur. El general se ocupaba de atender a todos los detalles de la campaña, multiplicándose en recrudescerla y en abastecer de armas y municiones a sus soldados. Por las poblaciones que iba pasando se dedicaba a vigilar que sus soldados trabajasen las tierras y mejorasen las condiciones de los pueblos que el maderismo militar había asolado; casas incendiadas, hogares destruidos, miseria y ruina por doquier, ésta era la huella de la soldadesca oficial, permitida por Madero.

Desde que Madero subió al poder, en varias ocasiones había llamado al general Almazán para que se pusieran de acuerdo acerca de la situación revolucionaria del sur. Después de reiteradas llamadas, Almazán tuvo que ir a verlo hacia diciembre de 1911 o principios de enero de 1912. En esa entrevista Madero le ofreció 100 000 pesos y 500 hombres por ir a la campaña de Morelos, además de asegurarle que le otorgaría una pensión para permanecer en Europa después de seis meses de iniciada dicha campaña. Ante la obstinada

negativa de Almazán, Madero se acaloró en la discusión y le dijo que, por altanero, lo mandaría a la Penitenciaría.

A los pocos días de eso, *El Heraldito Mexicano* publicó un artículo de Almazán en que éste defendía a Zapata y a Jesús Morales, y debido a ello fue aprehendido e internado en la Penitenciaría por órdenes del señor Madero. Transcurría enero de 1912.

El 5 de febrero de ese año salió el general Juvencio Robles al estado de Puebla para iniciar la campaña contra los indios que sitiaban por entonces a la ciudad de Cuernavaca. Este militar hará un exterminio por vía de escarmiento en todo el sur; a él se deben los crímenes más horrorosos cometidos contra el zapatismo: mujeres violadas, hombres quemados vivos o colgados de los dedos y de las partes nobles, indios o mestizos a quienes se les cortaban las plantas de los pies y se les hacía caminar después sobre arena caliente rematándolos al fin; niños martirizados porque no daban datos o señales de los jefes zapatistas; ancianos arrastrados a cabeza de silla; esas fueron las atrocidades de Juvencio Robles en el sur.

El día 8 de abril, el Ejército Libertador hizo una retirada honrosa en los alrededores de Jojutla, al mando directo del general Emiliano Zapata, ante el refuerzo que llegó de Cuernavaca y que en Tlaquiltenango había derrotado al jefe Francisco Mendoza, causándole algunas pérdidas.

Debido a ligereza de los políticos maderistas, fueron expulsados del país el gerente y subgerente de la Tampico News Co., haciéndose correr el rumor de que estaban surtiendo de armas a los zapatistas bajo indicaciones del embajador Henry Lane Wilson. Esto fue un absurdo porque el Ejército Libertador era pobre: siempre estuvo a caza de armas en escaramuzas y combates; inclusive se dio el caso de que fabricasen sus “bombas” en botes inútiles.

El mes de julio de ese año salió el general Almazán de la Penitenciaría, gozando de libertad caucional, que se



le concedió debido a que zapatismo y orozquismo estaban muy debilitados por esos días. Inmediatamente abandonó la capital y se dirigió a la zona revolucionaria del sur.

El 20 del mismo mes fue asaltado un tren de pasajeros que llevaba fuerte escolta, entre los puntos denominados La Cima y Fierro del Toro, en la línea México-Cuernavaca, por fuerzas zapatistas del general Genovevo de la O. Se dice que la máquina fue dinamitada y que, una vez vencida la escolta, los pasajeros fueron despojados y pasados por las armas.

Cabe hacer la aclaración de que el zapatismo estaba constituido por una mezcla de mestizos y criollos —oficialidad— así como de indígenas —tropa irregular—. Entre la oficialidad mestiza, algunos jefes eran violentos e indisciplinados y se caracterizaron por manejar tropas de asalto y de desorden, como Pacheco y Genovevo de la O; y hubo otros, como Amador Salazar, que eran hombres muy buenos, camaradas más que jefes de sus soldados, y cuya gente obedecía a una dura disciplina de que era centro la conducta ejemplar del jefe.

Otro hecho similar al anterior —al decir de los cronistas interesados— fue el del 11 de agosto. El jefe Amador Salazar detuvo el tren de Cuautla-Jojutla cerca de Ticumán. Allí murieron dos periodistas, Humberto Strauss e Ignacio Herrerías, pertenecientes ambos a los periódicos que más injustamente atacaban a los zapatistas y que viajaban en ese tren.¹

¹ Amador Salazar, jefe de las tropas que se apoderaron del tren de Ticumán, ya hemos dicho que jamás fue un bandido. Era de los más leales y austeros zapatistas. La muerte de los periodistas Strauss y Herrerías tiene la siguiente explicación de hecho: ambos viajaban como corresponsales a sueldo del periódico que más atacaba a la revolución suriana, desde cuyas columnas la jauría latifundista se había desatado contra Zapata; y, además, ambos llevaban puestos quepís de soldados federales, por lo que fueron muertos por los campesinos cuando, al verlos, en la violencia del ataque, los supusieron soldados del gobierno.



En tanto que estas cosas sucedían, Almazán había llegado al sur, encontrándose con algunos generales zapatistas amigos suyos, los que le dijeron que toda la oficialidad tenía instrucciones terminantes del general Zapata para aprehenderlo y remitirlo al cuartel general en Tlaltizapán, pero que ellos lo ayudarían. Habiéndose opuesto Zapata a esta solución, le fue proporcionada una pequeña escolta y con ella se trasladó a la zona de Guerrero.

En agosto había escrito Almazán a Zapata solicitando incorporarse a las fuerzas surianas, y hacia principios de septiembre había obtenido contestación en que se le ordenaba recibiera instrucciones del general Julio Gómez, lo que estimó Juan Andrew como demasiado humillante para él, y en atención a lo cual se decidió a luchar por su cuenta en Guerrero, pues la noticia que le dieron los generales Amador Salazar y Felipe Neri le hacía comprobar que los intrigantes que rodeaban a Emiliano lo habían predispuesto contra él. Desde este tiempo, hasta la caída y muerte de Madero, Almazán se sostendría aislado en Guerrero.

Durante el resto del año 1912, Juan Andrew sostuvo diferentes combates contra los maderistas. El 10 de septiembre se batió en Tonicato, Estado de México, con 200 hombres en contra de 400 de las tres armas, al mando del general Antonio Olea, acción que duró tres horas y se perdió. El día 20 sostuvo un tiroteo nutrido en las Lomas de Agua Bendita, Mina, estado de Guerrero, entre 10 hombres a sus órdenes y 150 del coronel Genaro Basave, habiéndose perdido la acción. El día 25 tuvo varios tiroteos en Apaxtla, Mina, Guerrero, entre 200 hombres a sus órdenes contra 150 del coronel Basave, habiendo perdido la acción. En la misma fecha se tirotearon sus fuerzas y otras de los maderistas, por el rumbo de Zacapostepec y Cacalotepec, en el distrito y estado referidos. El 10 de octubre sostuvo un combate en forma en Atliaca, Guerrero, con 600 hombres



en contra de 500 al mando del coronel Luis G. Cartón, acción que duró tres horas y se perdió. El día 26 tuvo otro combate en Xalpatláhuac, con 250 hombres en contra de 300 que componían la guarnición de Ayutla, Guerrero, al mando de Benito Sánchez, que murió en la acción, la cual duró nueve horas. Por la noche tomó la plaza de Ayutla, después de haber derrotado y perseguido al enemigo, a quien dispersó. Esta acción valió a Almazán su ascenso a general de brigada por el general Emiliano Zapata, el 11 de noviembre siguiente, fecha en que ambos jefes se reconciliaron aparentemente. Por último, el 8 de diciembre Juan Andrew tuvo un combate en El Carrizal, distrito de Bravos, Guerrero, con 150 hombres en contra de 400 de caballería e infantería del general Julián Blanco. Esta acción duró tres horas y media y el enemigo fue derrotado.

A fines de ese año fue sustituido el general Robles por el general Felipe Ángeles en la campaña contra Zapata. El maderismo no podía ignorar las atrocidades de esos bandidos, aunque las había permitido encomendándoles tal situación. Los mismos escritores maderistas reconocen, con nosotros, todos los crímenes que Robles cometió en Morelos contra los campesinos.

Ángeles, en cambio, era un militar severo, pero honrado, educado en Europa y Estados Unidos, magnífico artillero, pundonoroso y leal a Madero sobre todas las cosas. La sustitución significó una permuta de bandolero a caballero, pero, a pesar de eso, la oficialidad que ascendía en virtud de “hazañas” y “triumfos” puramente imaginativos, permitidos antes por Robles, continuó en sus atropellos a los pueblos durante la gestión del general Ángeles, debido a lo cual éste ordenó el 31 de diciembre que “no se emprendiera combate alguno sin su consentimiento”.

Terminaba el año con la aparente destrucción del zapatismo. El gobierno se encontraba muy complacido del resultado



de sus campañas en el norte contra Pascual Orozco, dirigidas por el general de brigada Victoriano Huerta, que era un malvado, según afirma razonablemente el señor Bulnes. Y creía que por los desmanes de Robles y la pericia de Ángeles, el general Zapata estaba definitivamente derrotado. Mas en los cerros y montes, lejos del ejército federal, huyendo y en absoluta miseria, pero protegidos por la fidelidad de todos los campesinos, que jamás los traicionaban, los soldados del general Zapata se conservaban reunidos cerca de su jefe y aguardaban a que cayera la noche para bajar a los pueblos y villas a divertirse y bailar. Emiliano esperaba, reponiéndose un poco, el momento propicio para reanudar la campaña.

Principiando el año de 1913 se hizo la contrarrevolución. El general Huerta se posesionó por sorpresa del Palacio Nacional, del presidente y vicepresidente de la República, Francisco I. Madero y licenciado Pino Suárez, respectivamente. Obraban de común acuerdo el general Huerta, el señor León de la Barra, el general Félix Díaz, sobrino del exdictador, el general Mondragón y Aureliano Blanquet, que siempre había sido un traidor y que más tarde iba a verse despreciado y solo.

El 9 de febrero había ido Madero a Cuernavaca para obtener un fuerte contingente militar, así como para traer al general Ángeles, a fin de combatir a los rebeldes de la Ciudadela. Regresó al día siguiente con 2000 hombres y con el jefe artillero a quien aludimos. Ángeles se establecería en las calles de la ciudad, pero debido al golpe de Huerta, que se unió a los infidentes de la Ciudadela, tuvo que rendirse posteriormente.

Suprimidos alevosamente el señor Madero y el señor Pino Suárez, cuyos asesinatos ordenaron Huerta en el Palacio Nacional y Félix Díaz en su domicilio de las calles de las Artes, en México, auspiciados ambos por el torpe y criminal embajador de Estados Unidos, el nuevo gobierno se dedicó a atraerse el mayor número posible de simpatizadores. Se



giraron órdenes a los jefes militares de todo el país dándoles aviso del “cambio” de mandatarios y por la vía telegráfica se dio aviso a los gobernadores de los estados.

Menudeaban las traiciones entre los jefes zapatistas. Parecían haber abandonado al general El Tuerto Morales y Otilio E. Montaña, que andaban en México en trapicheos con los políticos huertistas y que pretendían, a mayor abundamiento, la sumisión de Emiliano al general Huerta, que “se había encargado del Poder Ejecutivo”.

Debido a ese propósito llegó a Cuernavaca el coronel Pascual Orozco padre, el 21 de marzo, y allí recibió un mensaje del caudillo agrarista, en que solicitaba que Orozco hijo fuese a conferenciar con él el día 1o. de abril en la hacienda de Temilpa, de la que se retirarían las tropas para ofrecer amplia seguridad.

La firmeza de convicciones del general se demostró una vez más con motivo de la entrevista que concedió al estudiante de medicina Guillermo Gaona Salazar en la hacienda de Chinameca. Zapata le manifestó al enviado del doctor Vázquez Gómez que por ningún motivo se rendiría al gobierno de Huerta, puesto que “estaba convencido de que ahora menos se cumplirían los ideales agraristas por los cuales estaban luchando los indios”.

Los ofrecimientos halagadores de Huerta, ante los que otros jefes, como Juvencio Robles, habían cedido inmediatamente, serían ineficaces con Zapata. Iba a continuar la lucha emprendida en 1910. Incansable, duro en la fe por la redención y justicia del campesino, otra vez el líder va a sufrir persecuciones, derrotas, calumnias; pero le será igual que la victoria. Su espíritu, templado desde la niñez, no se arrodará frente a las nuevas violencias. Con él, como antes, los indios se levantaron al unísono.

Por ese tiempo Almazán se adhirió al gobierno del general Huerta. Jesús H. Salgado, Silvestre Mariscal, Chon Díaz



y todos los jefes y oficialidad revolucionaria de Guerrero, se unieron a Huerta, a quien ellos, inclusive Almazán, siempre juzgaron como un postergado y como hombre salido del verdadero pueblo. Seguramente muchos de ellos, como Almazán, se adhirieron al huertismo desconociendo, en la lejanía, el asesinato de Madero y Pino Suárez, “crimen inútil de una estupidez inconcebible”; y sabiendo, por otra parte, que el Congreso Federal, de filiación maderista, había aceptado las renunciaciones de Madero y Pino Suárez y había reconocido a Huerta como presidente de la República.

Por conducto del general Zozaya, jefe de la guarnición de Acapulco, y valiéndose también del coronel Martín Vicario, Almazán se adhirió al nuevo gobierno, régimen al que asimismo entraron personas estimadas entonces como revolucionarias e insospechables: Rodolfo Reyes, Toribio Esquivel Obregón, el general Mondragón y otros muchos.

El 17 de abril fue aprehendido Tajonar, gobernador interino de Morelos, por suponersele en connivencia con los zapatistas, y otra vez Juvencio Robles, traidor al maderismo, asumió el mando militar y civil en el estado.

El diputado José María Lozano, hábil y brillante orador, pero desgraciadamente ligado en todos sus actos al huertismo, del que sería un funcionario destacado, pretendió manchar el buen nombre de Zapata el día 19 del citado mes, en que pronunció un discurso en la Cámara de Diputados, manifestando que el caudillo agrarista y otros jefes del zapatismo, como Genovevo de la O, cobraban a los hacendados una cuota que les permitía percibir un sueldo mensual equivalente a 1 500 pesos por cada uno. Parecía olvidar el tribuno jalisciense que al general le había ofrecido Madero riquezas y haciendas; olvidaba también los toledanos ofrecimientos de Huerta y las tentadoras promesas de Vázquez Gómez; y, finalmente, Lozano llegaba en su injusticia, por adular a Huerta, hasta dejar pasar



desapercibido el hecho de que Zapata tenía ya por entonces la posibilidad de controlar la producción de las ricas minas del sur, de donde iba a salir la mayor parte del oro y plata acuñables de la Revolución. Poco tardaría Zapata en demostrar al orador que lo detractaba, que los zapatistas acuñarían monedas de valor adquisitivo no superado más tarde por los carrancistas con sus “cartones” y billetes “infalsificables”; rico hubiera salido el general, de usar en su provecho esos metales. Pero los diputados, que no tenían tiempo más que para pensar en sus problemas de orden “constitucional” y de política inmediata, convencidos por la fácil palabra de Lozano, lo aplaudieron frenéticamente. Nadie pensaba que iban a durar poco todas esas cosas.

Se iniciaban las victorias zapatistas. El día 22 fue tomada la plaza de Jonacatepec por las fuerzas del general Zapata, las que fusilaron a la guarnición, que estaba a las órdenes de Higinio Aguilar, que fue aprehendido. Esta noticia, desastrosa para el gobierno, que atendía al propio tiempo a otros levantamientos en el norte, fue confesada por el ministro de Gobernación, Alberto García Granados.

Yautepec era sitiada; los campesinos se distribuían estratégicamente bajo la dirección del general Zapata, y todo el sur, que los federales iban incendiando a su paso, se levantaba como un solo hombre contra la soldadesca huertiana de Juvencio Robles.

El 30 de mayo fue adicionado el Plan de Ayala en el sentido de desconocer todo valor político legal al usurpador Huerta, declarando, por otra parte, que Pascual Orozco era indigno

del honor que le habían conferido los revolucionarios del sur y del centro, puesto que, por sus inteligencias y componendas con el ilícito, nefasto pseudogobierno de Huerta, ha decaído en la



estimación de sus conciudadanos, hasta el grado de quedar en condiciones de un cero social, esto es, sin significación alguna aceptable, como traidor que es a los principios juramentados.

En virtud de dicha reforma, quedaba como jefe del Ejército Libertador Centro-Suriano el general Emiliano Zapata. Firmaban tal acuerdo los jefes zapatistas, generales y coroneles Ángel Barrios, Eufemio Zapata, Genovevo de la O, Felipe Neri, Cándido Navarro, Francisco V. Pacheco, Francisco Mendoza, Amador Salazar, Jesús Capistrán, Lorenzo Vázquez, Bonifacio García, Aurelio Bonilla, Francisco Alarcón, Emigdio H. Castrejón, Trinidad A. Paniagua, Manuel Palafox, etcétera, en el campamento revolucionario en Morelos.

Poco después, en medio de los hechos de guerra que sujetaban al zapatismo a amagar en los pueblos a las tropas federales y que por lo mismo los obligaban a no descansar en tiempo alguno, el general dictó varias instrucciones el 28 de julio, para que todos los jefes se abstuvieran de acordar entrevistas o tratados con las fuerzas del gobierno ilegal, y para que en las plazas tomadas al enemigo se dieran toda clase de garantías a los ciudadanos pacíficos, instruyéndose rápidos consejos de guerra a los traidores a la causa y procediendo al castigo de los soldados federales, de acuerdo con la índole de los delitos que hubiesen cometido.

Los peones armados asediaron “el pedregal”, entre Tizapán y la población de San Ángel, vecina a la capital de la República; llegaron hasta Santa Fe, donde tuvieron una ligera escaramuza con el destacamento de la fábrica de pólvora situada en ese lugar, y poco después, el 16 de agosto, procedieron al fusilamiento en Huautla del coronel Pascual Orozco y de Emilio Mazari, así como de otra persona que acompañaba a éstos.



Las fuerzas vandálicas de Robles, al llegar a Huautla después de un duro combate con los zapatistas, se encontraron con los cadáveres de aquellos federales. Habían incendiado todos los pueblos por donde hacían camino hacia Huautla; arrasaban cuanto encontraban. Entonces el general Zapata había llamado a Pascual Orozco y, mostrándole a lo lejos las columnas de humo que provocaban los federales inconscientes, le había dicho: “¿Y a un gobierno como ese venía a proponerme que me rindiera?”. La llanura de Cuautla estaba incendiada; Villa Ayala ardía también. Pocas horas más tarde, Orozco y sus acompañantes eran pasados por las armas, como traidores al movimiento revolucionario agrarista.

Comparado este hecho con la siega de vidas humanas llevada a cabo por la gente de Robles, las mujeres violadas y las cosechas y casas destruidas, el zapatismo aparece como demasiado benigno, si se acepta que toda represalia era lógica. Las bravatas que posteriormente lanzaría el general Orozco, hijo del muerto, por medio de los periódicos, carecían de seriedad, pues al llamar “bandido” a Zapata y al titularlo “cobarde” pretendía olvidar los actos punibles de la soldadesca huertiana así como el hecho de que él, Orozco, no sólo había traicionado a los agraristas surianos, sino que había rehuido toda entrevista con Zapata, a quien temía.

Las noticias que dieron los periódicos, vendidos a Huerta, en el sentido de que Orozco, con una columna de 50 000 hombres saldría a combatir a Zapata, eran torpes y falsas. El norteño, que ya había adquirido buenos dineros de la Revolución, seguramente no se expondría a perder la vida o a que lo derrotasen en el sur, ofuscando así sus aparentes méritos de estrategia. De este modo fue como Orozco se dedicó a otras cosas al poco tiempo, haciendo caso omiso de la muerte de su padre.

Zapata colaboró con el constitucionalismo en combates continuos que distraían la atención del gobierno.



Debe afirmarse que los dos hechos que hicieron triunfar la revolución de 1914 contra Huerta, fueron: la actitud de Zapata para enfrentarse con la nueva situación, y el asesinato de Madero, crimen político de estupidez inconcebible y que sin él, el Presidente Wilson habría reconocido y apoyado a Huerta, porque el pueblo americano aplaudió el cuartelazo contra Madero y reprobó indignado su asesinato.²

Ocho mil soldados les fueron nulificados a los cuartelarios febreristas, como dice con razón Bulnes, puesto que esas tropas se ocuparon de evitar que el zapatismo se desbordase sobre Puebla, Toluca y el Distrito Federal, “hasta tirotear a la Ciudad de México”. “A Zapata se debe, pues, la victoria llamada constitucionalista”.³

Menudeaban los asaltos a los trenes. El 29 de septiembre las fuerzas del jefe Porfirio E. Martínez detuvieron un tren en Panzacola, cerca de Puebla, y aniquilaron a la escolta. El 7 de diciembre otro sector de tropas zapatistas apareció cerca de Tres Marías, Huitzilac y Cruz de Piedra, lugares de los que se posesionó.

A todo esto, el general había lanzado una nueva proclama a los suyos desde su cuartel general en Tlalcozotitlán, estado de Guerrero, por medio de la cual excitaba a las tropas a mantener firme la disciplina “y a otorgar garantías a personas y propiedades, suspendiendo solamente las garantías constitucionales a quienes se compruebe que ayudan o apoyan con las armas como voluntarios al mal gobierno ilegal de Huerta”.

Aquí debemos insistir en los verdaderos lineamientos del pensamiento político-social del general Zapata, expuestos en su famoso manifiesto a la nación que apareció fecha-

² Francisco Bulnes, *Los grandes problemas de México*, p. 161.

³ *Idem.*



do el 20 de octubre de 1913 en el campamento revolucionario en Morelos, y cuyo texto es el siguiente:

La victoria se acerca, la lucha toca a su fin. Se libran ya los últimos combates, y en estos instantes solemnes, de pie y respetuosamente descubiertos ante la nación, aguardamos la hora decisiva, el momento preciso en que los pueblos se hundan o se salvan, según el uso que se hace de la soberanía conquistada, esa soberanía por tanto tiempo arrebatada a nuestro pueblo, y la que con el triunfo de la revolución volverá ileso, tal como se ha conservado y la hemos defendido aquí, en las montañas, que han sido su solio y nuestro baluarte. Volverá dignificada y fortalecida para nunca más volver a ser mancillada por la impostura ni encadenada por la tiranía.

Tan hermosa conquista ha costado al pueblo mexicano un terrible sacrificio, y es un deber, un deber imperioso para todos, procurar que ese sacrificio no sea estéril; por nuestra parte, estamos bien dispuestos a no dejar ni un obstáculo enfrente, sea de la naturaleza que fuere y cualesquiera que sean las circunstancias en que se presente, hasta haber levantado el porvenir nacional sobre una base sólida, hasta haber logrado que nuestro país, amplíe la vía y limpie el horizonte, marche sereno hacia el mañana grandioso que le espera.

Perfectamente convencidos de que es justa la causa que defendemos, con plena conciencia de nuestros deberes y dispuestos a no abandonar ni un instante la obra grandiosa que hemos emprendido, llegaremos resueltos hasta el fin, aceptando ante la civilización y ante la historia las responsabilidades de este acto de suprema reivindicación.

Nuestros enemigos, los eternos enemigos de las ideas regeneradoras, han empleado todos los recursos y acudido a todos los procedimientos para combatir la revolución, tanto para vencerla en la lucha armada como para desvirtuarla en su origen y desvirtuarla en sus fines.



Sin embargo, los hechos hablan muy alto de la fuerza y el origen de este gran movimiento:

Más de treinta años de dictadura parecían haber agotado las energías y dado fin al civismo de nuestra raza, y a pesar de ese largo periodo de esclavitud y enervamiento, estalló la revolución de 1910, como un clamor inmenso de justicia que vivirá siempre en el alma de las naciones, como vive la libertad en el corazón de los pueblos, para vivificarlos, para redimirlos, para levantarlos de la abyección, a la que no puede estar condenada eternamente la especie humana.

Fuimos los primeros en tomar parte en aquel movimiento, y el hecho de haber continuado en armas después de la expulsión de Porfirio Díaz y de la exaltación de Madero al poder, revela la pureza de nuestros principios y el perfecto conocimiento de causa con que combatimos y demuestra que no nos llevaban mezquinos intereses, ni ambiciones bastardas, ni siquiera los olopeles de la gloria, no; no buscábamos ni buscamos las pobres satisfacciones del medro personal, no anhelamos la triste vanidad de los honores ni queremos otra cosa que no sea el verdadero triunfo de la causa, consistente en la implantación de los principios, la realización de los ideales y la resolución de los problemas, cuyo resultado tiene que ser la salvación y el engrandecimiento de nuestro pueblo.

La fatal ruptura del Plan de San Luis motivó y justificó nuestra rebeldía contra aquel acto que invalidaba todos los compromisos y defraudaba todas las esperanzas, que nulificaba todos los esfuerzos y esterilizaba todos los sacrificios y truncaba, sin remedio, aquella obra de redención tan generosamente emprendida por los que dieron sin vacilar, como abono para la tierra, la sangre de sus venas. El pacto de Ciudad Juárez devolvió el triunfo a los enemigos y la víctima a sus verdugos; el caudillo de 1910 fue el autor de aquella amarga traición, y fuimos contra él, porque, lo repetimos, ante la causa no existen para nosotros las personas, y conocemos lo



bastante la situación para dejarnos engañar por el falso triunfo de unos cuantos revolucionarios convertidos en gobernantes: lo mismo que combatimos a Francisco I. Madero, combatiremos a otros cuya administración no tenga por base los principios por que lucharemos.

Roto el Plan de San Luis, recogimos la bandera y proclamamos el Plan de Ayala.

La caída del gobierno pasado no podía significar para nosotros más que un motivo para redoblar nuestros esfuerzos, porque fue el acto más vergonzoso que puede registrarse; ese acto de abominable perversidad, ese acto incalificable que ha hecho volver el rostro indignados y escandalizados a los demás países que nos observan y a nosotros nos ha arrancado un estremecimiento de indignación tan profunda, que todos los medios y todas las fuerzas juntas no bastarían a contenerla, mientras no hayamos castigado el crimen, mientras no ajusticiemos a los culpables.

Todo esto por lo que respecta al origen de la revolución; por lo que toca a sus fines, ellos son tan claros y precisos, tan justos y nobles, que constituyen por sí solos una fuerza suprema, la única con que contamos para ser invencibles, la única que hace inexpugnables estas montañas en que las libertades tienen su reducto.

La causa por que luchamos, los principios e ideales que defendemos, son ya bien conocidos de nuestros compatriotas, puesto que en su mayoría se han agrupado en torno de esta bandera de redención, de ese lábaro santo del Derecho bautizado con el sencillo nombre de Plan de Villa Ayala. Allí están contenidas las más justas aspiraciones del pueblo, planteadas las más imperiosas necesidades sociales y propuestas las más importantes reformas económicas y políticas, sin cuya implantación el país rodaría inevitablemente al abismo, hundiéndose en el caos de la miseria, de la ignorancia y de la esclavitud.



Es terrible la oposición que se ha hecho al Plan de Ayala, pretendiendo, más que combatirlo con razonamientos, desprestigiarlo con insultos, y para ello, la prensa mercenaria, la que vende su decoro y alquila sus columnas, ha dejado caer sobre nosotros una asquerosa tempestad de cieno, de aquel en que alimenta su impudicia y arrastra su abyección. Y, sin embargo, la revolución, incontenible, se encamina hacia la victoria.

El gobierno, desde Porfirio Díaz a Victoriano Huerta, no ha hecho más que sostener y proclamar la guerra de los ahítos y los privilegiados contra los oprimidos y los miserables; no ha hecho más que violar la soberanía popular, haciendo del poder una prebenda; desconocer las leyes de la evolución, intentando detener a las sociedades y violar los principios más rudimentarios de la equidad, arrebatando al hombre los más sagrados derechos que le dio la Naturaleza. He allí explicada nuestra actitud, he allí resuelto el enigma de nuestra indomable rebeldía y he allí propuesto, una vez más, el colosal problema que preocupa actualmente no sólo a nuestros conciudadanos, sino también a muchos extranjeros. Para resolver ese problema, no hay más que acatar la voluntad nacional, dejar libre la marcha a las sociedades y respetar los intereses ajenos y los atributos humanos.

Por otra parte, y concretando lo más posible, debemos hacer otras aclaraciones, para dejar explicada nuestra conducta del pasado, del presente y del porvenir:

La nación mexicana es demasiado rica. Su riqueza, aunque virgen, es decir, todavía no explotada, consiste en la Agricultura y la Minería; pero esa riqueza, ese caudal de oro inagotable, perteneciendo a más de quince millones de habitantes, se halla en manos de unos cuantos miles de capitalistas, y de ellos una gran parte no son mexicanos. Por un refinado y desastroso egoísmo, el hacendado, el terrateniente y el minero explotan una pequeña parte de la tierra, del monte y de la veta, aprove-



chándose ellos solos de sus cuantiosos productos y conservando la mayor parte de sus “propiedades” enteramente vírgenes, mientras un cuadro indescriptible de miseria tiene lugar en toda la República. Es más, el burgués, no conforme con poseer grandes tesoros de los que a nadie participa, en su insaciable avaricia roba el producto de su trabajo al obrero y al peón, despoja al indio de su pequeña propiedad y, no satisfecho aún, lo insulta y golpea, haciendo alarde del apoyo que le prestan los tribunales, porque el juez, única esperanza del débil, hállase también al servicio de la canalla; y ese desequilibrio económico, ese desequilibrio social, esa violación flagrante de las leyes naturales y de los atributos humanos, son sostenidos y proclamados por el Gobierno, que a su vez sostiene y proclama, pasando por sobre su propia dignidad, la soldadesca execrable.

El capitalista, el soldado y el gobernante habían vivido tranquilos, sin ser molestados ni en sus privilegios, ni en sus propiedades, a costa del sacrificio de un pueblo esclavo y analfabeta, sin patriotismo y sin porvenir, que estaba condenado a trabajar sin descanso y a morir de hambre y de agotamiento, puesto que, gastando todas sus energías en producir tesoros incalculables, no le era dado contar ni con lo indispensable siquiera para satisfacer sus necesidades más perentorias. Semejante organización económica, tal sistema administrativo que venía a ser un asesinato en masa para el pueblo, un suicidio colectivo para la nación y un insulto, una vergüenza para los hombres honrados y conscientes, no pudieron prolongarse por más tiempo, y surgió la revolución, engendrada, como todo movimiento de las colectividades, por la necesidad. Aquí tuvo su origen el Plan de Ayala.

Antes de ocupar don Francisco I. Madero la Presidencia de la República, mejor dicho, a raíz de los tratados de Ciudad Juárez, se creyó en una posible rehabilitación del débil ante el fuerte, se esperó la resolución de los problemas pendientes y la abolición del privilegio y del monopolio, sin tener en cuen-



ta que aquel hombre iba a cimentar su gobierno en el mismo sistema vicioso y con los mismos elementos corrompidos con que el caudillo de Tuxtepec durante más de seis lustros extorsionó a la nación. Aquello era un absurdo, una aberración, y, sin embargo, se esperó, porque se confiaba en la buena fe de aquel aventurero que había vencido al dictador. El desastre, la decepción, no se hicieron esperar. Los luchadores se convencieron entonces de que no era posible salvar su obra ni asegurar su conquista dentro de esa organización moribunda y apolillada, que necesariamente había de tener una crisis antes de derrumbarse definitivamente: la caída de Francisco I. Madero y la exaltación de Victoriano Huerta al poder.

En este caso, y conviniendo en que no es posible gobernar al país con este sistema administrativo sin desarrollar una política enteramente contraria a los intereses de las mayorías, y siendo, además, imposible la implantación de los principios por que luchamos, es ocioso decir que la revolución del sur y centro, al mejorar las condiciones económicas, tiene, necesariamente, que reformar de antemano las instituciones, sin lo cual, fuerza es repetirlo, le sería imposible llevar a cabo sus promesas.

Allí está la razón de por qué no reconoceremos a ningún gobierno que no nos reconozca y, sobre todo, que no garantice el triunfo de nuestra causa.

Puede haber elecciones cuantas veces se quiera; pueden asaltar, como Huerta, otros hombres la silla presidencial, valiéndose de la fuerza armada o de la farsa electoral, y el pueblo mexicano puede también tener la seguridad de que no arriaremos nuestra bandera ni cejaremos un instante en la lucha, hasta que victoriosos podamos garantizar con nuestra propia cabeza el advenimiento de una era de paz que tenga por base la justicia y como consecuencia la libertad económica.

Si como lo han proyectado esas fieras humanas vestidas de oropeles y listones, esa turba desenfrenada que lleva tintas



en sangre las manos y la conciencia, realizan con mengua de la ley la repugnante mascarada que llaman elecciones, vaya desde ahora, no sólo ante el nuestro, sino ante los pueblos todos de la tierra, la más enérgica de nuestras protestas, en tanto podamos castigar la burla sangrienta que se haga de la Constitución de 57.

Téngase, pues, presente, que no buscamos el derrocamiento del actual gobierno para asaltar los puestos públicos y saquear los tesoros nacionales, como ha venido sucediendo con los impostores que logran encumbrarse a las primeras magistraturas; sépase, de una vez por todas, que no luchamos contra Huerta únicamente, sino contra todos los conservadores, enemigos de la hueste reformista, y, sobre todo, recuérdese siempre que no buscamos honores, que no anhelamos recompensas, que vamos sencillamente a cumplir el compromiso solemne que hemos contraído, dando pan a los desheredados y una patria libre, tranquila y civilizada a las generaciones del porvenir.

Mexicanos: si esta situación anómala se prolonga, si la paz, siendo una aspiración nacional, tarda en volver a nuestro suelo y a nuestros hogares, nuestra será la culpa y no de nadie. Unámonos en un esfuerzo titánico y definitivo contra el enemigo de todos; juntemos nuestros elementos, nuestras energías y nuestras voluntades, y opongámoslos cual una barricada formidable a nuestros verdugos; contestemos dignamente, enérgicamente, ese latigazo insultante que Huerta ha lanzado sobre nuestras cabezas; rechacemos esa carcajada burlesca y despectiva que el poderoso arroja desde los suntuosos recintos donde pasea su encono y su soberbia, sobre nosotros, los desheredados, que morimos de hambre en el arroyo.

No es preciso que todos luchemos en los campos de batalla; no es necesario que todos aportemos un contingente de sangre a la contienda; no es fuerza que todos hagamos sacrificios iguales en la revolución; lo que es indispensable es que



todos nos irgamos resueltos a defender el interés común y rescatar la parte de soberanía que se nos arrebató.

Llamad a vuestras conciencias; meditad un momento sin odio, sin pasiones, sin prejuicios, y esta verdad, luminosa como el sol, surgirá inevitablemente ante vosotros: la revolución es lo único que puede salvar a la República.

Ayudad, pues, a la revolución. Traed vuestro contingente, grande o pequeño, no importa cómo, pero traedlo. Cumplid con vuestro deber y seréis dignos; defended vuestro derecho y seréis fuertes; y sacrificaos, si fuere necesario, que después la patria se alzaré satisfecha sobre su pedestal incommovible y dejará caer sobre vuestra tumba un puñado de rosas.

Reforma, Libertad, Justicia y Ley.
Campamento revolucionario en Morelos,
20 de octubre de 1913.
El general en jefe del Ejército Libertador
del Sur y Centro, Emiliano Zapata.

Terminaría el año con el espectáculo constante de los campesinos zapatistas luchando bajo las instrucciones de su jefe por los principales estados del sur. En ocasiones, que eran contadas, gozaban de algún descanso justamente merecido; entonces el general asistía a algunas peleas de gallos y a jaripeos y bailes que las mujeres humildes de los pueblos adornaban con su presencia.

Ya hemos dicho que Zapata, a pesar de ser el estupendo político del manifiesto que acabamos de reproducir, no era ningún intelectual, sino hombre rústico, y sus gustos eran gustos de gente sencilla del campo. Amaba los caballos, las mujeres, las fiestas de gallos y los "rodeos". Su habilidad de jinete era número uno. Su galanura y dominio en toda suerte de fiestas hípcas se demostraba siempre que había ocasión. El zapatismo tuvo excelentes jinetes.



A pesar de todo, cualquier fiesta la supeditaba a los intereses de la campaña; cualquier caballo suyo lo regalaba a aquel de sus subalternos que se hubiese distinguido de algún modo, o lo sacrificaba, cuando era necesario, en la guerra.

En cuanto a las mujeres que pasaron por la vida del caudillo, ninguna de ellas reviste el aspecto de aventura soez en que eran expertos los soldados del norte. Prueba es que de Zapata ni sus enemigos han logrado decir algo a este respecto. Respetuoso y “macho” en un elevado sentido, sus amores tuvieron siempre algo de romance en su naturalidad. Y tan elevado y digno fue en su conducta, como que casi nada se conserva de ello. Apenas el romance de su casamiento, el nacimiento de sus hijos María Luisa y Mateo y el valor de ternura que este acontecimiento vino a dar a su vida agitada y apostólica. Apenas, también, el romance de la muchacha Alfaro, madre de Nicolás.

El año de 1914 se iniciaba, a todo esto, con algunos hechos de armas. El 3 de enero las fuerzas de Genovevo de la O atacaron a los federales, haciéndoles algunas bajas, en Cuernavaca. El día 20 el mismo jefe y algunos otros se enfrentaron a las tropas del general Antonio G. Olea y del coronel Trucy Aubert; el combate se prolongó varias horas y el resultado fue que los federales, temerosos de ser derrotados, incendiaron Texcal, al este de Cuernavaca.

El día 29 del mismo mes los zapatistas tomaron la plaza de Tláhuac, cerca de Milpa Alta, venciendo al sector federal las fuerzas del general Everardo González.

Ya el 22 de mayo se habían apoderado los campesinos de algunos puntos cercanos a Cuernavaca, y de los pueblos de Santa María, Tetela, Buena Vista y Tlaltenango, así como de Chamilpa, Ocotepec y Ahutepec.

La calidad de estrategia de Zapata probóse el 4 de junio, en que sus fuerzas tomaron a sangre y fuego la trinchera de La



Herradura, que defendían dos piezas de artillería de 80 milímetros, sitiando así formalmente a la capital de Morelos con 3000 hombres de Genovevo de la O y 2000 del general Antonio Barona, en tanto que 2000 más evitaban que los refuerzos federales cruzasen por Ocuilan a Malinalco, procedentes del Estado de México. Los jefes Francisco V. Pacheco y Valentín Reyes, en el Distrito Federal, así como Everardo González en Chalco, desarrollaban una labor de obstrucción al gobierno, distrayéndole fuerzas que debían ser enviadas en ayuda de los 7000 soldados que comandaba el general Pedro Ojeda y que se encontraban sitiados y “copados” en la plaza aludida. Desde Guerrero, Zapata se ocupaba esmeradamente de atender a los actos de sus generales.

Poco después se redactó y dio a conocer una reforma al Plan de Ayala, firmada en San Pablo Oztotepec el 19 de julio, por medio de la cual se expresaba que no se consideraría concluida la campaña sino hasta el exterminio y total eliminación de los puestos públicos, de los huertistas que habían llegado al poder por medio de la intriga y del asesinato y hasta que no se estableciese un gobierno de hombres adictos al Plan de Ayala y se hiciesen cumplir los postulados del mismo en cuanto a la distribución y dotación de las tierras y demás principios que proclamara el Plan de San Luis. Firmaban dicha adición, además de los principales jefes zapatistas encabezados por Emiliano, las siguientes personas: Ignacio Maya, Pedro Saavedra, Jesús H. Salgado, Julián Blanco, Fortino Ayaquica, Juan M. Banderas, licenciado Antonio Díaz Soto y Gama y Jenaro Amezcua.

El mes siguiente tuvieron lugar los combates de la columna que comandaba el general Zapata, y la cual venció en Tixtla, en Chilapa, en Iguala, en Chilpancingo y en todas las plazas por donde iba pasando con destino a Tlaltizapán, Jojutla y Yautepec, pueblos estos últimos que también ocupó, haciendo en conjunto unos 4000 prisioneros. La columna



vencedora entra sin dificultades a Cuernavaca, que acaba de ser evacuada por el general Ojeda, quien huye hacia Toluca acompañado de las familias burguesas del lugar, que, mucho antes de este día 13 de agosto, ya temían la entrada de los zapatistas a la ciudad.

En tanto, desde el mes de abril la situación del huertismo venía haciéndose insostenible por varias razones: los triunfos del constitucionalismo y villismo en el norte; las derrotas de los federales en el sur a manos de zapatistas; y el conflicto con Estados Unidos, que se inició el 21 de dicho mes con el atentado del comandante Fletcher en Veracruz, ordenado por el presidente Wilson. Sumábanse los rápidos y deslumbrantes triunfos de Obregón en algunos sitios.

Carranza, que entraría a la capital de la República después de que Obregón la había ocupado el día 15 de agosto, se dirigió al general Zapata con fecha 14 del mismo mes, invitándolo a una conferencia a fin de llegar a un acuerdo.

El general le contestó el día 17, sabiendo que dos días antes Obregón se había hecho dueño de la situación militar de la metrópoli, y le manifestó que, para objeto de que la causa del pueblo se viera clara, era necesario que la

revolución del Plan de Ayala entrase a México, dominando con su bandera, y que Carranza y los demás jefes del Ejército Constitucionalista firmasen el acta de adhesión a dicho Plan y lealmente se sometiesen a todas las cláusulas del mismo, porque, de lo contrario, no habría paz en nuestro país.

En seguida se mostraba conforme el general con la proposición de la conferencia, e invitaba a Carranza a pasar al cuartel general de Yauhtepec, donde se le darían amplias garantías y “podrían hablar con libertad”.



Esta última proposición hará sonreír desdeñosamente a Carranza, ocupado solamente de él mismo, egoísta como viejo político exporfirista que era, educado en la escuela del engaño, cuando no de la traición. Sus admiradores siempre dijeron que tenía un gran carácter, a pesar de todo.

Con motivo de algunas preguntas que Genovevo de la O le hizo a Carranza para que diese su opinión respecto al Plan de Ayala y al zapatismo, el señor Carranza designó como sus representantes al licenciado Luis Cabrera y al general Antonio I. Villarreal, para que en Cuernavaca hablasen con el general Zapata.

Esas conferencias se iniciaron el 29 de agosto entre Zapata, Manuel Palafox, Alfredo Serratos, Antonio Díaz Soto y Gama y las personas ya nombradas.

En esa misma fecha tuvo lugar la toma de la plaza de Ajalpan, distrito de Tehuacán, en el estado de Puebla, con 400 hombres en contra de 200 al mando del general Barbosa. Comandó las tropas triunfantes el general Almazán; duró la acción 30 minutos y se destrozó al enemigo.

Almazán había andado por el norte desde marzo de ese año. Había sostenido entre los días 20 y 21 de dicho mes un furioso combate en la hacienda de Sacramento, en el estado de Durango, con 400 hombres en contra de 4000 pertenecientes a la División del Norte, mandados por los jefes Raúl Madero, Manuel Chao, J. Trinidad Rodríguez, Eugenio Aguirre Benavides, Toribio Ortega, Máximo García, Benito García, etcétera; rechazó al enemigo después de 18 horas de combate, con más de 500 bajas. De esa fecha al 2 de abril, había defendido las plazas de Gómez Palacio, en el estado de Durango, y Torreón en el de Coahuila, teniendo Almazán el mando de una brigada de caballería. Se evacuaron esas plazas en completo orden y, después de varios combates diarios, siempre formidables, se rechazó al enemigo. Asimismo, entre los días 9 y 13 de abril, había defendido la plaza de San



Pedro de las Colonias, en el estado de Coahuila, teniendo Juan Andrew el mando de una brigada de caballería. Se evacuó la plaza.

Posteriormente Almazán escribió a Zapata proponiéndole su reingreso al Ejército Libertador, proposición que aceptó Emiliano inmediatamente, recibiendo a Juan Andrew con todo afecto. Ya en estas condiciones, libró Almazán el combate de Ajalpan, en Tehuacán, arriba citado.

Es famosa la carta que por ese tiempo dirigió el general Zapata a don Pablo González, de quien se dice que “es grave, silencioso, jamás ha conocido la victoria, pero trae una decidida resolución de hacer dinero”.⁴ La carta aparece fechada el 30 de agosto en Cuernavaca y en ella dice el general Zapata que no ve

afinidad de ideales entre los planes de Ayala y de Guadalupe, pues el primero es programa de principios, y sus sostenedores, los hombres del sur, están combatiendo por esos principios, que salvarán a la tierra de sus mayores, en tanto que el otro es un programa personalista que trata de colocar a una persona en el poder y darle facultades para beneficiarse con el trabajo del pueblo.

Esa carta, certera y sagaz, es el juicio más valiente que se hizo en ese tiempo sobre el plan carrancista, y es cuanto puede decirse en tan corto espacio y cuanto creyó Zapata que merecía decirse de aquel documento.

El resultado de la conferencia entre zapatistas y carrancistas, fue que los representantes del agrarismo sostuvieron su punto de vista, a lo cual Carranza contestó que no le era posible reconocer el Plan de Ayala y adoptarlo como suyo,

⁴ Alfonso Taracena, *En el vértigo de la Revolución Mexicana*, p. 202.



porque la reforma agraria ya estaba prevista, y que si los zapatistas deseaban efectivamente esa reforma, deberían unir sus esfuerzos a los de la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista “reconociendo la autoridad de ella y concurriendo a la Convención de jefes que se ha convocado para el día primero del mes de octubre”.

Los delegados a la Convención, por parte de Zapata, fueron el general Leobardo Galván, el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, el coronel Manuel J. Santibáñez y Manuel Driade, así como algunos otros.

Esa Convención, en que villistas y carrancistas iban a “ponerse de acuerdo”, aunque ninguno de sus jefes lo intentaba lealmente, fue un juguete del orador Soto y Gama, hábil tribuno parlamentario que, después de estar a punto de ser acribillado a balazos por los convencionistas cuando se expresó desdeñosamente de la insignia nacional, escuchó que esas mismas personas lo aplaudían hasta el delirio y lanzaban vivas y gritos en favor del general Zapata y del Plan de Ayala.

Ya para el 23 de noviembre, después de algunos encuentros con las fuerzas del general Pedro C. Colorado, los zapatistas logran derrotarlo y se apoderan de Xochimilco y de San Ángel, con lo cual el general Lucio Blanco se vio obligado a abandonar la capital de la República, adonde llegaron al día siguiente, de modo ordenado, las tropas del general Zapata. Entraron por las calzadas de Tlalpan y San Antonio Abad y por la calle de Flamencos —hoy avenida José María Pino Suárez—. Iban al frente de las tropas el general Barona y el coronel Francisco Flores Alatorre, que se acuartelaron en el Palacio Nacional, Palacio Municipal y cuartel de San Ildefonso. Otorgaron amplias garantías a los ciudadanos. Iba la Ciudad de México a convencerse de que los periódicos mentían acerca del zapatismo y de sus decantados actos de



bandolerismo, que tanto hacían temer al licenciado José María Lozano en la Cámara de Diputados, en años anteriores.

El 27 de noviembre llegó el general a México, se hospedó en un hotel de San Lázaro —como dice con exactitud Taracena—,⁵ y vino acompañado de su hermano Eufemio y del general José Silva Díaz, así como de los coroneles Zenón Aguilar y Francisco Sánchez Peña. Allí recibió a una comisión que componían Manuel de Icaza, Antonio Barona y Francisco V. Pacheco, y declaró que estaba unido al general Francisco Villa contra el carrancismo; que reconocía como presidente al general Eulalio Gutiérrez, que había sido designado por la Convención de Aguascalientes, y que daría garantías a nacionales y extranjeros.

Al día siguiente, sábado, a las 11 horas 15 minutos, llegó el general Zapata al Palacio Nacional acompañado de varios generales, entre los que iba el héroe de “corridos” y canciones populares Benjamín Argumedo.

Se le hicieron a Zapata los honores de su alto rango por una banda zapatista de música y por la guarnición de Palacio, en donde ya estaba alojado Eufemio Zapata desde el día anterior. Tuvo una conferencia con Barona, a quien dio instrucciones, y por la tarde del mismo día salió para Cuernavaca, a preparar el ataque a la ciudad de Puebla.

Una comisión había ido a recibirlo a San Lázaro y lo había atendido con gentileza en Palacio; se pretendía iniciar una gran fiesta en su honor, pero el general detestaba todas esas cosas de los “curros”, de los capitalinos, y no le preocupaban. Por esto, sólo unas horas permaneció en la ciudad.

El día 4 de diciembre se reunieron Zapata y Villa en Xochimilco y se abrazaron en un banquete, donde el general Villa brindó por el apóstol agrarista. Allí se celebró una con-

⁵ Véase Baltasar Dromundo, *Los oradores de México*.



ferencia entre ellos y se firmó un pacto para continuar la lucha contra Carranza.

A los dos días de ese acontecimiento entraron ambos jefes a la capital de la República, al frente de la División del Norte, llena de cananas, de 30-30, de sombreros texanos y uniformes color kaki, y del Ejército Libertador Centro-Suriano, que componían miles de indios y de mestizos armados. Zapata vestía un traje negro de charro, ceñido perfectamente, chaquetilla color tabaco bordada de oro, con un águila diseñada en la espalda, con botonadura de plata, con amplio sombrero oscuro galoneado de plata también. Montaba un caballo prieto; lucía espléndida pistola izquierda y un magnífico aire de jinete. Conservaba, empero, su aire melancólico de que ya antes hemos hablado.

De este día son las fotografías bastante conocidas en que aparece el general Zapata sentado a la mesa en un banquete, a su espalda Montaño, cerca de él José Vasconcelos y el general Francisco Villa, que descansa en la silla presidencial "doble", puesto que Carranza, al irse a Veracruz, se había llevado consigo la silla auténtica creyendo, quizá, que si la conservaba continuaría siendo el presidente de la República.

El día 9 abandonó el general la ciudad en compañía de los generales Enrique S. Villa, Gómez y Lozano, dirigiéndose por la estación de San Lázaro hacia Amecameca, con el objeto de dedicarse a atacar con sus fuerzas la plaza de Puebla, que defendía el general Salvador Alvarado.

A pesar de las indicaciones alarmantes de Carranza a Obregón en el sentido de que preste su ayuda a Alvarado, éste se ve obligado a evacuar la plaza de Puebla ante los ataques de Zapata, que en todo orden y sin resistencia alguna, entra a esa ciudad el día 15 de diciembre.

Por otra parte, el general Almazán había tenido los siguientes combates. El 29 de septiembre, toma de la plaza de Silacayoapan, en el estado de Oaxaca, con 500 hombres,



en contra de 100 de las fuerzas del estado. La acción había durado 30 minutos y el enemigo había sido destrozado. El 4 de octubre, toma de la plaza de Huajuapán de León, en Oaxaca, con 500 hombres en contra de 150 del enemigo, que fue derrotado en combate de una hora. El 8 de octubre sostenía Almazán un furioso combate en Todos Santos Almolonga, distrito de Tepeji, en el estado de Puebla, con 500 hombres en contra de 2 000 al mando del general Antonio Medina, a quienes destrozó por completo, quitándoles ocho ametralladoras y haciéndoles 400 prisioneros y 300 muertos. La acción fue librada a campo raso, en el término de dos horas y media, habiéndose registrado en las tropas de Juan Andrew solamente 14 muertos. Por esta acción fue ascendido Almazán al grado de general de división por el general Emiliano Zapata, con fecha 15 del mismo mes.

El 22 de octubre atacó y tomó Almazán la plaza de Tehuacán, Puebla, con 500 hombres en contra de 300 que eran al mando del general Juan Lechuga, que fueron derrotados, haciéndoseles 80 prisioneros en una acción que duró seis horas. Asimismo, el 9 de noviembre atacó y tomó la plaza de Chietla, en Puebla, con 500 hombres en contra de 300 al mando del general Ramón Anzures. Duró la acción dos horas y se hicieron 80 prisioneros al enemigo, incluyendo al propio general Anzures. Posteriormente atacó y tomó la hacienda de Colón, en el mismo estado de Puebla, con 800 hombres en contra de 1 000 al mando del general Alejo González. Duró la acción cinco horas y se derrotó al enemigo, persiguiéndolo hasta Matamoros Izúcar, a cuya guarnición, compuesta de 3 000 hombres al mando del general Fortunato Maycotte, se le obligó a evacuar la plaza.

El mes de noviembre sostendría aún otros combates. El día 18 tomó San Martín Texmelucan, Puebla, llevando el mando de 1 500 hombres y combatiendo contra 400 durante



una hora. El día 19 combatió en las inmediaciones de San Martín, con las fuerzas de su mando mencionadas, contra 4000 hombres mandados por el general Cesáreo Castro, habiéndose retirado sin ser derrotado. Entre los días 26 y 29 sostuvo Almazán combates continuos en San Pedro Atlimayaya, distrito de Atlixco, Puebla, contra fuerzas del general Alejo González, habiendo sido variables los resultados.

En cuanto al mes de diciembre, los hechos de armas del general Almazán en favor del zapatismo fueron estos: el día 11, toma de San Martín Texmelucan nuevamente, con 400 hombres en contra de 500 al mando del general Fortunato Maycotte; duró la acción dos horas y se derrotó al enemigo, persiguiéndolo rumbo a Puebla. El día 13 se tomó Cholula, estado de Puebla, en contra de 200 hombres. Entre los días 13 y 16 se atacó y tomó la plaza de Puebla, en contra de 6000 hombres que eran al mando del general Francisco Coss. Finalmente, el día 29 de diciembre tuvo lugar el combate de Tepeaca, Puebla, con 2000 hombres en contra de 7000 al mando del general Benjamín Hill, acción que se perdió y duró seis horas, evacuándose la plaza en completo orden.

Así se cierra el curso de los acontecimientos militares del zapatismo en el año de 1914. Obregón prepara entretanto el ataque a la ciudad de Puebla, y Carranza estudia la mejor forma de aniquilar a los villistas, que van derrotando en todas partes al constitucionalismo.

Zapata, un poco decepcionado de Villa y de los suyos, por saberlos faltos de todo ideal, piensa, quizá, que la lucha de los campesinos no tendrá fin si no es venciendo ellos mismos para imponer su propio credo.



CAPÍTULO VIII

La personalidad
moral de Zapata





Banda de Guerra del Ejército Mexicano, ca. 1935.

La prensa amarillista, que reprobaba a columnas desplegadas y a dos tintas los métodos de terror del zapatismo, se olvidaba, bien pronto, de las violencias porfiristas, que jamás tuvieron un reproche de esos mismos periódicos vendidos a la dictadura contra la cual se levantó Zapata.

Nadie recordaba que, en junio de 1879, Porfirio Díaz había ordenado al general Luis Mier y Terán, gobernador de Veracruz, que “matara en caliente”, como lo hizo, a un grupo de jóvenes intelectuales que trataba de restablecer la Constitución de la República y que había sido ya absuelto por sentencia del juez de distrito Zayas Enríquez.

Nadie recordaba que desde 1880 habíase sostenido la guerra del Yaqui por Díaz y el gobernador de Sonora, Ramón Corral, para que ellos y los generales Luis y Lorenzo Torres fingieran una existencia de 15 000 soldados, siendo efectivos 8 000, lo que les dejaba una cuantiosa “utilidad”, sin importarles los asesinatos de miles de indios, asesinatos que duraron 30 años.

Nadie recordaba tampoco las hecatombes de Papantla, Veracruz, en que por orden de Díaz un buen cuerpo de ejército regular invadió el valle y exterminó a casi toda la población. Nadie hablaba de las matanzas de obreros en Río Blanco, acaecidas en el año de 1905 en que, también por órdenes de Díaz, fueron asesinados por la tropa cerca de 20 000 gentes, hombres, mujeres y niños empleados en la región industrial de que es centro Orizaba, sólo porque se declararon en huelga pidiendo un jornal de 75 centavos para hombres,

40 para mujeres y 35 para niños, y solicitando que se redujera la jornada de trabajo de 16 horas a 14.

Tampoco recordaban esos periódicos puritanos las famosas matanzas de obreros en Cananea, Sonora, en que Díaz y los voluntarios americanos de Arizona exterminaron a los mineros mexicanos que pedían aumento de salarios y que, cuando al huir de las balas lograban salvarse de la carnicería humana, eran aprehendidos y enviados a San Juan de Ulúa o a Quintana Roo a hacerles compañía a los asesinos.

Esos propios periódicos, que no habían levantado contra Huerta su voz cotizable cuando el asesinato de Madero, Pino Suárez, Serapio Rendón, Belisario Domínguez y otros varones, y que habían contado entre sus redactores a los que hicieron el vergonzoso panfleto *La Decena Roja*, se mostraban asombrados e indignados por la táctica revolucionaria de los guerrilleros zapatistas, que debe ser juzgada en función política en cuanto al beneficio social que perseguíase.

El zapatismo se había hecho contra la burguesía, y era lógico que tratase de acabarla. En política, en última instancia,¹ lo único negativo parece ser la derrota.

Así es como nos resultan hipócritas e inmerecidas las opiniones de ese tiempo adversas al general y relativas, como en los escritos de Bulnes ya citados, a los sucesos de Ticumán y de La Cima, al fusilamiento de Pascual Orozco, que era un traidor, y a los fusilamientos —que posteriormente nos ocuparán— de Montaño, de Pacheco y del Tuerto Morales, que eran prevaricadores y no merecían consideración alguna. A mayor abundamiento, esos hechos eran verdaderamente ingenuos comparados con las atrocidades de los revolucionarios del norte, los villistas, los carrancistas,

¹ Maquiavelo, el más profundo de los pensadores políticos de todos los tiempos, es el autor del pensamiento a que esta nota se refiere. Véase *El Príncipe*.



todos los que fundaron su gloria en el mayor número de asesinatos realizados.

Por lo demás, “a la luz de la ética no podemos, en pureza, condenar al líder guerrero de la revolución agraria nacional”.²

La obra del hombre —dice Romano Muñoz refiriéndose a Emiliano Zapata— es, por esencia y presencia, circunstancial. Por esto es preciso enfrentarnos, como factores *sine qua non* para elaborar un correcto juicio de valoración moral, con el dato *hombre* y con el dato *medio ambiente*, dentro del cual surge la nota circunstancial que, en su conjunto, nos entrega la clave para descifrar el enigma que es cada vida humana. En el caso de Zapata nos encontramos con un bien definido temperamento ético: es un rebelde “nato”.

[Estos tipos] son los rebeldes de todos los tiempos: rebeldes contra la injusticia, la ignorancia, la rutina, los prejuicios y los convencionalismos de todo orden; espíritus enérgicos y atormentados; eternos inconformes con la pobre realidad ambiente, con lo actual, con lo conquistado, con lo canónico; almas preñadas de romance y de idealidad. Pero es de la mayor importancia insistir en el hecho de que su rebeldía es en ellos algo orgánico, insertado íntima y profundamente en su misma estructura temperamental. Son rebeldes por temperamento, por vocación, como otros son filántropos o artistas o pedagogos.

El hombre que encarna el temperamento rebelde nato, es aquel que siente que es preciso destruir para construir. “La

² *La ética de los valores como fundamento para una correcta criteriología moral. Emiliano Zapata*, tesis del profesor universitario José Romano Muñoz, presentada a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, para alcanzar el grado de maestro en Filosofía, México, 1933.



pasión de la destrucción es una pasión creadora”. Es esta su condición íntima, hecha vivencia arrolladora. En el rebelde, por lo demás, se da esta profunda contradicción: odia porque ama. Odia por amor. Por otra parte, el rebelde surge en su momento, con la fuerza incontrastable del sino, como un ingrediente necesario de la evolución, como un fermento orgánico de la historia. Y es que la vida es así: una tremenda e inefable contradicción. Y Zapata es esto: temperamental y orgánicamente un rebelde. Ya lo vemos dispararse en el momento propicio, cuando lo oprime, como una tenaza, la circunstancia: “Padre, cuando yo sea hombre, haré que nos devuelvan las tierras”.

Y es correcta todavía la opinión de Romano Muñoz cuando, después de señalar las condiciones sociales en que aparece el general, llega a la conclusión de que ellas eran “propicias para que la rebeldía asumiera las proporciones violentas de una rebelión armada”.

Zapata debió ser el líder del proletariado del campo, y lo fue; debió hacer la revolución agraria, y la hizo. [...] Es evidente que fue la injusticia, involucrada en la mala distribución de las tierras de labor, el valor negativo claramente intuido por Zapata. Los datos biográficos proporcionados al igual por amigos y enemigos, lo confirman. [...] Y nuestro hombre, al luchar contra la injusticia de la abusiva concentración predial, realizó un valor a todas luces moral, ajustando su acción revolucionaria al íntimo e inaplazable imperativo. Su conducta fue moral en cuanto puso de acuerdo su vida con su propósito. Su intuición fue acertada, no cabe dudarlo. Como que es la misma que en tiempos próximos y remotos, aunque en circunstancias dese-



mejantes, han expresado siempre los más diversos representantes de la conciencia moral humana.

Zapata fue acusado siempre de segar vidas humanas. Pero tiene razón Romano en su citado libro, cuando llega a la conclusión de que, el sacrificar vidas humanas (valor vital) para realizar la justicia (valor ético) que Zapata intuyó como preferente en la escala de los valores, era una actitud moral, puesto que

los valores espirituales —entre los que los valores éticos ocupan el más alto lugar—, patentizan su unidad y rango en el hecho de infundirnos, con carácter de evidencia, la convicción de que los valores vitales deben sacrificarse a ellos.

Una revolución —ha dicho Caso— no debe calificarse por lo que engendra, sino por lo que aniquila. Es una grave crisis capaz de hacer sanar destruyendo, y que ayuda a vivir y salva por medio del dolor, que es la gran fuente moral de todas las redenciones verdaderas.

Y el ideal de Zapata —dice Romano— es bien claro: el hacer justicia al indio esclavizado y hambriento —esa fue la razón de ser de la violencia—. Él mismo decía cuando, en una noche tempestuosa en Tlaltizapán, perseguido por una partida carrancista, clamaba la única de sus quejas: “Se me persigue por mi único delito, que es querer que coman los que tienen hambre”.

Éste es el verdadero valor de Emiliano Zapata, cuya “limpieza, desinterés, querer ético, es seguramente una cosa fuera de discusión”.





Campesino volteando el grano.

Zapata, gran guerrillero, vencedor personal en Cuautla, codo a codo con sus soldados; Zapata, formidable estrategia que en unos cuantos días se había apoderado de los principales pueblos de Morelos, de Puebla, de Guerrero, de Oaxaca, de Hidalgo, por medio de sus generales, así como de otros lugares del Distrito Federal, y que con admirable exactitud y conocimiento del terreno había llevado a sus tropas a las puertas de la Ciudad de México con el natural sobresalto de los diputados reaccionarios; Zapata, que personalmente también había colaborado en la redacción del Plan de Ayala, y que sabía, con meridiana y segura visión, que el problema de México era fundamentalmente agrario y consecuentemente moral, agrario en complejas manifestaciones; Zapata, que demostró esto con la más limpia actitud política y que luchó por eso, a la vez, con la actitud realista más pura, ya que sucesivamente puso a prueba a todos los hombres de la Revolución, convenciéndose de la insinceridad y falso radicalismo de ellos, fueran Madero, Villa, Carranza o Eulalio

Gutiérrez, a los que, como buen político, utilizó en tanto fueron dignos de confianza y podían servir a los fines agraristas; Zapata, apóstol del agrarismo cuya fama trasciende más allá del Atlántico,³ fue quien hizo con la acendrada lección de su vida de caudillo y de hombre, los postulados de doctrina, únicos válidos de la Revolución Mexicana.

Por esto se equivocan quienes han querido ver en el culto a Zapata, héroe y misionero de la nueva bandera, una simple expresión cívica ordenada por la política al uso. Nadie más lejos de Zapata que quienes en el poder comenzaron a honrar su memoria; nadie más lejos de él que aquellos excarrancistas que alguna vez lo han honrado y que ayer pasaron a cuchillo pueblos enteros de campesinos. El culto a Zapata y su consistencia histórica no debe buscarse ni situarse en las ciudades prostituidas y encanalladas por los asesinos materiales e intelectuales de Emiliano, ni en la opinión de escritorzuelos de alquiler que han venido explotando su memoria⁴ deformándola⁵ para la curiosidad trivial del turista; sino que debe buscarse donde realmente existe, en las humildes rancherías surianas alejadas de las ciudades, en los caminos olvidados por donde transitan medio desnudos y descalzos los hijos de aquellos campesinos que hicieron la Revolución en buena parte, y, más aún, en los hogares indígenas, donde se levanta un afecto constante y sin doblez, desde el abuelo hasta el niño harapiento, a su recuerdo maravilloso y único, limpio en la gran limpieza de quienes oyeron su palabra y

³ En la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas existe una biblioteca denominada "Emiliano Zapata". Dato de Rafael Ramos Pedrueza y de David Vigodsky, que habita en Leningrado.

⁴ Alusión a Francisco Bulnes, *Los grandes problemas de México*, pp. 162-164, así como otras correlativas.

⁵ Alusión a quienes ahora falsean la verdad histórica por acomodo político, no obstante su amplia documentación sobre el general Zapata. Alusión a Taracena en sus obras que, por maderistas, nada quieren reconocer al general Zapata.



creyeron algún día, fielmente, que él, sólo él, lograría la justicia social. Ésta es la gran fuerza espiritual del zapatismo en que se apoya una construcción de estructura interior, invisible a los ojos de los que no pueden ver; construcción en cuyos andamios, todavía, crece la esperanza zapatista de un México mejor.



CAPÍTULO IX

La revolución
suriana 1915



Las fuerzas carrancistas se distribuyeron para atacar la plaza de Puebla, que el día 5 de enero fue defendida por Juan Andrew Almazán contra el general Benjamín Hill, siendo los defensores en número de 500. La acción duró dos horas y la plaza tuvo que ser evacuada, debido al lamentable descuido del presidente Eulalio Gutiérrez para enviar refuerzos.

El mismo día 5 tuvo lugar un combate en el cerro del Tepozúchil, con 300 hombres de Almazán en contra de 800 que mandaba el general Fortunato Maycotte, habiéndose perdido la acción por los surianos.

Dianas, vítores y toda clase de manifestaciones preparadas por los vencedores, recibieron al general Obregón, que desde el 31 de diciembre, en Apizaco, ya estaba preparando el ataque a Puebla, de acuerdo con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Entraba Obregón a Puebla con visible disgusto de la División del Norte, que ya veía en él, por ese tiempo, a su más serio adversario.

Sin embargo, esa actitud de Obregón, ya entonces aspirante al primer puesto militar del país, para lo que estorbaban Zapata, Villa y Pablo González —cada uno por diferentes motivos y en diversas circunstancias—, era contradictoria de sus declaraciones del día 19 de octubre en que, después de besar la bandera mexicana en la asamblea militar de Aguascalientes, había declarado “que iría como sargento a batir al que se rebelara contra el gobierno de la Convención”.

Obregón hacía camino a la Ciudad de México, por lo que en la noche del 26 de enero se trasladaron los poderes convencionistas a Cuernavaca, en tanto que Almazán combatía en el Portezuelo y Hacienda de la Sabana y Santa Lucía, con 400 hombres en contra de 600 de la guarnición de Atlixco, perdiéndose dichas acciones.

A los dos días de la fecha citada llegaron a Cuernavaca los poderes convencionistas y tomaron posesión del Palacio de Cortés, para uso del gobierno que presidía el general González Garza, como Encargado del Poder Ejecutivo.

Poco tiempo estaría la capital de la República en poder de Obregón. Las tropas de Zapata y de sus generales mantenían perfectamente sitiado a México, de tal modo, que aun los manantiales de Xochimilco estaban controlados por los surianos. Las bajas que diariamente registraba el Ejército Constitucionalista, confesadas por Obregón, eran mayores a 60. La vía de Ometusco-Pachuca, por donde debían comunicarse con Carranza, había sido cortada por los zapatistas. Imposibilitados para recibir auxilios, amagados y diezmados, los obregonistas tuvieron que abandonar la capital el día 11 de marzo, después de declarar Obregón que “no podía combatir contra el hambre”.

El general Amador Salazar entró unas horas más tarde a México y asumió la jefatura de la comandancia militar zapatista. Otra vez daríanse cuenta los capitalinos de que el orden se restablecía, se daban garantías a los ciudadanos, cesaban los asaltos de militares a civiles en la vía pública, y se ponía coto al saqueo de casas comerciales —principalmente tiendas de abarrotes, saqueo que el mismo general Obregón no siempre pudo impedir—, y la gente tenía, aunque demorándose, los alimentos necesarios.

Debido a las dificultades entre zapatistas y norteros —que Emiliano no podía resolver, pese a sus buenos oficios y que algunas veces culminaron en choques sangrientos—,



el presidente González Garza, que se había instalado en el edificio del Ministerio de Gobernación, con su carácter de Encargado del Poder Ejecutivo, obtuvo una entrevista con Zapata para fin de designar a las autoridades del Distrito Federal. En esta conferencia se llegó a un avenimiento de ambos jefes, al parecer, quedando resuelta toda dificultad.¹

Posteriormente llegó al país el señor Duval West, quien entrevistó al general Zapata en Tlaltizapán, acreditándose como comisionado especial del gobierno norteamericano para informar acerca de la situación mexicana.

El general lo recibió afablemente, dispensándole toda suerte de gentilezas y de informes, por lo que Duval West quedó gratamente impresionado.

A todo esto, el general Obregón había ofrecido un millón de pesos a González Garza, por medio de Luis Enrique Benavides, para que abandonara a los convencionistas adhiriéndose a Carranza. Con esto, Obregón ponía en evidencia su particular aforismo: “No hay general que resista un cañonazo de cien mil pesos”. González Garza se limitó a poner esos hechos en conocimiento del general Zapata y de Francisco Villa.

Los revolucionarios agraristas, siguiendo instrucciones de Zapata, ya habían ampliado a esas fechas su radio de acción. No sólo se trataba de los estados de Guerrero, Puebla, Morelos, Oaxaca y Tlaxcala, sino que habían comenzado a invadir el estado de Veracruz.

Entretanto, Andrew Almazán había venido combatiendo del 19 al 25 inclusive, de febrero, contra las fuerzas de Obregón en Ixtapalapa, Distrito Federal; después combatió en Churubusco contra las mismas tropas; del 1o. al 10 de

¹ He podido comprobar, por el dicho de algunos testigos, que lo expuesto por Taracena —libro ya citado— es inexacto, puesto que González Garza no trató de intimidar, como se afirma, al general Zapata, para que éste accediese a sus deseos.



marzo sostuvo encuentros diarios en San Ángel y las lomas del Panteón de Mixcoac contra los mismos obregonistas; y con fecha 11 de marzo había hecho la ocupación de la capital de la República, de que hemos hablado antes.

Ya para el 9 de abril había sostenido Almazán un combate en la estación de Ometusco con 500 hombres en contra de 300 que fueron derrotados y perseguidos después de tres horas que duró la acción.

Asimismo, habían atacado la zona de vía de Apizaco, llegando hasta Tula, en el estado de Hidalgo. Los zapatistas entraban a la zona de Veracruz y habían cortado ya la comunicación entre Orizaba y el puerto y entre éste y la ciudad de Jalapa. Anteriormente habían tomado la plaza de Huatusco más de 900 surianos y habían derrotado a una fuerte columna carrancista en las cercanías del puerto, por el rumbo de Soledad.

La guerra iba tomando proporciones. El señor Carranza había dispuesto, a fines de mayo, que atacasen la capital de la República sus más destacados militares, comandados por el general Pablo González, que iba siendo el soldado consentido; Coss, Lechuga, Millán, Francisco Cosío Robelo, Francisco de P. Mariel, Alfredo Rodríguez, Marciano González, Fernando Cuén y otros que se proponían “hacer méritos” contra el zapatismo.

Éste fue el tiempo en que algunos generales carrancistas, recién salidos de la edad de piedra, demostraban su valor mutilando a los prisioneros por las orejas o las manos. Ellos —y algunos generales villistas— nos legaron una generación de hombres incompletos, sin orejas, sin manos, sin nariz, o castrados como animales. Esos “heroicos” jefes que usaban una “arracada” en la oreja derecha y que hicieron una orgía a la entrada de todo pueblo indefenso del sur, constituyeron en el Bajío y en el norte los puestos de avanzada de la política carrancista. Gran trabajo le costaría más tarde al general



Obregón —1920-1923— seleccionar a esas hordas de nuestro México bárbaro, para hacer un ejército de hombres responsables. Pocos serían los casos de soldados de la Revolución, supervivientes, que podrían ofrecer un ejemplo de valor militar y de sentido de responsabilidad; la mayoría, villistas y carrancistas —y aun algunos generales zapatistas de que ya hemos hablado en otro sitio de este libro—, era un conjunto de bárbaros. Este fue el tiempo, también, en que Zapata se aislaría del villismo. Rivalizarían en desmanes Villa y sus generales, con los generales de Carranza —y esto se refiere a la primera época de Obregón—. Asesinaría Villa por el solo placer de ver morir a la gente. Rodolfo Fierro, lugarteniente de Villa, “fusilaría” él mismo, con su pistola, a 400 prisioneros indefensos, sobre los cuales ejercitaba el tiro al blanco, al grado de que después comentaba entre sorbos de sotol “que se le había *dormido* la mano por tanto disparar”. Pondríanse de relieve los dos aspectos de la psicología mexicana, por el contraste entre el mestizo zapatista y el criollo del norte. Al fin que, como expresaba uno de los ideólogos carrancistas,² “la revolución es la revolución”...

Hacia los días 18 y 19 de mayo, Almazán sostuvo dos combates, que fueron, respectivamente, el de Zempoala, con 200 hombres en contra de 100, que fueron derrotados y perseguidos; y el de Ometusco, con 200 hombres en contra de 300, perdiéndose esta última acción.

Las diferencias entre los convencionistas trataron de resolverse con la sustitución de González Garza, que el día 9 de junio entregó el poder al licenciado Francisco Lagos Cházaro. Sin embargo, cada día se iba ahondando más la situación aludida.

La Soberana Convención Revolucionaria contestaba con fecha 15 de ese mes al general González un absurdo

² Luis Cabrera, cuyo seudónimo es “Blas Urrea”.



“ultimátum” que éste le dirigiera conminándola a adherirse al Plan de Guadalupe. Expresaban los convencionistas que ese Plan se consideraba derogado y, en cambio, proponíanle

organizar un gobierno integrado por un Presidente Provisional, tres ministros constitucionalistas, tres del Ejército del Sur y tres del del Norte, quedando la Convención como Poder Legislativo, con elementos de todas las facciones; el Presidente Provisional sería un civil y duraría en su encargo hasta el 31 de diciembre, en que entregaría al que resultara designado en las elecciones a que convocara; mientras, el Gobierno aceptaba como programa de reformas político-sociales de la revolución, los principios contenidos en las Adiciones al Plan de Guadalupe, formuladas en Veracruz, y los principios del Plan de Ayala, aceptado por la Convención, más los del programa de ésta.

Pero el interés personal del señor Carranza era extraño a todo eso. Lo importante para él era contar con el poder a cualquier precio y a cualquier número de vidas.

Ya el 22 de junio los carrancistas tendíanse de San Juan Teotihuacán a Azcapotzalco. Los zapatistas, en cambio, hallábanse parapetados en Cerro Gordo, utilizando el Gran Canal del Desagüe; el general Rafael Eguía Liz, con su cuerpo de artillería, detenía sin gran esfuerzo a las tropas carrancistas que pretendían llegar por Los Reyes y San Cristóbal. El hambre, en tanto, se hacía rigurosa en México. Las gentes vivían en las afueras de las tiendas de abarrotes, esperando como limosna algo de víveres; la pequeña burguesía mexicana y la extranjera lucraban desmedidamente con el hambre del pueblo. Circulaban asquerosos “cartones” de 5, 10 y 20 centavos; billetes “revalidados”, “sábanas” y “dos caritas”, en confusión enorme,



pues tan pronto eran aceptados por el comercio, como a la inversa. Contra lo que dice Cabrera,³ era un verdadero despojo la emisión de tan depreciados papeles, utilizados por el carrancismo ambulante como una medida de crédito hacendario. Unos que otros pesos plata y monedas de bronce, ambos de inmejorable valor adquisitivo hechos por los zapatistas, circulaban en contadas manos. Una gran miseria se vivía en toda la capital. La gente escondía sus víveres cuando en raros casos los tenía. Por los víveres mismos, la gente era asesinada en los caminos y aun en las calles. Eran ineficaces los esfuerzos de la benemérita Cruz Roja y de las comisarías, que regalaban maíz. Había desaparecido, como por encanto, lo que López Velarde llama “el santo olor de las panaderías”.

Continuaban los ataques de surianos a carrancistas. El 16 de junio Almazán había combatido en Molino de Flores, con 500 hombres, en contra de 2000 al mando del general Francisco Coss; acción que duró tres horas y quedó indeciso el resultado. Asimismo, entre los días 17 y 30 del mismo mes sostuvo combates diarios contra 4000 hombres al mando del general carrancista que hemos citado antes, en las inmediaciones de Texcoco, con resultados variables. Así fue como el día 27 Francisco Coss tuvo que soportar el fuego de 4000 zapatistas, de fuerzas reunidas, en Chapingo. Y el día 6 de julio sufriría otro ataque, causándole ambos muchas bajas. La falta de parque del general Eguía Liz obligó a los convencionistas, más tarde, a abandonar Cerro Gordo, buscando refugio en la Ciudad de México, plaza que evacuaron el 10 de julio, dirigiéndose la Convención a Toluca.

El general Zapata, entretanto, controlaba militarmente casi todo el estado de Morelos, sus tropas hacían trabajar los campos y restablecían el orden proveyendo de artículos de primera necesidad a sus pobladores.

³ Luis Cabrera, *La herencia de Carranza*.



El 11 de julio entraba Pablo González a México, con la inevitable “requisita” de automóviles, caballerizas, recámaras y casas bancarias. San Cristóbal Ecatepec, Cerro Gordo, Xochimilco, Contreras, Tepexpan y Pachuca quedaban en poder de los carrancistas. Pero la situación no estaba ni aparentemente ganada para ellos. El día 14 por la mañana los zapatistas dinamitaron un tren en Estación Muñoz, cerca de Apizaco, y fusilaron a la tropa superviviente que iba a bordo. El día 17 recuperaron Pachuca y obligaron a Pablo González, por el asedio del general Zapata y de sus gentes, a abandonar México. Los jefes villistas Reyes y Rodolfo Fierro avanzaban con su columna, tomaban Querétaro y Tula —estado de Hidalgo— y destrozaban a las falanges carrancistas que iban encontrando.

El 18 de julio, en el mayor orden, los zapatistas entraban a México por tercera vez, “sin alarma de los habitantes y repicándose las campanas”.⁴

Después de estos hechos, la segunda mitad del año presentaría una situación militar insegura, correspondiendo el triunfo, alternativamente, a zapatistas, villistas y carrancistas —obregonistas— en combates casi siempre reñidos.

El 26 de julio Almazán tomaba San Martín Texmelucan, con 1500 hombres en contra de 600 que fueron derrotados y perseguidos rumbo a Puebla. Al día siguiente sostuvo un combate en Santa María Acuexcomac, distrito de Cholula, Puebla, con 200 hombres en contra de 100 de caballería, que fueron derrotados y perseguidos hacia el sur. Y el día 28 atacó y tomó la Estación de Los Frailes, en Puebla, con 800 hombres en contra de 300, a los cuales venció, haciéndoles numerosos prisioneros.

⁴ Nota de Taracena en *La tragedia zapatista y En el vértigo de la Revolución Mexicana*.



Para esto, el día 25 los carrancistas habían sido retirados desde Los Reyes hasta Texcoco, por las fuerzas zapatistas. Los de San Cristóbal Ecatepec fueron obligados a replegarse hasta San Juan Teotihuacán. El comandante militar de México, general Amador Salazar, los generales Rafael Eguía Liz y el ministro zapatista de la Guerra, Francisco V. Pacheco, habían ordenado con todo acierto esas maniobras, de acuerdo con Almazán y bajo las instrucciones precisas de Zapata, que continuaba atendiendo a la campaña desde Morelos.

Sin embargo, el 2 de agosto los carrancistas de González, reforzados por gente de Obregón, lograron entrar a México, que había sido abandonado por los convencionistas. Fierro y Canuto Reyes eran desalojados de Querétaro por las fuerzas de Obregón. Los surianos, a todo esto, tendíanse amenazadores a lo largo de la sierra del Ajusco, llegando hasta La Venta, Contreras, Xochimilco, San Jerónimo, etcétera.

El general Zapata, que en el mes de agosto estuvo preparando minuciosamente el ataque a los carrancistas de González, puso en práctica sus planes al comenzar el día 15 de septiembre. Un día nublado, con ligeras lluvias y un viento fuerte, auspiciaba los hechos. Rafael Eguía Liz, que pulcramente vestido de charro comandaba la artillería en el pueblo de Atlacotitlán, los generales Mariano Sánchez, Everardo González, Amador Salazar, Vicente Rojas, Maurilio Mejía y algunos otros que dirigían la caballería, atacaron a los gonzalistas, obligándolos a retirarse hasta Los Reyes y La Magdalena, en medio de un pavoroso desorden y haciéndoles muchos muertos. Debido al mal tiempo, que arreciaba, las fuerzas del general Zapata tuvieron que detenerse en unas lomas al norte del pueblo de Ayotla, desde donde, a lo lejos, brillaban las luces que anunciaban a la Ciudad de México bajo una verdadera tormenta.



Al día siguiente, y en virtud de la falta de refuerzos y de parque, el general Zapata tuvo que ordenar la retirada de sus tropas ante el ataque de los gonzalistas, reforzados por los norteños de Obregón, quien todos los días recibía mensajes de lamentación de González. También el general Rafael Cal y Mayor, que estaba encargado de la retaguardia en Buenavista, por Texcoco, tuvo que retirarse.

Zapata se dedicó entonces a rectificar sus elementos, abastecerlos y equiparlos en general.

Ya el 10 de octubre se trasladaba la Convención de Toluca a Ixtlahuaca, guarnecida por una columna de 7 000 hombres que comandaban los jefes Bonilla y Argumedo, acompañados del Encargado del Poder Ejecutivo, licenciado Lagos Cházaro.

El día 26 de octubre Almazán tomaba la plaza de Putla, estado de Oaxaca, en plena serranía, con un contingente de 1 000 hombres en contra de 400 al mando del general Juan José Baños.

Debido a las instrucciones de Zapata, que en medio de la lucha cuidaba de sostener con firmeza los principios agraristas de la Revolución, dicho día 26 se firmó una ley agraria que restituía a las comunidades agrarias e individuos los terrenos, montes y aguas de que se les había despojado anteriormente. Calzaban ese documento con sus firmas, en Cuernavaca, el secretario de Agricultura, Manuel Palafox; el secretario de Instrucción Pública, Otilio E. Montaña; el secretario de Hacienda, Luis Zubiría y Campa; el oficial mayor encargado de la Secretaría de Guerra, Jenaro Amezcua; y el secretario del Trabajo y Justicia, Miguel Mendoza L.

Hacia principios de noviembre —días 2 y 4, respectivamente— Almazán combatió en Tlacamama, Oaxaca, en contra de las fuerzas del general Baños, y atacó después la fábrica de Collantes, en el mismo estado, contra el aludido



contingente militar carrancista, perdiendo Juan Andrew esta última acción, que duró tres horas.

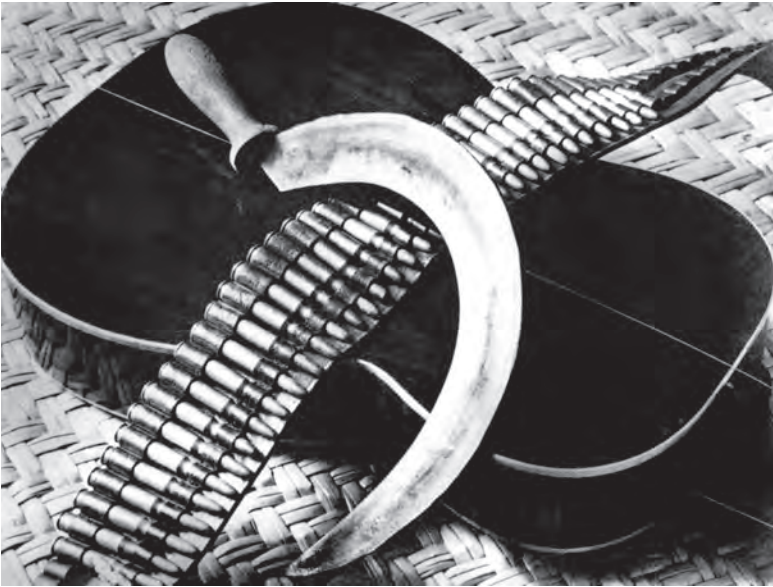
Los días restantes de este año presentaron algunas acciones militares de segunda importancia en el sur. Zapata se dedicó principalmente a organizar el trabajo de los pueblos de Morelos que estaban bajo su dominio.

Luchaban por la tierra y ella nunca les negó su ayuda y cada opima cosecha recogida entre batalla y batalla, cada grano que las mismas manos que sembraron no siempre levantaron, porque los cuerpos acribillados fueron a nutrir el surco para dar nueva vida a las cañas, cada maizal regado con sangre, frutecido de angustias y de esperanzas, les dio un nuevo aliento para empujar a la victoria.

Cuántos de estos hombres, sorprendidos mientras sembraban, no tuvieron tiempo de defenderse y fueron apresados. La capital aprendió a sonreír estúpidamente con el relato de la forma en que eran fusilados; se les daba una pala para que rascaran su propia sepultura; “es la tierra que quieres —les decían— toma tu tierrita”; luego disparaban sobre ellos y muchos, todavía con vida, fueron enterrados en el agujero que abrieron. Pero antes de morir, esos hombres de roca que nunca pidieron piedad, que nunca, por salvar sus vidas, delataron a sus compañeros, estos inmovibles guerreros que parecían guardar en sus labios sellados toda la amargura de una raza que aprendió altanera-mente a no quejarse, sabiendo que nadie les atendería, tenían un instante de emoción, pasaba por sus mentes como un relámpago de que habría quien por ellos un día reclamara, y caían gritando ¡Viva Zapata!⁵

⁵ Germán List Arzubide, *Emiliano Zapata. Exaltación*.





Hoz, canana y guitarra, 1927.

CAPÍTULO X

Las canciones revolucionarias



Otro elemento de gran importancia para este ensayo son las canciones revolucionarias, puesto que completan la figura del general con lo que, siéndole en apariencia accidental, le es, en realidad, trascendente y peculiar.

La influencia del zapatismo —que es decir en buena parte la influencia del general Zapata como arquetipo de lucha— en las canciones de su tiempo.

El tema no es ni fácil ni presentable con la precisión que fuera de desearse. La tarea consiste en buscar sus contornos, en fijar su naturaleza; eso es todo.

La música de principio de siglo que se tocaba en los salones de la burguesía y de la llamada clase media oficial, era de un pésimo gusto. Principalmente popurrís de óperas y vales amanerados, tocados con una lamentable frecuencia. La gente “bien” tenía obsesión por piezas de difícil ejecución y por caprichos de concierto. Vales a la manera de Gottschalk o el vals *Capricho*, de Ricardo Castro. Vales a cuatro manos, imprescindibles y cursis. Gavotas, chotis, polkas de concierto, sin faltar las aburridas “hojas de álbum”. Así gustaban *El torbellino*, de Tito Matei; el *Rigoletto* —arreglo de Listz— tocado constantemente por Gomezanda; y gozaba de verdadera fama el detestable arreglo de los *Aires nacionales*, de Julio Ituarte. Y como si fuera poco todo eso, aún gustaban las piezas románticonas y dulzonas que hacían las delicias de aquellas gentes. Era la etapa rococó de la música, mediocre, incolora, equivalente al rococó de la pintura y de la arquitectura.

Más tarde, con la Revolución, cambiaría el panorama.

La canción suriana, tan desconocida, que había presentado formas de contenido y factura originales desde el tiempo colonial, se enriquece en el transcurso de la Revolución gracias al zapatismo y adopta situaciones espirituales muy particulares, que acusan un cambio ascendente y angustioso, desvalorado y varonil al unísono, en los personajes centrales que normalmente son autobiográficos.

Viene, aparejada y jocunda, en el camino de la canción sentimental, la leyenda portentosa y fiel de la tradición heroica.

El hombre que sostiene en el sur, con hambres y sacrificios inimaginables, la divisa “Tierra y Libertad”, de la cual se ríen los burgueses en los grandes centros de población de la República, cuando no trata de ser escamoteada por los políticos de las ciudades; el indio, que bajo la dirección espiritual de Zapata repite que “la tierra es de quien la trabaja”, aun cuando los intelectuales reaccionarios¹ se deshacen por demostrar que en México no es posible dotar con un pedazo de tierra ejidal a todo el que trabaje; el mestizo, que en un terreno inverosímil y casi a oscuras de la forma en que puede lograr su evangelio, se afirma en el anhelo de justicia social contra los postulados de la historia burguesa, ha ido alterando su visión del mundo exterior, ha ido entendiendo que las cosas y que la verdad de las cosas estriba en ese coraje de la acción revolucionaria que quiere y que quiere hasta la muerte, equilibrado con ese fatalismo muy rústico y muy mexicano que no espera nada, pero que confía en los linderos de la propia muerte del hombre.

Así el hombre, trovador sucio y harapiento por fuera, pero entero y limpio por dentro en sus virtudes respetables,

¹ Francisco Bulnes, *Los grandes problemas de México*. Artículos publicados en los periódicos.



en los valores morales de los antepasados y de la tradición, también ha variado, en el vértigo de las guerrillas zapatistas, el tema de su canción.

Toda esa férrea pesadez de la tierra soleada que parece absorber al hombre agotándolo en una lucha sin finales por hacer fecunda a la tierra misma; toda esa fuerza que da la tierra, toda la dureza que da la tierra, toda la entereza, toda la seguridad, la dignidad y la austeridad que da la tierra a quienes viven en su trato. Toda esa delicada finura y ese tibio encanto de la brisa que envuelve los paisajes lunados, infinitos, de la Tierra Caliente; esa brisa que trae y entrega el paisaje a los ojos o al aliento, como si fuera una cosa que no tuviese dueño y que se puede llevar con uno mismo; toda esa misteriosa atracción del sur, que hace al hombre levantarse de la muy suya realidad hacia una aspiración vaga a veces, precisa otras, lejana siempre, pero que lo reconcilia con las cosas y consigo mismo; todo ese afán subconsciente de soñar el sueño antiguo y escondido de la raza que flota en las veredas a la hora en que la tierra, ensombrecida, parece que va a dar su mensaje interior; toda esa tristeza que hay en el espíritu del indio —y del mestizo campesino— que sabe hablar sin hablar las cosas que jamás otros entienden; tristeza que se ha venido acumulando por muchos siglos de imposición militar, sacerdotal o de casta; toda esa amargura, unida al silencio a que se ha visto reducido el peón campesino por la observancia del credo religioso y por los viejos ritos de la idolatría en que se incubó y adentró la raíz de los suyos, el árbol moreno y recio de una raza que produjo la tragedia de la Conquista; y toda la sencillez y nobleza que hay en él y que por ignorancia hemos negado algún día cuando, sin comprenderlo, creíamos conocerlo ya; todo eso constituye la estructura y la fisonomía de las canciones y “corridos” surianos del zapatismo; los cantos de Marcianito Silva, el juglar de Cuautla; los cantos de los bardos anónimos



en los tiempos de triunfo o en las noches que hizo vacías la derrota.

Una figura de mujer pasa por las canciones. A su conjuro el tema se hace fluido, tórnase fácil y armonioso; una elegancia natural de flor exorna la canción; y en ese nombre de mujer, que después llenará las calles de los pueblos, el juglar va dejando la placidez emocional más pura.

Esas fueron las canciones que se apretaron de gritos, de esperanzas y de temores en todas las plazas y caminos del sur, enarboladas por los peones revolucionarios en el marco autóctono de un paisaje nuestro, paisaje nervioso de los cerros, paisaje agreste de los órganos vigilantes y rectos como 30-30 del sendero, paisaje de los magueyes crispados como manos invertidas hacia el cielo; paisaje, en fin, que decoraron las nopaleras, las palmeras y los maizales sobre la tierra morena, desigual, disputada y dramática de Emiliano Zapata.

Únese un ligero tono picaresco a la frase amatoria; únese a la misma picardía un sentido desvalorizado de la vida; y, lo que es más, encontramos en las canciones himnicas del zapatismo el valor determinante y definitivo de la hidalguía popular campesina. Derivadas, seguramente, de ciertos procedimientos literarios del romancillo español del siglo XVIII; con disposición del tema literario-musical en cuanto aparecía directo e indirecto en un juego admirable y vigoroso del propósito fundamental; con giros musicales en lo que había dado de características y de pasión la gente y la tierra, la tradición, la costumbre y el estado de ánimo puramente mexicano y complicadamente revolucionario llevado a la canción suriana.

Esa fue la música con que vibraron muchos miles de peones que peleaban con Leyva, Neri, Salazar, Tepepa, Magaña y otros muchos a las órdenes del general en Toluca, Puebla, Oaxaca, Guerrero, Morelos y México, inclusive en el estado de Hidalgo, dispersos, en guerrillas.



Y esas canciones que se iban de las guitarras en las entradas y salidas continuas de los pueblos, como queriendo acercar al hombre al cielo; esas canciones que adornaron los lados del Ajusco cuando el vivac fue a refugiarse allá; esas canciones que hicieron húmeda la mirada triste y seca de las soldaderas multicolores y chillantes, y que removieron un dolor en el pecho de los indios de carrilleras terciadas y 30-30 al hombro; esas canciones eran ya un principio de rectificación y de cambio en aquel material folclórico de canciones anteriores, simultáneas o posteriores a la Revolución, muchas de ellas traídas de otras partes al sur. Las de 1913, *El pagaré*, *Alejandra*, *La cucaracha*, el famoso *Río rosa*, la canción afrancesada *Marieta*, que salió del escenario de las zarzuelas —como *El país de la metralla*— y se voceó en los campos militares; *El Ejote*, que fue canto revolucionario auténtico. También los cantos de 1914-1917, *Los ojos de mi negra*, que vino de Jalisco y Michoacán; *Valentina*, que se hizo himno hasta en el sur y que fue traída de la tierra del tequila; *Adelita*, que cantaron los soldados desarrapados desde que pasaron por Mazatlán y que era el himno de combate de las tropas de Arrieta en Durango; *Cielito lindo*, que vibró en Tamaulipas y que era el tema favorito del general Caballero; *Tierra Blanca*, que estremeció al general Francisco Villa en todas las plazas por donde paseó su gran suerte de guerrillero, de “bandolero divino”; *Qué bonito es amar en silencio*, la dulce canción de Chihuahua; *La rielera*, que fue el canto de todo el tiempo en los soldados de Rodolfo Fierro, el lugarteniente de Villa que había sido garrotero antes de la Revolución; *Las tres pelonas*, que se cantaba en el Bajío, por Guanajuato; *La Jesusita en Chihuahua*, que fue hecha en Nayarit; *La Norteña*, que vino más tarde, cuando ya había muerto el general Zapata, ya habían asesinado a Carranza y faltaba poco tiempo para que suprimieran a Doroteo Arango; era este el tiempo en que los hombres de la Revolución, muerto Zapata, se iban asesinando



unos a otros. En esa época llegó *La norteña*, y después *Albur de amor*, *Las cuatro milpas*, *La cautela*, con los últimos acordes de la Revolución que se lograron plasmar eternamente en una pieza musical antigua, la *Marcha Zacatecas*, de Genaro Codina, que llenó todas las plazas de la República durante mucho tiempo; y otras, tantas otras canciones que hicieron fáciles y musicales las mil y una noches de la Revolución.

En buen número había canciones que particularmente incitaban al alarido y movían al disparo a quienes las escuchaban. Esas canciones, por lo general, eran voceadas un poco a la manera del norte, por lo que hace a dichas manifestaciones, aunque no llegaban a presentar aquel aspecto de dos hombres —juglares— que parecían ir a encontrarse y que a unos cuantos pasos se retiraban, gesticulantes, sin volver la cara, caminando hacia atrás, mientras seguían cantando.

Sin embargo, las canciones de referencia se decían en el sur adornadas de gritos y alaridos demasiado largos y agudos que se perdían a lo lejos, en medio de la grande, de la auténtica, de la constante alegría que era la Revolución.

Qué bonito es amar en silencio
porque en silencio se sufre con calma,
y más bonita es la negra de mi alma
y no la puedo olvidar...

Esa canción, norteña, pero interpretada en el sur, contrastaba sin embargo con otra del norte, *Las tres pelonas*, ya citada:

Estaban las tres pelonas
sentadas en una silla
y una a la otra se decían:
¡Que viva Francisco Villa!



Los “corridos” ofrecían iguales contrastes. Desde el *Corrido de Benjamín Argumedo* y el del *Cañón de Tula*, hasta el de la toma de Zacatecas por Villa, absolutamente diferentes de aquel otro, pongo por caso, que se llamaba *La triste despedida de Emiliano Zapata*:

Voy a cantar un corrido
que vale la pura plata,
donde les doy la noticia
de la muerte de Zapata.

Adiós, montes del Ajusco,
adiós, cerro del Jilguero,
adiós, montañas y cuevas
donde anduve de guerrero.

El hombre no aspiraba propiamente a una nueva forma de expresión: eso era cuestión que resolvería el tiempo. El hombre decía su nuevo sentido de las cosas, lo que bajo la palabra y la forma había de profundo y de reciamente humano, de conmovedor y trágico, de paradójico y bárbaro inclusive. La sutil musicalidad del campesino, su gran delicadeza sensorial y sus antiguos y escondidos acentos, y su ritmo de toda la cultura que España había devastado, como que a veces intentaban traslucirse, balbucear.

El peón se encontraba “con un mundo a ganar”, aunque esto era vago y confuso en su alma, y, sobre todo, limitado. Mucho de la canción mexicana en general, aun los “corridos”, puesto que lo que principalmente se canta en el sur es el “corrido”, con ciertos cambios de ternura, mucho de ello fue asimilado como material de primera instancia para los cantos zapatistas de Silva; pero lo esencial, lo revelado, lo vertebral, fue la gesta, la saga, la cantidad de arranque



histórico que hacía posible la Revolución. Así el peón elevó en canciones, cerca del jefe, del general, lo que simbolizaba el alarido frío de los máusseres.²

Él sabía que una generación posterior, hija también de su sensualismo y de su angustia, ganaría quizá esta lucha emprendida desde la Nueva España contra una sociedad injusta que tenía distribuida la tierra en manos de unos cuantos viejos corrompidos.

Él sabía, asimismo, que era indispensable haber dejado en abandono el propio hogar, como hizo Zapata cuando no pudo evitarlo, para que nada los amarrase en la lucha social (“Adiós, mi señora madre/ adiós, todos mis chamacos/ adiós, todos mis amigos/ les encargo a mis muchachos”); él sabía, convencido y enterado, que había sido indispensable aceptar el gran sacrificio de la mujer para hacer de ella la soldadera.

Mas resulta que ahora nos encontramos ante un crecimiento material literario y musical de la Revolución. No todo es anónimo, aunque lo parezca;³ no todo es popular ni se improvisó al vivac, en los trenes militares o en las correrías revolucionarias. Muchas canciones, mercantilizadas, de forzada presentación, y en lenguaje que no correspondía a los giros y caprichos idiomáticos o a los barbarismos del trovador auténtico,⁴ fueron hechas en las ciudades por literatos menores,

² Véase el corrido *La toma de Cuautla*, de Marciano Silva, que va incluido en el apéndice del presente libro.

³ En la Imprenta Guerrero, de la Ciudad de México, se editaron multitud de corridos y canciones populares, entre ellas algunas de un señor E. Warman, formuladas contra la memoria de Zapata y aparentemente anónimas. Así se hizo el *Corrido de la muerte trágica de don Emiliano Zapata*, que aparece sólo con pie de imprenta en el ejemplar que tenemos a la vista, aun cuando en otro ejemplar, que también poseemos, aparece firmado el mismo corrido por dicho señor.

⁴ El corrido citado en la nota anterior bastaría como un ejemplo de los muchos que podrían encontrarse en este sentido.



literatos que interpretaban a su manera a la Revolución y al campesino. De ahí deriva que lo que verdaderamente es revolucionario y agrarista, tiene especiales perfiles de rusticidad, incultura, sencillez y anhelo inefable de distraer el tiempo en la canción. A ello se une, gracias al zapatismo y en contraposición al “machismo” puro del norteño, aquella modalidad en que lo viril vino a completarse con la delicadeza, en el sentido franco del sensualismo y de la alegría remota del peón. El suriano, más agricultor, más pequeño aunque desposeído dueño de la tierra, más vinculado a esa tierra que la gente de pastoreo del norte, más comprensivo, por tanto, de los valores que representaba la geografía de lo sentimental y de lo típico en la forma afectiva, expresó sus amores y sus dudas, su tragedia y sus dolores de un modo original. El campesino llevó hasta las canciones su amor por Zapata, como nunca pudieron hacerlo con Villa, con Carranza o con Madero los que corrieron las jornadas arrolladoras del Bajío o del norte.

Y vio el peón en su jefe un aspecto nuevo del hombre; pudo sin forzarse hacer de él un verdadero ídolo, que reunía todas las cualidades y cuya vida se cuidaba y se vigilaba —trascendiendo ese afecto a la canción—, como algo de inapreciado e insustituible valor. (“Sólo Dios q’está allá arriba/ y que juzga la intención/ pudo saber que Zapata/ era de un gran corazón”). Así llega Zapata, en medio de canciones y al través de rezos inverosímiles; así llega visto por los ojos del amor del peón y por su comprensión activa, en el camino de la leyenda popular.

Como en cualesquiera regiones, la canción revolucionaria suriana venía a poner de relieve el espíritu y modo de ser de las personas al través de la acertada interpretación del trovador desconocido. Un contenido estético y emotivo que antes no se le concedía a la tierra, diósele en los cantos. Llegaban a los personajes líneas fundamentales de la tierra,



y en función de ésta, explicábanse muchos matices, recodos y aspectos de aquéllos. Eso era un poco semejante a la importancia que como dato revelador tuvo siempre el romancillo —ya citado—, sobre todo, el caballeresco y fronterizo, el de costumbres, el novelesco, el amatorio y gentil. La literatura de las canciones no puede ser juzgada sino como lo es el zapatismo históricamente, es decir, vista y estimada en sus fuentes, dentro de su época, analizada al claroscuro que proporcionó el paisaje que la envuelve. Localista, encerrada quizá en el cerco espiritual de la provincia, con miras a otro plano y alcance mayores, más posteriores; pero inicial, primeriza por lo que había de cuna y de timidez en el decir y en el cantar.

Cantar era ya una manera heroica, superación de las limitaciones, ruptura con el medio social-político. Cantar era ya una expresión de generosidad, de dación, de entrega deshojada en el viento al amparo sombreado del jacal. Era y es un afán de eternidad, no importa la desvalorización del “qué más da” que campea en la temática; era una intención afirmativa, positiva, de invertida manifestación en su procedimiento. De esta manera el campesino, que ni siquiera sabía escribir su nombre, porque España primero y la Iglesia más tarde le habían negado hasta la escuela, tomó su guitarra con igual gesto que se hizo de un máuser, y se fue al “monte” con Zapata.

Lento y perezoso se iba el humo de pequeñas hogueras hacia lo alto de la noche fría del Ajusco; decorábase la línea pura y estremecida del horizonte, por el humo enlunado, silenciosamente constante a lo lejos; uno que otro rumor de la tierra, cargada de sentido en la noche, se notaba de raro en raro para el que sabía entender a la tierra, y contribuía a fijar la distancia; y allá en la altura de cualquier campamento minúsculo, una canción traída del Bajío o del Centro, reformada por el decisivo acento de falsete, caminaba hasta



esfumarse bajo la parcela de luz de cada río que, absorto y manso, atisbaba por entre los árboles o en la falda del monte la palidez enferma de la luna...

Y ese lunar que tienes, cielito lindo,
junto a la boca,
no se lo des a nadie, cielito lindo,
que a mí me toca.

Una flor de humo, bañada por la luna, crecía en la monotonía de la noche; los hombres calentaban sus cuerpos al fuego de unas varas que, verdes, tardaban en encender; tenían los hombres calada la “frazada” hasta los labios, juntas las rodillas, fumando tal vez, uno y otro, un cigarrillo de mariguana que les daba otra visión del mundo; y en sus miradas engrandecidas y brillantes, prendía, sostenida, una esperanza.

Nadie, quizá, pensaba en el día por venir ni en la jornada que recién ocurrió. Eran las noches zapatistas de la Revolución.

¡Ay, ay, ay, ay!,
canta y no llores,
porque cantando se alegran, cielito lindo,
los corazones...

De la sierra morena,
cielito lindo, vienen bajando,
un par de ojitos negros, cielito lindo,
de contrabando...

Ese era el cuadro, de tanto sabor vernáculo, que casi estaba perdida en el tiempo la influencia musical de España. Cuántas



veces, en nueve años, en Cuautla, el peón encontró en la voz de Marciano Silva una canción, la más personal y suriana, la más zapatista.⁵

Era el *tecuil*, las tres piedras en derredor del comal con el fuego, los tres hombres sentados; una botella de licor primitivo y “rasposo”; era ese el medio en que Silva arrancaba a su guitarra erudita aquel famoso corrido de *Las huachas*, la mujer que abandonó al indio o al mestizo zapatistas —hombre encorvado, maltrecho por el arado y el trabajo— para decidirse, en un complejo de inferioridad femenina, por el apuesto soldado federal, por el “pelón” deslumbrante y mejor para ella.

Y otras noches, entre trago y trago de aguardiente, entre una frase triste o colorida, entre exclamaciones y blasfemias, Marciano Silva dejaba oír *El quinto de oros*, el corrido heroico en que se narra la derrota del gobierno por las fuerzas zapatistas contra el aureolado y temido “Quinto de Oros” que constituían los “pelones”. En la canción monótona, intercalada de falsetes, el recuerdo de la toma de Cuautla en 1911 hacía crecer en la tradición al general Emiliano Zapata.

Untada en la voz torturante y angustiada de los bardos populares, la vida del general cobraba matices de espléndido color tradicional. Crecido material literario del zapatismo se fundía en la música del juglar.

De las chusmas alucinadas y férvidas que dispersó y reunió la lucha, bajo los muchos cielos luminosos de México, se pudo levantar *La pajarera*...

Cuando a México vayas, Rosita,
cuando vayas a la capital,

⁵ Véase el corrido de Federico Morales en el apéndice de este libro.



veinte “reales” será el “menos” precio
que los pájaros van a costar...

Ya lo sabes que soy pajarera,
que cantando me vivo en los campos
disfrutando con la primavera
de las aves sus “púlidos” cantos.

Una guitarra —adorno en los furgones de la Revolución,
tantas veces— resarcía al hombre de su perdida humanidad,
vibrando en cada cuerda floja alguna cosa inútil del corazón.
Por los caminos, sobre caballos enflaquecidos y “matados”
o sobre los hermosos potros recién “decomisados” a las
caballerizas de los ricos, iban los “juanes” rasgueando
la canción...

Ya cayó un clarín mañanero,
ya cayeron dos tordos brincones,
ya “cayeron” un par de gorriones,
ya cayó un ruiseñor vocinglero...

Iba en el norte la soldadera aderezada con trapos de iglesia
y con “milagros” y otros símbolos como en una evolución
del gusto indígena por las cuentas de vidrio y las baratijas
brillantes de los conquistadores. Iba la soldadera del norte
envuelta en telas de todos matices, en abigarrada confusión
de verdes, rojos, amarillos y lilas, como quien no hubiese
tenido tiempo de educarse el gusto estético por haber vivi-
do siempre en el hambre. En la camaradería más maternal
que concebirse pueda. Descalzaba y curaba al “juan” de sus
heridas, o se jugaba la vida por demostrar arrebató y au-
dacia. Preparaba almuerzos de leche con pinole —cuando
la había— en jarros viejos y deteriorados, jarros viajeros de



la Revolución. Limpiaba a su hombre de toda clase de animales, pacientemente, al calor del sol o a la luz de una vela, mientras el soldado descansaba de las heridas o del licor. Y muchos días, por el tacto, limpió a su hombre.

Hizo a pie los caminos la soldadera norteña, descalza, con los hijos a cuestras en el rebozo, sobre los llanos del norte.

Y en el sur se vieron escenas de un matiz espartano inconfundible. En el zapatismo, un grupo de mujeres a las órdenes de La Coronela Pepita Neri y de la de igual grado Ricarda Zentenas, colaboró en formidable tesón con los peones revolucionarios, en un afán desesperado por la lucha social, recia y entera la voluntad por el sacrificio.

Y de la garganta de esta mujer, por donde habían pasado soteles, tequilas, mezcales, parras y toda clase de aguardientes —en el norte y el Bajío—, brotaban las canciones revolucionarias, desafinadas, alteradas y en un lenguaje bárbaro inefable.

Nueve años siguió esta mujer a las tropas revolucionarias por todo el país —cuando no se quedó con los hijos y estuvo atenta a los continuos viajes de su “juan”, que regresaba por temporadas al hogar a cambiar de ropa y a bañarse, hasta que un día ya no retornaba, perdido para siempre—. Cosió sin elementos y a salto de mata los calzoncillos para los soldados, que mandaba hacer el general Zapata con la poca manta que caía en manos de los campesinos.

Nueve años estuvo firme en la Revolución, con su dolor a cuestras, anónima, oscura, devorada de enfermedades, enjironado de marcas y cicatrices su pobre cuerpo de mujer; limpiando las armas, curando las “crudas” de los “juanes”, soportando sin doblarse las innumerables violencias y las marchas forzadas de la lucha social.



El general Zapata, que se indignaba cuando a preguntas suyas le conversaba el licenciado Soto y Gama acerca de la prostitución capitalina, tuvo sus novias, sus mujeres y sus amantes entre estas mujeres, a las que siempre enamoraba cuando había ganado ya el afecto de la madre por medio de atenciones y regalos sencillos. Pero él, que fue un tipo raro, viril, jamás dejó de atender a las necesidades económicas de la mujer que un solo día hubiese sido suya. Entendía que la satisfacción, por pasajera, no invalidaba la obligación del “macho” para toda la vida.

Los carros y trenes militares que la Revolución llenó de gentes, contaban a la soldadera en primeros sitios, no propiamente los menos peligrosos. Allí se escucharon sus canciones o sus blasfemias; allí vimos nacer a sus hijos, muchas veces, cuando era interminable y trágico el recorrido de la Revolución.

Así fue como en los campos, montes, llanuras y pueblos de México se levantó en guitarras y entre sonido de las 30-30 el verso orgiástico de la *Adelita*...

Si Adelita se fuera con otro
la seguiría por tierra y por mar,
si por mar en un buque de guerra,
si por tierra en un tren “melitar”.

Y si acaso yo muero en campaña
y mi cuerpo en la sierra va a quedar,
Adelita, por Dios te lo ruego,
con tus ojos me vas a llorar.





xv aniversario de la muerte del general Zapata.
Aparecen en la fotografía, de izquierda a derecha, de pie:
Fernando de la Llave, general Guerrero, Graciano Sánchez,
ingeniero Enríquez; abajo, sentados, en igual orden: Baltasar
Dromundo, don Vicente Estrada Cajigal, gobernador
constitucional del estado de Morelos,
y el presidente municipal de Cuautla.



CAPÍTULO XI

La revolución suriana
1916-1917



A pesar de las declaraciones del subsecretario carrancista de la Guerra, el zapatismo continuaba dominando los alrededores del Distrito Federal, en las cercanías de San Ángel, Cuajimalpa, La Venta, Contreras, Xochimilco y San Jerónimo, por lo que se concertó el envío de 20 000 hombres para aumentar las fuerzas de González y acabar con los surianos.

Parecía proteger la fortuna a las gentes del general Fernando Ávila, que el día último de diciembre tomaba Atlixco, Puebla, venciendo a los zapatistas del general Fortino Ayaquica, que se sostuvo largas horas en un punto denominado Los Frailes, llamado así por la especial topografía del terreno.

A fines de enero los surianos atacaron Xochimilco, del 26 al 4 de febrero. Dos días más tarde tuvieron que retirarse hasta su cuartel general en San Pablo Oztotepec y Milpa Alta, seguidos por los carrancistas, que fueron derrotados en ese punto por el general Everardo González. Ya el día 30 de enero atacaban los surianos, simultáneamente, las plazas de Chalco, Xico, Tláhuac, Tlaltenco, Topilejo y Tulyehualco, en una extensión de más de 14 kilómetros.

Guerrillas multiplicadas rodeaban el Distrito Federal. El zapatismo, ayudado por los habitantes de los pueblos, que escondían sus armas entre las cañas, robustecíase. No importaba que el día 16 de febrero el general Juan Lechuga los desalojase de Chalco, siguiéndolos hasta Amecameca y Pulpito del Diablo. Horas más tarde los carrancistas serían

a su vez derrotados, aunque el Ejército Libertador lamentaría la muerte del general zapatista Rafael Espinosa. Allí estaba Emiliano, firme, dando órdenes a sus soldados, concertando la defensa de Amecameca, inspirando a sus tropas la confianza en la victoria. El héroe de Cuautla continuaba ejerciendo sobre sus tropas esa fascinación innata del caudillo y del apóstol, en su caso: arrancar a las masas de su pereza hacia el sacrificio por el triunfo.

Vestía Zapata un traje oscuro de charro. Notábase en su rostro, examinado con detenimiento, un gran cansancio que pretendía ser dominado por la voluntad férrea. Sus ojos, enérgicos en el mando, a veces reflejaban agotamiento nervioso. Hacía seis años que el héroe andaba en la Revolución. Había sufrido traiciones, persecuciones, derrotas, diatribas y hambres. Había visto la simulación agrarista de las disposiciones de Carranza; mas por encima de todo, como alto destino suyo, el ideal de las tierras de campesinos levantaba su vigoroso espíritu de líder.

El 17 de febrero el general Juan Lechuga era derrotado por los surianos en Ozumba y perseguido hasta San Rafael, Miraflores y Tlalmanalco. A los dos días, reforzados y con mayores pertrechos, los carrancistas se posesionaban de Amecameca. Finalizando febrero, el ministro zapatista de la Guerra, general Francisco V. Pacheco, se puso de acuerdo con Pablo González para rendirse al constitucionalismo. Con ese fin tuvieron una conferencia ambos jefes.

Al tener conocimiento de esto el general Zapata ordenó que Pacheco fuese detenido y juzgado por un consejo de guerra. Este consejo lo condenó a muerte por el delito de traición, que pretendió cometer en La Cima. El acusado fue escuchado debidamente y defendido por un estudiante apellidado Cisneros. Parece que Pacheco estaba de acuerdo con González para entregarle al general Zapata, pues pretendió hacer creer al héroe que intentaba ganarse la confianza de



don Pablo, según varios telegramas auspiciados por González que le fueron interceptados. El resultado de todo esto fue el fusilamiento de Pacheco en Miacatlán.

Con igual energía se había procedido en el caso del Tuerto Morales, que a la caída del usurpador Huerta salió de la Penitenciaría, habiendo sido aprehendido en los límites de Puebla y Morelos por el jefe zapatista Francisco Mendoza, quien, acatando instrucciones de Emiliano, lo envió al cuartel general en Tlaltizapán, en donde el héroe lo examinó con tristeza y le saludó con estas palabras justicieras: “¡Qué tal, Morales! Ya nos volvimos a ver. Se van, pero yo los espero al regreso. Y el que se va porque debe, cuando vuelve paga”.

Integrado el consejo de guerra, Morales manifestó que al rendirse a Huerta había obrado por instrucciones de Otilio Edmundo Montaña, afirmación que negó más tarde. Fue condenado a muerte y fusilado por la espalda, amarrado a un árbol, por traidor al Plan de Ayala; la ejecución se llevó a cabo en la plaza pública de Tlaltizapán, sin que Zapata atendiese a los ruegos y solicitudes de perdón que interpusieron otros jefes en favor de Morales. Inflexible, entero en la justicia y en la disciplina, Zapata declaró más de una vez: “Soy capaz de perdonar al ladrón, al asesino, hasta al cobarde; pero al traidor ¡jamás! De esos canallas hay que acabar con la semilla”.

Éste era Zapata, con un sentido superior de la lealtad, pues que siempre la consideró como la primera de las virtudes en un hombre; éste era el mismo que otra vez, en una noche lluviosa, perseguido hasta Tlaltizapán, había exclamado: “Se me persigue por mi único delito, que es querer que coman los que tienen hambre”.

El 2 de marzo Almazán combatía en Ocotlán, Oaxaca, con 1200 hombres en contra de 3000 al mando del general Macario Hernández, acción que duró dos horas y se perdió. Asimismo, el 13 de abril Emiliano ordenó que 25000 hombres



del sur se lanzaran a detener a las tres columnas militares de Carranza que pretendían entrar a Morelos por Tres Marías, Cuautla y Huitzilac. Más de dos días se combatió hasta que, a mediados del día 16, los carrancistas comenzaron a replegarse, diezmados y abatidos por las fuerzas de Zapata. González declaró que Obregón tenía la culpa de esa derrota, porque protegía a los zapatistas. Siempre lo encontraremos dando estas explicaciones de sus derrotas y achacando a otros jefes lo que era sólo producto de su ineptitud militar. Al fin y al cabo, él no era más que “un general que nunca conoció la victoria, pero que periódicamente recibía de Carranza ascensos y dádivas”; de él se “había querido hacer un caudillo para oponerlo a los villistas”.¹

Dos días más tarde, Zapata vuelve a ocuparse del problema de fondo de la Revolución. La Soberana Convención Revolucionaria redacta una “Ley Reglamentaria de la Cuestión Agraria Nacional”. Tanto esa ley como otras anteriores y posteriores fueron copiadas por Carranza y utilizadas políticamente, según veremos más tarde.

Asimismo, fue lanzado un manifiesto a la Nación y un programa de reformas político-sociales que apuntaba los siguientes hechos: la farsa política del carrancismo, su falso radicalismo, pureza e intransigencia; sus ligas con la reacción latifundista; su táctica de devastar hogares, incendiar, violar doncellas, destruir sembradíos, adueñarse de las cosechas, deportar a la gente pacífica y neutral; cometer atentados contra el comercio y fomentar y practicar la destrucción y el saqueo.

En cambio, nosotros —expresaban los surianos— procuramos dar garantías a las poblaciones, respetamos el comercio,

¹ José Vasconcelos, *Los últimos cincuenta años*, p. 24.



repartimos las tierras, fomentamos su cultivo y establecemos en la zona revolucionaria cajas rurales para el beneficio de la agricultura; procuramos reedificar y no destruir; dar trabajo al pueblo y no robarle sus cosechas; repartir las haciendas entre los campesinos, mientras los carrancistas las devuelven a los hacendados y se unen a ellos para combatir a los que piden pan y tierras. El carrancismo es dos veces traidor: traidor porque ha vendido a la Patria; traidor porque se ha vendido a los hacendados. Carranza, Wilson y los grandes terratenientes son, pues, enemigos que el pueblo mexicano tiene que vencer.

Los hechos militares de mayo sólo en apariencia conceden beligerancia a los gonzalistas. El día primero iniciaron la marcha de Tres Marías a Cuernavaca, adonde llegaron al día siguiente a las 10 horas. El general Zapata y sus tropas abandonaron la plaza sin combatir formalmente, y González telegrafió a sus jefes “una brillante victoria sobre los agraristas”. Entretanto, el general Almazán atacó la plaza de Molcajac, en el estado de Puebla, con 200 hombres en contra de 50 perfectamente posesionados en el convento del lugar, a los que dominó después de nutrido tiroteo que se prolongó algo más de 24 horas.

Simultáneamente, el general Agustín M. Galindo llega a Cuautla por Nepantla, después de luchar más de cinco horas contra las fuerzas de Eufemio Zapata y de Amador Salazar, que se retiraron de Tetelcingo a Tlaltizapán.

A todo esto, González continuaba perfeccionándose en redactar mensajes de una formidable fantasía, de modo que los periódicos, vendidos a Carranza, lo estimaban como un héroe de leyenda medieval. El día 4 manifestó que estaban en su poder Cuernavaca, Cuautla y Yautepec; y el día 6 dijo que se habían apoderado de Villa Ayala. González, mal militar, se iniciaba en la literatura...



El famoso general Domingo Arenas, que anduvo en “corridos” por todo el país, y el general Margarito Espinosa, atacaron la plaza de Puebla el día 25, causándoles innumerables bajas a los carrancistas. Y el día 26 las tropas surianas del general Mendoza atacaron durante 13 horas Jonacatepec. Tres días más tarde aparece un manifiesto dirigido al pueblo mexicano y enderezado contra Carranza; en el escrito, perfectamente fundado, se hacía un llamado al pueblo para colaborar con el Ejército Libertador y acabar con el carrancismo. Firmaban el manifiesto en Tlaltizapán los generales Emiliano Zapata, Juan Andrew Almazán, Salgado, Otilio Montaña, Gildardo Magaña, el licenciado Soto y Gama y otras personas.

El general Joaquín Amaro, de acuerdo con los planes de González, pretendió batir a los generales De la O y Francisco Saavedra en los límites de Guerrero, en la inteligencia de que 12 días después, el 13 de junio, se dispuso a cortar la retirada a Zapata por el sur. A medianoche del día mencionado, don Pablo González ordenó el avance general sobre Tlaltizapán; Amaro, con 5000 jinetes, se atravesó a los zapatistas por la zona libre del sur. Los gonzalistas cayeron sobre Zapata por sorpresa a las cinco de la mañana del día 14. Llovía a torrentes en Tlaltizapán. La lucha se inició desde esa hora hasta las cinco de la tarde, en que Zapata, a pesar de todas esas fuerzas que lo tenían “copado”, logró romper el cerco de hierro y cortar por el rumbo de Tlalquillo, dejando algunos muertos y llevándose la mayor parte de sus heridos.

“Después de luchar por diversos puntos, los carrancistas del general Amaro entraron en Jojutla. Han combatido bien las ideas vindicadoras del Plan de Ayala. Carranza les dará un ascenso”²

² Alfonso Taracena, *La tragedia zapatista*, p. 69.



Posteriormente los zapatistas incrementaron el sistema de guerrillas contra el carrancismo gonzalista de los devastadores de Morelos. El día 20 atacaron la plaza de Amecameca; el 22 atacaron Ozumba y Villa Ayala y tomaban Contreras, cerca del Distrito Federal; el día 23 tomaban Tlalnepantla, a unas horas de la capital, y el 26 atacaron con enorme tesón la plaza de Tlaltizapán. El paludismo, el clima, los campesinos que odiaban a la gente de González, todo eso se unía al buen conocimiento del terreno en los surianos y contribuía a diezmar de muy dura manera a los carrancistas, que aterrorizados y diezmados, desorientados acerca de su derrota, expresaban, por boca de su jefe, que debido al general Obregón, ministro de la Guerra, era poco menos que imposible acabar con el zapatismo, pues Obregón permitía de modo imprudente —según ellos— que el señor Gerardo Murillo —comúnmente conocido como Dr. Atl— estuviera en contacto constante con los agraristas, proveyéndolos de armas y de parque, sin que los yaquis obregonistas lo impidiesen. Así disculpaba Pablo González sus moderados merecimientos militares y disimulaba mal, al propio tiempo, su odio mezquino por Obregón que, a pesar de todos sus defectos, era indiscutiblemente un gran militar.

Por entonces comenzaba a destacarse por la brutalidad de sus crímenes un tal Jesús María Guajardo, coronel a las órdenes de González. Especializaba en incendios, en robos y asesinatos en masa de indígenas y era una verdadera obsesión en él estuprar a las indias desamparadas que caían en manos de su soldadesca bestial. Así fue como, en multitud de casos, frente a los familiares amordazados y maniatados, este hombre sin escrúpulos violentó a verdaderas niñas, a chiquillas de los lugares que tenían la desgracia de caer en sus manos.

El día 30 de septiembre Guajardo intentó “hacer nuevos méritos en campaña” y realizó el más estúpido asesinato de



180 vecinos pacíficos e inermes, en Tlaltizapán, a quienes acusó de zapatistas porque no pudieron reunir el dinero que tal bandido les exigía. Por dicha hecatombe, que avergonzaría a cualquier africano, el señor Carranza felicitó al coronel Guajardo.

Esos desmanes, a pesar de lo escalofriantes, no eran una novedad en la táctica carrancista. El 14 de junio de ese año, el general Pilar R. Sánchez había ejecutado una carnicería espantosa al apoderarse de Tlaltizapán, que estaba en poder de los zapatistas.³

Por otra parte, Juan Andrew Almazán se dirigió a Acatpec, distrito de Tehuacán, Puebla, una vez que tomó Molcayac en el mismo estado. Llegó a dicha plaza el 19 de junio y combatió con 400 hombres en contra de 300 al mando del general Porfirio González, en acción que duró dos horas, habiéndolos destrozado. Asimismo, el día 27 de ese mes combatió en San Juan del Estado, Oaxaca, con 600 hombres en contra de 900 al mando del general Nicanor Piña, perdiendo dicha acción, que duró tres horas. El 6 de agosto atacó, tomó y evacuó la plaza de Tlacolula, en Oaxaca, con 500 hombres en contra de 300, primero, y luego contra 1000 al mando del general Piña, ya mencionado; la acción duró ocho horas. El 31 de agosto sostuvo el combate de Chihuitán, distrito de Tehuantepec, Oaxaca, con 200 hombres en contra de 100 de la guarnición de San Jerónimo, Oaxaca, que fueron derrotados y perseguidos, habiendo durado la acción una hora.

En cuanto a la situación militar del estado de Morelos hacia mediados del año, los carrancistas estaban distribuidos de la manera siguiente: Fuerzas del general Dionisio Carreón,

³ Un hecho parecido tuvo lugar el sábado de gloria de 1912, cuando el coronel Adolfo Jiménez Castro, esbirro del gobierno, había hecho un escarmiento “manumilitar”.



en Cuernavaca y Tepoztlán; en Santa María, Huitzilac y Tres Marías, estaban las fuerzas del general Ricardo González V., jefe de la Brigada del Cuerpo de Ejército de Oriente; los destacamentos del coronel Enrique Morales se encontraban en la Estación del Parque; en Tlayacapan y Totolapan estaban las tropas del general Juan Lechuga; los generales Pedro Morales y Manuel Fernández de Lara, que más tarde arrojaría vivas a las gentes desde el tercer piso de su casa en las calles de Regina de la capital de la República, custodiaban Miacatlán, Mazatepec, Tetecala, Coatlán del Río, Puente de Ixtla y Amacuzac. Por otra parte, el general Ireneo Rauda vigilaba la zona de Jojutla de Juárez y Buenavista —y en este último punto mandó asesinar al famosísimo Felipe Alemán, una especie de héroe popular que combatió, venció y escarmentó a los federales en San José Vista Hermosa—; Joaquín Amaro y Silvestre G. Mariscal vigilaban una extensa zona del estado de Guerrero; Tlalnepantla, en México, estaba custodiada por el coronel David Montes de Oca; Axochiapan estaba controlada por el general Fernando Dávila; el general Manuel Larrañaga cuidaba la zona de Jonacatepec y sus alrededores en combinación con el coronel Mariano Montero Villar; y los generales Vicente Segura, Ricardo Reyes Márquez y Clotilde Sosa vigilaban las poblaciones de Chietla, Matamoros Izúcar, Atlixco y Acatlán, ya en el estado de Puebla. Cuautla y Yecapixtla estaban dominadas por Francisco de P. Mariel; Jiutepec lo estaba por el coronel Toscano Arenal, y de Jojutla y Zacatepec se encontraban posesionados los generales Carlos Tejada y Santiago Nogueta. Se comprenderá que los zapatistas no eran dueños más que del terreno que pisaban. Sin embargo, el general Zapata, habilísimo guerrillero, hombre de inquebrantable fe en la causa del campesino, se sostuvo así y fue ganando terreno al enemigo, como ya hemos dicho.

Los carrancistas se dedicaban a multitud de desmanes. En Puente de Ixtla, el coronel Franco López de Lara formó a un



grupo de vecinos pacíficos, los alineó y ensayó a ver cuántas personas morían con una misma bala de su pistola; mujeres, jóvenes y ancianos, mezclados, soportaban esa prueba; los que milagrosamente salían ilesos, eran puestos en libertad. A todos esos jefes aventureros los derrotó el general Saavedra en un sitio denominado Lomas de las Liebres.

Los gonzalistas eran derrotados por el rumbo de Tepoztlán y Santa Catarina, por el general convencionista Ceferino Ortega. Juan Cruz, Tomás Peralta y Juan Lugo, coroneles zapatistas, aniquilaron al destacamento de Coatlán del Río. El general Gabriel Mariaca se ocupaba de destrozar a las patrullas carrancistas que guarnicionaban Tetecala y Puente de Ixtla; y Efrén Mancilla, en El Jabonero y las Lomas de Agua Fría, derrotó a otros elementos militares.

Los generales Pedro Saavedra y José Martínez, así como los coroneles Juan Urquiza y Jesús Toledo, aniquilaron a las fuerzas de Joaquín Amaro, diariamente, en Atzizintla, Huixtemalco y Ahuitlalpan.

Entretanto, el general Eufemio Zapata, en el Estado de México, siguiendo las instrucciones de Emiliano, detenía al general carrancista Pedro Almada y ocupaba Santiago Tlazala y San Pedro Azcapotzaltongo.

Aparecían dinamitados los trenes por los surianos en Salazar y la Estación Eslava. El general Dionisio Carreón, gobernador carrancista, ordenaba con fecha 15 de septiembre la reconcentración de pueblos a las cabeceras de distrito con objeto de incrementar la campaña contra los surianos. El paludismo, la disentería, las guerrillas, todo contribuía a diezmar a la gente de González.

Convencidos de la estéril tarea que venían desarrollando, los jefes carrancistas tuvieron la idea de desalojar y vaciar las poblaciones para batir así “pacíficamente” a los elementos de Zapata. Pero esta medida era inútil también: todos los pueblos eran zapatistas.



El 4 de septiembre combatía Almazán en San Jerónimo, distrito de Tehuantepec, Oaxaca, con 500 hombres contra 400 mandados por el general Sixto Ugalde, acción que duró dos horas y se tomó la plaza. El mismo día sostuvo otro encuentro en la estación de San Jerónimo, ya expresado, con 500 hombres en contra de 600 al mando del general Ugalde —ya citado— que había recibido refuerzos, habiendo durado la acción tres horas y siendo indeciso el resultado. Asimismo, el 12 de septiembre y el día 30 del mismo mes, sostuvo dos combates: tiroteo nutrido en Carnicería, distrito de Juchitán, estado de Oaxaca, con 100 hombres en contra de 200 al mando del general Luis Gutiérrez, acción que se perdió; y un combate en forma en Malpaso, Juchitán, con 80 hombres en contra de 200 que eran otra vez al mando del general Gutiérrez, acción esta última que duró cinco horas y también se perdió.

El día 1o. de octubre, en su cuartel general, Zapata firmó una “Exposición al Pueblo Mexicano y al Cuerpo Diplomático”, en que ponía de relieve la traición carrancista, las ligas de Carranza con los terratenientes, la clausura de la Casa del Obrero Mundial. Asimismo, acusaba con toda justicia a Carranza de haber puesto en vigor la Ley Marcial y haber suspendido en sus garantías a los obreros de la Ciudad de México, sabotando la huelga de electricistas. Ocupábase del atraco oficial significado en el papel moneda; comentaba la prostitución de los funcionarios y la corrupción del Clero, protegida por Carranza; y concluía manifestando que

ya es tiempo de que la Revolución declare ante el Cuerpo Diplomático que el carrancismo no es sino un grupo de facciosos detestado por el pueblo, que éste debe combatir, porque sólo



persigue la riqueza para gobernadores y generales, la miseria para la tropa y la ruina para la nación.

Durante el mes de octubre el zapatismo realizó diferentes hechos de armas con Almazán, en el sur, que fueron los siguientes: Día 11, combate en Regadillo, distrito de Juchitán, Oaxaca, con 50 hombres en contra de 100 del general Luis Gutiérrez, resultando derrotado el enemigo. Día 15, tiroteo en Nueva Puebla, estado de Chiapas, con 50 hombres en contra de 200, acción que duró dos horas, siendo rechazados los carrancistas. Día 16, tiroteo en la hacienda de Las Palmas, estado de Chiapas, con 40 hombres en contra de 150 del general Luis Gutiérrez, acción que se prolongó una hora siendo derrotado el enemigo. Y, finalmente, el día 20 presentó Almazán un combate en el cerro de San Clemente, en el estado de Chiapas, con 50 hombres en contra de 400 del enemigo, habiendo resultado completamente destrozadas las fuerzas surianas.

El día 7 de noviembre, el general Genovevo de la O dinamitaba el tren de Cuernavaca, acabando totalmente a las fuerzas carrancistas que allí viajaban. El periodista Manuel Garrido Alfaro también pereció en ese hecho de armas trabado con los supervivientes. Al día siguiente, para fin de desorientar la opinión, puesto que los surianos combatían hasta por Contreras, hizo declaraciones el general Benjamín G. Hill, comandante militar de la plaza de México, en el sentido de que los zapatistas habían sido derrotados en Tulyehualco y desalojados del Distrito Federal. Colaborando con la táctica de Hill, González expidió un decreto el día 11 en que establecía que serían ejecutados los que sirvieran al zapatismo y todos los que fueran encontrados cerca de las vías férreas y no explicaran de modo satisfactorio su presencia en dichos lugares.



Posteriormente los generales Everardo González y Vicente Rojas atacaron el tren de Cuautla-México, cerca de Ne-pantla. En ese acto del 28 de noviembre tuvieron muchas bajas el jefe de la escolta del tren, general Vicente González, y el general Mariel, que con sus tropas se acercó a defenderlo del furioso ataque zapatista.

Auspiciados por el cuartel general hábilmente dirigido por Emiliano, continuaban los asaltos y voladuras de trenes militares. En Chihuahuita el general Ceferino Ortega atacó y descarriló el tren de Puente de Ixtla-Cuernavaca.

Cuando las tropas de Gonzalo Novoa sustituyeron a las del general Manuel Fernández de Lara, en Mazatepec, los surianos atacaron esa plaza, Coatlán del Río y Tetecala. Los generales Juan Cruz, Gabriel Mariaca y Tomás Peralta lograron hacer considerables bajas a los carrancistas, no obstante la ayuda que rápidamente les prestó Franco López de Lara, que, cruzando el campo del Tecolote y el llano, pudo apoderarse de las torres, lomas y sitios elevados de Mazatepec, impidiendo así la derrota total de las tropas, que ya habían resentido la pérdida del jefe de la guarnición de Tetecala, José María Sánchez, que más tarde, fugándoseles a los zapatistas, regresó en estado de ebriedad, en camisa y tan quebrantado moralmente como el resto de esas fuerzas, que ya habían tirado las armas, se habían arrancado las insignias y trataban de huir sin ser reconocidas, cuando llegó el aludido López de Lara.

Por este tiempo el general Zapata, que cuidaba de dirigir matemáticamente el movimiento de todas sus tropas diseminadas por el sur, preparábase a iniciar una campaña ideológica a favor de su divisa "Tierra y Libertad", "Tierra libre para todos, tierra sin capataces y sin amos", con objeto de hacerla coincidir con la celebración del Congreso Constituyente de Querétaro, que tendría lugar en breve, auspiciado dolosamente por el señor Carranza.





Composición.

CAPÍTULO XII

Las leyes agrarias
y el zapatismo



El 10. de noviembre de 1916 se reunió en Querétaro la Convención Constitucionalista, cuyas sesiones durarían hasta el 31 de enero de 1917. Su principal finalidad era de carácter político —aunque a la postre se hayan obtenido beneficios de carácter social para el proletariado—, pues el propósito de Carranza al reformar la Constitución fue llevar al cuerpo de la Ley Suprema las reformas agrarias que desde 1915 había expedido con miras al control del poder; con esta medida se estimaba cierta reducción de simpatía para el zapatismo entre el ejército y el pueblo.

Los proyectos fueron aprobados sin discusión en el seno de la Asamblea, que trabajó por medio de comisiones. Apenas se encuentra en el *Diario de los Debates* una opinión seria relativa a los zapatistas.¹

¹ *Diario de los Debates del Congreso Constituyente 1916-1917*. Sesión permanente efectuada en el Teatro Iturbide los días 29, 30 y 31 de enero de 1917.

El C. Navarro: “Es verdaderamente triste que revolucionarios honrados sean sorprendidos para entrar en negocios en que se robe, puede decirse, o se les quite cuando menos el derecho a los pueblos; por eso yo pido que se ponga una taxativa a esos abusos; que la nación sea la única dueña de los terrenos y que no los venda, sino que dé la posesión nada más a los que puedan trabajarlos. De otra manera, a la larga, volverán esas tierras a formar las grandes propiedades y la pequeña propiedad volverá a ser acaparada por unas cuantas manos. Está plenamente comprobado que esos terrenos son del pueblo y también que esas aguas son del pueblo; y precisamente porque hay esa ley que se pueden vender esos terrenos, los han adquirido unos cuantos terratenientes, los cuales han sido sorprendidos por los es-

pañoles, que viéndose sorprendidos en sus derechos, los han querido vender a los hombres de la Revolución; así, pues, juzgo conveniente consignar en la Constitución un párrafo que diga que la nación tiene el derecho o ha tenido el derecho de vender; en último caso, yo pediría a la comisión que reformara este inciso diciendo: que la nación es la única dueña de los terrenos de la República, de las tierras, aguas y bosques, pero de aquí en adelante ella se reserva el derecho de vender y que las propiedades adquiridas por medio de despojos, por medio de infamias, deben desaparecer de nuestra Constitución y que en lo sucesivo todo el que quiera adquirir un pedazo de terreno, deberá adquirirlo conforme a las bases que establezcamos aquí; de esta manera, cuando nuestros indios puedan hacer una casa y sepan que nadie se las podrá arrancar, porque no la podrán vender, entonces habrán desaparecido las revoluciones de México...

“Hay revolucionarios zapatistas más honrados que el diputado Martí. Voy a citar un caso. Cuando se tomó el pueblo de Jojutla, entró un revolucionario zapatista, y tengo razón para decir que son más honrados que el señor Martí; por eso la revolución zapatista ha prosperado tanto; voy a explicar lo que hacen los revolucionarios zapatistas: al entrar a una población dan garantías a los habitantes de aquel pueblo, y así se explica por qué el zapatismo, en el estado de Morelos, no ha podido ser combatido, porque en cada individuo hay un espía que les da noticias, porque consideran al Gobierno como enemigo. Cuando un jefe zapatista llega a un pueblo, llama al jefe de la población, al jefe de ese pueblo, y le dice: ‘Tú, que conoces esta población, dime quiénes pueden ayudarnos con algún dinero’; y ese individuo indica quiénes pueden ayudar; ya con esos antecedentes se dirige el jefe zapatista a los individuos que le han indicado y ellos, de buena voluntad, les dan de comer y les ayudan en lo que pueden; pero al soldado que comete una falta, le fusilan. En uno de esos pueblos cercanos a Jonacatepec, se dictó la medida de que serían pasados por las armas todos aquellos que se robaran alguna cosa de la población; se fijaron que muchas tiendas que había allí eran de los enemigos de la Revolución; estas tiendas las tomaron por cuenta de la Revolución y se pusieron a vender durante el día todas las mercancías; en la tarde se recogió el dinero y se repartió por partes iguales desde el soldado hasta el último jefe, de manera que no se disputaba una sola cosa de la tienda. De aquí que si esto no es llamarse honrado, no sé qué será lo que llame honrado el señor Martí; cosa que no ha sucedido con muchos carrancistas, pues está en la conciencia de todos que hay muchas partes en donde hemos entrado saqueando y asesinando, sin



La Convención se compuso de un diputado por cada 60000 habitantes o fracción y representó por 221 diputados a los 248 distritos electorales de la República. Tuvieron representación incompleta los estados de Chiapas, Chihuahua, Guerrero, Hidalgo, México, Oaxaca, San Luis Potosí, Zacatecas y Veracruz. Sin concederle categoría al zapatismo, que era el movimiento genuinamente representativo de las masas campesinas, los carrancistas enmascararon la Convención —dice Tannenbaum— con el hecho de que los indios se habían levantado contra el despojo de sus tierras. “La cuestión agraria —declararon— es el problema más importante de la Revolución y el más interesante, porque es claro en la conciencia de todos los revolucionarios que entretanto no se solucione ese problema

objeto, y esto se explica si tenemos en cuenta que en nuestro ejército se han metido ex federales, individuos revolucionarios, o más bien dicho, villistas, todos los malos elementos que lejos de venir a ayudar al constitucionalismo, han venido a desprestigiarlo. Allí se puede ver también que tienen un pedazo de terreno los indios en algunos pueblos, allí ellos siembran y miran aquello como si fuera de ellos; se ponen a trabajar; y así se explica que todas las fuerzas revolucionarias que andan en el estado de Morelos tengan qué comer, porque los pueblos pacíficos les dan de comer a los zapatistas que les dan garantías, y les niegan hasta el agua a los revolucionarios que les saquean sus casas. Pues bien, señores, yo he visto multitud de hombres que se han lanzado a la Revolución por el solo deseo de poder contar con un pedazo de terreno para sembrar y dedicarse a su trabajo, y ellos mismos se prestarán a ayudarnos para acabar con las partidas de bandidos que hay, porque ellos también los persiguen. Por eso yo desearía que la comisión retirase este inciso, poniéndolo de tal manera que, de aquí en adelante, la nación podrá vender pedazos de terreno, pero con la condición de que los terrenos pasen de padres a hijos y no haya más acaparadores que de ellos se apoderen, ya que éstos pueden ponerse de acuerdo con el Gobierno para robárselos”.

Lo anterior nos merece el concepto de insospechable, por ser expresión de un diputado carrancista que tiene la valentía de reconocer la verdad zapatista en el seno de la propia Convención que hizo Carranza.



definitivamente, continuará la guerra”² ;Seis años después de la publicación del Plan de Ayala venían a darse cuenta de esas cosas las gentes de Carranza!

A esta época pertenece el manifiesto de 20 de mayo que publicó el general Zapata y cuya parte fundamental decía lo siguiente:

El carrancismo, que empezó por embaucar, no ha podido sostener la infame comedia; su juego está a la vista, la trágica mentira ha quedado al descubierto; Carranza es para todos el traidor a la Revolución y el enemigo de los hombres de honor y de vergüenza.

La caída de ese gobierno es una exigencia nacional, cuestión de principios para los revolucionarios, problema de vida o de muerte para los mexicanos, y por ello, al dirigirse al pueblo el Ejército Libertador, espera de él inmediato apoyo para apresurar el derrocamiento; su entusiasta ayuda para escarmentar pronto y cumplidamente a los malvados.

La Revolución, que ese ejército encabeza, hace siete años que viene luchando por obtener lo que los poderosos y los embaucadores se han empeñado en no conceder: la liberación de la tierra y la emancipación del campesino.

LA TIERRA LIBRE, LA TIERRA LIBRE PARA TODOS, LA TIERRA SIN CAPATACES y SIN AMOS, tal es el grito de guerra de una Revolución que va dirigida contra el hacendado, residuo estorbo de otras épocas; pero este grito es respetuoso para todos los derechos que no signifiquen una usurpación, un monopolio o un despojo.

² Frank Tannenbaum, *La revolución agraria mexicana*. Traducción al castellano que obra en poder de Baltasar Dromundo.



Desgraciadamente, Carranza demostró pocas simpatías para el problema agrario. Su régimen presidencial se distinguió por su negligencia para las peticiones de los nuevos grupos agrarista y laborista que llegaron al poder con la Revolución. Al principio usó estrechamente de las facultades del decreto de 6 de enero de 1915, prohibiendo la concesión provisional de tierras y retardando cuatro años el desarrollo de un programa agrario activo. Interfirió con las organizaciones laboristas y trató de provocar huelgas en las industrias públicas, sólo compatibles con la traición. Durante el Congreso Constituyente y cuando se efectuaban sus sesiones, los soldados de Carranza establecían cortes marciales y mataban a los trabajadores en huelga. Y él gradualmente permitía verse rodeado más y más por un grupo militar irresponsable.³

Por lo demás, la fe agrarista de Carranza habíase expresado alguna ocasión en que, al decir de José Vasconcelos, el coahuilense manifestó frente al general Antonio I. Villarreal y frente al propio Vasconcelos, “que él mismo no podía explicarse por qué el pueblo hablaba tanto acerca del problema agrario, cuando ese no era el real problema de México, porque no todos iban a ser agraristas, sino que lo que México necesitaba eran reformas físicas”.

Hasta después de muerto el general Zapata (1919) y posteriormente al desastre carrancista de 1920, en que perdió la vida Carranza, en Tlaxcalantongo, las leyes agrarias entrarían en vigor. Adolfo de la Huerta, como presidente interino, y Obregón como presidente constitucional en 1920, serían los primeros en realizar, si bien imperfectamente, dadas las circunstancias, las dotaciones y restituciones de tierras a los pueblos.

Es conveniente hacer notar que el espíritu de la legislación agraria se informó fundamentalmente en el Plan de

³ Frank Tannenbaum, *op. cit.*



Ayala. Éste era bastante defectuoso, pues se sabe que el general y los suyos eran hombres rústicos, sin más preparación que el conocimiento práctico derivado de la vida del campo; mas fue Zapata antes que nadie quien planteó este enorme problema. Por lo demás, el artículo 27 constitucional, que quizá ahora no sea considerado por muchos sectores de opinión como un texto radical, en el tiempo de su promulgación sí tuvo este valor y respondió, como ahora, aunque con lagunas, a la grave situación ya apuntada.⁴

Lo censurable de Carranza fue que de estos postulados, consagrados ya en la Constitución Política de la República, hizo caso omiso, burlando así la credulidad de los pocos campesinos que al principio lo siguieron, así como la buena fe agrarista de muchos de sus generales, algunos de los cuales, como Obregón, eran producto del proletariado y habían ido a la Revolución por realizar el mejoramiento efectivo de su clase.

Debía considerarse ineficaz lo hecho a este respecto por la Convención de Querétaro, puesto que no se había cumplido. Por esa razón, el general Zapata continuó luchando contra los carrancistas y los nuevos hacendados.

Ya desde los combates de Celaya, acontecidos el 7, 13 y 14 de abril de 1915, que fueron el antecedente militar de las jornadas épicas del día 15 en que hasta las siete de la noche Villa soportó sin doblarse, y con pérdidas cuantiosas, la carga arrolladora de la caballería obregonista de Maycotte; ya desde los desastres de Trinidad, en que Villa volvió a ser derrotado por Obregón el 20 de abril; ya, en fin, desde los consecutivos golpes que la División del Norte sufrió a manos de Hill y de otros generales obregonistas, resentíase en buena parte el ascendiente militar de los surianos en Morelos

⁴ El artículo 27 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos se encuentra transcrito en el apéndice de este libro.



y en otros estados, por reflejo de lucha. Pero la reciente y sostenida fuerza espiritual del movimiento haría que hasta 1919, a pesar de todo, el zapatismo continuase siendo una garantía revolucionaria, no obstante que mayores contingentes de tropas eran desplazados contra Zapata.

Sacrificios, hambre y miseria absolutos requería la brega por el ideal de las tierras. Pero a pesar de esto, Zapata se levantaba como un símbolo de justicia social.



CAPÍTULO XIII

La revolución suriana
1917-1918





Soldados del ejército mexicano, *ca.* 1935.



Emiliano, que había visto caer a los mejores, defecionados por cobardía o por el oro, vio llegar al cuartel general, en enero de 1917, a uno de tantos huertistas “volteados”, Marcelo Caraveo. Este jefe les comunicó a los periodistas algunas opiniones denigrantes para Juan Andrew Almazán, manifestando que esas eran las opiniones del general Zapata. A pesar de todo esto, el héroe aceptó y pertrechó a Caraveo para que lo ayudase a combatir a Carranza.

El día 20, una vez recuperada la plaza de Tlaltizapán, el héroe firmó allí un Manifiesto a la nación —mencionado en el capítulo anterior de este libro— en que se ocupaba del carrancismo y de la farsa política de Querétaro; hacía mención del grave problema moral que planteaba al país la existencia de “una banda de salteadores al frente del Gobierno”, “monederos falsos”, “banqueros fraudulentos”, “salteadores de cajas particulares”, “solapadores de estafadores y de ladrones”; hablaba también de la depresión de la moneda y de los autócratas al uso; asimismo, decía que los trabajadores de México, Puebla, Veracruz y Orizaba, “engañados por el socialismo carrancista, ya sabían a qué atenerse con las duras lecciones recibidas en las últimas huelgas”.

Por este tiempo demostrábase el gran talento militar de Pablo González, en que, vencido por la tenacidad zapatista, humillado por el paludismo y el hambre, tuvo que evacuar Cuernavaca el día 14 de febrero. Las tropas se llevaban las puertas, las bancas de los jardines públicos, hasta artefactos de otro uso, inclusive las cañerías de plomo, todo lo que más tarde era vendido por la soldadesca inconsciente en la Ciu-

dad de México, en los puestos de la Plazuela de las Vizcaínas o en los del ex Volador.⁵

El general Pedro Saavedra atacaba a Joaquín Amaro en Zacatepec el día 20 de febrero y lo derrotaba en medio de la vistosa huida de los carrancistas. Se dice que la providencial llegada de Silvestre Castro, coronel constitucionalista, salvó a Amaro de morir. Las tropas de Castro y los armamentos que llevaba, así como el tren en que viajaban sus soldados, sirvieron para rehacer al general Amaro y conducirlo a salvo a México.

Después de haber evacuado completamente el estado de Morelos, González cambió su centro de operaciones, de Tres Marías a Tacubaya. Quizá por precaución de estrategia prefería este jefe estar en el Distrito Federal. Más de 8000 soldados palúdicos, más de 5000 muertos y otros tantos heridos y mutilados, un retorno de miserables y de hombres deshechos, este era el resultado de la campaña en Morelos, que resentían los gonzalistas, pese a los partes de guerra recibidos por Carranza.

Entre los meses de febrero y marzo quedó definida la sumisión de la División Domingo Arenas, que cubría parte de los estados de México, Tlaxcala y Puebla, llegando hasta Tecamachalco. Ganaba Carranza un verdadero militar, arrojado y temerario, y perdía el zapatismo, con esa sumisión, a uno de sus más denodados generales que comandaba a jefes de indudable mérito militar.

Este suceso lamentable no desanimó a Zapata, que ya el 23 de marzo atacaba Chietla, en Puebla, después de haberse apoderado de Atlixco, Matamoros Izúcar y Amecameca. Las defecciones, sin embargo, se habían iniciado e iban a continuar. No todos ponían el ideal por encima de sus propios intereses egoístas. El apóstol, empero, se sostendría en la lucha.

Después de que el general zapatista Everardo González atacó el 3 de mayo durante más de seis horas la plaza de

⁵ N. de E. La Plaza del Volador estuvo ubicada en el espacio que actualmente ocupa la Suprema Corte de Justicia de la Nación.



Ozumba, defendida por el jefe carrancista Vicente González, los hechos de armas zapatistas no revistieron caracteres de mayor importancia. Salvo algunos acontecimientos políticos relativos a la sustitución de jefes en Morelos, ordenada por el general Zapata, nada vino a cambiar las circunstancias. El peón, bajo las instrucciones del héroe, se dedicó a trabajar sus tierras y cuidar sus cosechas; inicióse nuevamente la reconstrucción del estado, que los carrancistas habían dejado en la más penosa miseria; hubo desde que remendar y reedificar las casas. Todo había sido devastado.

El 18 de mayo fue fusilado en Tlaltizapán el profesor y general Otilio Edmundo Montaña, a quien se instruyó causa por el mismo asunto que al general Francisco V. Pacheco, es decir, por intento de traición al Plan de Ayala, ya que Montaña y Francisco V. Pacheco trataron de rendirse sin el conocimiento de Zapata. Montaña siguió la suerte de los otros: fue condenado a muerte. El consejo de guerra que lo sentenció estuvo constituido por el general Manuel Palafox, el coronel S. M. Robles, y el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, habiendo actuado en función de agente del Ministerio Público el general Ángel Barrios.

Con motivo de estos hechos, se recordó que el general Zapata le había manifestado a Soto y Gama anteriormente: “Si viera, licenciado, que no me gusta mucho Montaña. El otro día me confesó que veía que la lucha iba para muy largo, y que deberíamos entrar en tratos con los carrancistas”.

Antes de ser pasado por las armas, Montaña hizo declaraciones en el sentido de que “moría para satisfacer venganzas mezquinas y ambiciones miserables, puesto que Palafox y Barrios eran sus enemigos personales”. Asimismo, acusó al licenciado Soto y Gama de que

por rencillas políticas de camarilla había procurado deshacerse de él, al grado de que durante el proceso se negó a tomar en



consideración las pruebas documentales que el mismo Soto y Gama tuvo en sus manos.

En los momentos de morir —decía Montaña— lego mi testamento político a todos mis compañeros de armas, a la Revolución y a la Patria, por quien tanto me he sacrificado, y en nombre del Dios que gobierna las naciones y las sociedades, declaro ante el mundo civilizado que muero inocente y con la satisfacción de conciencia de que si mi sangre se necesita para fortificar las libertades del pueblo y darle bienestar, con todo gusto la derramo para la salvación de tan hermosos principios y para que se destruya por completo el odioso yugo de la tiranía contra la cual se combate.

A pesar de estas declaraciones enfáticas, llegó a comprobarse la traición de Montaña y, como se ha dicho, fue fusilado.⁶

En esta época se dedicaban a saquear varias poblaciones de Morelos algunos generales y jefes carrancistas. El general Estanislao Mendoza devastaba y saqueaba por el rumbo de Tepoztlán. En Tenancingo, Palpan y Puente de Ixtla actuaban en igual forma otros jefes. Por Jojutla, Mia-catlán, Tlayacapan y Yautepec, ejercía multitud de atropellos el general Carlos Tejada y sus tropas, llegando hasta Cuautla y Yecapixtla cuando los zapatistas no podían impedirlo. El coronel Huanaco incendiaba y robaban sus hordas por las cercanías de Jonacatepec. Y como si todo esto fuera poco para saciar a esas gavillas armadas, por Huautla y hasta Ozumba y Amecameca andaban las gentes de Jesús M. Guajardo, que ayudado y secundado por otros oficiales carrancistas, realizó multitud de desmanes a la cabeza de

⁶ Los testigos de todo aquello, ya citados, están de acuerdo en que Montaña fue un traidor y por esto se le condenó. Quienes han afirmado lo contrario no han presentado, que yo sepa, pruebas documentales o testimoniales en este sentido.



verdaderos bandidos, llegando a violar la tumba del general Amador Salazar, en Tlaltizapán, en donde profanó el cadáver de aquel valiente zapatista, despojó el esqueleto de un precioso traje de charro con que había sido enterrado por la devoción de los surianos, y habiéndolo mandado limpiar escrupulosamente, tuvo el gesto innoble de enviar esa prenda a la capital de la República para que fuese exhibida en los aparadores más céntricos como muestra de su valor militar, cuidándose, en cambio, de decir que él y sus soldados habían arrastrado por las calles, en medio de alaridos y maldiciones, el cuerpo de aquel heroico soldado de la revolución suriana, a quien en vida no pudieron vencer. Se supone, quizá con razón, que todos estos hechos no eran del todo desconocidos por Carranza, por Obregón y por Pablo González. Esas fueron las causas de la gran miseria del estado de Morelos, pues no era posible contrarrestar tales tropelías y sus consecuencias con la fuerza de trabajo del peón revolucionario ni con la esmerada vigilancia que el general Zapata, por conducto de sus tropas, ejercía sobre las posiciones carrancistas.

El héroe dictó varias disposiciones en el cuartel general tendientes a reducir el abigeato y a reprimir el robo, que por la miseria se había desencadenado sobre las poblaciones morelenses. Diéronse normas respecto al comercio de reses y se estableció responsabilidad penal para los presidentes municipales que colaborasen, en su caso, a violar tales ordenamientos. Los peones recorrían enormes distancias para vender un poco de maíz o cambiar armas por comestibles y estaban expuestos a morir a manos de las tropas carrancistas, que infestaban todos los caminos. El hambre era ciertamente insoportable. Las comunicaciones ferrocarrileras estaban suspendidas.

Posteriormente fue lanzado por el general Zapata el siguiente:



MANIFIESTO AL PUEBLO

El pueblo mexicano ha sido constantemente engañado por sus gobernantes, y, lo que es peor, por hombres que, llamándose sus caudillos, han sido los primeros en traicionarlo una vez conseguida la victoria. Unos y otros le han impuesto enormes sacrificios y han tenido que contraer onerosos e indignos compromisos con los potentados de la República o del extranjero para hacer frente a la necesidad de adquirir cantidades fabulosas de dinero, armas y toda clase de elementos de guerra, con ayuda de los cuales han pretendido contener, aunque en vano, el empuje arrollador de las multitudes, ansiosas de tierra, de libertad y de justicia.

La Revolución del Sur, siempre pura y altiva, jamás ha ido a humillarse ante un gobierno extranjero para solicitar como un mendigo, armamento, parque o recursos pecuniarios, y, sin embargo, teniendo que luchar contra un enemigo dotado de poderosos elementos debidos al favor de los extraños, ha conseguido arrebatarle palmo a palmo y en lucha desigual, una vasta zona del territorio de la República.

Nuestras tropas dominan hoy, merced al heroico e incontenible esfuerzo de los hijos del pueblo, en los Estados de Morelos, Guerrero, Puebla, Veracruz, México, Querétaro, Guanajuato y Michoacán, en todos los cuales el enemigo sólo es dueño, en posesión precaria, de las capitales y de las vías férreas, excepción hecha de los Estados de Morelos y Guerrero, en donde el enemigo ha sido desalojado totalmente.

Las derrotas y los reveses se suceden contra el carrancismo uno y otro día, en el norte tanto como en el centro y en el sur; las defecciones de los suyos son cada vez más numerosas y más significativas; la desbandada ha empezado y adquiere a cada momento mayores proporciones; grandes partidas y cuerpos enteros desertan o se rinden a nuestras fuerzas, o pasan a incorporarse a las filas de nuestros hermanos, los bravos luchadores del norte.



Sumados todos estos síntomas al absoluto desprestigio de la odiada facción, indican que el organismo carrancista ha entrado en plena descomposición y que su agonía se acerca a toda prisa.

Es por lo mismo un deber para el Ejército Libertador, formular ante el país, franca y solemnemente, el programa de acción que se propone desarrollar una vez obtenido el triunfo.

Afortunadamente, los errores y los fracasos del carrancismo, bien visibles por cierto, nos marcan con toda precisión el camino, y ahorrarán a la Nación el espectáculo de nuevos y formidables desaciertos.

Fresco todavía en nuestra memoria el recuerdo de cómo se inició la catástrofe financiera del carrancismo, nosotros no incurriremos por ningún motivo en la infamia de explotar miserablemente a ricos y a pobres, declarando de circulación forzosa determinado papel moneda, para en seguida desconocerlo sin el menor respeto para la palabra empeñada y los compromisos contraídos.

La cuestión del papel moneda es problema resuelto ya por la experiencia de los siglos. Su emisión produjo en época pasada una tremenda bancarrota en Inglaterra, la provocó aún mayor en la República Francesa, durante la gran revolución, e idéntico desastre originó no hace muchos años cuando los Estados Unidos y la Argentina intentaron la misma aventura para hacer frente a dificultades económicas análogas a las nuestras.

Sabemos que mientras persista la actual organización económico-social del mundo, es un absurdo atentar contra la libertad del comercio, como lo ha hecho en forma brutal el carrancismo, reduciendo a prisión y sacando a la vergüenza pública a pacíficos comerciantes que se defendían contra las medidas gubernativas. No hemos de ser nosotros, ciertamente, los que cometamos la torpeza de agravar con esos procedimientos la carestía de todos los artículos y la miseria para



las clases populares, siempre más castigadas que la gente pudiente, en las épocas de las grandes crisis.

El carrancismo ha implantado el terror como régimen de gobierno y ha desplegado a los cuatro vientos el odioso estandarte de la intransigencia contra todos y para todos. Nuestra conducta será muy distinta; comprendemos que el pueblo está ya cansado de horripilantes escenas de odio y de venganza; no quiere ya sangre inútilmente derramada ni sacrificios exigidos a los pueblos por el solo deseo de dañar, o simplemente para satisfacer insaciables apetitos de rapiña.

La Nación exige un gobierno reposado y sereno que dé garantías a todos y no excluya a ningún elemento sano, capaz de prestar servicios a la Revolución y a la sociedad. Por lo tanto, en nuestras filas daremos cabida a todos los que de buena fe pretendan colaborar con nosotros, y a este fin el Cuartel General de mi cargo ha expedido ya una amplia ley de amnistía para que a ella se acojan los engañados por las mentiras del carrancismo, los seducidos por las patrañas del “Primer Jefe”, y, en general, los hombres que por inconsciencia o por error hayan prestado su concurso para sostener la presente dictadura, que a todos ha mentido y no ha logrado satisfacer las aspiraciones de nadie. Díganlo, si no, la renuncia de Cándido Aguilar y la separación o el alejamiento de tantos otros jefes que sucesivamente han ido abandonando al carrancismo para dedicarse a la vida privada o lanzarse a la Revolución.

Nuestra obra será, pues, ante todo, una labor de unificación y de concordia. Seremos intransigentes y radicales solamente en lo que atañe a la cuestión de principios; pero fuera de allí, nuestro espíritu estará abierto a todas las simpatías, y nuestra voluntad pronta a aceptar todas las colaboraciones si son honradas y se muestran sinceras.

Unidos los mexicanos por medio de una política generosa y amplia, que dé garantías al campesino y al obrero lo



mismo que al comerciante, al industrial y al hombre de negocios; otorgar facilidades a todos los que quieran mejorar su porvenir y abrir horizonte más vasto a su inteligencia y a sus actividades; proporcionar trabajo a los que hoy carecen de él; fomentar el establecimiento de industrias nuevas, de grandes centros de producción, de poderosas manufacturas que emancipen al país de la dominación económica del extranjero; llamar a todos a la libre explotación de la tierra y de nuestras riquezas naturales; alejar la miseria de los hogares y procurar el mejoramiento moral e intelectual de los trabajadores creándoles más altas aspiraciones; tales son los propósitos que nos animan en esta nueva etapa que ha de conducirnos, seguramente, a la realización de nobles ideales, sostenidos sin desmayar durante seis años, a despecho de todos los obstáculos y a costa de los mayores sacrificios.

La Nación lo sabe perfectamente. Nuestra lucha es únicamente contra los latifundistas, esos despiadados explotadores del trabajo humano que han impedido a la raza indígena salir de su letargo y han provocado sistemáticamente la carestía de las cosechas, la miseria periódica y el hambre endémica en nuestro país, cuyo suelo debiera alimentar pródigamente a sus hijos y que hasta aquí sólo ha podido sostener a una endeble nación de famélicos.

Cumplir el Plan de Ayala es nuestro único y gran compromiso; allí radicará toda nuestra intransigencia. En todo lo demás, nuestra política será de tolerancia y de atracción, de concordia y de respeto para todas las libertades.

Como tantas veces lo hemos dicho y no cesaremos de repetirlo, la Revolución la ha hecho el pueblo, no para ayudar a los ambiciosos ni para satisfacer determinados intereses políticos, sino por estar ya cansado de una situación sostenida por todos los gobiernos durante siglos, y en la que se le negaba hasta el derecho de vivir, hasta el derecho de poseer el más mínimo pedazo de tierra que pudiera proporcionarle el sus-



tento, con lo que se le condenaba a ser un esclavo en su propia patria, o un miserable pordiosero en la misma sociedad que lo viera nacer.

Por esa necesidad de vivir como hombre libre, por ese imperio o derecho de poseer una tierra que sea suya, ha luchado y luchará hasta el fin el pueblo mexicano.

Los que hasta aquí han estorbado su triunfo han sido y son los caudillos ambiciosos que, diciéndose directores de la Revolución, la han hecho fracasar momentáneamente y han provocado la prolongación de la lucha al negarse a dar al pueblo lo que pide y lo que tendrá, a pesar de todas las intrigas y de todas las miserias de la política.

Firmes, pues, en nuestro propósito de hacer triunfar la causa de la justicia y deseosos de que todos vean la honradez y la seriedad con que la revolución procede, cuidaremos en esta vez, con mayor empeño que las anteriores, de otorgar amplias y cumplidas garantías a la población pacífica, cuyos intereses, personas y familias serán escrupulosamente respetados. Nuestro mayor orgullo consistirá en aventajar a nuestros enemigos en cultura, en dar ejemplo a todas las facciones, y en ser los primeros en inaugurar una era de completo orden, de positiva libertad y de amplia y verdadera justicia.

Reforma, Libertad, Justicia y Ley.

Cuartel General de la Revolución, Tlaltizapán, Mor., a 20 de abril de 1917.

El general en jefe, Emiliano Zapata.

El pueblo de Buenavista defeccionaba del zapatismo el día 30 de abril de ese año. Y los mismos desertores asesinaban al general Lorenzo Vázquez, que no había aceptado traicionar al general Zapata. Posteriormente enviaron el cadáver de Vázquez al héroe, manifestándole que por traidor al zapatismo “se le había ajusticiado”. Vázquez fue sacado



del sepulcro para ser enviado en un armón. Esa medida engañó a Zapata, que continuó creyéndolos leales, sin darse cuenta de que lo que intentaban era ganar tiempo para que llegara el refuerzo del general carrancista Silvestre G. Mariscal. Casimiro Millán había urdido toda esa maniobra y él, personalmente, había dado muerte, con ayuda de un sujeto llamado Miguel Román, al austero jefe y leal zapatista Lorenzo Vázquez. Algunos zapatistas traidores se dedicaron por ese tiempo a crear una atmósfera de sobresalto y de intrigas cerca de varios jefes, a los que difamaban con el general Zapata engañando a éste con mensajes apócrifos que comprometían a aquellos a quienes iban dirigidos. Urdíanse verdaderas maniobras criminales para que tales mensajes fueran conocidos por Zapata después de ser interceptados, y el resultado eran los juicios sumarios y los fusilamientos. El héroe, incapaz de dudar de aquellos a quienes había visto luchar cerca de él durante varios años, era víctima, en multitud de casos, de errores que costaron la vida a algunos generales y jefes surianos. Todo esto vino a crear el desconcierto y la indisciplina en las filas anteriormente compactas y leales del zapatismo. Ese fue el origen del juicio sumario seguido al general Emigdio Marmolejo, que estuvo a punto de costarle la vida.

Debido a gestiones que en este sentido hizo Domingo Arenas, el denodado general Vicente Rojas se rindió al carrancismo con fecha 10 de mayo, habiéndose corrido el rumor de que tal acto respondía al temor que este jefe sentía de que lo envolvieran en una intriga sus enemigos personales, que eran los mismos que habían conocido del asunto de Montaña.

Animado por ese fácil resultado, Arenas trató de seguir la misma conducta con el general Fortino Ayaquica, quien le manifestó su conformidad para rendirse a Carranza, y a este fin propuso una entrevista con Arenas en la hacienda de Huexcoapan.



Concurrió a la entrevista Arenas, acompañado del coronel Eduardo Reyes, del mayor Rodolfo Aguilar y del teniente coronel Eduardo Arau, seguidos de una pequeña escolta. Esta confianza de Arenas le costó la vida, pues fue sorprendido por las tropas zapatistas leales y él y sus acompañantes quedaron tendidos en el lugar de la entrevista.

El 31 de agosto de 1917, los cadáveres de Arenas, de Vázquez, que equivocadamente seguía considerado como un traidor, y de Otilio Montaña, fueron colgados en las inmediaciones de Huatecalco, en donde permanecieron hasta que personas anónimas recogieron el esqueleto de Vázquez y le dieron sepultura, no habiéndose hecho lo mismo con Montaña y Arenas, que allí permanecieron por tiempo indefinido, hasta desaparecer sin saberse de ellos.

El 21 de junio los zapatistas atacaron la plaza de Buenavista, en Guerrero, y batieron a las tropas del lugar, siendo contraatacados a su vez por los carrancistas de Silvestre Castro, quien les hizo muchas bajas cerca de un sitio denominado Palmillas.

Molesto el general Zapata por la derrota de Saavedra y de Genovevo de la O a manos de las tropas de Castro, el día 10 de enero atacó con los suyos, personalmente, la plaza de Buenavista. Actos de gran valor tuvieron lugar en ese ataque por ambas partes. Una columna de 500 hombres, encabezados por el héroe de Cuautla, atacó a los bien pertrechados y parapetados traidores de Buenavista.

Después de una cruenta lucha en que los surianos, mal municionados, armados de machetes, sostuvieron un ataque heroico, el general Zapata tuvo que batirse en retirada ante el refuerzo carrancista que llegó con el coronel Gatica y las fuerzas de Mariscal. Así llegó hasta Amacuzac y Tecuixtla, habiendo recibido ya la noticia del asesinato de su hermano Eufemio, que en las cercanías del teatro Carlos Pacheco, de Cuautla, fue cometido por el general Sidronio Camacho.



Eufemio, en estado inconveniente, había fuegado al padre de Camacho, y éste, indignado justamente, sin vacilación alguna vació su pistola sobre Zapata, yendo más tarde a rendirse con Vicente Rojas, seguido de sus fuerzas y de los coroneles Napoleón Caballero, Julio Díaz y algunos más que llevó hasta Tepetlixpa.

Los enemigos de Emiliano organizaron por ese tiempo algunas defensas sociales que en realidad constituían grupos de hombres armados que asesinaban, robaban ganado y cometían multitud de atropellos en el estado de Morelos para objeto de crearle dificultades al general si —que era esa la mira— se cargaban tales atentados a la cuenta que los periódicos burgueses le tenían abierta al héroe. Capitaneaban esas facciones los que habían servido como voluntarios en la época de Victoriano Huerta, tales como Jesús Flores, de Miacatlán, y algunos otros. Éstos eran los que México conoció con el nombre de “comevacas”; traidores y solapados por naturaleza, ellos enriquecieron en la práctica los barbarismos mexicanos con el uso del “te quebro” y “te doblo”, pues el buen éxito de sus desmanes radicaba en el “albazo” y en “madrugar”.⁷

Pero los descontentos con Carranza iban en aumento. Afluían las desertiones en las filas constitucionalistas, “chaqueteaban” los jefes. Los generales Francisco Coss y Luis Gutiérrez se sublevaron en Coahuila; el general Luis Caballero hizo lo mismo en Tamaulipas; casi toda la oficialidad y tropa de Silvestre G. Mariscal, que estaba preso en México, se sublevó también, aunque el director de esta desertión, en Chalco, el coronel Antonio Fernández, fue fusilado. Pablo

⁷ *Madrugar* significa en el caló mexicano sorprender, adelantarse a la intención del adversario, “madrugarle”. *Quebrar* significa, en iguales circunstancias idiomáticas, matar con alevosía y ventaja, asesinar al adversario “madrugándole”. Estos términos han venido a constituir una especie de correlación íntima.



Vargas se insurreccionó en Guerrero y el 27 de abril de 1918 se levantó en armas el general Cirilo Arenas, hermano del famoso Domingo Arenas que, como hemos dicho, había sido fusilado por los surianos. Cirilo estaba convencido de la justicia del credo agrarista y asqueado del pillaje de la gente de Carranza; por todo esto se incorporó a los zapatistas olvidando el incidente en que perdió la vida su hermano, e inició desde luego una durísima campaña contra las fuerzas constitucionalistas, logrando derrotar a las tropas de Dionisio Carreón en las cercanías de Río Frío. Los generales Jiménez Chávez y Trinidad P. Telpalo eran, a su vez, sorprendidos por los carrancistas en Atlixco y en Nanacamilpa.

Entretanto el general Zapata había lanzado en febrero un nuevo manifiesto contra Carranza y cuidaba de dirigir una fuerte campaña de prensa desde su cuartel general, en favor del agrarismo morelense. El general Jenaro Amezcua, que había sido enviado por el héroe a Cuba, estaba desarrollando una acción periodística en La Habana que, orientada por Zapata, produjo muy buenos resultados en la opinión pública de ese país, contrarrestando así la farsa carrancista en el extranjero. El día 1o. de mayo se publicó en *El Mundo*, de La Habana, una larga carta de Zapata en que informaba respecto al estado militar del zapatismo y expresaba, asimismo, sus opiniones revolucionarias en materia de política agraria.

A todo esto, Juan Andrew Almazán había venido combatiendo desde mediados de noviembre de 1917 en favor del zapatismo en el estado de Nuevo León. Guadalupe de la Joya, Boca de Sombrerillo, Agualeguas, hacienda de Santa Inés de Galeana, en Nuevo León, fueron los sitios de combates ganados y perdidos. Ya en 1918, el 22 de enero se inició la acción de Almazán con un nutrido tiroteo en Atongo de Arriba, municipalidad de Allende, también en Nuevo León; el día 30, nuevo encuentro en la hacienda del Refugio, municipalidad de General Terán, acción que fue ganada. El 1o.



de febrero asaltó Almazán el rancho de la Correhuela, en Nuevo León, con 100 hombres en contra de otros tantos del enemigo, que fue derrotado y al que se quitó armamento y caballada. El 4 del mismo mes sostuvo un tiroteo en Nogales, con 100 hombres contra 400 del general Carlos Osuna, en acción que duró una hora y se perdió; al día siguiente volvió a encontrarse en Los Sapos con dichas fuerzas, combatió dos horas y volvió a perderse la acción. Ya en marzo de 1918 presentó Almazán dos hechos de armas: el día 20, un nutrido tiroteo en El Fraile, Nuevo León, con 70 hombres contra 80 del enemigo, que fue derrotado; y el día 21, tiroteo en Los Pajaritos, Villa de Santiago, en el estado de Nuevo León, con 30 hombres en contra de 100 del enemigo, acción que se perdió.

Hacia la época que ocupan los hechos zapatistas de este capítulo, mayo de 1918, Almazán combatió en Villa de Santiago, Nuevo León, el día 16, con 40 hombres en contra de 200 del general Carlos Osuna, acción en que logró derrotarlos, con positivo sacrificio de una gran parte de sus gentes.

El día 21 del mismo mayo tenía que deplorarse la muerte del general Vicente Navarro, que en 1914 había sido gobernador del Distrito Federal. Este jefe zapatista fue sorprendido y “fugado” en Polotitlán por la escolta que lo conducía como prisionero.⁸

El mismo día que señalamos, Higinio Aguilar fue sorprendido en Jonacatepec por 340 hombres del 249 Regimiento, que comandaba el coronel carrancista Jesús Morales. Once generales, 4 ametralladoras, 100 caballos y algunas otras armas fue el botín de ese hecho. Se iniciaba el ataque general a Morelos.

⁸ *Fugado* es aquel a quien se aplica la “Ley Fuga”, procedimiento en virtud del cual no es estimado como delito el hecho de suprimir la vida humana de los detenidos sin previo juicio que los condene.



Por su parte, y con el fin de mantener en tensión a sus tropas, el general Zapata dio a conocer una proclama en Tlaltizapán, el 10. de julio, por la cual excitaba a los pueblos a defenderse de la soldadesca carrancista por cualesquier medios posibles, ya repeliéndolos con hondas, garrotes, hachas; ya, de estar a su alcance, con rifles, escopetas y machetes. Su violentísima proclama ponía de relieve, una vez más, la urgente necesidad de repeler la violencia carrancista con la violencia organizada de los campesinos.

El 19 de ese mismo mes se celebró en Tlaltizapán el cuarto aniversario del Acta de Rectificación al Plan de Ayala, formulada el año 14. El general hizo uso de la palabra para consagrar y enaltecer la memoria de los camaradas caídos en la lucha por las tierras. Asimismo, se refirió a la miserable situación de los indios desde tiempos de la Colonia; incitó a los reunidos a perseverar sin desmayo por la realización de la justicia y, finalmente, se refirió a la dura prueba por que atravesaban los países europeos. En seguida habló el licenciado Soto y Gama, cuyo fogoso discurso fue cálidamente elogiado por los zapatistas.

En el estado de Nuevo León y en Tamaulipas continuaban pequeños encuentros entre las gentes de Almazán y los carrancistas. El 2 de junio Almazán tomaba Villa de Reynosa, en una acción de hora y media. El día 13 sostenía un encuentro en Guayacán entre 100 hombres de su mando contra 300 del enemigo, encuentro que perdió Almazán. Y el 11 de agosto combatía en San Francisco, Nuevo León, habiendo perdido también en este hecho.

Ya el 12 de agosto cuatro columnas carrancistas avanzaban sobre el estado de Morelos. Dos de ellas al mando de los generales Sidronio Méndez y Carlos Tejada, que, saliendo de Amecameca y de Ozumba, llegaron hasta Cuautla y Tlaltizapán, en tanto que el resto de la fuerza, al mando de los generales Rafael de la Torre y Estanislao Mendoza, se posesionó de Cuernavaca, procedente de Ajusco y de Parres.



Esos jefes rindieron amplios informes a Carranza respecto a la situación de Morelos, lo que se estimó suficiente para elaborar y coordinar una campaña en toda forma, no obstante que ya el día 17, en Tlaltizapán, Zapata había autorizado a Dolores Jiménez y Muro para tratar con el general Obregón un plan de unificación de los distintos sectores militares auténticamente revolucionarios.

Apoyaron esa campaña los traidores Ildefonso Palacios, José García, Juan Yáñez, Serapio Méndez y Melesio Fernández, que sirvieron de guías.

Avanzaban por el norte los carrancistas; reuniéronse con el general Fortunato Zuazua las defensas sociales de Miacatlán en el sur; y otros contingentes que procedían de diferentes puntos, convergieron sobre Morelos. La acción conjunta era estimada como eficaz por los militares de Carranza y de González.

El sistema seguido por los constitucionalistas para allegarse “voluntarios” no pudo ser más vil. Todo prisionero zapatista era entregado al pueblo, exigiendo de éste que lo fusilara, lo martirizara o lo “colgara”; el pueblo, temeroso de las tropas, ejecutaba el atentado. Después de esto, los obligados autores del crimen tenían que unirse a los carrancistas para evitar la represalia de los surianos.

Con fecha 5 de noviembre aparecieron unas ridículas instrucciones que el general Manuel Palafox dirigía a otros jefes surianos para que desconociesen a Zapata como jefe nato de la revolución suriana y proclamasen en su lugar al general Everardo González. En tal mensaje se hacían cargos injustos al héroe. El exconsejero de Zapata hacía esto por resentimiento, en virtud de que algún tiempo antes trató de desertar y tuvo la mala suerte de que, cerca de Guatemala, lo aprehendiese un destacamento zapatista, enviándolo al cuartel general, donde Zapata le perdonó la vida, pero lo nulificó militarmente, ya que lo redujo a vivir como un simple ciudadano, dándole por cárcel el poblacho. Más tarde, el



general Gildardo Magaña le había pedido a Zapata que se lo enviase y aunque el héroe le manifestó que trataría de huir ese sujeto, no obstante ello se lo mandó, sucediendo que Palafox huyó, yéndose a reunir con Everardo González, a quien predispuso contra Emiliano y trató de granjearse con la medida ridícula a que antes hemos hecho referencia. A todo esto no se le concedía la menor importancia de parte de Zapata, que ya sabía de qué madera estaba hecho Palafox.

No sólo se había trasladado Zuazua de Guerrero a Morelos, como se ha dicho, sino que Pablo González instalaba el 6 de diciembre su cuartel general en Tres Marías y se preparaba a invadir el estado con algo más de 40 000 hombres, siendo su principal objetivo Tlaltizapán.

Finalizando el año, el 8 de diciembre, los carrancistas se posesionaban de Cuernavaca y posteriormente de Cuautla, donde establecieron el gobierno civil del estado, del que se hizo cargo el licenciado José G. Aguilar. En seguida fueron atacadas las principales plazas de Morelos. Entraban sin resistencia a Huitzilac, Yautepec, Jojutla, Ayala y otros lugares. La lucha contra Zapata revestía el carácter de una jornada definitiva; el villismo estaba decaído; la fuerza militar de Obregón, que era la fuerza de Carranza, parecía insuperable; los mejores estados de la República se encontraban casi completamente en poder de los constitucionalistas y, aunque los efectivos de gran parte del Ejército Constitucionalista iban a ser contrarios a Carranza, y ya se iniciaba tal estado de ánimo entre ellos, esto no saltaba a primera vista, sino que, al contrario, el carrancismo parecía ser homogéneo y estructurado como movimiento militar contra Villa y Zapata.

El día 23 fue batido Zapata entre Tlaltizapán y El Jilguero y murieron en ese hecho de armas los licenciados Zúñiga y Lecuona, que habían sido consejeros del héroe.

Cinco días después moría el general Sidronio Camacho, que trataba de unir sus tropas con las que Carranza tenía



en Morelos para hacer la campaña. Camacho cayó en una emboscada entre Santa Catarina y San Andrés de la Cal, pagando así la deuda personal que tenía con Emiliano por la muerte de Eufemio Zapata.

La situación parecía insostenible. El héroe, remontado y refugiado en sitios desde donde persistía en la guerra por su demanda de tierras para los indios, confiaba, a pesar de todo, en un cambio de circunstancias.

Iluminaba el silencio de las noches del sur, en medio de la vegetación lujuriosa, una guerrilla, y otra, y otra, por todas partes. Zapata continuaba luchando.



Figuran en la fotografía, de derecha a izquierda: general Martín Zayas, general José María Bonilla, general Juan Andrew Almazán, general Benjamín Argumedo, general Higinio Aguilar, general José Trinidad Ruíz, uno cuyo nombre no se recuerda, general Ricardo Reyes Márquez. Sentado al frente del grupo aparece el niño Villegas, que murió heroicamente en Tehuacán.



CAPÍTULO XIV

La emboscada
de San Juan Chinameca



Las sumisiones de zapatistas a Carranza continuaban a la orden del día. Fines de 1918 y principios de 1919 fue tiempo de deserciones, traiciones y toda suerte de mezquindades entre muchos jefes surianos que, para objeto de resolver sus problemas económicos de carácter personal, no tuvieron escrúpulo alguno en abandonar a Emiliano en aquel trance difícil por que atravesaba. Le iba fallando al héroe la confianza que tenía depositada en determinados elementos.

El coronel Justo Ruiz, Encarnación Zavala y Virginio Arata se rindieron en Yautepec a la 2a. División de Oriente, el 18 de diciembre de 1918. El coronel Fidel Cuesta y el teniente coronel Aurelio Puebla, con 23 hombres y 15 armas, se rindieron a la Brigada 17 en Cuernavaca, el 25 de diciembre del mismo año. El día 28 de ese mes se sometió en Puente de Ixtla el general Domitilo Ayala y con él 400 hombres de caballería perfectamente armados. Por fin, el día último del año se rindieron los jefes Antonio Bello y Trinidad Alcántara, con los grupos de campesinos a sus órdenes.

Al iniciarse 1919, el día 2 de enero, el general Victoriano Bárcenas se sometió con 600 hombres, dedicándose desde luego a multitud de crímenes para hacer méritos con González. El día 4 siguieron esa actitud el general Severo Vargas y el coronel Nicéforo Maldonado. El día 7 se rendía también el teniente coronel Antonio Vadillo y sus gentes. Dos días más tarde se sometía con los suyos el coronel Silvano Arriaga. Ya antes había sido capturado en una emboscada el coronel Rafael Castañeda, que fue jefe de la guarnición de Cuernavaca. El 19 de enero

seguía igual suerte el general Arnulfo Lagunas, así como el coronel Celestino Carnallas. Al día siguiente se sumó a las víctimas el general Camilo Paredes y sus tropas. Y el día 21 de enero era detenido el general Marcos Pérez.

Todavía el 2 de febrero los carrancistas capturaron a otro jefe: el coronel Alejo Hernández, al que siguió en turno el día 13 el de igual grado, Isabel Romero. Y finalmente, el 20 de febrero se logró la aprehensión del general Eusebio Jáuregui, en Cuautla, con 200 hombres que tenía bajo sus órdenes.

Ese era el panorama de vencidos y de vendidos que presentaba el año de 1919.

Entretanto, el general Zapata, a quien seguían siendo leales los pueblos y varios de los más antiguos jefes surianos, desde Tlaltizapán, que continuaba en su poder, lanzó una proclama el 1o. de enero contra Carranza y sus hordas. Trataba el héroe de mantener vivo el espíritu de disciplina y de fe entre sus filas.

Defendiéndose y atacando, cuidándose en todos sentidos de las traiciones que cerca de él acechaban, Zapata persistió en la lucha por guerrillas, con grandes sacrificios, durante los meses de enero, febrero y marzo. Continuaba siendo el mismo jefe y camarada que en años anteriores le había dicho a uno de sus generales:

Asimismo recomiendo a usted que, de las veinte piezas de manta que se le enviaron últimamente, tome diez y ocho a fin de que en esa población se hagan camisas y calzones, remitiendo dichas prendas a este Cuartel General; las dos piezas restantes se servirá usted guardarlas. También recomiendo a usted procure obtener otras veinte o treinta piezas de manta para que se confeccionen las mismas prendas de ropa a que aludo arriba, enviándolas también a este Cuartel General.¹

¹ Jenaro Amezcua, Correspondencia de Zapata. Germán List Arzubide, *Emiliano Zapata. Exaltación*.



Era el mismo tipo generoso que se había hecho cargo de la hacienda del Hospital, cercana a Cuautla: había comprado maquinaria para hacerla trabajar, había hecho administrador de ella a Emigdio Marmolejo, y todo esto con el fin de dar ocupación constante a millares de peones que el carrancismo había dejado sin hogar. ¡Cuántas veces allí, o en el llano de Chiautla, que está próximo a Tlaltizapán, se vio al héroe dedicado a las labores del campo, desgranando las mazorcas en oloteras o regalando de esas cosechas varias maquilas de maíz a los deudos de los zapatistas sacrificados!

El 17 de marzo de ese año, el héroe publicó una Carta Abierta que fue ampliamente difundida en todo el país y cuyo texto era el siguiente:

Un sello que dice: “República Mexicana.—Ejército Libertador. Cuartel General del Ejército Libertador en el Estado de Morelos”.

Al C. Venustiano Carranza.—México, D. F.

Como ciudadano que soy, como hombre poseedor del derecho de pensar y hablar alto, como campesino conocedor de las necesidades del pueblo humilde al que pertenezco, como revolucionario y caudillo de grandes multitudes, que en tal virtud y por eso mismo he tenido oportunidad de reconocer las reconditeces del alma nacional y he aprendido a escudriñar en sus intimidades y conozco de sus amarguras y de sus esperanzas; con el derecho que me da mi rebeldía de nueve años siempre encabezando huestes formadas por indígenas y por campesinos; voy a dirigirme a usted, C. Carranza, por vez primera y última.

No hablo al Presidente de la República, a quien no conozco, ni al político, del que desconfío; hablo al mexicano, al hombre de sentimiento y de razón, a quien creo imposible no conmuevan alguna vez (aunque sea un instante) las angustias



de las madres, los sufrimientos de los huérfanos, las inquietudes y las congojas de la Patria.

Voy a decir verdades amargas; pero nada expresaré a usted que no sea cierto, justo y honradamente dicho.

Desde que en el cerebro de usted germinó la idea de hacer revolución, primero contra Madero y después contra Huerta, cuando vio que aquél caía más pronto de lo que había pensado; desde que concibió usted el proyecto de erigirse en jefe y director de un movimiento que con toda malicia denominó “constitucionalista”; desde entonces pensó usted, primero que nada, en encumbrarse, y para ello, se propuso usted convertir la Revolución en provecho propio y de un pequeño grupo de allegados, de amigos o de incondicionales que lo ayudaron a usted a subir y luego lo ayudasen a disfrutar el botín alcanzado: es decir, riquezas, honores, negocios, banquetes, fiestas suntuosas, bacanales de placer, orgías de hartamiento, de ambición de poder y de sangre.

Nunca pasó por la mente de usted que la Revolución fuera benéfica a las grandes masas, a esa inmensa legión de oprimidos que usted y los suyos soliviantan con sus prédicas. ¡Magnífico pretexto y brillante recurso para oprimir y para engañar!

Sin embargo, para triunfar fue preciso pregonar grandes ideales, proclamar principios, anunciar reformas.

Pero para poder evitar que la conmoción popular (peligrosa arma de dos filos) se volviese contra el que la utilizaba y la esgrimía; para impedir que el pueblo, ya semilibre y sintiéndose fuerte, se hiciera justicia por sí mismo, se ideó la creación de una dictadura, a la que se dio el nombre novedoso de “dictadura revolucionaria”.

Se encontró luego la fórmula apropiada; se pronunciaron palabras sugestivas; eran precisas, indispensables, la unidad de dirección y de impulso, la cohesión entre los revolucionarios, la rapidez para concebir, la energía y la prontitud para



ejecutar. Todo eso, que no podrá tener cabida en una asamblea deliberante, se otorgó a un solo hombre, que fue usted, y desde entonces fue el único amo de las filas del constitucionalismo.

Para hacer triunfar las reivindicaciones libertarias de la Revolución, se necesitaba un dictador —se dijo entonces—. Los procedimientos autocráticos eran inevitables para imponerse a una sociedad refractaria a los principios nuevos.

En otros términos, la fórmula de la política llamada constitucionalista, fue esta: “Para establecer la libertad hay que valerse del despotismo”.

Sobre estos sofismas se fundó la autoridad de usted, el absolutismo y la omnipotencia de usted.

¿Cómo y de qué forma ha hecho usted uso de esos exorbitantes poderes, que habían de traer el triunfo de los principios?

Aquí es preciso, para no pecar de ligero, analizar con calma y pasar revista retrospectiva a los hechos desarrollados durante la ya bien larga dominación de usted.

En el terreno económico y hacendario, la gestión no puede haber sido más funesta.

Bancos saqueados; imposiciones de papel moneda, una, dos o tres veces, para luego desconocer, con mengua de la República, los billetes emitidos; el comercio desorganizado por estas fluctuaciones monetarias; la industria y las empresas de todo género, agonizando bajo el peso de contribuciones exorbitantes, casi confiscatorias; la agricultura y la minería pereciendo por falta de garantías y de seguridad en las comunicaciones; la gente humilde y trabajadora, reducida a la miseria, al hambre, a las privaciones de toda especie, por la paralización del trabajo, por la carestía de los víveres, por la insostenible elevación del costo de la vida.

En materia agraria, las haciendas cedidas o arrendadas a los generales favoritos; los antiguos latifundios de la alta burguesía, reemplazados en no pocos casos, por modernos terra-



tenientes que gastan charreteras, kepí [*sic*] y pistola al cinto; los pueblos burlados en sus esperanzas.

Ni los ejidos se devuelven a los pueblos, que en su inmensa mayoría continúan despojados; ni las tierras se reparten entre la gente de trabajo, entre los campesinos pobres y verdaderamente necesitados.

En materia obrera, con intrigas, con sobornos, con maniobras disolventes, y apelando a la corrupción de los líderes, se han logrado la desorganización y la muerte efectiva de los sindicatos —única defensa, principal baluarte del proletariado en las luchas que tiene que emprender por su mejoramiento—.

La mayor parte de los sindicatos sólo existen de nombre; los asociados han perdido la fe en sus antiguos directores, y los más conscientes, los que valen, se han dispersado llenos de desaliento.

Hoy se trata, al parecer, de infundirles vida nueva, pero con miras políticas (como siempre) y bajo la corruptora sombra del poder oficial. Acabamos de ver mítines obreros presididos y “patrocinados” (!) por un gobernador de provincia bien conocido como uno de los servidores incondicionales de usted.

Y ya que se trata de combinaciones de orden político, asomémonos al terreno de la política, en el que usted ha desplegado todo su arte, toda su voluntad y toda su experiencia.

¿Existe el libre sufragio? ¡Mentira! En la mayoría, por no decir en la totalidad de los estados, los gobernadores han sido impuestos por el centro; en el Congreso de la Unión figuran como diputados y senadores creaturas del Ejecutivo y en las elecciones municipales los escándalos han rebasado los límites de lo tolerable y aun de lo verosímil.

En materia electoral, ha imitado usted con maestría y en muchos casos superado a su antiguo jefe Porfirio Díaz.



Pero ¿qué digo? En algunos estados no se ha creído necesario tomarse siquiera la molestia de hacer elecciones. Allí siguen imperando gobernadores militares impuestos por el Ejecutivo Federal que usted representa, y allí continúan los horrores, los abusos, los inauditos crímenes y atropellos del periodo preconstitucional.

Por eso decía yo al principio de esta carta, que usted llamó con toda malicia, al movimiento emanado del Plan de Guadalupe, revolución constitucionalista, siendo así que en el propósito y en la conciencia de usted estaba el violar a cada paso y sistemáticamente la Constitución.

No puede darse, en efecto, nada más anticonstitucional que el gobierno de usted; en su origen, en su fondo, en sus detalles, en sus tendencias.

Usted gobierna saliéndose de los límites fijados al Ejecutivo por la Constitución: usted no necesita de presupuestos aprobados por las Cámaras; usted establece y deroga impuestos y aranceles; usted usa de facultades discrecionales en Guerra, en Hacienda y en Gobernación; usted da consignas, impone gobernadores y diputados, se niega a informar a las Cámaras; protege al pretorianismo y ha instaurado en el país, desde el comienzo de la era “constitucional” hasta la fecha, una mezcla híbrida de gobierno militar y de gobierno civil, que de civil no tiene más que el nombre.

La soldadesca llamada constitucionalista se ha convertido en el azote de las poblaciones y de las campañas. Según confesión de los más altos jefes de usted (nada menos que el secretario de Guerra, José Agustín Castro), la Revolución se extiende y nuevos rebeldes aparecen cada día, en gran parte debido a los excesos y desmanes de jefes sin honor y carentes de todo escrúpulo, que, olvidando su carácter de guardianes del orden, son los primeros en trastornarlo con sus crímenes y sus actos de vandalismo.



Esa soldadesca, en los campos, roba semillas, ganados y animales de labranza; en los poblados pequeños, incendia o saquea los hogares de los humildes, y en las grandes poblaciones especula en grande escala con los cereales y semovientes robados, comete asesinatos a la luz del día, asalta automóviles y efectúa plagios en la vía pública, a la hora de mayor circulación, en las principales avenidas, y lleva su audacia hasta constituir temibles bandas de malhechores que allanan las ricas moradas, hacen acopio de alhajas y objetos preciosos, y organizan la industria del robo a la alta escuela y con procedimientos novísimos, como lo ha hecho ya la célebre mafia del “automóvil gris”, cuyas feroces hazañas permanecen impunes hasta la fecha, por ser directores y principales cómplices personas allegadas a usted o de prominente posición en el ejército, hasta donde no puede llegar la acción de un Gobierno que se dice representante de la legalidad y del orden.

Y, sin embargo, usted acaudilló a todos esos hombres; usted, su Primer Jefe; usted sigue siendo el responsable ante la ley y ante la opinión civilizada, de la marcha de la administración y de la conducta del ejército, y sobre usted recaen esas manchas y a usted salpica ese lodo.

¡Con cuánta razón los gobiernos extranjeros no tienen confianza en el de usted, y con qué justo motivo el de Francia se ha negado a recibir al enviado constitucionalista, considerándolo como el representante de una facción y no como el funcionario de un gobierno!

Las naciones extranjeras recuerdan la conducta de usted durante el periodo del gran conflicto guerrero, y no tienen para usted sino recelos, desconfianza y hostilidad.

Usted protestó ser neutral, y se condujo como furioso germanizante; permitió y azuzó la propaganda contra las potencias aliadas, protegió el espionaje alemán, obstruccionó y perjudicó el capital, los intereses y las finanzas de los extranjeros hostiles al káiser.



Usted, con sus desaciertos y tortuosidades, con sus pasos en falso y sus deslealtades en la diplomacia, es la causa de que México se vea privado de todo apoyo por parte de las potencias triunfadoras, y si alguna complicación internacional sobreviene, usted será el único culpable.

Usted ha orillado a nuestro país a la ruina en lo económico, en lo financiero, en lo político y en el orden internacional.

La política de usted ha fracasado ruidosamente.

Usted ofreció y anunció que por medio de un régimen dictatorial que disfrazó con el nombre de Primera Jefatura, haría la paz en la República, mantendría la cohesión entre los revolucionarios, consolidaría el triunfo de los principios de reforma.

La paz no se ha hecho, ni se hará nunca con los procedimientos que usted emplea y con el desprestigio que sobre usted pesa. Los revolucionarios, los de la facción constitucionalista, los que usted ofreció unir, están cada vez más desunidos: así lo confesó usted en su último manifiesto, y en cuanto a los ideales revolucionarios, yacen maltrechos, destrozados, escarnecidos y vilipendiados por los mismos hombres que ofrecieron llevarlos a la cumbre.

Nadie cree ya en usted, ni en sus dotes de pacificador, ni en sus tamaños como político y como gobernante.

Es tiempo de retirarse, es tiempo de dejar el puesto a hombres más hábiles y más honrados. Sería un crimen prolongar esta situación de innegable bancarrota moral, económica y política.

La permanencia de usted en el poder es un obstáculo para hacer obra de unión y de reconstrucción.

Por la intransigencia y los errores de usted, se han visto imposibilitados de colaborar en su Gobierno, hombres progresistas y de buena fe que hubieran podido ser útiles a México.

Esos hombres, esos intelectuales, esa juventud pletórica de ideales, esa gente nueva, no mancillada, no corrompida ni gas-



tada, esos revolucionarios de ayer, se han apartado de la cosa pública llenos de desencanto; esos jóvenes que se han iniciado en los grandes principios de la Revolución y sienten infinita ansia de realizarlos; esos enamorados del ideal, que hoy llevan el alma impregnada de anhelo por un gobierno serio, honrado, fuerte, impulsado por anhelos generosos y atento a cumplir los compromisos contraídos en hora solemne.

Devuelva usted su libertad al pueblo, C. Carranza; abdique usted sus poderes dictatoriales, deje usted correr la savia juvenil de las generaciones nuevas. Ella purificará, ella dará vigor, ella salvará a la patria.

Y si usted, como simple ciudadano, puede colaborar en la magna obra de reconstrucción y de concordia, sea usted bienvenido.

Pero, por deber y por honradez, por humanidad y por patriotismo, renuncie usted al alto puesto que hoy ocupa y desde el cual ha producido la ruina de la República.

Nuevos horizontes se presentan para la patria. El señor doctor don Francisco Vázquez Gómez, hombre conciliador y atingente, antiguo y firme revolucionario, invita a la unión a los mexicanos, y ha encontrado una fórmula de unificación y de gobierno, dentro de la que caben todas las energías sanas, todos los impulsos legítimos, el esfuerzo de todos los intelectuales de buena fe y el impulso de todos los hombres de trabajo.

Bajo esa nueva dirección se podrá hacer patria, se fundará una paz definitiva, se reorganizará el progreso, se consolidará un gran gobierno de la unificación revolucionaria.

Y para allanar esa obra que de todas maneras habrá de realizarse, sólo hace falta que usted cumpla con un deber de patriota y de hombre, retirándose de lo que usted ha llamado Primera Magistratura, en la que ha sido usted tan nocivo, tan perjudicial, tan funesto para la República.—Emiliano Zapata.



Esta carta encolerizó a don Venustiano Carranza y lo decidió a dictar órdenes terminantes a Pablo González para que por cualquier medio acabase con Zapata. La frase hiriente y quemante del héroe había molestado ya durante mucho tiempo a don Venustiano, quien, además, veía con recelo la posibilidad no lejana de que Emiliano y Álvaro Obregón llegaran, en su caso, a un entendimiento.²

Así fue como los acontecimientos iban a darle oportunidad de consumar el atentado matrero que fraguaba, sin darse cuenta de que tal hecho sería la más vergonzosa mancha caída sobre el constitucionalismo, ya de suyo manchado por el mismo Primer Jefe y por algunos de sus generales, como muy bien lo comprendió Obregón un año más tarde, en 1920.

El que lo ayudaría en tal crimen sería el felón Pablo González, a quien llamaban Pablo Carreras por lo malo para los combates, el mismo que desmanteló los ingenios de azúcar que habían respetado los zapatistas; el que levantó las vías y vendió todo, maquinarias y rieles, como fierro viejo, en la Ciudad de México; era el mismo que, después de quemar los pueblos que quedaban o las casas reconstruidas por los zapatistas, llegó hasta a incendiar muchos miles de hectáreas de bosques, tratando de quemar con ellos las ideas y la firmeza heroica de Zapata; era el que, cansado ya de luchar inútilmente por vencer al agrarismo, cuando ya no le quedaban mujeres que violar, ni ancianos o niños que concentrar a la capital, apeló al asesinato proditorio y deliberado.³

² Hemos dicho ya que Obregón había salido del pueblo humilde y trabajador y que, por eso, tenía las mismas aspiraciones de Emiliano en relación con la reforma social. Además, Carranza sabía ya por este tiempo a qué camino iba llevando a Obregón y qué resultados podría darle su política impositiva en la Presidencia de la República.

³ J. C. Caldas, *México-Soviet*, p. 199.



A mediados de marzo de ese año fraguaron González y Jesús María Guajardo el asesinato del héroe. Guajardo hizo llegar a Zapata la noticia de que había sido reprendido severamente por González en relación con sus funciones militares de coronel carrancista, por diversas faltas cometidas en el servicio, y que con tal motivo se encontraba muy disgustado, por lo que pensaba separarse de los constitucionalistas.

Emiliano, de suyo tan precavido y aun desconfiado por las traiciones de que ya había sido objeto, creyó de buena fe las noticias de Guajardo, que éste se cuidó bien de no suscribir, para hacer creer así al caudillo, que estaba indeciso entre seguir con González o afiliarse al Ejército Libertador.

Como Guajardo controlaba algunas fuerzas militares de importancia, y como lo que necesitaba Zapata era allegarse el mayor número posible de simpatizadores y de jefes militares, haciendo caso omiso del valor moral que representasen, pues lo esencial y de primera instancia era el triunfo, decidióse a invitarlo a unirse con los surianos, por lo que le dirigió la siguiente carta:

Cuenca, marzo 21 de 1919. —Señor coronel Jesús María Guajardo. —Donde se encuentre.

Muy señor mío: Ha llegado a mi conocimiento que por causa que ignoro ha tenido usted con Pablo González algunas dificultades en las que ha sido usted amenazado, sin tener causa justa. Esto y la convicción serena y firme que tengo del próximo triunfo de las armas revolucionarias, me alientan para dirigirle la presente, haciéndole formal y franca invitación para que si en usted hay voluntad suficiente, se una a nuestras tropas, entre las cuales será recibido con las consideraciones merecidas. No creo oportuno por ahora, ya que usted estará bien informado, hablarle del gran incremento que la Revolución ha alcanzado en todas las regiones del país, y bás-



tele saber a usted que, contra lo que tanto se ha dicho, nuestro movimiento está perfectamente unificado y persigue un gran fin, el efectivo mejoramiento de la gran familia mexicana.

En espera de sus apreciables letras, quedo de usted atento y seguro servidor.—El general en jefe, Emiliano Zapata.

Esta carta fue recibida por Guajardo, quien con todo tacto la entregó a Pablo González. Ambos regocijaronse de que el héroe parecía caer en la emboscada, y decidieron de común acuerdo notificar a Carranza de todo esto, resolviendo, asimismo, que Guajardo aceptase la invitación de Emiliano. Así fue como el bandido carrancista contestó a Zapata con la siguiente misiva:

C. jefe de la revolución del sur, don Emiliano Zapata. —Donde se encuentre.

Muy señor mío: Por su carta fechada en Cuenca el 21 de los corrientes, quedo enterado de la invitación que se ha servido hacerme para que me una a sus tropas, a fin de que ya a sus órdenes trabaje por la causa que tiene por objeto el mejoramiento de la gran familia mexicana.

Le manifiesto a usted que en vista de las grandes dificultades que tenemos Pablo González y yo, estoy dispuesto a colaborar a su lado, siempre que se me den garantías suficientes para mí y mis compañeros, y a la vez, mejorando mis circunstancias de revolucionario, que en esta ocasión, como en otras, se trata de perjudicarme sin razón justificada.

Cuento con elementos suficientes de guerra, así como con municiones, armas y caballada; tengo en la actualidad otro regimiento a mis órdenes, así como otros elementos que sólo esperan mi resolución para contribuir a mi movimiento.



En espera de sus letras y suplicándole una reserva absoluta sobre este asunto tan delicado, quedo su afectísimo, seguro servidor. —El coronel Jesús María Guajardo.

Esa carta ladina y cobarde logró crear una mayor confianza en Zapata, por lo que contestó a Guajardo en otra de 10. de abril del mismo año, desde el campamento revolucionario en el estado de Morelos, redactada de este modo:

Señor coronel Jesús M. Guajardo.
San Juan Chinameca.

Muy señor mío: Con mucha satisfacción me he enterado de su atento escrito fechado en San Juan Chinameca, en el que me dice que está dispuesto a unirse a la causa revolucionaria que tiene por objeto el mejoramiento de la gran familia mexicana.

Como le dije a usted en mi anterior, tanto a usted como a los jefes, oficiales y soldados que le acompañen, se les recibirá con los brazos abiertos, y gozarán de toda clase de garantías, pues se les verá como a compañeros.

Jefes que han llegado del norte, y a los que tengo con mando de fuerzas en Xochimilco, me han dado excelentes referencias de su gestión revolucionaria en aquella región, y por ellos mismos he sido informado de que usted es hombre de convicciones y que aun distanciado de nosotros sus ideas son firmes.⁴

Aquí con nosotros, contribuirá usted al triunfo de la gran causa revolucionaria que lucha por el bien de la clase humilde, y cuando hayamos llegado al triunfo, tendrá usted la satisfacción de haber cumplido con un deber y su conciencia quedará tranquila por haber obrado con justicia.

⁴ Estos fueron los traidores emisarios de Guajardo, los “ganchos” de quienes Zapata no se cuidó y cuyos nombres, por desgracia, no han llegado hasta nosotros.



La atenta carta de usted, deja ver que es franco y sincero, y lo juzgo como hombre de palabra y caballero, y tengo confianza en que cumplirá al pie de la letra el asunto de que se trata.

Por mi parte sólo sé decir que cumplo mi palabra, y prueba de ello es que he luchado y lucharé hasta morir mientras no se dé al pueblo lo que necesita.

Una vez estando usted con nosotros, tendrá todo lo que desee; sus circunstancias como revolucionario mejorarán, y tengo la seguridad de que estará satisfecho de estar a nuestro lado.

El regimiento de que me habla, ya entiendo poco más o menos cuál es, y es exacto que está de acuerdo, así como de que está cerca de esa.⁵

Creo conveniente decir a usted que deseo haga su movimiento el jueves, y como Victoriano Bárcenas es un mal elemento,⁶ es necesario que comience usted con él, al fin está muy cerca. Prepárese bien para dar ese golpe, que es por donde se debe comenzar: el desarme de Bárcenas y los suyos. Dejará usted la tropa desarmada en Chinameca, hasta nueva orden, y a Bárcenas y a todos los jefes que están con él me los remitirá al rancho del Tepehuaje, previo aviso; ya después acordaremos los trabajos que debemos seguir haciendo. Advierto a usted que se necesita obrar con mucha actividad y energía.

En Cuautla tengo ya arreglados varios jefes, así como otros que están destacamentados fuera de allí.

Dichos jefes sólo esperan que se les diga el día que deben salirse para que se incorporen a nosotros; así es que el movimiento va a ser de importancia, y con satisfacción digo a usted que una vez realizado este movimiento, habremos dado un gran paso al triunfo de la Revolución.

⁵ Esa fue otra falsa noticia que astutamente hizo llegar Guajardo por trasmano hasta Zapata.

⁶ Bárcenas había sido zapatista, según se dijo antes; conocía muy bien la región y costumbres de los pueblos y utilizó todo esto para asolar, incendiar y asesinar con un salvajismo nunca visto en esas regiones.



En la actualidad me encuentro en esta región debido, entre otros urgentes asuntos, a que se me comunicó la presencia de unos correos enviados por varios jefes, entre ellos Cipriano Jaimes, que últimamente se unieron a nuestra revolución en el estado de Guerrero.

Para terminar juzgo conveniente entrar en algunos detalles acerca de la situación, por más que deben ser ya de su conocimiento: el doctor Francisco Vázquez Gómez, a quien con placer recordamos todos los revolucionarios, está haciendo los últimos trabajos cerca de la Casa Blanca para cruzar a territorio nacional y ponerse al frente de las columnas revolucionarias que mandan los generales Villa, Felipe Ángeles y Martín López, quienes perfectamente organizados y con abundancia de elementos, están atacando plazas importantes y atrayéndose la atención de compatriotas y extranjeros. En términos generales, la Revolución es prepotente, arrolladora, y está rápidamente dominando toda la extensión del territorio nacional.

En espera de sus apreciables letras, y de que me diga si hará el movimiento que le indico, quedo de usted afectísimo, atento y seguro servidor. —El general Emiliano Zapata.

Desde el campamento revolucionario en San Juan Chinameca, Morelos, Guajardo contestó el día 1o. de abril en la forma que sigue:

C. jefe de la revolución del sur, don Emiliano Zapata.
Tepehuaje.

Muy estimado jefe: Con satisfacción me he enterado de su extensa carta fechada hoy, y en debida contestación manifiesto a usted que con sus relaciones respecto a Bárcenas, no es posible dar cumplimento para el jueves por no encontrarse éste en Cuautla, llamado por Pablo González, encontrándose en ésta



únicamente Ramón N. Gutiérrez, uno de sus jefes, como con cuarenta hombres.

Otro motivo principal es el de tener en dicha ciudad provisión por valor de diez mil pesos, la que nos haría mucha falta si ésta se perdiera, así como el Cuartel General tiene un pedido de mi parte de veinte mil cartuchos, los que me entregarán del 6 al 10 del presente mes; la provisión de referencia estará también para la misma fecha en ésta.

Motivo de satisfacción es para mí filiar me a la gran causa revolucionaria por la que usted ha luchado, así como los informes que ha tenido de distintos jefes de que soy hombre de convicciones y de ideas firmes, lo cual demostraré con hechos.

Ya me encontraba en antecedentes de que el señor Francisco Vázquez Gómez trabaja activamente por la unificación de todos los elementos revolucionarios que se encuentran en este país y en el extranjero y que desea el mejoramiento de nuestro suelo patrio.

He tenido conocimiento de que los CC. generales Francisco Villa y Felipe Ángeles, como otros, han tenido brillantes triunfos en el norte de nuestra República.

Una vez reunidos en nuestro poder los elementos a que hago referencia, e hice en mi anterior, daremos el primer golpe a Bárcenas y seguiremos trabajando con éxito.

Me permito ofrecer a usted desde luego, víveres como artículos de primera necesidad u otros que pudieran hacerle falta, dejando a su respetable opinión la forma más conveniente para que lleguen a su poder.

Hago de su conocimiento que, diariamente, mando mulada con arrieros a Cuautla, por lo que le suplico se sirva, si lo cree conveniente, ordene a los jefes que operan por esa región, no obstruyan a los individuos de referencia.⁷

⁷ Causa extrañeza que Emiliano no se hubiese dado cuenta de que eran, como ahora se sabe y desde luego debería suponerse, espías, o por lo menos gente de la que debía desconfiarse.



Sin más asunto que tratar por ahora, aprovecho la oportunidad para protestarle mi adhesión y respeto. —El coronel J. M. Guajardo.

Al siguiente día Zapata contestó desde el campamento revolucionario en Morelos:

Señor coronel J. M. Guajardo.
San Juan Chinameca.

Muy estimado coronel: Con mucha satisfacción doy respuesta a su atenta fecha primero del actual, habiendo quedado enterado de lo que en ella se sirve expresarme, recomendándole especialmente el asunto de Bárcenas.

Con relación a los víveres y municiones que en la ciudad de Cuautla tiene usted, juzgo pertinente que los deje allá, aun cuando bien comprendo que por de pronto pudieran hacernos falta, pues creo firmemente que muy poco tiempo después, esos elementos se pueden recobrar, y el inconveniente de que el mismo individuo que le recomiendo pudiera enterarse del asunto,⁸ en cuyo desgraciado caso, esté usted seguro que lo haría víctima. Además, creo conveniente que en la primera oportunidad que se presente arregle de una vez a Bárcenas, sin esperar la fecha del 6 al 10.

Su carta ha sido para mí la confirmación de las referencias que sobre usted me habían sido proporcionadas, y no dudo que como usted me indica, sea sostenido con hechos, y sinceramente nos felicitamos por su patriótica actitud, ofreciéndole en lo particular mi amistad franca y abierta.

⁸ Suponemos que el original de que copiamos esta carta no es todo lo fiel que fuera de desearse, pues sólo a un “empastelamiento” del mismo puede atribuirse la oscuridad que en alguna parte de esa cláusula se nota en cuanto a su sentido.



Respecto a los víveres de que me habla, efectivamente estamos escasos; yo le agradezco mucho su buena disposición para proporcionármelos y esté seguro de que recibiré con gusto todo aquello que sea su voluntad mandarme. Ya ordeno a la gente que se encuentra entre ésta y Cuautla, no entorpezca el paso a sus arrieros.

Sin más por ahora, y en espera de sus apreciables letras, quedo de usted afectísimo. —General Emiliano Zapata.

Los acontecimientos iban precipitándose; la tragedia se desarrollaba sin que el caudillo se diera cuenta, confiado y entero en su buena fe. Las dos últimas cartas que a este respecto se cruzaron entre Guajardo y el héroe fueron las siguientes:

Hacienda de San Juan Chinameca, abril 3 de 1919.

C. jefe de la revolución del sur, don Emiliano Zapata. —Donde se encuentre.

Muy estimado jefe: Con fecha de ayer noche fue anunciada la presencia en ésta de su enviado, el señor Feliciano Palacios, a quien recibí gustoso, y después de tener una larga y franca entrevista, le expuse los motivos para alargar el plazo de capturar a Bárcenas y los suyos, cosa que estimo prudente por ser de esencial importancia para el tiempo futuro, tener en nuestro poder la cantidad de parque a que ya he hecho mención.

No creo oportuno entrar en otros detalles, pues entiendo que su enviado, al escribirle a usted, le dará cuenta de ellos.

Por su enviado quedo enterado que usted ha acordado que este punto sea mi campamento, cosa que es de mi agrado. Me permito consultarle si las familias puedo dejarlas en ésta o mandarlas a otro lugar.



Le mando un caballo que espero será de su agrado, así como mercancías que le serán necesarias.

Si usted no puede darme sus instrucciones amplias y verbales, las espero entonces por escrito, indicándome qué plaza debo atacar después del golpe a Bárcenas; tengo en proyecto Jojutla, Tlaltizapán o Jonacatepec.

El trabajo que tengo que efectuar con su recomendado, será el lunes, y lo tendrá en su poder en el punto indicado. Yo tengo que ir a Cuautla, a recibir el parque y venir en seguida con la gente que tengo en Santa Inés y algunos oficiales.

Me es honroso protestarle mi subordinación.

—El coronel J. M.
Guajardo.

[A continuación, la respuesta de Zapata.]

Campamento revolucionario en Morelos, 6 de abril de 1919.

Señor coronel J. M. Guajardo.

San Juan Chinameca.

Muy estimado señor coronel: Por su estimable, me he enterado de la entrevista que tuvo usted con mi enviado, y en cuanto al movimiento, le manifiesto que la base principal es ésta: que con las fuerzas de su mando marche a Tlayecac, en donde están al mando del capitán Salomé G. Salgado, cien hombres; que el mismo capitán Salgado reunirá más tropas en Tenextepango; una vez organizado allí marchará sobre Jonacatepec, el que una vez tomado, regresará a San Juan Chinameca a recibir instrucciones, y marchará sobre Jojutla y Tlaltizapán; apoderándose de esta plaza, ya se puede reorganizar la columna, y después de reforzada, llevar a cabo trabajos de mayor importancia. Este movimiento debe hacerse inmediatamente que usted reciba la presente, al fin que Bárcenas pasó rumbo a Cuautla y ya le pongo gente a retaguardia para ver si es



posible ayudarlo a combatir, pues por más que últimamente ha pretendido hacerle presentar combate, anda escabulléndose para no tener encuentro. Como el movimiento de usted va a ser por el rumbo opuesto al que lleva el mencionado Bárcenas, puede prestar oportunidad para que al regresar a esa hacienda lo capture usted, y para mayor éxito puede usted dejar en ese punto un jefe con cien hombres y las respectivas instrucciones.

En cuanto a la impedimenta de las familias, pueden quedar, por lo pronto, en ese lugar, y ya en vista de los movimientos que haga el enemigo, se verá si es conveniente trasladarlas a otro sitio; pero de antemano creo que habrá esa necesidad.

Con el fin de despistar al enemigo, voy a distribuir fuerzas en guerrillas, por lugares más convenientes, cercanos a Cuautla, aparte de una columna competente, formada con las tropas que puedan reunirse, para el mejor éxito de las operaciones.

Adjunto a usted una orden para el C. capitán Salomé que, como le digo antes, se encuentra a mis órdenes en Tlayecac, para que se incorpore a la columna de usted llevando consigo a sus fuerzas y las de Tenextepango. En el mismo caso del capitán Salgado, se encuentran otros muchos jefes, que esperan la primera oportunidad para hacer su movimiento; y, por lo mismo, es necesario que desde luego lo efectúe, sin esperar más tiempo, los pertrechos que ha de recibir, los que se compensan con los elementos que se han de incorporar después.

Sin más asunto por ahora, y deseándole feliz éxito, quedo de usted afectísimo amigo y atento seguro servidor. —General Emiliano Zapata.

Por el mismo tiempo Zapata recibió una carta de Eusebio Jáuregui en que éste le hacía una amplísima recomendación de Guajardo, lo que, sumado a las cartas anteriores, influyó



en el héroe para que acabase de creer sincero al susodicho bandido gonzalista.

El día 8 de abril Guajardo simuló el ataque a la plaza de Jonacatepec, que defendía Daniel Ríos Zertuche; éste tenía ya instrucciones de González y del mismo Guajardo para colaborar en la farsa; se fingió un rudo combate en que las armas cargadas con salva causaron varios “muertos” que en seguida recibieron “sepultura”.

Zapata fue informado más tarde por Guajardo en el sentido de que los carrancistas habían resentido muchas bajas y habían tenido que evacuar la plaza. La farsa seguía a maravilla.

Al propio tiempo que esto sucedía, el general Zapata recibió la visita de una mujer del pueblo —mestiza, de chal— que, procedente de Cuautla, había ido en su busca para decirle que Guajardo y los suyos querían asesinarlo de acuerdo con González; que se cuidara; que ella había escuchado esta noticia en la ciudad mencionada y que el héroe debía precaverse. Parece que Zapata agradeció el informe sin darle más importancia, juzgándolo tal vez como simples buenos deseos de sus enemigos que llegaban a oídos de la gente leal.

Con motivo de que varios grupos y pueblos de campesinos se presentaron ante Guajardo para quejarse de los desmanes de la gente de Bárcenas, exigiendo pronta justicia, este soldado sin honor llegó al límite de la felonía. Por vía de castigo ejemplar contra Bárcenas, y sin demostrar compasión alguna hacia sus antiguos compañeros de crímenes, ordenó el fusilamiento sumario de 59 soldados que estaban a las órdenes inmediatas del llamado general Margarito Ocampo y del coronel Guillermo López.

Esa orden fue cumplida a la vista de los campesinos, en un sitio denominado Mancornadero. Con esto demostró Guajardo su firmeza y “rectitud”, así como la convicción agrarista que lo animaba; esa crueldad le hizo ganarse definitivamente la voluntad de Zapata, quien como se sabe, era



inflexible con quienes, haciendo uso de la fuerza, detentaban o cometían algún delito contra los campesinos indefensos o contra los familiares de éstos. Zapata, engañado por todas estas circunstancias hábilmente preparadas, iba, sin saberlo, a la emboscada de sus enemigos, que no pudiendo herirlo de frente, hubieron de recurrir a la traición más sucia que registra la historia de México.

Eso decidió a Emiliano a conceder una entrevista a Guajardo, sin recelar ya de sus intenciones. Palacios le comunicó al jefe carrancista que Zapata lo encontraría en Tepalcingo.

El día 9 llegaron todos a ese lugar; el felón se presentó con 600 hombres de caballería y una ametralladora, a pesar de las instrucciones de Zapata —comunicadas por Palacios— para que se presentara sólo con 30 hombres. El héroe, a pesar de tal cosa, y todavía creyéndolo de buena fe, recibió al traidor con los brazos abiertos, y sonriendo —con su sonrisa franca de amigo—, le dijo: “Mi general Guajardo, lo felicito a usted sinceramente”. Esto equivalía a un ascenso. Guajardo era desde ese momento general del Ejército Libertador.

Asimismo, acordó el caudillo el ascenso de la oficialidad y tropas de Guajardo que se habían distinguido en la toma de Jonacatepec.

No obstante la mayoría aplastante de las tropas de Guajardo, juzgándolas como suyas, Emiliano mandó retirar a los surianos que lo acompañaban y se quedó con unos cuantos solamente. Esto sucedía como a las cuatro de la tarde.

Después de haber charlado allí en compañía de otros jefes, como a las diez de la noche salieron todos de Tepalcingo y, a poco de andar reunidos, se separaron. Guajardo continuó hacia Chinameca para “ultimar” los preparativos de una comida que le ofrecería al héroe. Emiliano se quedó con su gente en Agua de los Patos, donde pernoctó en compañía de la mujer que amaba.



Hacia la madrugada se despertó sobresaltado, como con alucinaciones, y expresó a su mujer que no sabía por qué, pero que tenía la impresión de que lo habían “copado” y de que algo malo querían hacer con él; que quizá intentaban hacerlo víctima de una traición.

Estas cosas, tan extrañas en Emiliano, que era hombre rudo, de gran serenidad y perfectamente normal, acabaron de alarmar a su mujer, quien ya unas horas antes le había manifestado temores por su vida y habíale suplicado al héroe que se fuera, que se fuera lejos de allí, donde nadie pudiera traicionarlo; que ella lo había visto en sueños, como en una pesadilla, todo cubierto de sangre, tendido en el suelo y como muerto. Que había sangre, mucha sangre y mucho duelo cerca de él; que ella lo había visto, que su corazón no la engañaba. Y al preguntarle Emiliano la razón de estos temores, ella contestó que no sabía a punto cierto por qué los tenía, pero que su corazón le “avisaba” que Emiliano corría un grave peligro si permanecía en esos lugares. Entonces el héroe se incorporó, y ya repuesto, prescindiendo de la idea de pedir su caballo y de irse de allí, pidió a su mujer que no volviera a hablarle de esas cosas.

Los acontecimientos seguían su curso; las pruebas de lealtad inconfundible rendidas por Guajardo a Zapata, le hacían considerar extravagantes a éste los presentimientos suyos y de su mujer, así como infundadas las versiones que la mujer de Cuautla le había llevado hacía unas horas.

Poco antes de las ocho de la mañana, bajó por el camino de Chinameca el general Zapata, acompañado de sus leales. Allí ordenó que formaran plaza sus tropas, unos 150 hombres que se le habían reunido en Tepalcingo.

Entretanto, y para discutir algunos planes de la futura campaña, se dirigieron a un lugar apartado, allí cerca, los generales Zapata, Castrejón, Casals y Camacho, Guajardo,



el coronel Palacios y el secretario particular del héroe, Salvador Reyes Avilés.⁹

Entonces —y debido al plan matrero de Guajardo— comenzaron a circular algunos rumores respecto a que el enemigo se acercaba. Zapata ordenó al coronel José Rodríguez, de su escolta personal, que en compañía de algunos hombres explorara por el rumbo de Santa Rita.

Con este motivo, Guajardo se acercó al caudillo y le dijo: “Es conveniente, mi general, que usted salga por la Piedra Encimada, yo iré por el llano”. Zapata dio su aprobación, y al frente de 30 hombres se dispuso a salir. En ese momento regresó Guajardo, que había ido a dictar órdenes a sus gentes, y agregó: “Mi general, usted ordena: ¿salgo con infantería, o con caballería?”. A lo que repuso Zapata: “El llano tiene muchos alambrados, salga usted con infantería”.

Al llegar a Piedra Encimada pudo darse cuenta Emiliano de que nada anormal acontecía, y sin sospechar que todo eso era quizá una maniobra para preparar el ánimo de los surianos, deprimiéndoles al tener una sorpresa, dispuso el retorno a Chinameca. A la sazón eran las 12:30 horas.

Cuando Emiliano regresó a Chinameca, preguntó inmediatamente por Palacios, a quien había enviado para recoger 5000 cartuchos que les tenía ofrecidos Guajardo. Con este motivo se presentó el capitán Ignacio Castillo, acompañado de un sargento, y a nombre de Guajardo invitó al caudillo para que pasara al interior de la hacienda, “donde Guajardo estaba con Palacios arreglando la cuestión del parque”.

Todavía departieron con Castillo cerca de 30 minutos. Entretanto, Guajardo simulaba beber mezcal en la hacienda para tratar de emborrachar a Palacios, con quien conversa-

⁹ Reyes Avilés fue quien rindió el parte de la muerte del caudillo al Cuartel General del Ejército Libertador.



ba, manifestándole su “camaradería” en el uso de palabras soeces.

Después de nuevas y reiteradas invitaciones de Castillo, el héroe cedió: “Vamos a ver al coronel —dijo—; que vengan nada más 10 hombres conmigo”. Montó el caballo alazán que le regalara poco antes Guajardo y, seguido de sus leales, se dirigió a la hacienda. “Los demás quedaron sombreándose bajo las hojas de los árboles y con las carabinas enfundadas”.¹⁰

En la hacienda estaba impecablemente formada la guardia que iba a hacerle los honores al caudillo a su paso. El clarín tocó por tres veces “llamada de honor”. Se apagaban las últimas notas; el héroe pasaba el umbral, cuando esa misma guardia, obedeciendo la consigna recibida, volvió sus armas contra él y le disparó a quemarropa.

Disparaban sobre Zapata desde las puertas, apostados en la azotea, desde el patio, desde todos los lugares donde podían hacer presa en él. Aún tuvo aliento el apóstol para llevarse la mano a la pistola, pero la muerte paralizó su gesto, haciéndole caer instantáneamente.

Había muerto el caudillo, el apóstol, el líder de los campesinos, de los peones indios y mestizos, el verdadero hombre puro de la Revolución, la única bandera de lucha por la ideología agrarista de los desheredados.

Su traje de charro¹¹ iba llenándose rápidamente de sangre, que salía de su cuerpo por muchas heridas y que sobre las piedras y a la luz derecha del sol semejaba la última protesta del héroe. Junto a él, atravesado también por las balas y sin haber podido defenderse, estaba su fiel asistente Agustín Cortés.

¹⁰ Reyes Avilés, informe citado.

¹¹ Emiliano Zapata nunca vistió uniforme de general.



Feliciano Palacios moría a manos de Guajardo cuando, al oír la primera descarga cerrada, inquirió sobre la causa de todo aquello: “Por esto”, dijo Guajardo al desenfundar su pistola; y la vació sobre el jefe zapatista.

Cerca de 1 000 hombres parapetados en barrancas, altura y llano, seguían disparando sobre los zapatistas consternados, que en unos cuantos minutos cayeron muertos o tuvieron que batirse precipitadamente en retirada.

Así murió Emiliano Zapata.

Inmediatamente se dio aviso telefónico a González acerca del “feliz resultado” del trabajo que 60 horas antes se le había encomendado al felón Guajardo por la “Superioridad”.

El cuerpo del caudillo fue inyectado y enviado sobre un caballo a Cuautla a las cuatro de la tarde. A las 9:10 minutos de la noche pudieron ver, con rencor, el cuerpo del hombre a quien en vida jamás lograron corromper ni vencer. Una mezquina alegría reflejaban González y los suyos por haber “ganado” así la campaña.

Con toda presteza solicitó González el ascenso al grado de general brigadier de Guajardo, por “haber cumplido satisfactoriamente con la difícil comisión que le fue encomendada”. Y el resultado fue que Carranza, el señor presidente de la República, no vaciló en acceder a la petición de González y ordenó, a mayor abundamiento, el ascenso de toda la oficialidad que “tomó parte en tal acto”. Todavía más: Carranza obsequió 50 000 pesos, en lo particular, al general Guajardo por haber realizado el crimen motivo de tanto elogio.¹²

¹² Poco duraría Guajardo después de su felonía apuntada. Posteriormente al triunfo de Obregón, salió a combatir a Villa en Torreón. Al salir de Buenavista, en México, pretendió oponerse a la policía, que trataba de aprehender a su chofer por un asesinato que acababa de cometer. Cuando llegó Guajardo a Gómez Palacio, se rebeló contra el gobierno. Su primer combate, que se vio obligado a aceptar, tuvo lugar en la hacienda La Hediondilla, acción en que fue derrotado.



Los periódicos de la capital de la República y los de los estados, vendidos a Carranza, comentaban la noticia del asesinato entre aplausos y felicitaciones; nadie osaba levantar su voz contra la canalla oficial. Todos los diarios hablaban de “un combate en que perdió la vida un cabecilla agrarista”. Carranza y González gastaban bien el dinero de la nación en tan infames mentiras.

Desde el día 11 el cadáver estuvo exhibiéndose en el edificio de la Inspección de Policía de Cuautla... Aparecía Zapata con un traje de charro color gris perla, pues el traje que vestía cuando lo asesinaron estaba lleno de sangre y hubo que cambiarlo. Largas caravanas de gentes estuvieron a contemplarlo. Dudaban que el hombre que juzgaron invencible hubiera muerto.

Circularon rumores de que el cadáver no era el de Zapata. Se hablaba mucho de que el lunar que tenía sobre el bigote derecho no aparecía en el muerto. Entonces llegó Jáuregui y también algunos familiares del héroe, y se comprobó la dolorosa verdad.

Expresamente llegaron a Cuautla miles y miles de campesinos para presenciar, doloridos, los funerales del general. Desde que cundió la noticia de su muerte comenzó a llegar la gente de las rancherías y villorrios más

Dispersas las tropas que le quedaban, Guajardo fue a esconderse en la casa de su esposa, en Monterrey. Allí lo vio un amigo íntimo y lo delató. Este sujeto llamábase Antonio Cano, era subalterno de Guajardo y habíase rendido en La Hediondilla, por lo que estaba en libertad. Instalado el consejo de guerra, Guajardo fue sentenciado a muerte, sentencia que se cumplió el 18 de julio de 1920, en el cuartel terminal. Mandaba el pelotón que lo fusiló el general Ríos Zertuche, el mismo que en abril de 1919 se prestó a la farsa de Zacatepec con el propio Guajardo para engañar al general Zapata. El tiro de gracia le fue dado al felón por el mayor Enrique Hernández. Posteriormente sus deudos pidieron el cuerpo y el bandido fue velado en la calle Isaac García, siendo sepultado más tarde en el Panteón del Carmen.



lejanos. Iluminada de rebozos y chales, de sombreros de petate, de hombres y mujeres enmudecidos y encorvados hacia el suelo por su enorme dolor y cuyo rumor de andar poblaba los caminos sombreados, toda Cuautla tenía en el paisaje de sus calles, como en la mirada de los indios, una ternura humedecida y extraña. Había en los ojos de quienes iban a buscar por última vez su presencia mortal, toda la tragedia histórica de un suceso irremediable y único. Lloraba en los indios el coraje milenario de haber perdido al defensor de la raza y de los peones, un ejemplar humano insustituible.

Lloraba en la provincia romántica el último eco de Marcianito Silva —*La triste despedida de Emiliano Zapata*—, el último eco del cantor de Cuautla, el que muchas veces sacó de su guitarra una canción o una pena rústica para distraer la serena mirada del jefe, del jefe muerto ahora por su mismo ideal.

El sábado de esa misma semana, por la tarde, fue conducido el cadáver de Emiliano Zapata al panteón municipal de Cuautla, situado en el número 23 de lo que hoy tiene el nombre de calle de Las Trincheras de Ordiera.

Se le depositó en una fosa muy profunda por orden de González, para objeto de evitar que los zapatistas trataran de exhumar al caudillo, llevándose los restos a otro lugar.

Más tarde, en la humildad, en la absoluta pobreza de ese lugar, un tanto descuidado, se levantó un pequeño monumento, lo único blanco allí, dedicado al apóstol. Sobre él, los domingos y algunos otros días aparecen ramos de flores que llevan gentes desconocidas como expresión de que no todo ha muerto en el cariño y en la gratitud campesina.





Campesinos apoyando en su campaña a Federico Montes, ca. 1919.

Sobre una sencilla columna que remata la tumba de Zapata, un ángel sostiene la forma de pergamino adoptada por una piedra en que se lee: “Plan de Ayala. Noviembre de 1911”. Y abajo de la mencionada escultura podrá leerse: “La tierra libre para todos es el ideal de la Revolución”.

Encima de la plancha que cubre toda la extensión del sepulcro, pueden verse estas frases afectuosas y justas:

Al hombre representativo
de la Revolución popular,
al apóstol del agrarismo,
al vidente a quien jamás
abandonó la fe, al inmortal
Emiliano Zapata.

Dedican este homenaje sus compañeros de lucha
Villa de Ayala. —Tlaltizapán
Anenecuilco. 1879. Chinameca. 1919.



CAPÍTULO XV

El héroe



En el panorama revolcado de la Revolución se yergue una figura de hombre. En el paisaje de montañas de México, sus ojos arrasados de anhelo fincan una esperanza. Apretadas entre sí las tinieblas de su tiempo, estrujada la alta noche, dejan pasar el grito con que su voz llena una época. Cruza con recio gesto de admonición ese horizonte hermético. Y en la ira de Zapata, ira santa, habla el peón enmudecido que así pudo llegar a la categoría de hombre.

Fuerte como la luz venía su vida clara y armoniosa. Su vida heroica, levantada en un sacrificio de sol a sol durante nueve años. Su vida, que hizo lección sin mancha, atrevida como sus montes, erizada de afanes, recta y maravillosa como los cactus de los pueblos. Y jamás el sol derecho de México, en nuestra "región más transparente del aire", pudo alumbrar a un hombre así, héroe y apóstol de la tierra y del pan de cada día, desorbitado vencedor del tiempo, portador del evangelio nuevo que habían envejecido los bribones, y que hizo, sólo él, una marcha forzada con la historia para llegar sobrio y austero, con campesinos de sombrero de petate que semejaron en la Revolución un ruido súbito de alba.

Así llegó Zapata. Traía quizá el olor saludable de la tierra; y sus manos, morenas eran de acariciar la canela y la vainilla de los surcos que enceguecen al indio, que lo destruyen bajo un acento tropical. Traía el gusto por la mujer, el gusto por las peleas de gallos, la fe en el credo bendito de su clase, y el capricho elegante de los jaripeos.

En consorcio admirable, la lealtad hizo de él un tipo superior; tormentas de pasiones no alterarían su pulsación espiritual; y uníase a aquella la generosidad, arrebató presuroso del alma que alcanzó en él una integérrima expresión vital.

Propósito vertical de entregarse siempre. Propósito heroico de sacrificar la propia vida a un ideal que, si perentorio, era también de problemática realización en un país que gobernaban criollos o mestizos. Esto trazó la trayectoria de su acción en tal forma de altura, en tal índole de supremo vértigo humano del coraje por la justicia, que él, que apenas sabía leer en un principio, pero que sabía ver en el gran alcance del espíritu y en un elevado sentido de la responsabilidad, legó a las nuevas generaciones campesinas un documento de significación extrema, el Plan de Villa de Ayala,¹ en que su firma —firma y cruz a la vez— suscribe el más hondo alarido por la liberación, el más total grito de rebeldía empinado en los máuseres; grito que abrevaron cuatro siglos de crímenes y de ignominia, y el cual, para expresarse, tuvo la única forma gramatical que hizo posible la enseñanza de las

¹ Villa Ayala, lugar donde nació Emiliano; ciudad cuyo nombre lleva el Plan de Zapata. El original de dicho Plan de Villa de Ayala tiene al calce una nota con el siguiente texto: “Quitado el día 8 de enero de 1912 a los zapatistas capitaneados por ‘El Tuerto Morales’, Prócuro Capistrán y Francisco Mendoza, que estaban posesionados del pueblo de Tejalpa, Acatlán, Pue. Los zapatistas eran poco más de seiscientos hombres y los defensores del Gobierno, a mis órdenes, fueron ciento veinte hombres del 16o. Cuerpo Rural. Los zapatistas tuvieron: diez y nueve muertos en combate y cuatro fusilados, de entre los veintidós prisioneros que les tomé. Mandé fusilar a esos cuatro hombres, por haber incendiado varias casas de comercio en Tehuizingo, entre ellas la de don Margarito García, que se negó a darles \$100.00 que le exigían. El parte dado a la Secretaría de Guerra fue hecho por el señor general don Rafael Eguía Liz, a quien entregué un gran botín de guerra quitado a los bandidos del sur. —Agustín del Pozo. (Firma al margen.)”.



clases privilegiadas. Presentación tanto más valiosa para los campesinos, cuanto que su propia redacción es otro cargo contra los que de ese estado de cosas hicieron sus fortunas, sus palacios, sus lupanares, su ejército, sus latifundios, sus iglesias, sus seminarios, sus conventos, su policía y hasta su cómoda moral de clase. El peón, en tanto, moría de hambre en los pueblos, ignorante y oscuro, o era la bestia acasillada de las haciendas.

Superación, decisión en el dominio de la tierra, ésta fue la divisa que el héroe encarnó en una frase: “Tierra libre para todos, tierra sin capataces y sin amos”. Y de su espíritu, acerado y magnífico de esfuerzos, elévase la llama de un extraño fervor al que lo sacrificó todo. Atrás dejaba, en el oasis sentimental de su vida menuda, el recuerdo de su esposa Luisa Merino, la pasión violenta que lo llevó a aquella muchacha Alfaro que decoró el romance de la noche suriana, y aun el afecto bueno y grave que tuvo en el hijo de ambos, Nicolás, de quien seguramente pensó que siempre viviría con su madre, en la memoria de aquel gran hombre que fue el general, alejado, como él, de las ciudades criollas que hicieron posible el atentado de Chinameca.

No tuvo, en verdad, el derecho a su propio solaz. La Revolución había llegado a hacer de él su bandera, y como a un árbol la corriente de nuestros ríos, así arrancó a Zapata en el torbellino de la puja social. De monte en monte, de victoria en victoria, de derrota en derrota, por entre legiones de cadáveres, así pasa su vida sin que una sonrisa de mujer enflorézca el paisaje de nueve años. Breves fueron las pausas, breves en la breve inutilidad de aquellas noches en que pudo sentir abiertos sobre su sueño algunos ojos de mujer. Breve fue la pausa, la caricia breve, y al día siguiente, siempre, la Revolución lo retornaba a la única, enorme y desolada realidad. “Yo he sufrido mucho —decía el héroe—; pocos hombres han sufrido tanto como yo. Otros siquiera descansan.



Yo quisiera irme en mi caballo y andar, andar y quedarme a trabajar en cualquier parte”.

Vagaba con su ideal a cuestas, soportando por los demás el peso del dolor indígena. Él sabía que la alegría que era necesario darle al indio estaba más allá de la “tapada”, del “coleadero”, de la “serenata”, del camel y del chotis; él tenía los ojos y el alma fijos en la tierra. Había nacido abrazado a ella como a una madre y conocía la forma de reintegrarla a su verdadero dueño. “Díganles a los pueblos que mientras yo viva serán tuyas las tierras, y que cuando muera, no confíen sino en su propia fuerza, y que defiendan sus ejidos con las armas en la mano”.

Nunca enturbió sus manos la deslealtad o la intriga. Virtud era la suya tan antigua y maciza como en los libros más viejos que hizo fáciles la niñez de la raza. Se apoyaba en sí mismo para mirar el mundo; y en su mundo interior de apóstol se gestaba, sin que él mismo lo supiese, aquel mágico poder de atracción y de simpatías que lo haría vivir entre los suyos hasta después de muerto. En caracteres prodigiosos de leyenda, de saga popular, se mantendría fresca, para los años, la disciplina estoica de su conducta. Los indios harían su rostro en metal, en sarapes, en petate, en cortezas de árbol, en “guajes”, en arcilla, y lo adorarían por siempre como a un santo: “El general no ha muerto. Está en el ‘monte’, ya regresó de los Estados Unidos para volver a luchar por nuestras tierras y devolvérnoslas”.

Así va el héroe, de boca en boca, por las calles humildes de los pueblos. El indio fija sus ojos en el cielo azul de Morelos, los aprieta hacia donde la tarde huye en su propio caracol de luz; y busca, en su silencio, en un sitio irrevelado del alma, el recuerdo escondido del mártir de Chinameca. Alguien canta en las madrugadas tibias *Las mañanitas de Emiliano Zapata*. Y la tierra, al parecer indiferente, recoge en sus entrañas la última nota de la canción.



El hombre no es sólo el hombre; este hombre es ya un símbolo. No sólo está su nombre en las calles, villas, pueblos, sindicatos, bibliotecas y escuelas, sino que una nueva juventud campesina se educa bajo el devoto cuidado de sus padres, en el recuerdo de Zapata. Por el rumbo polvoso del tiempo, por donde crece el viento nuevo de la Revolución, por donde hace años llegó el soñador de Villa Ayala, por ahí asoma la aurora de la consagración y atisba el paso de Zapata de la misma manera que ayer lo recibían con flores, admirados y mudos, los niños limpiecitos y sucios, los niños graciosos de Morelos.

Ha crecido el hombre en la absoluta dimensión del tiempo. El balance moral de la Revolución nos lo entrega en su crecido valor. “Que la huella del hombre en un país pueda medirse de dos maneras: o por el bulto de lo que aquél ha dejado, o por el hueco de lo que sin él se ha perdido”.

Recién removida la tierra negra de México, fresco y reciente se conserva el surco de reivindicación que abrió su brazo. Trabajador de la libertad indígena, peón del anhelo social, así esta figura del líder que hizo como un resorte las enormes avenidas humanas del río proletario hacia la Revolución, emerge del nublado escenario de nuestros caudillos de pacotilla, y él, otra vez sólo él, se salva en la única parcela de nuestra limpia intención. Derrumbados por el peso de su propia miseria, deteriorados en la naturaleza de cartón de sus méritos, caen uno a uno casi todos los grandes hombres de la Revolución de México en aquel tiempo, pero queda entero, en este derrumbamiento, el general Zapata. “Sólo él tenía lineamientos para ser el director moral de una jornada”. Sólo él, maldecido e incomprendido, tuvo la talla histórica suficiente para violentar al hombre por la justicia. “Mientras haya un solo campesino armado, no toleraré que las haciendas continúen con los terrenos del pueblo”. Por esto explícate que el campesino, fiado exclusivamente en él,



aún lo ve en los rincones de Tlaltizapán, de Villa Ayala, de Chinameca, de Cuautla, de todos los pueblos que su llamado conjuró hace 24 años, cuando degollados los montes por un tajo de alba y degollados o colgados los indios en los caminos como adornos de los árboles, Zapata organizó el “corrido” de los humildes y lo contó con sus 30-30.

En un estandarte aparecía la serena belleza de una Virgen de Guadalupe, morena y matinal como una india linda, y sus ojos en remanso, y sus delicadas manos en reposo fueron el blasón autóctono, en Cuernavaca, de los primeros triunfos zapatistas. La mirada del general, a veces ensombrecida, cobraría muchas tardes una tranquila expresión de confianza, y algún día, también, se escondería de sí misma, perdida entre sus montañas, para soñar en otra mujer, lejana y suya, “cuyas manos en reposo se habían quedado en su alma”.²

Zapata fue un revolucionario de gran medida para su tiempo. Y fue, en el sentido estético del héroe, quien promovió un cambio al que todavía asistimos en literatura popular, en tema de la pintura, en diafanidad y sencillez y alarido y pasión jocunda de la música.

Dueño de su destino —destino prístino, destino agudo y portentoso del héroe—, lo puso al servicio de la redención campesina. Paladín del ejido en los más solemnes días de la Revolución que lo vieron de pie, empeñado en liberar al indio por la energía imperturbable de su voluntad y de su espíritu. “Hombre tan completamente hombre como nunca cupiese encontrarlo”. A este hombre, como en el proverbio árabe, sólo le movió a concordia con la vida el ruido del agua y el ruido de la voz de la mujer querida: “Quisiera que nos fuéramos a vivir en paz con nuestros hijos, por ahí cerca de Villa Ayala, donde haya un río y mucho campo”. Sin embargo, en un supremo gesto de generosidad, todo lo sacrificó por la “causa”: “Yo no me arrepiento

² Baltasar Dromundo, “Romance de los Caminos”.



de lo que hemos hecho ni temo lo que venga más adelante; yo estoy dispuesto a morir por las tierras de los campesinos”.

Todavía, muchas veces hoy como ayer, una canción co-
reada por uno que otro que lo conoció y lo amó, nos trae
el recuerdo del héroe frente al panorama poliédrico de la
Revolución. Todavía las calles cacarizas y levantadas de
Cuernavaca, o el silencio de las callecitas de Cuautla, nos
recuerdan los días en que el caudillo dio allí la alegría y el
valor a los campesinos; y todavía, bajo ese cielo extendido
y amplio que lo miró luchar por un ideal remoto, nosotros
escuchamos un nombre, el único nombre válido que no ha
logrado emborronar el tiempo:

EMILIANO ZAPATA

Todavía,
señor,
nosotros en quienes fue volcada tu palabra
emitimos tu nombre
en pauta de oración.
Suave palabra tuya
que te hizo afecto religioso
cuando izaste, en un puño,
las chusmas de Morelos.
Señor de Villa Ayala
que tenías la mirada triste y hosca
como si el porvenir se te hubiese adelantado
y lo hubieras gastado en la montaña.

Hombre de 24 quilates
—oro negro—,
íntegro,
puro,
cuyo ideal agrario,



cuyo ideal agrario
le amplió diámetro de albura
junto a Madero.
Titubeo del destino
el día que ensayó a deletrear
en abecedario indio:
él no sabía leer
y tú fuiste apunte de palabra.

Hombre medularmente humano,
arraigambrado en generosidad romántica;
tipo ranchero-apóstol,
hombre más 30-30,
equis de cananas
en que jugaba al escondite
el hambre de tu México.

Señor
que en las cabezas de los ríos
viste ahogar el pavor del horizonte
—niño tonto y azul—;
señor por quien los peones,
parias,
deformes,
fueron admiraciones alargadas
paralelas a un árbol
o cayeron en cruz,
abocados,
sobre el monte.

Péndola;
ajedrecista de la revolución;
hombre superior a quien los indios dicen:
PADRE.



Hombre por cuyas manos pasó,
en barras,
todo el oro acuñable de la revolución;
hombre que por las tierras de indios
no hizo triunfo con Madero;
hombre que fue pobre siempre.

Tarjeta de visita de los de abajo.
Hombre auténtico.
Número uno.
Hombre que fuera santo, pero es mejor decir Zapata.

Señor a quien “quebraron” por la espalda.
Señor del ideal inconcluso
que tomaste la vida entre las manos
y la diste al indio.

Padre del agrarismo.
Señor que fuiste maldecido por ser íntegro.

Hoy,
otra juventud,
reciente,
aprende a repetir tu nombre
en pauta de oración:
PADRE.



Epílogo



Cáído el héroe en la emboscada de Chinameca, el zapatismo resintió naturalmente un golpe definitivo. Se hizo notoria más que la falta de conciencia de clase, la falta de educación política y la indisciplina de las masas campesinas. Lo recio del movimiento derivaba del ideal agrario, pero este afán había llegado a encarnar de tal modo en su máximo abanderado, que Zapata resultó durante nueve años el aliento y el alma directora de la revolución agraria. Convencidos los campesinos de la incorruptible energía y de la estructura moral de Emiliano, pusieron en él su fe ilimitada para pelear las tierras. La voluntad del apóstol, su fuerte individualidad, lograban conciliar y unificar de tal modo a las masas que lo adoraban, que Zapata fue la columna vertebral del agrarismo mexicano. De ahí que a su muerte los campesinos se desalentaran, sobre todo porque al buscar quien lo sustituyese, nadie tenía ni aproximadamente los perfiles históricos necesarios para cubrir la vacante que había dejado el líder. Se había hecho en las filas un hueco que nadie podría llenar.

Así fue como, desmembrado e indeciso, el zapatismo comenzó a decaer.

Los jefes iniciaron, con su rendición al carrancismo, la etapa de desertiones más aguda y la desmembración de las filas que antes fueron perfectamente unidas. Todos aparecieron desconcertados, aturdidos política y moralmente por el duro golpe recibido. Ningún jefe se cuidó del timón, de la dirección del movimiento. El grupo que habitualmente

acompañaba al héroe fue dispersándose. Unos regresaron al hogar, vencidos, desmoralizados, quebrantados; otros fueron a rendirse con Carranza. Los que radicaban en Xochimilco, en las cercanías de los volcanes que tantas noches retuvieron al héroe, al saber la dolorosa nueva recibieron orden de trasladarse a Jonacatepec. Tan de sorpresa había sido lo de Chinameca, que oficialidad y tropa tardaron en recuperarse.

Este desconcierto, que los llevó a la crisis militar y que los hizo perder su valor de disciplina y de unión, sería un síntoma de muerte para la revolución agraria. Años más tarde, cuando ningún cuerpo organizado de campesinos existiese como garantía para el cumplimiento de los postulados agrarios, estos mismos hombres daríanse cuenta de la gran intuición de Zapata: “Cuando yo muera no confíen más que en ustedes mismos y defiendan las tierras con las armas en la mano”.

Esa desunión facilitaría las desviaciones revolucionarias del carrancismo, que, de un modo incompleto y misérrimo, dotaría y restituiría las tierras permitiendo, en cambio, la formación de nuevos y enormes latifundios, propiedad de algunos hombres del constitucionalismo, que se ampararían en la Revolución para usufructuar el ideal de Zapata sin el peligro de que el campesino, como clase armada, les exigiera responsabilidades. Contra esa nueva situación social-política se levantaría un año más tarde el general Obregón.

Primero sugerían algunos jefes que los poderes zapatistas se trasladaran a Veracruz, pero se resolvió permanecer en Morelos, dadas las simpatías con que allí se contaba.

Posteriormente apareció un manifiesto firmado por los generales Francisco Mendoza, Genovevo de la O, Everardo González, Jesús Capistrán, Pedro Saavedra, Fortino Ayaquica, Valentín N. Reyes, Adrián Castrejón, Gildardo Magaña, Rafael Cal y Mayor, Ángel Barrios, Francisco Alarcón, así como



por el licenciado Soto y Gama, quienes, reconociendo como jefe al doctor Vázquez Gómez, prometieron continuar la lucha a pesar de la felonía de Carranza, González y Guajardo, y excitaban al pueblo a imitar el gran ejemplo del mártir de Chinameca.

Esos mismos jefes designaron, el 4 de septiembre, como jefe nato de la revolución del sur, al general Gildardo Magaña, en el campamento revolucionario en Huautla, Morelos.

A continuación, aumentaron las rendiciones. El grupo, falto de dirección, se desintegraba. En todas partes, con el dinero carrancista que del cohecho y del soborno hizo una institución, se integraban grupos armados para combatir a los zapatistas, es decir, a los pueblos. El 4 de diciembre se sometió el general Fortino Ayaquica, con todas sus tropas, ante los generales Pablo González y Pilar R. Sánchez. Con él se sometían los jefes Ángel Barrios, Arturo Camarilla, Encarnación Vega Gil, Jesús L. Sala, Ismael Velasco, Camilo C. Álvarez, Miguel Hidalgo, Teófilo García, Francisco Vicuña, Lázaro García, Rosalío Reyes, Teodoro Miranda, Buena Ventura Lorenzo, Agustín A. Vilchis, Samuel Gómez, Juan Colín Herrera, Francisco García, Francisco Escudero, Lucio Posadas, Cayetano Hidalgo, Gabriel Mauvert, Leovigildo Ramos, Jesús del Río, Ignacio M. Flores, Arcadio Lumberras, Remigio Mussen, Bartolo Romero, Donaciano y Trinidad Sánchez, Emilio Melgoza, Pompeyo G. Zúñiga, Crescencio Peña, Gregorio Valdés, Francisco Mendoza, Luis Pérez, Rafael Martínez y el licenciado Arnulfo Sánchez.

El día 8 del mismo mes se rendía en Cuautla el general José Reynoso y con él Rodrigo A. Vélez, Prudencio O. Casales, Jenaro Cortés, Aparicio Ávila, Paz Gómez, José Montaña, Tito Carrizal y Encarnación González, así como los mayores Félix Soberanes y Rafael Palacios y los capitanes Guadalupe Torres, Ricardo Pacheco, Guadalupe Vázquez Ortiz y algunos más.



El día 14 sometíase el coronel Eulogio Villegas con 40 hombres. Y el día 15 se rendían el general Concepción Ubera, el coronel Juan Merino, el teniente coronel Clemente Barrales, el mayor Manuel Silva, Adrián Velázquez, 6 capitanes primeros, 5 capitanes segundos y 47 de tropa.

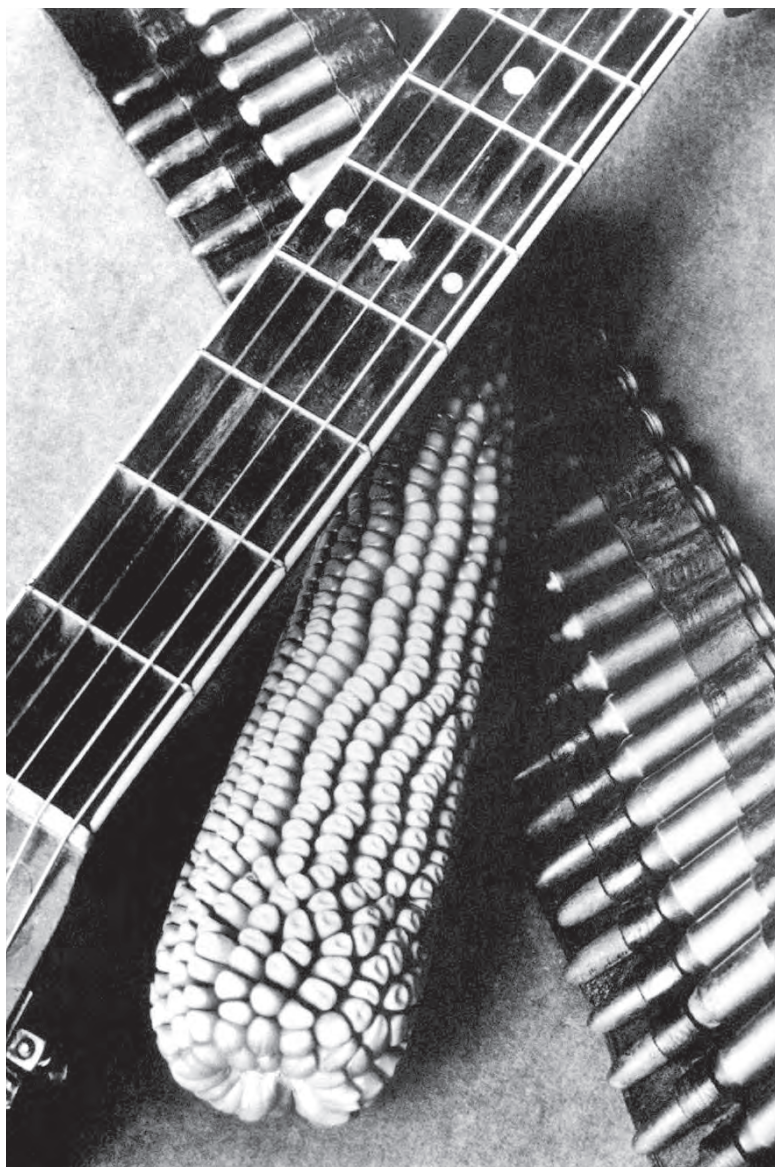
El general Adrián Castrejón se rendía en Zacatepec ante el de igual grado Salvador González. En Puebla, el 28 de enero de 1920, se sometían el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama y el señor Enrique Bonilla. Finalmente, el 20 de marzo hizo lo mismo el general Manuel Palafox, que andaba escondido en la capital de la República.

Pero lo más lamentable fue la rendición del general Jesús Capistrán a cambio de la presidencia municipal de Jojutla; este gesto fue tanto más indigno cuanto que hacía poco los jefes zapatistas supervivientes habían designado a Capistrán como sucesor del caudillo muerto.

Y todavía ese mismo Capistrán fue delator de los zapatistas en la región de Huautla, donde operaban. Conociéndolos y sabiendo cómo estaba la región, los delató ante el general Salvador González, quien se puso de acuerdo con el general Francisco Cosío Robelo y sitió a los surianos en colaboración con Rómulo Figueroa. Después de 18 días de sitio, una vez que se comieron hasta la caballada y los perros, los zapatistas se rindieron por hambre. Ello no obstante, fueron fusilados en compañía de sus heroicos jefes, los generales Pedro Amaro, alias el Maíz Ancho, y Vicente Martínez. Colaboraban algunos de los jefes sitiados, Leopoldo Reynoso Díaz y Leandro Arcos, quienes, para conservar la vida, acusaron a los generales Amaro y Martínez de impedir, pistola en mano, que nadie saliera ni se rindiese.

Otros generales, de los más señalados, también se rindieron al carrancismo.





Composición mazorca, guitarra y canana, 1927.



Sólo quedaron en pie, con sus tropas, adictos a la memoria del mártir de Chinameca, los generales Genovevo de la O, Everardo González, Valentín y Manuel Reyes, Francisco Mendoza, Pedro y Francisco Saavedra, Gabriel Mariaca, Cefino Ortega, Francisco Alarcón y Pablo Brito, quienes sostuvieron hasta 1920 los postulados del apóstol.

A la caída de Carranza, después de Aljibes y Tlaxcalantongo y bajo la condición aceptada por Obregón de que el ideal de Zapata sería cumplido, esos jefes, que no pudieron ser batidos, junto con J. Andrew Almazán, que también estaba en rebeldía, se sometieron al heroico mutilado de Celaya. Este fue, propiamente, el último acto político del zapatismo.



Apéndice



EL QUINTO ANIVERSARIO
(DISCURSO DEL GENERAL
PLUTARCO ELÍAS CALLES,
EN CUAUTLA, 1924)

El quinto aniversario luctuoso del atentado de Chinameca, o sea el 10 de abril de 1924, tuvo lugar una ceremonia en la tumba del señor general Zapata, en Cuautla, que presidió el general Plutarco Elías Calles y en la cual éste dijo lo siguiente:

Ante la tumba del héroe hemos venido a depositar la trinitaria de nuestra gratitud. Hace pocos días que uno de los órganos de la reacción, uno de los periódicos que se dicen de la vida nacional, decía en un editorial que yo venía aquí dizque a ratificar el programa revolucionario de Zapata. Eso que decía con mofa es una verdad. Es cierto.

Y ahora una vez más es necesario que sepa la reacción mexicana y la reacción extranjera, que yo estaré siempre con los principios más avanzados de la humanidad. Que sepa una vez más que ese programa revolucionario de Zapata, ese programa agrarista, es mío.

Que sepa una vez más que los puntos que Zapata no pudo condensar en su plan, los continuaremos todos los buenos revolucionarios.

Poco tengo que agregar a esto, y únicamente quiero decirles que el héroe descansa en paz, que su obra está concluida,

y de hoy en adelante las generaciones campesinas presentes y futuras pasarán por la brecha que él abrió en el corazón de la humanidad.

LA OPINIÓN DE LA CONFEDERACIÓN REGIONAL OBRERA MEXICANA EN 1924

En la misma ceremonia luctuosa celebrada en Cuautla, después de haber hablado el general Calles, dijo lo siguiente el representante de la CROM:

Que antes que Zapata levantara la voz de reivindicación de tierras a los pueblos despojados, ningún trabajador ni luchador del norte lo había pensado siquiera. Los del norte tienen que reconocer que del sur salió la más importante reforma social llevada a cabo en México, y aun cuando en el norte se peleó por principios no reeleccionistas, no era este el anhelo de la revolución, era el mejoramiento del trabajador, lo cual se va logrando ya.

CIENTO VEINTE MIL PESOS PAGADOS A LOS ZAPATISTAS EN 1930

Con motivo de la asonada delahuertista de 1924, un gran número de elementos que habían militado con Emiliano Zapata, se unieron al gobierno para combatir a De la Huerta y a sus generales, y después del triunfo regresaron nuevamente a sus hogares, dedicándose a los trabajos del campo; por este concepto se les adeudaba poco más de 120 000 pesos, siéndoles cubierta esa cantidad durante el interinato del licenciado Emilio Portes Gil, presidente de la República, ante quien hizo las gestiones del caso el entonces gobernador de Morelos, don Ambrosio Puente.



EL UNDÉCIMO ANIVERSARIO

El 10 de abril de 1930 tuvo lugar el undécimo aniversario de la muerte del general Zapata, que honró el entonces gobernador de Morelos, don Carlos Lavín, a quien acompañaron en la ceremonia el doctor Leonides Andrew Almazán, el general Rafael Aguirre en representación del secretario de Guerra, general Joaquín Amaro, y otras personalidades. Encabezó la vanguardia de la comitiva, a caballo, el hijo del héroe, Nicolás Zapata, seguido de jefes del Ejército Nacional y compañeros de armas del general. Se levantó un templete en el panteón de Cuautla y se pronunciaron diferentes piezas oratorias en honor del caudillo muerto.

EL MONUMENTO AL GENERAL ZAPATA

El gobernador Lavín, de Morelos, ya para el año de 1930 tenía iniciadas las obras de construcción de un monumento dedicado a la memoria del general Emiliano Zapata, dirigidas por el escultor Roberto V. Quiroz. Decoraba el monumento la figura del héroe, con una estatua de dos y medio metros y aparecía a su espalda un labriego pequeño, de un metro de altura, que se ocupaba de componer un arado. Ese monumento se erigiría en la plaza de armas de Cuernavaca y tendría un costo aproximado de 8000 pesos.

EL TRASLADO DE LOS RESTOS

El año de 1932 fueron trasladados los restos del héroe, del sencillo lugar en que reposaban en el panteón municipal de Cuautla, a un monumento mandado hacer expofeso en la misma ciudad. Los restos fueron trasladados e inaugurado con este motivo el monumento el día 10 de abril de dicho año, decimotercer aniversario de la muerte del héroe. La ce-



remonia fue presidida por los más altos funcionarios del gobierno federal y de la administración local, y los periódicos que en años anteriores llenaron de insultos al caudillo y de alabanzas a los felones que lo asesinaron, en esa fecha se ocuparon de prodigar elogios al mártir de Chinameca.

LAS CALLES DEL GENERAL EMILIANO ZAPATA

La Liga Central de Comunidades Agrarias de la República, con fecha 4 de abril de 1930, presentó una iniciativa al entonces jefe de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal, para que el nombre de la séptima calle de la Moneda, en la capital de la República, fuese sustituido por el de calle del General Emiliano Zapata. Firmaban la petición aludida el presidente, Hilarión Muñiz; el vicepresidente, Eustorgio Rivero; el secretario, ingeniero Lucio G. Verdigel, y el tesorero, ingeniero Audelio Leal Treviño.

El señor F. Rodríguez del Campo, jefe de la Oficina del Catastro del Distrito Federal, presentó la iniciativa al jefe del Departamento, y de este modo se obtuvo el acuerdo de dicho funcionario para que, de la tercera a la novena, inclusive, de las calles de la Moneda, fuesen llamadas calles del General Emiliano Zapata.

La ceremonia de descubrimiento de placas tuvo lugar el día 6 de junio de 1930, a las diez horas, en la esquina que formaban las calles de la Moneda y Santa Escuela. Pronunció un discurso el general Rafael Cal y Mayor, en memoria del héroe, y habló después el orador revolucionario José Muñoz Cota, en representación de la Dirección de Acción Cívica del Departamento Central.



EL NOMBRE DE ZAPATA EN EL CONGRESO FEDERAL

El día 25 de agosto de 1931, la Cámara de Diputados, en que años anteriores otra legislatura atacó e insultó a Zapata, acordó por medio de sus representantes que fuera inscrito el nombre del general, así como el de Venustiano Carranza, con letras de oro, en los muros del recinto parlamentario y abajo del nombre de Francisco I. Madero, ya inscrito. Para la ceremonia del caso, el diputado Enrique Soto Peimbert preparó una pieza tribunicia en honor de Carranza, el jefe de aquel González que fraguó el asesinato de Zapata, el mismo que después del atentado de Chinameca ascendió a Guajardo y le regaló 50 000 pesos por su “hazaña”.

UNA PENSIÓN PARA LOS HIJOS DE EMILIANO ZAPATA

En una sesión celebrada el mes de noviembre de 1933 en la Cámara de Diputados, se dio lectura a un dictamen por medio del cual se consulta que la nación otorgue una pensión de tres pesos diarios a los jóvenes María Luisa y Mateo Zapata, hijos del general jefe de la revolución del sur, en atención a los servicios que Zapata prestó a la Revolución. La pensión se pagará a Mateo hasta que cumpla su mayor edad y a María Luisa entretanto no cambie su situación civil de soltera.

La resolución pasó al Ejecutivo para los efectos constitucionales.

UNA PENSIÓN A LAS HERMANAS DE ZAPATA

El jueves 12 de enero de 1933 fue publicado en el *Diario Oficial* lo siguiente:



Decreto que concede pensión a las señoritas María de Jesús y Luz Zapata.

Al margen un sello que dice: Poder Ejecutivo Federal de los Estados Unidos Mexicanos. —México. —Secretaría de Gobernación.

El C. Presidente Constitucional Substituto de los Estados Unidos Mexicanos, se ha servido dirigirme el siguiente decreto:

Abelardo L. Rodríguez, Presidente Constitucional Substituto de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el H. Congreso de la Unión se ha servido dirigirme el siguiente

DECRETO

El Congreso de los Estados Unidos Mexicanos decreta:

Artículo único: Se concede a cada una de las señoritas María de Jesús Zapata y Luz Zapata, hermanas del general Emiliano Zapata, una pensión de dos pesos diarios, que les será pagada íntegramente por la Tesorería General de la Nación, mientras no cambien de estado civil. —Marte R. Gómez, S. P. —Gonzalo Bautista, D. P. —Gustavo L. Talamantes, S. S. —Lamberto Ortega, D. S. —Rúbricas, etc.

Era secretario de Gobernación en este tiempo el licenciado Eduardo Vasconcelos.

LA EDUCACIÓN EN MORELOS

Según los datos proporcionados en 1933 por la Secretaría de Educación Pública, respecto a la educación federal en Morelos, hemos llegado a la estimación siguiente:



Una de las escuelas que más se han distinguido por el empeño en reparar y reconstruir su propio local de enseñanza, es la escuela de Anenecuilco.

En Emiliano Zapata, Morelos, existe una escuela primaria única, semiurbana; tiene seis maestros y seis grupos de alumnos.

LOS EJIDOS DEFINITIVOS EN MORELOS

Ninguno de los aspectos de la vida social mexicana es más discutido y debatido que el referente a la cuestión agraria. Ninguno, asimismo, que sea tan complejo y que a pesar de la crecida bibliografía sobre él escrita se encuentre tan poco conocido por mexicanos y extranjeros.

Mucho habría que decir sobre este tema, que en el presente libro sólo hemos tratado con sujeción a su aspecto local en Morelos. Pero sí es justo añadir que, hasta la fecha, las dotaciones y restituciones de las tierras a campesinos se han estado llevando a la práctica. Desde el tiempo de Obregón, después de 1920, la política agraria del gobierno se ha realizado, no obstante los muchos tropiezos que ha sufrido y a pesar de las tergiversaciones y mala fe de políticos profesionales que en este tópico han intervenido en algún tiempo.

Por lo que hace a las dotaciones de tierras, la mayoría de ellas es ya definitiva en toda la República. En el estado de Morelos las posesiones son en su totalidad definitivas. El Departamento Agrario Autónomo, en datos estadísticos proporcionados en 1933, entre otras cosas expresó lo siguiente:



DEPARTAMENTO AGRARIO/SECCIÓN DE ESTADÍSTICA

Posesiones definitivas dadas en el estado de Morelos,
con clasificación de tierras desde el año de 1915 hasta diciembre de 1933¹

Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Monte	Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.					
Acamulpa	Tlaltzapán	22 nov. 26	89	160 00 00	242 00 00						402 00 00
Acapalzingo	Cuernavaca	1o. ene. 25	88	132 00 00	176 00 00			88 00 00			396 00 00
Acatilpa	Cuernavaca	7 dic. 29	30	180 00 00						5 00 00	185 00 00
Achichipingo	Yecapixtla	4 mayo. 29	188		373 00 00		300 00 00		74 00 00		747 00 00
Ahuacatitlán	Huitzilac	27 dic. 33		1750 80 00			3700 40 00				5271 20 00
Ahuehuetzingo	Puente de Ixtla	12 jul. 29	57	101 28 00				827 60 00	63 00 00		992 00 00
Ahuehuevo, San Juan	Ayala	5 mar. 24	108	122 00 00	206 00 00		72 00 00	301 00 00		55 00 00	756 00 00
Ahuehuevo, San Juan	Ayala	9 ene. 30	17		100 00 00		200 00 00				300 00 00
Ajuchitlán	Tlaquiltemango	24 jun. 29	33			60 00 00		1296 00 00			1356 00 00
Alpuyeca, Santa Ma.	Xochitepec	8 jun. 27	255	4 00 00	150 00 00		653 00 00	430 00 000			1237 00 00

1 N. del E. Todas las cifras que aparecen en la siguiente tabla se transcriben exactamente igual que en el ejemplar de la obra original.

Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Monte	Agosadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.					
Amacuitlapilco	Jonacatepec	4 ago. 26	123		816 50 00						816 50 00
Amacuzac, San Francisco	Amacuzac	27 sep. 26	339		312 00 00	116 00 00		2962 00 00			3390 00 00
Amatlipac, San Agustín	Tlayacapan	12 dic. 27	28	61 50 00							61 50 00
Amayuca	Jantetelco	17 oct. 26	354	203 00 00	203 00 00		1624 00 00				2030 00 00
Amilcingo	Cuautila	26 sep. 23	35	69 44 46	140 55 54						210 00 00
Amilcingo, Santa C.	Zacualpan	1.o. dic. 26	206	97 00 00	102 19 00		1514 68 00				1713 87 00
Aneneuilco	Ayala	11 abr. 23	113	38100 00		10 00 00		309 00 00			700 00 00
Antonio, San	Cuernavaca	16 mar. 26	58		315 00 00						315 00 00
Apalzingo de Michapa	Coatlán del Río	16 ene. 30	60		140 00 00			780 00 00	120 00 00		1040 00 00
Asunción Ahuatlán	Totolopan	2 dic. 27	37			57 50 00		172 50 00			230 00 00
Atlahualoya	Axochiapan	14 dic. 27	122		1056 73 73						1056 73 73
Atlacomulco	Cuernavaca	14 mayo 26	77	201 00 00							201 00 00
Atlaholoyaya (parc.)	Xochitepec	26 mayo 23	129	588 04 23	1051 73 08				517 15 31		2156 94 62
Atlatlahucan	Tlayacapan	17 ago. 27	337		27 00 00	916 79 00	247 64 00	641 57 00	14 00 00		1847 00 00





Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.				
Atotonilco	Tepalcatingo	3 dic. 26	155		126 37 50	588 62 50	678 00 00			1 393 00 00
Axochiapan	Axochiapan	4 dic. 27	708		1 000 00 00	25 40 00				35 40 00 00
Ayala	Ayala	30 jul. 23	254	207 00 00	107 00 00		555 00 00			869 00 00
Bonifacio García	Tlaltizapán	23 dic. 26	30	24 00 00	132 00 00					156 00 00
Calderón	Cuautila	13 mayo 27	49	97 92 49		82 21 75	85 85 76			266 00 00
Calderón (amp.)	Cuautila	30 dic. 29	19	85 00 00				35 00 00		70 00 00
Carlos, San	Yautepec	25 sep. 29	87	186 00 00	76 00 00			144 00 00		406 00 00
Casasano	Cuautila	28 ago. 25	1154	230 00 00	103 60 00					333 00 00
Casasano	Cuautila	16 ene. 30	115	80 66 00						80 66 00
Cayehuacan	Axochiapan	19 ene. 30	25		157 00 00		93 00 00			250 00 00
Coatetelco	Miacatlán	12 jul. 29	547	50 00 00	175 00 00	1029 00 00	2821 00 00			4255 00 00
Coatlán del Río	Coatlán del Río	12 jul. 29	291	163 20 00	224 40 00		1122 14 00		53 60 00	1563 34 00
Yautepec	Yautepec	14 jun. 24	98	267 98 20	432 01 80					700 00 00
Cocoyotla	Coatlán del Río	18 ago. 27	109	62 50 00	462 00 00			216 50 00		741 00 00
Cruz, Santa	Tlaquiltemango	2 mar. 28	41		200 00 00		768 00 00			968 00 00

Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Monte	Agosadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.					
Cuaahuixtla	Ayala	28 nov. 24	203	306 31 12	708 68 88						1015 00 00
Cuauchichimola	Tetecala	29 abr. 29	75	145 10 00	222 00 00		546 90 00				914 00 00
El Limón	Tepaltzingo	24 jun. 29	20				960 00 00				960 00 00
Cuauteopan, San Andrés	Tlayacapan	26 dic. 17	63	55 00 00	74 00 00		75 00 00				204 00 00
Cuautla, San Miguel	Tetecala	30 abr. 25	47	17 61 76	161 16 79		235 51 45				414 30 00
Cuautla	Cuautla	1o. abr. 25	535	1599 04 47	1075 95 39		535 00 00				3209 99 86
Cuaxtlán	Tlaquiltenango	9 mayo 27	74		409 00 00		985 50 00				1394 50 00
Cuautilxco, San Ana	Cuautla	27 jun. 26	175	203 90 00	698 84 00		147 26 00				1050 00 00
Cuentepec	Xochitepec	30 oct. 27	125				1419 99 99				1419 00 00
Chalcaltzingo	Jantetelco	4 no. 26.	101	51 00 00	648 00 00		202 00 00				91 00 00
Chapultepec	Cuernavaca	26 jun. 25	55	102 00 00	254 00 00		290 00 00				356 00 00
Chavarría	Ocotlán del Río	20 ago. 27	109		776 00 00		290 00 00				1066 00 00
Chiconcoac	Xochitepec	17 dic. 24	74	57 00 00	116 00 00			49 00 00			2162 00 00
Chimalacatlán	Tlaquiltenango	24 jun. 29	49		50 00 00		2122 00 00				2162 00 00
Chinameca, San Juan	Ayala	18 oct. 24	99	309 00 00			206 00 00				515 00 00





Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.				
Chiptlán	Cuernavaca	29 oct. 25	45		360 00 00			69 30 00		360 00 00
Chisco	Jojutla	6 mar. 27	49		93 34 00		406 03 60	69 30 00		568 67 50
Elotos, Los	Tlaquiltemango	23 mar. 23	15		109 27 50			177 82 50	12 90 00	300 00 00
Era, La	Tlaquiltemango	28 di. 29	25		50 00 00		195 00 00			245 00 00
Estudiante, El	Puente de Ixtla	31 de mar. 27	23		110 00 00		442 00 00			552 00 00
Galeana	Tlaquiltemango	17 dic. 28	153	164 00 00	275 00 00		75 00 00			514 00 00
Gaspar, San	Jiutepec	16 oct. 27	40	41 90 00	85 10 00		81 00 00		33 00 00	241 00 00
Hidalgo, San Pablo	Tlaltizapán	26 sep. 29	40		13 00 00		240 00 00	29 00 00		282 00 00
Higuerón	Jojutla	25 sep. 28	202	285 96 00	22 88 00		706 72 00			1015 56 00
Hornos, Los	Tlaquiltemango	14 ago. 29	111			264 00 00	3744 00 00			4008 00 00
Hospital, El	Cuautila	15 ene. 25	32	150 60 00			50 00 00			200 60 00
Huajintlán, San Miguel	Amacuzac	8 mar. 27	127	39 30 00	367 70 00	2000 00 00				2407 00 00
Huautecalco	Tlaltizapán	14 dic. 26	91	116 00 00	228 00 00		264 00 00			608 00 00
Huautla	Tlaquiltemango	24 jun. 29	192			134 30 00	8494 56 00			8628 86 00
Huaxtla	Tlaquiltemango	24 jun. 29	26		30 00 00		1104 00 00			1134 00 00
Huazulco	Zacualpan	19 jun. 23	297	309 00 00	1176 00 00					1485 00 00

Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Monte	Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.					
Huecahuasco	Ocuituco	28 sep. 29	72			24 30 00			56 70 00		81 00 00
Huejotengo	Ocuituco	1o. jun. 25	49		147 00 00						147 00 00
Huesca (Parc.)	Yecapixtla	15 ago. 27	26		15 00 00		75 00 00				90 00 00
Huesca (Com.)	Yecapixtla	25 mar. 28	26		144 00 00						144 00 00
Huelapan	Ocuituco	17 sep. 29	586		220 00 00			380 00 00			600 00 00
Huitchila	Tepalzingo	25 ene. 27	86		320 00 00			540 00 00			860 00 00
Huitchila (Ampl.)	Tepalcingo	25 ene. 27	53		30 00 00			500 00 00			530 00 00
Huitzilac	Cuernavaca	21 dic. 19					400 00 00	40 00 00			440 00 00
Huitzililla	Ayala	15 ago. 29	51		344 00 00			146 00 00			490 00 00
Huixtla	Tlaquiltemango	26 dic. 29	32		80 00 00			648 00 00			728 00 00
Ignacio San	Axochiapan	27 mar. 27	80		480 00 00						480 00 00
Inés, Santa	Cuautila	12 mar. 24	42		210 00 00						210 00 00
Itzamatlilán	Yautepec	10 ene. 27	70		125 00 00						271 00 00
Ixcatepec de Tepepa	Cuautila	8 mar. 26	144		244 00 00				508 00 00		752 00 00
Ixcatepec de Tepepa (Ampl.)	Cuautila	28 dic. 29	30		164 00 00						164 00 00





Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.				
Ixtlilco, San Miguel	Tepaltzingo	18 jun. 27	203		770 00 00		1712 00 00			2482 00 00
Ixtlilco	Tepaltzingo	1o. feb. 27	82		903 00 00		400 00 00			1303 00 00
Jalostoc	Ayala	6 dic. 26	95	193 44 00	566 56 00					760 00 00
Jantetlco	Jantetlco	2 nov. 26	273	98 00 00	1380 00 00		335 00 00			1813 00 00
Jicarero, El	Jojutla	24 ene. 29	25		240 00 00		75 00 00			815 00 00
Jiutepec	Jiutepec	28 mayo 26	120	308 00 00						308 00 00
Jojutla de Alvarez	Jojutla	21 mar. 29	616	550 13 46	211 40 00		1209 76 34	267 54 20	81 00 00	2319 80 00
Jonacatepec	Jonacatepec	1o. oct. 26	457	140 00 00	1956		829 00 00			2925 00 00
José de los L., San	Tlayacapan	2 dic. 27	57	87 00 00						87 00 00
José de Pala, San	Tlaquiltenango	24 jun. 29	37		60 00 00		1488 00 00			1548 00 00
Jumiltepec	Ocuituco	21 mayo 29	286		112 73 00	10 30 00	197 36 00	2 64 00		323 00 00
Mazatepec	Mazatepec	12 jul. 29	285	165 00 00	1107 00 00	23 00 00	986 00 00			2181 00 00
Metepec	Ocuituco	4 dic. 24	154		924 00 00					924 00 00
Mexquemecca	Yecapixtla	12 ago. 27	52		352 00 00		120 00 00	1		472 00 00
Mezquitera El Limón	Tlaquiltenango	28 dic. 29	21		35 00 00		190 00 00			225 00 00

Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Monte	Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.					
Miacatlán	Miacatlán	12 jul. 29	446	390 00 00	190 00 00	759 80 00	1771 70 00				3111 00 00
Michiapa, San Gabriel	Amacuzac	7 oct. 24	160	185 08 09	158 46 59		296 45 32				640 00 00
Morelos Col.	Cuatlán del Río	1o. ene. 30	45	36 00 00	282 00 00		329 00 00				647 00 00
Moyotepec	Ayala	8 ene. 25	53	460 44 18	11 12 96		68 79 98				540 37 12
Moyotepec (Ampl.)	Ayala	5 ene. 30	43					1032 00 00			1032 00 00
Nepocualco	Totolapan	25 jul. 25	104		105 30 85		670 67 15				775 98 00
Nexpa	Tlaquiltenango	1o. dic. 26	44		60 00 00			732 00 00			792 00 00
Oacalco, Santa Inés	Yautepec	19 nov. 24	58	22 00 00	152 00 00						174 00 00
Oaxtepec	Yautepec	27 nov. 27	77	186 00 00	38 00 00	25 00 00					249 00 00
Ocoxautepec (Rest.)	Ocuituco	15 nov. 26	88		138 69 60	44 70 00					183 39 60
Ocuituco	Ocuituco	19 mar. 26	300		389 00 00		1380 00 00				1769 00 00
Palo Blanco	Axochiapan	9 ene. 30	23		500 00 00		500 00 00				1000 00 00
Panchimalco	Jojutla	8 ago. 25	122	200 00 00	332 50 00		15 00 00				547 50 00
Pizotlán	Tepalcingo	26 jun. 29	47		470 00 00						470 00 00
Popotlán	Zacualpan	17 nov. 23	95	52 95 46	457 04 54						510 00 00





Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.				
Pueblo Nuevo	Tlalizapán	6 nov. 26	64	159 00 00	48 00 00		18 00 00		18 00 00	225 00 00
Puente, El	Xoquitepec	27 nov. 23	95	171 82 25	156 00 00		669 81 48		18 00 00	1015 63 73
Puente de Ixtla	Puente de Ixtla	25 jul. 23	301	205 00 00	601 00 00		1125 00 00		732 00 00	2664 00 00
Quebrantadero, San José	Axochiapan	18 dic. 27	253		955 87 50	1068 12 50				2024 00 00
Quilamau 1a.	Tlaquiltémangoi	4 jun. 29	42		60 00 00		1728 00 00			1788 00 00
Río Seco	Tlaquiltémangoi	26 oct. 28	30	7 50 00	115 00 00		379 87 50		950 00 00	511 87 50
Rita, Santa	Ayala	27 abr. 27	46	23 00 00		322 00 00			11 00 00	552 00 00
Sauces, Los	Tepalcingo	31 dic. 29	23				1104 00 00			1104 00 00
Salitre, El	Ayala	11 ene. 30	38		160 00 00		80 00 00			240 00 00
Sebastián, San	Totolapan	7 dic. 27	19	57 00 00						57 00 00
Tecajec	Yecapixtla	20 jun. 23	32		288 00 00					288 00 00
Tecomalco	Ayala	30 mar. 26	13	97 12 68	90 10 02		118 83 30		3 94 00	310 00 00
Tehuixtla	Jojutla	30 mar. 27	158	15 00 00	670 00 00		1715 00 00			2400 00 00
Tejalpa	Jiutepec	21 mayo 26	70	150 00 00	50 00 00					200 00 00
Telixtác	Axochiapan	1o. mayo 27	200			1120 00 00	80 00 00			1200 00 00

Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Monte	Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.					
Temoac, San Martín	Zacualpan	11 sep. 26	332	458 00 00	730 00 00		160 00 00				1 348 00 00
Temilpa Tlaltizapán	Tlaltizapán	11 feb. 27	22	66 00 00							66 00 00
Temilcingo	Tlaltizapán	7 oct. 28	107	190 00 00				23 99 00			214 00 00
Temixco	Cuernavaca	9 jun. 24	111	150 00 00			600 00 00		11 02 00		750 00 00
Tenextepango	Ayala	28 dic. 24	193	566 81 00	105 06 00		218 32 00	63 79 00		11 02 00	965 00 00
Tenextepango (Ampl.)	Ayala	13 ene. 30	32				520 00 00				520 00 00
Tepaltzingo	Tepaltzingo	3 abr. 27	864		1 681 37 20	1 041 30 00		3 372 80 00	1 869 52 80		7 965 00 00
Tepehuale	Tepaltzingo	30 dic. 29					960 00 00				960 00 00
Tlipedixpita	Totolapan	20 mar. 27	32				208 00 00				208 00 00
Tepelzingo	Xitepec	19 dic. 24	49	101 00 00	206 00 00		12 69 58	4 50 00			324 19 38
Tepoztlán	Tepoztlán	26 dic. 29			200 00 00		500 00 00	1 400 00 00			2 199 00 00
Tequezquitengo	Jojutla	1o. nov. 28	50		200 00 00		300 00 00				500 00 00
Tetecalita	Jiutepec	25 jul. 25	66	117 00 00	24 97 00				47 03 00		189 00 00
Tetecala	Tetecala	12 jul. 29	337	115 00 00	57 00 00		2 958 00 00				3 130 00 00
Tetela del Monte	Cuernavaca	27 jul. 30					87 00 00		103 00 00		190 00 00





<i>Poblado</i>	<i>Municipio</i>	<i>Fecha de posesión definitiva</i>	<i>Censo agrario</i>	<i>Riego</i>	<i>Temporal</i>		<i>Monte</i>	<i>Agostadero</i>	<i>Cerril</i>	<i>Otras</i>	<i>Total</i>
					<i>1a.</i>	<i>2a.</i>					
Tetela del Volcán	Ocuituco	18 sep. 29			96 00 00			577 00 00	815 00 00		1488 00 00
Tetelcingo	Cuautla	26 nov. 24	254		1270 00 00						1279 00 00
Tetelita	Jonacatepec	7 sep. 24	168	352 53 91		773 46 09	50 00 00				1176 00 00
Tetelpa	Tlaquiltenango	23 nov. 26	177		47 77 00				153 25 00		408 12 00
Tetlama, San Agustín	Xochitepec	18 oct. 27	59				496 00 00				496 00 00
Texcala	Yecapixtla	8 ene. 27	86		440 00 00						440 00 00
Tezotuca, Santa Anna	Jiutepec	26 dic. 24	59	65 00 00	136 00 00					35 00 00	236 00 00
Ticumán	Tlaltizapán	4 dic. 26	146	349 20 00				44 80 00			394 00 00
Tilzacotla	Puente de Ixtla	29 jul. 27	269		1479 00 00				4439 00 00		5918 00 00
Tlacotepec	Zacualpan	4 mar. 27	250	152 00 00					1512 00 00		2754 00 00
Tlalayo	Axochiapan	9 dic. 27	64	20 00 00	286 40 00			42 00 00			448 40 00
Tlaminilulpan	Ocuituco	12 nov. 26	98		197 00 00						457 00 00
Tlalomulco	Yecapixtla	29 abr. 29	13		77 43 00		260 00 00				77 43 00
Tlaltenango	Cuernavaca	27 jul. 30									273 00 00
Tlaltetelco S.M.	Tlayacapan	28 mayo 27	51			136 80 00		319 20 00			456 00 00
Tlaltizapán	Tlaltizapán	15 dic. 26	312	334 00 00	638 00 00			195 00 00	59 00 00		1226 00 00

Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Monte	Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.					
Tlaquiltemango	Tlaquiltemango	21 mar. 29	564	962 00 00	519 00 00		662 00 00				2143 00 00
Tlatenchi	Jojutla	3 mayo 29	147	214 30 00	293 50 00		562 20 00				1070 00 00
Tlayca, Santa Catarina	Yautepec	1o. mayo 27	27	110 16 00	16 00 00		210 00 00				336 16 00
Tlayca	Jonacatepec	31 jul. 26	96		576 00 00		576 00 00				1152 00 00
Tlayacapan	Tlayacapan	30 sep. 29			263 20 00			72 20 00			335 20 00
Tlayacapan	Tlayacapan				296 00 00						296 00 00
Tlaycac	Ayala	25 mayo 27	60	960 00 00							960 00 00
Totolapan	Totolapan	7 ago. 27	286		426 00 00	1701 90 84					2127 90 00
Treinta, San Miguel	Tlaltizapán	28 nov. 24	24	88 93 08	68 06 91		39 99 99				195 99 99
Treinta, San Miguel (Ampl.)	Tlaltizapán	6 sep. 29	24		217		55 00 00				272 00 00
Treinta, Santa Rosa	Tlaltizapán	5 dic. 24	172	436 00 00	378 00 00		46 00 00				860 00 00
Vicente de J. S.	Ayala	30 ago. 24	48	2220 76 00	104 26 00	129 98 00					455 00 00
Vista Hermosa S. J.	Puente de Ixtla	2 mayo 29	111	54 00 00	487 10 00		180 30 00				721 40 00
Xicatlatcolta	Tlaquiltemango	21 jun. 29	84	100 00 00			2707 00 00				2805 00 00





Poblado	Municipio	Fecha de posesión definitiva	Censo agrario	Riego	Temporal		Monte	Agostadero	Cerril	Otras	Total
					1a.	2a.					
Xochicalco	Ocuituco	24 nov. 27	39		122 27 00			441 73 00			564 00 00
Xochipala	Tlaquiltemango	24 jun. 29				60 00 00			1344 00 00		1404 00 00
Xochitepec	Xochitepec	14 feb. 27	288	724 50 00	246 00 00				360 00 00		1330 50 00
Xochitlán	Yecapixtla	21 ago. 27	127		181 00 00			325 00 00			506 00 00
Xoxotla	Puente de Ixtla	2 nov. 28	614	312 00 00	270 10 00		1094 70 00	208 00 00			3524 00 00
Yautepec	Yautepec	29 abr. 28	83	1266 00 00	544 00 00			2740 00 00			4550 00 00
Yecapixtla	Yecapixtla	8 ago. 27	695		1945 00 00			900 00 00			2845 00 00
Zacapalco	Tepalcingo	16 oct. 24	75	150 00 00				903 42 65			1053 42 65
Zacatepec	Tlaquiltemango	22 dic. 28	150	290 00 00	116 00 00			124 40 00			530 40 00
Zacualpan Amilpas	Zacualpan	5 oct. 26	286	132 00 00				435 00 00			567 00 00
Zacualpan, San Francisco	Jiutepec	16 dic. 27	321	339 00 00	273 00 00			490 00 00			1292 00 00
Zahuatlán, San Pedro	Yecapixtla	1o. ago. 27	83	536 00 00				200 00 00			756 00 00
Zaragoza S. R.	Tlaltizapán	17 jun. 27	60	55 00 00	101 00 00			49 00 00			205 00 00

OPINIÓN DE JESÚS SILVA HERZOG

El profesor Jesús Silva Herzog, exministro de México en la U.R.S.S., ha expresado lo siguiente: “Zapata es y continuará siendo el símbolo de un elevado ideal. Cuando hayan pasado pocos años, muy pocos tal vez, los hijos de aquellos que hoy lo denigran, irán a depositar coronas de gratitud sobre la tumba del héroe”.¹

OTRA OPINIÓN AUTORIZADA SOBRE EL GENERAL ZAPATA

Fue su deseo redimir a la raza olvidada en los montes, desarrollando en ella aspiraciones, haciéndola sentir que era dueña de la tierra en que trabajaba y provocando en su alma el hambre por el ideal y el deseo por su adelanto, creando, en una palabra, una nación de seres dignificados.²

OPINIÓN DE FRANK TANNENBAUM SOBRE EL GENERAL EMILIANO ZAPATA

Este jefe indio —Zapata— llegó a convertirse en una célebre leyenda y todavía su influencia poderosa se nota claramente en el programa agrario de la Revolución. Ninguno fue tan difamado y odiado, ninguno quizá fue tan amado y admirado y ningún otro jefe ha dejado impresión más grande en la Revolución Mexicana, que la de aquél. Desde 1910, Zapata combatió contra Díaz, contra Madero, contra Huerta y contra Carranza. Fue asesinado finalmente por un emisario de Carranza en abril de 1919. Hoy día los indios del sur de México se reúnen en Cuautla, lugar donde yace

¹ Jesús Silva Herzog, *Conferencias*, p. 27.

² *México Revolucionario*, p. 32, abril 18 de 1916, Manifiesto a la nación.



sepultado Zapata, y convierten su tumba en sagrada reliquia. Quieren decir a los extranjeros que el espíritu de Zapata, errante sobre las montañas, durante la noche vela sobre los indios y volverá si son maltratados. La importancia de Zapata se ha oscurecido por virtud de que nunca llegó al poder, y porque fue señalado como un bandido asesino en virtud de que la amarga lucha de Morelos trajo consigo la ruina económica del estado. La importancia de Zapata estriba en el hecho de que persiguió un fin básico y murió combatiendo por él. Fue uno de los pocos revolucionarios mexicanos que no se enriqueció. La significación de Zapata se indica por el hecho de que el agrarismo ha llegado a ser casi sinónimo de zapatismo.

Otra faz importante de la influencia zapatista se conoce con el nombre de indianismo. El actual nacionalismo racial es anterior a Zapata. Aun cuando es cierto que la lucha del indio para tener un lugar bajo el sol es una vieja tradición que puede señalarse en la larga historia de ciegos e impetuosos levantamientos, la verdad es que Zapata abrió la compuerta y que el indio combatió y ganó, lo que ha dado al actual movimiento mexicano un fuerte sabor racial. Zapata escribió la nota del indio en la historia contemporánea de México. Y el descubrimiento del indio por los intelectuales mexicanos data desde el momento en que el indio demostró que podía destruir gobiernos, combatir grandes ejércitos y permanecer inconquistado.³

³ Frank Tannenbaum, *La revolución agraria mexicana*. Debe hacerse la aclaración de que Tannenbaum se equivoca: Zapata no era indio; ya hemos dicho que era mestizo. Los indios que con él pelearon y ganaron estaban mandados por mestizos en su mayoría. La oficialidad era casi toda mestiza. Zapata no peleó sólo por la causa económico-moral del indio, sino por el campesino, por el peón; era propiamente el paladín del ejido.



MANIFIESTO DE MADERO, DE MARZO DE 1911

[...] algunos sacrificios reportarán a la nación, porque no se puedan satisfacer con amplitud todas las aspiraciones contenidas en la cláusula tercera del Plan de San Luis Potosí (la relativa a restitución de las tierras); pero las pérdidas que hay por este capítulo, serán indudablemente inferiores a las que hubiere ocasionado la prolongación de la guerra. Además, por los medios constitucionales procuraremos satisfacer los legítimos derechos conculcados a que se refiere dicha cláusula.

CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

Artículo 27.— La propiedad de las tierras y aguas comprendidas dentro de los límites del territorio nacional, corresponde originariamente a la nación, la cual ha tenido y tiene el derecho de transmitir el dominio de ellas a los particulares, constituyendo la propiedad privada.

Las expropiaciones sólo podrán hacerse por causa de utilidad pública y mediante indemnización.

La nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de apropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y para cuidar de su conservación. Con este objeto se dictarán las medidas necesarias para el fraccionamiento de los latifundios; para el desarrollo de la pequeña propiedad; para la creación de nuevos centros de población agrícola con las tierras y aguas que les sean indispensables; para el fomento de la agricultura y para evitar la destrucción de los elementos naturales y los daños que la propiedad pueda sufrir en perjuicio de la socie-



dad. Los pueblos, rancherías y comunidades que carezcan de tierras y aguas, o no las tengan en cantidad suficiente para las necesidades de su población, tendrán derecho a que se les dote de ellas, tomándolas de las propiedades inmediatas, respetando siempre la pequeña propiedad. Por tanto, se confirman las dotaciones de terrenos que se hayan hecho hasta ahora de conformidad con el decreto de 6 de enero de 1915. La adquisición de las propiedades particulares necesarias para conseguir los objetos antes expresados, se considerará de utilidad pública.

Corresponde a la nación el dominio directo de todos los minerales o sustancias que en vetas, mantos, masas o yacimientos, constituyan depósitos cuya naturaleza sea distinta de los componentes de los terrenos, tales como los minerales de los que se extraigan metales y metaloides utilizados en la industria; los yacimientos de piedras preciosas, de sal de gema y las salinas formadas directamente por las aguas marinas; los productos derivados de la descomposición de las rocas, cuando su explotación necesite trabajos subterráneos; los fosfatos susceptibles de ser utilizados como fertilizantes; los combustibles minerales sólidos; el petróleo y todos los carburos de hidrógeno sólidos, líquidos o gaseosos.

Son también propiedad de la nación las aguas de los mares territoriales en la extensión y términos que fija el Derecho Internacional; las de las lagunas y esteros de las playas; las de los lagos inferiores de formación natural, que estén ligados directamente a corrientes constantes; las de los ríos principales o arroyos afluentes desde el punto en que brota la primera agua permanente hasta su desembocadura, ya sea que corran al mar o que crucen dos o más Estados; las de las corrientes intermitentes que atraviesen dos o más Estados en su rama principal; las aguas de los ríos, arroyos o barrancos, cuando sirvan de límite al territorio nacional o al de los Estados; las aguas que se extraigan de las minas; y los cauces, lechos o



riberas de los lagos corrientes anteriores en la extensión que fija la ley. Cualquiera otra corriente de agua no incluida en la enumeración anterior, se considerará como parte integrante de la propiedad privada que atraviese; pero el aprovechamiento de las aguas, cuando su curso pase de una finca a otra, se considerará como de utilidad pública y quedará sujeta a las disposiciones que dicten los Estados.

En los casos a que se refieren los dos párrafos anteriores, el dominio de la nación es inalienable e imprescriptible, y sólo podrán hacerse concesiones por el Gobierno Federal a los particulares o sociedades civiles o comerciales constituidas conforme a las leyes mexicanas, con la condición de que se establezcan trabajos regulares para la explotación de los elementos de que se trata y se cumpla con los requisitos que prevengan las leyes.

La capacidad para adquirir el dominio de las tierras y aguas de la nación se regirá por las siguientes prescripciones:

I. Sólo los mexicanos por nacimiento o por naturalización y las sociedades mexicanas, tienen derecho para adquirir el dominio de las tierras, aguas y sus accesiones, o para obtener concesiones de explotación de minas, aguas o combustibles minerales en la República Mexicana. El Estado podrá conceder el mismo derecho a los extranjeros siempre que convengan ante la Secretaría de Relaciones en considerarse como nacionales respecto de dichos bienes y en no invocar, por lo mismo, la protección de sus gobiernos por lo que se refiere a aquéllos; bajo la pena, en caso de faltar al convenio, de perder, en beneficio de la nación, los bienes que hubieren adquirido en virtud del mismo. En una faja de cien kilómetros a lo largo de las fronteras y cincuenta en las playas, por ningún motivo podrán los extranjeros adquirir el dominio directo sobre tierras y aguas.

II. Las asociaciones religiosas denominadas iglesias, cualquiera que sea su credo, no podrán en ningún caso tener capacidad para adquirir, poseer o administrar bienes raíces, ni



capitales impuestos sobre ellos; los que tuvieren actualmente, por sí o por interpósita persona, entrarán al dominio de la nación, concediéndose acción popular para denunciar los bienes que se hallaren en tal caso. La prueba de presunciones será bastante para declarar fundada la denuncia. Los templos destinados al culto público son de la propiedad de la nación, representada por el Gobierno Federal, quien determinará los que deben continuar destinados a su objeto. Los obispados, casas curales, seminarios, asilos o colegios de asociaciones religiosas, conventos o cualquier otro edificio que hubiere sido construido o destinado a la administración, propaganda o enseñanza de un culto religioso, pasarán desde luego, de pleno derecho, al dominio directo de la nación, para destinarse exclusivamente a los servicios públicos de la Federación o de los Estados en sus respectivas jurisdicciones. Los templos que en lo sucesivo se erigieren para el culto público, serán propiedad de la nación.

III. Las instituciones de beneficencia, pública o privada, que tengan por objeto el auxilio de los necesitados, la investigación científica, la difusión de la enseñanza, la ayuda recíproca de los asociados o cualquier otro objeto lícito, no podrán adquirir más bienes raíces que los indispensables para su objeto, inmediata o directamente destinados a él; pero podrán adquirir, tener y administrar capitales impuestos sobre bienes raíces, siempre que los plazos de imposición no excedan de diez años. En ningún caso las instituciones de esta índole podrán estar bajo el patronato, dirección, administración, cargo o vigilancia de corporaciones o instituciones religiosas, ni de ministros de los cultos o de sus asimilados, aunque éstos o aquéllos no estuvieren en ejercicio.

IV. Las sociedades comerciales, por acciones, no podrán adquirir, poseer o administrar fincas rústicas. Las sociedades de esta clase que se constituyeren para explotar cualquiera industria fabril, minera, petrolera o para algún otro fin que no

sea agrícola, podrán adquirir, poseer o administrar terrenos únicamente en la extensión que sea estrictamente necesaria para los establecimientos o servicios de los objetos indicados, y que el Ejecutivo de la Unión, o los de los estados, fijarán en cada caso.

V. Los bancos debidamente autorizados, conforme a las leyes de instituciones de crédito, podrán tener capitales impuestos sobre propiedades urbanas y rústicas, de acuerdo con las prescripciones de dichas leyes, pero no podrán tener en propiedad o en administración más bienes raíces que los enteramente necesarios para su objeto directo.

VI. Los condueñazgos, rancherías, pueblos, congregaciones, tribus y demás corporaciones de población que de hecho o por derecho guarden el estado comunal, tendrán capacidad para disfrutar en común las tierras, bosques y aguas que les pertenezcan o que se les hayan restituido o restituyeren, conforme a la ley de 6 de enero de 1915, entretanto la ley determina la manera de hacer el repartimiento únicamente de las tierras.

VII. Fuera de las corporaciones a que se refieren las fracciones III, IV, V y VI, ninguna otra corporación civil podrá tener en propiedad o administrar por sí, bienes raíces o capitales impuestos sobre ellos, con la única excepción de los edificios destinados inmediata y directamente al objeto de la institución. Los Estados, el Distrito Federal y los Territorios, lo mismo que los municipios de toda la República, tendrán plena capacidad para adquirir y poseer todos los bienes raíces necesarios para los servicios públicos.

Las leyes de la Federación y de los Estados en sus respectivas jurisdicciones, determinarán los casos en que sea de utilidad pública la ocupación de la propiedad privada; y de acuerdo con dichas leyes, la autoridad administrativa hará la declaración correspondiente. El precio que se fijará como indemnización a la cosa expropiada se basará en la cantidad



que como valor fiscal de ella figure en las oficinas catastrales o recaudadoras, ya sea que este valor haya sido manifestado por el propietario o simplemente aceptado por él de un modo tácito, por haber pagado sus contribuciones con esta base, aumentándolo con un diez por ciento. El exceso de valor que haya tenido la propiedad particular por las mejoras que se le hubieren hecho con posterioridad a la fecha de la asignación del valor fiscal, será lo único que deberá quedar sujeto a juicio pericial y a resolución judicial. Esto mismo se observará cuando se trate de objetos cuyo valor no esté fijado en las oficinas rentísticas.

Se declaran nulas todas las diligencias, disposiciones, resoluciones y operaciones de deslinde, concesión, composición, sentencia, transacción, enajenación o remate que hayan privado total o parcialmente de sus tierras, bosques y aguas a los condueñazgos, rancherías, pueblos, congregaciones, tribus y demás corporaciones de población que existan todavía, desde la ley de 25 de junio de 1856; y del mismo modo serán nulas todas las disposiciones, resoluciones y operaciones que tengan lugar en lo sucesivo y produzcan iguales efectos. En consecuencia, todas las tierras, bosques y aguas de que hayan sido privadas las corporaciones referidas, serán restituidas a éstas con arreglo al decreto de 6 de enero de 1915, que continuará en vigor como ley constitucional. En el caso de que, con arreglo a dicho decreto, no procediere, por vía de restitución, la adjudicación de tierras que hubiere solicitado alguna de las corporaciones mencionadas, se le dejarán aquéllas en calidad de dotación, sin que en ningún caso deje de asignársele las que necesitare. Se exceptúan de la nulidad antes referida, únicamente las tierras que hubieren sido tituladas en los repartimientos hechos a virtud de la citada ley de 25 de junio de 1856 o poseídas en nombre propio a título de dominio por más de diez años, cuando su superficie no exceda de cincuenta hectáreas. El exceso sobre esa superficie deberá ser



vuelto a la comunidad, indemnizando su valor al propietario. Todas las leyes de restitución que por virtud de este precepto se decreten, serán de inmediata ejecución por la autoridad administrativa. Sólo los miembros de la comunidad tendrán derecho a los terrenos de repartimiento y serán inalienables los derechos sobre los mismos terrenos mientras permanezcan indivisos, así como los de propiedad, cuando se haya hecho el fraccionamiento.

El ejercicio de las acciones que corresponden a la nación, por virtud de las disposiciones del presente artículo, se hará efectivo por el procedimiento judicial; pero dentro de este procedimiento y por orden de los tribunales correspondientes, que se dictará en el plazo máximo de un mes, las autoridades administrativas procederán desde luego a la ocupación, administración, remate o venta de las tierras y aguas de que se trate y todas sus accesiones, sin que en ningún caso pueda revocarse lo hecho por las mismas autoridades antes de que se dicte sentencia ejecutoriada.

Durante el próximo periodo constitucional, el Congreso de la Unión y las legislaturas de los Estados, en sus respectivas jurisdicciones, expedirán leyes para llevar a cabo el fraccionamiento de las grandes propiedades, conforme a las bases siguientes:

a) En cada Estado y Territorio se fijará la extensión máxima de tierra de que pueda ser dueño un solo individuo o sociedad legalmente constituida.

b) El excedente de la extensión fijada deberá ser fraccionado por el propietario en el plazo que señalen las leyes locales, y las fracciones serán puestas a la venta en las condiciones que aprueben los gobiernos de acuerdo con las mismas leyes.



c) Si el propietario se negare a hacer el fraccionamiento, se llevará éste a cabo por el Gobierno local, mediante la expropiación.

d) El valor de las fracciones será pagado por anualidades que amorticen capital y réditos en un plazo no menor de veinte años, durante el cual el adquirente no podrá enajenar aquéllas. El tipo del interés no excederá del cinco por ciento anual.

e) El propietario estará obligado a recibir bonos de una deuda especial para garantizar el pago de la propiedad expropiada. Con este objeto el Congreso de la Unión expedirá una ley facultando a los Estados para crear su deuda agraria.

f) Las leyes locales organizarán el patrimonio de familia, determinando los bienes que deben constituirlo, sobre la base de que será inalienable y no estará sujeto a embargo ni a gravamen ninguno.

Se declaran revisables todos los contratos y concesiones hechas por los gobiernos anteriores desde el año de 1876, que hayan traído por consecuencia el acaparamiento de tierras, aguas y riquezas naturales de la nación por una sola persona o sociedad, y se faculta al Ejecutivo de la Unión para declararlos nulos, cuando impliquen perjuicios graves para el interés público.



Algunos corridos
de la Revolución



♩ = 80. Andante. Letra de B. Dromundo,
Música de D. Castañeda.

A-qui los trai-ge al co-rrí-do de la trai-ción in-cen-sa-ta,
 fue el a-ño diez y nue-ve mis-mo del mil no-ve-cien-to's
 que a-ca-bó con el Cau-di-ño Don E-mi-lia-ño Za-pa-ta.
 Ye-ra en el nue-ve de A-bril cuan-do su-ce-dió el su-ce-so.
 Sa-lie-ron de Te-pal-cin-go con ram-bo-le-ia Chi-na-me-ca,
 Di-jo Za-pa-ta a Gua-jar-do; Dor-mi-ron A-gua-de-Pa-fos
 Za-pa-ta-í-ba con Gua-jar-do por ter-^a que-re-hom-bre de ve-fas D. B.
 y us-ted con los de su man-do si-ga a San Juan Chi-na-me-ca.

Corrido de la muerte de Emiliano Zapata.
 Letra de B. Dromundo. Música de D. Castañeda.

A continuación aparecen transcritos algunos corridos y canciones de la Revolución, que deben ser considerados, en conjunto, como una pequeñísima parte del romancero revolucionario y del romancero zapatista. Nadie se ha preocupado por reunir todo esto. Hemos integrado este trabajo con cantos de dos especies: los adversos al caudillo y los que, siéndole justos, le son favorables. Quizá de esta manera el lector extranjero podrá obtener una visión más completa de todas esas cosas.

*Corrido de la muerte de Emiliano Zapata*¹

Aquí les traigo el corrido
de la traición insensata
que acabó con el caudillo
don Emiliano Zapata.

Fue en el año diecinueve
mismo de mil novecientos
y era en el nueve de abril
cuando sucedió el suceso.

Salieron de Tepalcingo
con rumbo hacia Chinameca,
Zapata iba con Guajardo
por creer qu'era hombre de veras.

Dijo Zapata a Guajardo:
"Dormiré en Agua de Patos
y usted con los de su mando
siga a San Juan Chinameca".

Contestó María Guajardo:
"Ta muy bien, mi general,
allá tengo el regalo
de cinco mil balas más".

¹ La letra es de Baltasar Dromundo y la música es de Daniel Castañeda. Este corrido fue publicado el 10 de abril de 1934, en el 15 aniversario del asesinato del caudillo, y apareció, a su vez, con la siguiente nota: "Este es un corrido deliberadamente popular. La letra y la música son del pueblo. Toda otra explicación sale sobrando". La publicación fue hecha por la Dirección General de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal.



Zapata durmió esa noche
con la dueña de su amor
que andaba también luchando
para la Revolución.

Despertó en la madrugada
sobresaltado y le dijo:
"Se me afiguró que estaba
cerca de aquí el enemigo".

La mujer le dijo entonces:
"Ayer te avisé que tengo
el negro presentimiento
de que te quebre el gobierno.

"Vete lejos d'estas tierras
porque después será tarde,
pues si te quebra el gobierno
los indios se mueren de hambre".

Dijo Emiliano Zapata:
"Ya'stás como la mujer
que por creer que me mataban
vino desde Cuautla ayer.

"Esas son supersticiones
que nadie las debe creer,
Guajardo es de pantalones
y con él voy a vencer.

"Ya ves que quebró a la gente
de Bárcenas anteayer
y sólo un macho de temple
tiene un igual proceder".



Montado en un alazán
que le regaló Guajardo
llegó Zapata a San Juan
con cincuenta a su mando.

Con una ametralladora
y trescientos bien armados
Guajardo estaba en la hacienda
dizque hablando con Palacios.

Llegó el capitán Castillo
diciendo al jefe Zapata
que para que viera el parque
era mejor que pasara.

Contestó Zapata entonces:
“Voy a ver al coronel,
que vengan nomás diez hombres,
nada puede acontecer”.

Montó el precioso caballo
que a la hacienda caminó,
cuando el clarín dio tres veces
la llamada de atención.

Entraba el Héroe a la hacienda
y una descarga lo hirió,
en lugar de saludarlo
esa tropa lo mató.

Todo su traje de charro
ensangrentado quedó,
y enfundada su pistola
también allí se manchó.



Allí naiden tuvo tiempo
de poderse defender,
Guajardo acabó con todos
a los que dijo querer.

Así cayó en la emboscada
de Jesús María Guajardo
el gran general Zapata
qu'era un apóstol honrado.

Pablo González pidió
que ascendieran a Guajardo
y Carranza lo nombró
general divisionario.

Al día siguiente los indios
vieron al Jefe ya muerto
y el corazón en un puño
se quiere salir del pecho.

Carranza le dio a Guajardo
por la muerte de Zapata
además de dicho grado
cincuenta mil pesos plata.

Los periódicos dijeron:
"Ya mataron al bandido",
pero los indios lloraron
la muerte de su caudillo.

Sólo Dios qu'está allá arriba
y que juzga la intención
pudo saber que Zapata
era de un gran corazón.



Enterraron a Zapata
en una profunda tumba
pues creiban que se saldría
para volver a la lucha.

Quedaba viva en los indios
la verdad de su palabra:
“La tierra no pertenece
más que a aquel que la trabaja”.

Nueve años luchó Emiliano
por el ideal agrarista
y jamás tembló su mano
cuando exigió la justicia.

Así se acaba el corrido
de la traición insensata
en que se perdió al caudillo
don Emiliano Zapata.



*La rielera*²

Yo soy rielera, tengo mi Juan,
él es mi querido, y yo soy su querer,
cuando le llaman, que ya se va,
“adiós querida —dice—, ya se va tu Juan”.

Cuando dice el conductor
que va a salir para San Juan,
le llevo su canastita con la que va a refinar,
yo soy rielera, tengo mi Juan,
él es mi querido, yo soy su querer.

Cuando le llaman, que ya se va
“adiós mi querida, ya se va tu Juan”;
cuando dice el conductor:
“tengo órdenes para el tren,
porque vamos a llegar a la estación de Belén”.

Yo soy rielera, tengo mi Juan,
él es mi querido, yo soy su querer,
cuando le llaman, que ya se va,
dice: “adiós, mi querida, ya se va tu Juan”.

Si porque me miran con guantes
piensan que soy militar,
yo soy puro garrotero
de la Línea Nacional.

² La canción fue editada por Eduardo A. Guerrero, y aparece sin nombre de autor en el ejemplar que tenemos a la vista.



Yo soy rielera, tengo mi Juan,
él es mi querido, yo soy su querer;
cuando le llaman porque ya se va
dice: “adiós, mi querida, ya se va tu Juan”.



*Verdadera historia y completo corrido
de la muerte de Emiliano Zapata*³

Vengan a oír estos versos
todos con mucha atención
de un gran suceso ocurrido
que comenta la nación.

El jefe Pablo González
ideó sus planes certeros,
para poder dominar
al estado de Morelos.

Primero vengo a contarles
la historia de un guerrillero,
desde que se pronunció
hasta su fin tan postrero.

En mil novecientos diez
en armas se levantó,
y al grito “¡Viva Madero!”
al gobierno combatió.

Luego Zapata y sus fuerzas
cuando Madero triunfó,
por causas no conocidas
de nuevo se sublevó.

Todos bien recordamos
cuando la traición de Huerta,

³ Samuel M. Lozano. Este corrido fue hecho, como el mismo expresa, el año 1919, recién que murió Emiliano. Así se explica su notoria mala fe para deformar la verdad histórica y encubrir a los asesinos de Zapata. Se editó en la Imprenta Nieto, de Puebla.



Zapata aun siendo rebelde
no se mezcló en la reyerta.

Cuando el cuartelazo infame
del día nueve de febrero
al estado de Morelos
fue en automóvil Madero.

No se sabe a qué negocio
Madero fue a Cuernavaca,
el caso es sin contratiempo
conferenció con Zapata.

Por fin Huerta por los suyos
fue elegido presidente,
pero Zapata en Morelos
juró a Huerta darle muerte.

Villa y Carranza en el norte
juraron con buen esmero,
vengar la sangre regada
del presidente Madero.

Luego entre Villa y Carranza
un disgusto aconteció,
pero Emiliano Zapata
con Villa sí confrontó.

Se unieron Villa y Zapata
como buenos compañeros,
uno peleaba en el norte
otro en el plan de Morelos.

Con Orozco y De la Barra
con Carranza y otros más,



Zapata jamás no quiso
hacer convenios de paz.

El famoso Plan de Ayala
era esa la única bandera,
que Zapata reclamaba
para terminar la guerra.

Las causas que reclamara
ese plan en realidad
era el reparto de tierras
Democracia y Libertad.

Pero Zapata renuente
nunca quiso someterse
para que buenas doctrinas
un gobierno las cumpliera.

Por fin Carranza, señores,
mandó fuerzas federales
a combatir a Zapata
por montes, pueblos y valles.

Pues el general González
al frente de mil guerreros,
fue mandado por Carranza
al estado de Morelos.

En un mes de operaciones
los soldados carrancistas
quitaron Cuautla Morelos
a las fuerzas zapatistas.

González dio garantías
a muchos jefes surianos



para rendirse al gobierno
en conformidad de hermanos.

Muchos jefes zapatistas
mirando las garantías,
a Zapata abandonaron
en todas sus correrías.

Zapata viéndose solo
con muy poco contingente,
acudió a su gran astucia
para reclutar más gente.

A fines del mes de marzo
del año que está presente,
Zapata mandó una carta
a Guajardo urgentemente.

Guajardo era coronel
de las tropas de Carranza
pero logró de Zapata
hacerse de gran confianza.

Zapata mandó otra carta
hasta Cuautla astutamente,
adonde le aconsejaba
se *voltiara* con su gente.

Guajardo le contestó
“no más espero el dinero
para pagarle a las tropas
y pertrecharlas si puedo.

“Veinte cargas de maíz
tengo yo que recibir,



si es que usted las necesita
se las puedo conducir”.

Pues el coronel Guajardo
fingiendo estar rebelado,
salió de Cuautla Morelos,
con sus tropas bien armado.

Guajardo salió de Cuautla
con mucho gusto y contento
al rancho de Chinameca
para estar de destacamento.

Al licenciado Palacios
mandó Zapata al instante,
al rancho de Chinameca
como su representante.

Cuatro cartas se mandaron
uno y otro en la ocasión,
a donde se profesaban
una gran estimación.

La última carta mandó
Guajardo en contestación,
donde le dijo a Zapata:
“quedo a su disposición”.

La primera orden que dio
Zapata sin dilación,
que a Bárcenas lo matase
por jugar alta traición.

Guajardo dijo a Zapata:
“es difícil comisión,



porque Bárcenas se encuentra
en Cuautla en esta ocasión.

“Mi general le obedezco
todo lo que mande usted,
pero mejor fuera bueno
tomar Jonacatepec”.

Por órdenes de Zapata
Guajardo salió de allí,
y la plaza fue tomada
el 8 del mes de abril.

Aunque el combate fue corto
con los falsos “zapatistas”
hubo siempre algunos muertos
de las fuerzas carrancistas.

En Tepalcingo esperaba
Zapata de gusto henchido,
al valiente de Guajardo
por el triunfo ya obtenido.

Ya todo el plan de González
estaba casi concluido,
para poder agarrar
a Zapata muerto o vivo.

Una mujer se acercó
a Zapata desmayada,
diciéndole que Guajardo
quería hacerle una celada.

Zapata oyó los consejos
de su amiga sin igual



y también formó sus planes
para evitar cualquier mal.

“Muchachos, dijo Zapata,
tengan mucha precaución,
vigilen bien a Guajardo
que quiere hacernos traición”.

Como a las tres de la tarde
Guajardo se dirigía
a darle parte a Zapata
del gran triunfo de ese día.

Zapata dijo a Guajardo
que en prueba de estimación
celebraran este triunfo
con un gran comelitón.

Pero el coronel Guajardo
fingiendo estar fatigado,
dijo que no podía ir
por estar un poco malo.

Que mejor ese festín
se efectuara al otro día,
en Chinameca a su jefe
un banquete le ofrecía.

Zapata al fin accedió
a la oferta de Guajardo,
para ver si de ese modo
allí podía capturarlo.

Guajardo dijo a sus tropas
que al llegar ya su contrario



a Zapata se le hicieran
honras de divisionario.

Que para el segundo toque
contraseña anticipada,
los soldados sin demora
harían descarga cerrada.

Al llegar a Chinameca
Zapata, algo malició,
y cogiendo luego su arma
el combate se trabó.

Se posesionó muy bien
para poder resistir,
pero a los pocos momentos
ya no pudo combatir.

Muerto cayó en aquel sitio
por una bala certera,
terminando allí su vida
en su trágica carrera.

Varios jefes zapatistas
fueron hechos prisioneros,
y otros abandonaron
el estado de Morelos.

Palafox allí murió,
Jáuregui fue capturado
y en Cuautla de Morelos
fue también ejecutado.

El cadáver de Zapata
a Cuautla fue conducido,



para que por todo el pueblo
fuera bien reconocido.

Cuando en Morelos se supo
la nueva que aconteció,
toda la tropa con dianas
todo Cuautla recorrió.

De Ozumba y de Yautepec
de México y Cuernavaca,
iban a ver el cadáver
del que en vida fue Zapata.

Tres días estuvo su cuerpo
a la vista de la gente
hasta que fue sepultado
el día doce del presente.

Así terminó su vida
un jefe de guerrilleros,
criollito de Neneuilco
del estado de Morelos.

Ya este corrido he cantado
me despido con afán,
si en algo estuviere errado
las faltas perdonarán.



*Nuevas mañanitas al estado de Morelos.
Triste despedida de Emiliano Zapata⁴*

Voy a cantar un corrido
que vale la pura plata
donde les doy la noticia
de la muerte de Zapata.

Adiós, montes del Ajusco,
adiós, cerro del Jilguero,
adiós, montañas y cuevas
donde anduve de guerrero.

Adiós, querido Morelos,
adiós, Nación Mexicana,
¡Vivan las leyes del Cielo
y María Guadalupana!

Adiós, República entera,
adiós, México querido,
ya se terminó la vida
de quien tanto habías temido.

El Atila me llamaron
los que a mí me combatían,
pero ya todo acabóse
y murió ya a quien temían.

Me trataron con respeto
todos mis soldados leales,
para ellos no había tormento.
Adiós, firmes generales.

⁴ E. G. Editado por la Imprenta A. Guerrero.



Adiós, muy heroica Cuautla,
adiós torres de Morelos,
adiós las de Tlalnepantla,
pues ya nunca nos veremos.

Adiós los que me ayudaron
los nueve años de batalla,
en que nos vimos cubiertos
por la terrible metralla.

Adiós, Yautepec hermosa
y bella Tetecala,
Jojutla y sus arrozales
donde no tiré una bala.

Pintoresca Cuernavaca,
no te volveré a admirar,
ni en Tlaltizapán querido
echaré ya más un pial.

Ayala, donde hice el Plan
y donde esperé ser viejo,
cuántos gallos fui a pelear
y cuántos recuerdos dejo.

Pero llevo un orgullito:
que yo a nadie respeté,
sólo a mi Dios infinito
a ese nunca le falté.

Adiós, mi señora madre,
adiós todos mis chamacos,
adiós, todos mis amigos,
les encargo a mis muchachos.



Saquen todo mi dinero
que dejé bien enterrado,
búsquenlo cerro por cerro,
no se lo lleve un malvado.

Tenía Casa de Moneda
en una cueva allá arriba,
y allí dejé mucha plata
para mi madre querida.

Búsquenlo pronto, por Dios,
que ya estamos derrotados
por el General González,
o se quedan arruinados.

Me jugaron una trampa
de que se habían sublevado
y me creí de Guajardo
siendo yo gallo jugado.

Como a las tres de la tarde
del nueve tan memorable,
Jesús rodeó mi cantón
y me mató cual culpable.

Ahora pretendo el perdón
de todito el mundo entero,
pues me parte el corazón
mi vida de guerrillero.

Adiós Palafox, Murillo,
Ayaquica y Genovevo,
Vázquez y don Everardo,
en mis recuerdos os llevo.



Palacios mi secretario
también cayó prisionero,
muriendo como valiente
sin quitarse su sombrero.

Cuántos hombres fueron muertos
y cuántos ajusticiados,
todo por la triste guerra
que ya nos tiene agobiados.

Aunque siempre me podía,
tuve que hacer fusilar
a muchos por revoltosos
para hacerme respetar.

Muerto está ya el guerrillero
que a ninguno respetó,
pues a Madero y Carranza
bastante guerra les dio.

Hoy de todos se despide
con tristísima amargura
y pide que no lo olviden
en su oscura sepultura.

Adiós le digo a Carranza,
al que siempre combatí,
pues ya perdí la esperanza
y en polvo me convertí.

Adiós, ferrocarrileros,
ya nunca los volaré,
compongan todos sus trenes
que al mundo no volveré.



Mi alma ya desaparece
del estado de Morelos,
y al pueblo pido que rece
ante el Señor de los Cielos.

Olviden ya las querellas,
vuelvan a labrar la tierra,
que ya no corra más sangre
en los llanos ni en la sierra.

Que mi muerte sea fecunda
y traiga paz y ventura
al estado de Morelos
donde está mi sepultura.

Adiós, adiós, mi alma vuela
a presencia del Creador,
quiéranse amados paisanos
como manda el Redentor.



*Mañanitas de Benjamín Argumedo*⁵

Para ponerme a cantar
pido permiso primero;
señores, son las mañanas
de Benjamín Argumedo.

Último día de febrero
novecientos dieciséis,
han sacado a Benjamín
entre las nueve y las diez.

Pues era un martes por cierto,
presente tengo ese día
cuando lo sacó la escolta
de la Penitenciaría.

Lo llevaron por la calle,
bastante gente acudió,
se llenó la plaza de armas
a ver lo que sucedió.

Dos lo llevaban del brazo,
lo llevaban pie a tierra,
lo llevaban al palacio;
era al consejo de guerra.

Lo subieron al palacio
donde fue su tribunal,
fue donde oyó su sentencia
que era pena capital.

⁵ Jorge Peña.



Su familia, que allí estaba,
estaba tan desolada,
que al oír esa sentencia
hubo de caer desmayada.

Lo bajaron del palacio
por la calle en gran alarde,
lo llevaban a su destino,
serían las seis de la tarde.

Por la calle donde iba
aquel veinte de noviembre,
cómo iría su corazón;
seguro nadie lo entiende.

Cuando llegó a su destino
dijo: “Vengo en agonía,
pues hoy tengo que ser muerto;
Dios así lo dispondría”.

“Válgame Dios, ¿qué haré yo?”
dijo al general Murguía
y le pidió una merced
a ver si se la concedía.

Pues don Francisco Murguía
le contestó con esmero:
“¿Qué merced es la que quiere,
mi general Argumedo?”

“Diga usted, mi general,
yo también fui hombre valiente;
quiero me haga ejecución
a la vista de la gente”.



“Oiga usted, mi general,
yo no le hago ese favor
pues todo lo que yo hago
es por orden superior.

“En algunas ocasiones
también a usted le ha pasado,
pues jefe de operaciones
ya sabe que soy nombrado”.

“Ya que Dios me ha concedido
el no morir en la guerra
quiero que a mi alma en camino
anime Cristo en la tierra”.

Adiós todos mis amigos,
me despido con dolor,
ya no vivan tan engreídos
de este mundo engañador.

Adiós mi tierra afamada,
recintos donde viví,
adiós mi querida esposa,
yo me despido de ti.

Adiós mis padres queridos,
de toda mi estimación,
no me volveréis a ver,
volé a la otra mansión.

Adiós familia querida
que era toda mi alegría;
adiós mi querida esposa;
adiós, Penitenciaría.



Adiós, también el reloj;
sus horas me atormentaban
pues clarito me decían
las horas que me faltaban.

Amigo: no te señales
por riqueza ni estatura:
pues todos somos iguales
materia de sepultura.

Vuela, vuela, palomita,
párate en aquel romero;
estas son las mañanitas
de Benjamín Argumedo.



*Corrido de la muerte trágica de Emiliano Zapata.
Acaecida en Chinameca el día 9 de abril de 1919⁶*

Ha muerto don Emiliano
dicen los que a Cuautla van,
que lo mataron a tiros
cerca de Tlaltizapán.

Para terminar con él
tuvieron que urdir un plan
y el jefe Jesús Guajardo
trabajó con mucho afán.

Con Zapata tuvo arreglos
diciendo se iba a voltear,
queriendo en su campamento
a Zapata aprisionar.

¡Pobre Emiliano Zapata
qué suerte le fue a tocar;
él que tenía tanta plata
cómo se dejó matar!

Creyó el muy tonto la lana
que Guajardo le contó

⁶ Este corrido, editado en la Imprenta Guerrero, de la Ciudad de México, que a veces aparece firmado por E. Warman y a veces es anónimo, a nuestro parecer adolece del enorme defecto de ser no sólo venenosamente perverso y dictado por el criterio carrancista de entonces, sino que el autor, no popular ni vernáculo, dados los giros del idioma que presenta el corrido, al falsear la verdad histórica incurre en errores que el inteligente lector notará bien y que es obvio señalar. Lo hemos reproducido como una de tantas cosas pagadas que se hicieron contra el apóstol, quizá para que hoy surja más limpio que nunca.



y un batallón del gobierno
hasta su cantón entró.

Cuando le tendió la mano
a su aliado que llegó,
al grito “¡Viva Carranza!”
la lucha éste principió.

Hubo un pánico terrible
y nadie podía entender
las órdenes que se daban
y tuvieron que perder.

Zapata quedó sin vida
a los primeros balazos,
lo mismo que varios jefes
que lo sostenían en brazos.

El resto de zapatistas
por los montes se perdió
y otros fueron desarmados
pues Guajardo les ganó.

Los soldados victoriosos
con los prisioneros juntos
se encaminaron a Cuautla
para entregar los difuntos.

Con sorpresa sin segundo
se recibió esa noticia,
esperando que ya acabe
esa lucha sin justicia.

Ojalá que ya termine
para trabajar en paz,



que el trabajo es lo que quiere
desde el hombre hasta el rapaz.

Ya estamos muy bien cansados
de revueltas y fatigas
y deseamos que haya paz
sin infamias, sin intrigas.

Pues el hombre que trabaja
sólo pide garantías,
no que suba Juan o Pedro
sino el pan todos los días.

En mil novecientos diez
Zapata se pronunció
y al grito “¡Viva Madero!”
a todo el sur levantó.

Desde entonces fue elogiado
por su bravura sin par,
y el gobierno lo trataba
con respeto sin igual.

Madero subió al poder
y Zapata se volteó,
no quiso de él depender;
contra el gobierno se alzó.

Y desde entonces, siete años
contra todos peleó,
lo mismo que contra Huerta
a Carranza combatió.

En su bandera llevaba
escritas promesas mil,



ofreció repartir tierras
y hacer rico al infeliz.

Pero al fin nada cumplió
de tan notables doctrinas
y su riquísimo estado
quedó convertido en ruinas.

Él se dedicaba al juego,
a los toros y mujeres,
y los negocios de estado
los dejaba a los ujieres.

Reunida la Convención
no la dejó gobernar,
y le dio el triunfo a Carranza
por no saber él mandar.

Y cuando debió ser notable
por sus grandiosas acciones
así terminó sus días
por seguir viles pasiones.

Les ruego que me perdonen
si al narrar metí la pata,
pero así cuentan murió
don Emiliano Zapata.



*El fusilamiento en Monterrey
del general Guajardo el 18 de julio de 1920⁷*

Las iras de Dios desata
quien a traición a otro hiere,
y siempre el que a hierro mata
ya saben que a hierro muere.

Esta sentencia terrible
hoy tuvo confirmación
porque Guajardo murió
a causa de una traición.

Guajardo se fingió amigo
de Zapata y a él se alió
y cuando lo vio confiado
a vil traición lo mató.

A la paz le sirvió mucho
su acción innoble y falaz
pero la moral fue herida
con esa acción incapaz.

Ahora, en Monterrey se vio
cumplir divina sentencia
y a traición Cano entregó
a Guajardo, sin conciencia.

Después del triunfo sonado
de González y Obregón

⁷ E. Guerrero. Hemos conservado la ortografía que aparece en el original de este corrido del mismo modo que en los demás que aparecen en este libro.



Guajardo contra de Villa
salió con rumbo a Torreón.

Pero ya tenía su plan
de combatir al gobierno,
pues o le dieron muy poco,
o era un rebelde eterno.

Al partir de Buenavista
tuvo un percance terrible
pues impedía castigar
un delito muy punible.

Su chofer mató a un sujeto,
lo mandaron aprehender
pero Guajardo se opuso
y lo tuvieron que vencer.

Salieron luego sus trenes
para el norte del país
con mil doscientos soldados
pensando hacer un desliz.

Llegando a Gómez Palacio
se declaró en rebelión
desconociendo al gobierno
y Poderes de la Unión.

Marchóse por la llanura
buscando ayuda eficaz,
por el rumbo del Saltillo
pues no se creyó capaz.

El gobierno mandó tropa
que lo fuera a perseguir,



y en la hacienda La Hediondilla
tuvieron que combatir.

Guajardo perdió la acción,
se dispersaron sus tropas
y con unos cuantos hombres
huyó con muy pocas ropas.

Se perdió por unos días,
lo creían unido a Osuna,
cuando vino a aparecer
ya sin esperanza alguna.

En Monterrey se escondió
en la casa de su esposa,
allí lo encontró un amigo
y pasó cosa horrorosa.

Éste le avisó al gobierno
en qué casa se ocultaba
y lo hicieron aprehender
por quien ruin lo delataba.

Antonio Cano era amigo
y también subordinado
y en la acción de La Hediondilla
se entregó y fue perdonado.

Guajardo no resistió
cuando fueron a aprehenderlo,
pero a Cano le injurió
porque así llegó a perderlo.

Para formarle proceso
fue preso incomunicado



y en un consejo de guerra
a muerte fue condenado.

La noche del diecisiete
la pasó Guajardo en vela
y la sombra de Zapata
fue su única compañera.

Por la mañana a las siete
del dieciocho del actual
fue ejecutado Guajardo
en el cuartel terminal.

Seis soldados fusilaron
al matador de Zapata
mandados por Ríos Zertuche
y les regaló su plata.

Con la primera descarga
cayó herido el general
y el mayor Enrique Hernández
le destrozó el parietal.

Los deudos pidieron luego
se les entregara el muerto
y en la calle Isaac García
velaron su cuerpo yerto.

Sus restos duermen en paz
en el gran Panteón del Carmen
y su fin no olvidarán
los que contra el gobierno se alcen.

El pueblo ya está cansado
con tanta revolución;



quiere paz, quiere trabajo
y progreso en la nación.

Triste fin de un guerrillero
acabé de referir,
a traición mató a su amigo
y otro le hizo a él morir.



*Un recuerdo al general Zapata*⁸

Sobre el sentir de la patria
quise escribir un renglón
pero mi pluma es inepta
carece de ilustración.

Ahora hablaré de Zapata
que en Chinameca murió
muerto por Jesús Guajardo
bajo una infame traición.

Murió el caudillo suriano
enemigo al español
cuyo elemento insano
tanto odiaba el luchador.

Con el acero en la mano
y con supremo valor
gritaba muera el tirano
el déspota y el traidor.

Allá en los montes y valles
se oyó la voz del cañón
también se oyeron los ayes
del guerrero que rodó,
herido por la metralla
envuelto en sangre expiró

⁸ Imprenta Guerrero, México. La expresión del bardo autor del corrido no es suficientemente precisa; debe aclararse que Zapata no era enemigo de los españoles, sino de aquellos españoles que explotaban el trabajo del peón en el estado de Morelos y otros estados del sur. A estos últimos pertenecieron los ingenios cuyas ruinas pueden verse todavía en el estado de Morelos, cerca de Cuernavaca y de Cuautla, así como en otros lugares.



por cobrar la libertad
que el pobre pueblo perdió.

Los que murieron, murieron
y los que viven son hoy
los que disputan puestos,
sillas de gobernación;
allá en los tiempos de lucha
pocos iban con valor
nadie quería obtener triunfo
para ser gobernador.

Hoy todos quieren el mando,
tener un puesto de honor,
pero entonces digan cuándo,
demostraban tanto valor,
sólo Zapata luchando
permaneció allá en el sur
a las huestes levantando
con un patriótico amor.

La muerte de ese caudillo
dióle gusto al español,
decían ha muerto el bandido
que tantos males causó,
cómo se hallan ofendidos,
el elemento opresor
porque sus fincas Zapata
en ruinas se las dejó.

Zapata fue un gran patriota
como serlo puede Obregón,
nunca de sangre una gota
regó por vías de ambición



si no es que una mala nota,
la opinión pública dio
para el jefe suriano Zapata
un bravo campeón

Adiós, patriota esforzado,
adiós, bravo luchador,
leal y valiente soldado
modelo de gran valor,
jamás el pueblo suriano,
se olvidará en su interior
que el general Emiliano
fue su grande defensor.



*El saqueo de pueblos por Guajardo*⁹

¡Jesús!, ¿qué haremos con Guajardo, el león furioso?
ya no es posible soportarlo en realidad,
les aseguro que algún día nos vuelve locos
con tanto susto y carreras que nos da.

¿Es muy valiente? ¿El pueblo es muy medroso
para batirlo con honor y dignidad?
Dónde está Neri, Ignacio Maya y el famoso
Camilo Duarte, que vieran tal actualidad.

Ya no hay unión, no hay igualdad en nuestra gente,
para asimismo defendernos de esas fieras,
ya no buscamos enemigos hacia el frente,
sino al reverso para proteger la vida.

No hay más, en fin, se llevaron esos valientes
nuestros ganados, guajolotes y gallinas,
mientras nosotros contemplamos muy inerte
allá en los montes más altos nuestra ruina.

Maldito miedo que nos tiene sumergidos
en un estado de indulgencia y estupor,
rindiendo culto siempre al sexo femenino
sin preocuparnos de la vida y del honor.

Régulo dijo en un momento de heroísmo
“Guerra al tirano, cruel y déspota invasor,
primero es Patria que familia”, y él tranquilo
mandó hacer fuego a las trincheras sin temor.

⁹ Anónimo. Publicado con otras canciones en una hoja suelta bajo el título general de *Corrido Suriano*.



¡Ay!, si la Esparta nos hubiera conquistado
circularía por nuestras venas el valor
nos batiríamos como bravos espartanos
contra las huestes de Carranza sin temor.

No dejaríamos que violaran los tiranos
nuestras doncellas, nuestros templos y el honor,
ni sufriríamos la infamia del tirano
ni nuestra frente se cubriera de rubor.

Ahora Zapata, león del sur, que en gloria exista
cuando se trata de un combate en la ocasión
sólo contempla más que puras codornices
corriendo en grupos sin ninguna dilación.

Luego se trata de buscar un escondite
mientras pasan los momentos de aflicción
mientras los bravos carrancistas muy felices
saquean los pueblos y se van a otra región.

Mas sin embargo, sigue la misión bendita
noble Espartaco, que tus armas triunfarán,
si los bravos del hermoso Plan de Amilpas
no te secundan, pero al fin contigo están.

Don Genovevo de la O y don F. Ayaquica,
don Everardo González y Beltrán,
Valentín Reyes y otros más están en lista,
Samuel Bonilla y el valiente Catalán.



Valentina

Una pasión me domina
y es la que me ha hecho venir,
Valentina, Valentina,
yo te quisiera decir.

Si porque bebo tequila,
mañana bebo Jerez,
si me han de matar mañana
que me maten de una vez.

Valentina, Valentina,
yo te quisiera decir
que una pasión me domina
y es la que me ha hecho venir.

Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies,
si me han de matar mañana
que me maten de una vez.



*Fusilamiento del general Felipe Ángeles*¹⁰

Todo México ha tenido
un gesto de compasión
al saber que estaba preso
un jefe de la reacción.

Ángeles era querido
por su proceder honrado,
pues nunca manchó su nombre
con ningún acto malvado.

En Balleza de Chihuahua
y muy cerca de Parral
fue aprehendido don Felipe
por el jefe Sandoval.

El consejo presidiólo
el general don Gabriel
Gavira, y fue reunido
por orden del gran cuartel.

En el Teatro de los Héroes
se reunió el gran tribunal
donde se jugó la vida
del sentido general.

Pobrecito don Felipe
mejor le hubiera valido
estarse en Texas tranquilo
o haber pegado el volido.

¹⁰ E. Guerrero.



En México no prospera
ninguna revolución
porque el pueblo está cansado
y prefiere que haya unión.

El respeto a los gobiernos
debe ser bien comprendido,
que si un gobernante es malo
la opinión lo ha maldecido.

Y al terminar su periodo
si obró con torpe cautela
despreciado morirá
sin merecer ni una vela.

Felipe Ángeles nació
en Molango, por Pachuca,
y en la Escuela Militar
desde niño bien se educa.

Por su ciencia y su valer
fue nombrado general
y sirvió bien al gobierno
distinguiéndose por leal.

Madero lo quiso mucho
y con Huerta se enfrentó
cuando éste, con vil astucia
al gobierno traicionó.

Más tarde se unió a Villa
para batir al traidor
y desde entonces fue aliado
combatiendo con honor.



Cuando Villa, disgustado,
contra Carranza se alzó,
Ángeles fue al extranjero,
de la lucha se alejó.

Los emigrados de Texas
lo animaron a volver
y en conferencia con Villa
se dejó al fin convencer.

Pisó tierra mexicana
y combatió con denuedo,
pero su suerte fue adversa
aunque nunca tuvo miedo.

Perseguido por doquier
y ya sin más esperanza
en el rancho del Olivo
cayó en poder de Carranza.

A las seis de la mañana
del veintiséis de noviembre,
Ángeles fue fusilado
en el año diecinueve.

En un patio del cuartel
del Veintiuno Batallón
pasó la terrible escena
de reciente ejecución.

Ángeles pasó la noche
en continua agitación
esperando la mañana
haciendo su confesión.



Salió de capilla erguido
sin asomos de temor,
con una muy fuerte escolta
que admiraba su valor.

Pidió por favor al jefe
del trágico pelotón
que él diera la voz de fuego
en la triste ejecución.

Siguió nutrida descarga
a la voz que pronunció
y Ángeles cayó de bruces,
pero luego no murió.

Los intestinos de fuera
y en convulsión de agonías
recibió el tiro de gracia
que puso fin a sus días.

Así terminó en Chihuahua
tan nombrado general
que tuvo tan grande fama
en el mundo por lo leal.

Triste final de esta historia
que hoy acabo de contar,
que Dios lo tenga en su gloria,
pues ya cesó de penar.

Ya con esta me despido
con gran tristeza letal
que aquí se acaba la historia
del valiente exgeneral.



*Muerte de Blanquet*¹¹

Como un reguero de fuego
y más rápida que el viento
nos llegó de Veracruz
la noticia que hoy os cuento.

Ustedes recordarán
de un exgeneral valiente
don Aureliano Blanquet
al que admiraba la gente.

Fue jefe del Veintinueve,
haciéndose de renombre
y en todas las ocasiones
causaba gozo su nombre.

Cuando la Decena infausta
él de su fama cayó
y aliándose a Félix Díaz
para siempre se enlodó.

Fue ministro de la Guerra
cuando mandó el Mariguano
y por su genio asombroso
duró más don Victoriano.

Cuando el triunfo de Carranza
los hizo capitular,

¹¹ E. Warman. Imprenta Guerrero, México, D. F. Debe aceptarse con precauciones el valor histórico de este corrido, pues otros cronistas afirman que Blanquet fue aprehendido vivo y degollado por la soldadesca triunfante, habiéndose arrastrado más tarde su cabeza por las calles y dejando insepulto el cuerpo.



se peló de los primeros
y a La Habana fue a llegar.

En la ciudad antillana
nunca cambió de opinión
y con sus duchos consejos
aumentó la rebelión.

Al ver que pasaba el tiempo
y no triunfaba su idea,
determinó su regreso
para entrar en la pelea.

Se embarcó en el Santa Clara
un buquecito de vela,
que fletó en la isla de Cuba
y donde por poco pela.

Cuatro días pasó en el Golfo
combatido por las olas,
que encrespadas pretendían
que allí acabaran las bolas.

Por fin divisó la costa
de la Patria muy querida
y desembarcó en Chachalacas,
que fue por él elegida.

De allí se internó en la tierra
buscando gentes amigas
y pasaron mil trabajos
con hambre y llenos de niguas.

Varios días anduvo errante
sin encontrar felicistas



perseguido sin descanso
por las fuerzas carrancistas.

Cuando ya desesperaba
se encontró a don Félix Díaz.
y luego a Pedro Gabay
dándose al fin alegrías.

En Comapa descansaban
de sus molestas fatigas
cuando se supo el avance
de las fuerzas enemigas.

No pudiendo ya escapar
porque ya no había ocasión
aceptaron el combate
contra medio batallón.

Éste les fue desastroso,
porque fueron derrotados
y a gran prisa se escaparon
sin sus muertos y estropeados.

En ese quince de abril
en Chavaxtla fueron cercados
por el coronel González
al frente de cien soldados.

Un pánico muy terrible
se produjo en ese instante,
y los hombres y las mujeres
ya no pensaban bastante.

Por buscar la salvación
se echaban al precipicio



y a las cuatro de la tarde
terminó el sacrificio.

Muchos fueron prisioneros
de las tropas carrancistas
que triunfaron por completo
de aquellos cien felicistas.

Encontraron a Blanquet
en el fondo de un barranco
con el cuerpo destrozado
cerca de un caballo blanco.

Con reatas fueron izados
los restos de general,
y por todos conocido
lo llevaron al Coral.

Guadalupe Sánchez, jefe,
recibió tales despojos
y no creyera tal cosa
si no dieran fe sus ojos.

Al día siguiente el calor
hizo al cuerpo corromper
y cortaron la cabeza
para hacerlo conocer.

Su cuerpo quedó enterrado
en el rancho del Coral
y su cabeza hasta el puerto
se llevaron entre sal.

Allí se exhibió y la gente
en desfile la admiró



quedando todos acordes
en que fue cierto murió.

Así terminó sus días
un eminente soldado
que diera fama a su patria
si no se hubiera volteado.

Con su figura arrogante
y con su gran corazón
fue sostén del gobierno
con buena reputación.

Que Dios le haya perdonado
y que lo tenga en su gloria
que de Aureliano Blanquet
aquí termina la historia.



*Despedida a don Victoriano Huerta*¹²

Se fue don Victoriano
para la vieja Europa
como Mamá Carlota
buscando a Napoleón.

También don Aureliano
Blanquet, cosa chistosa,
decía con voz medrosa
adiós, mi fiel nación.

Dejaron a la patria
vestida en negro luto,
en mísero sepulcro
llorando su orfandad.

Donde a la vez descansan
mil héroes ya difuntos
que el proyectil injusto
mandó a la eternidad.

Los valientes no corren,
señor don Victoriano
usted y don Aureliano
violaron ese honor.

Nunca el valor se esconde
en pechos mexicanos,
sólo huyen los tiranos
por miedo al vencedor.

¹² Marciano Silva. Imprenta Guerrero.



Dijiste que en dos meses
vencerías a Zapata
y la alta aristocracia
creyó en tal pretensión.

Pues cueste lo que cueste
la paz se hará en mi patria
y tú con tus petacas
marchaste a otra nación.

Te fuiste, ¡qué vergüenza!
sin valor ni arrogancia,
sin honra ni esperanza,
a un destierro fatal.

Y con la Marsellesa
te recibe la Francia,
cobarde Sancho Panza
de suelo occidental.

Allá en la vieja Europa
asilo de mendigos,
se ocultan los bandidos
no sé por qué razón.

No hay ley que desconozca
tal vez como es debido
a hombres corrompidos
a quien dan protección.

Ahora esos caudillos
jefes voluntarios,
que fieles te ayudaron
en tu obra criminal.



Quedan comprometidos
y al fin, abandonados,
pobres, decepcionados,
de ejemplo servirán

La sangre inmaculada
que se vertió vilmente
de héroes inocentes
sacados de su hogar.

Irán cual un fantasma
con voz triste y doliente
al viejo continente
su sueño a perturbar.

Adiós, don Victoriano,
funesto presidente
que al fin impunemente
te fuiste muy en paz;

Que siempre los tiranos
por influencia o por suerte
se burlan de la muerte
y del Código Penal.

Te fuiste a tierra extraña
lejos del reino azteca
llevando tu maleta
con mucha precaución;

tus planes de campaña
y esa grande estrategia
con que vencida dejas
a la Revolución.



Saluda a Félix Díaz
y a Mondragón de paso
y dales un abrazo
en prueba de amistad.

Por su obra tan impía
que los llevó al fracaso
funesto cuartelazo
para la humanidad.

Los pueblos mexicanos
con alegría sincera
saludan por doquiera
tu urgente ocultación.

Funesto mariguano,
aborto de la tierra,
Dios quiera y nunca vuelvas
a pisar mi nación.



*Adelita*¹³

Adelita se llama la joven
a quien yo quiero y no puedo olvidar,
en el mundo yo tengo una rosa
y con el tiempo la voy a cortar.

Si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita fuera mi mujer
le compraría un vestido de seda
para llevarla a bailar al cuartel.

Adelita, por Dios te lo ruego,
calma el fuego de esta mi pasión
porque te amo y te quiero rendido
y por ti sufre mi fiel corazón.

Si Adelita se fuera con otro
le seguiría la huella sin cesar,
si por mar en un buque de guerra
si por tierra en un tren “melitar”.

Toca el clarín de campaña a la guerra,
salga el valiente guerrero a pelear,
correrán los arroyos de sangre,
que gobierne un tirano, jamás.

Y si acaso yo muero en campaña
y mi cuerpo en la sierra va a quedar,

¹³ Quizá sea un poco difícil precisar cuál era la más popular de las canciones revolucionarias; pero si hubiésemos de arriesgar una opinión, diríamos que *Adelita*, con la *Marcha de Zacatecas*, *Valentina* y *La cucaracha*, integraban el grupo de los himnos más cantados en todo el país durante la Revolución.



Adelita, por Dios te lo ruego,
con tus ojos me vas a llorar.

Ya no llores, querida Adelita,
ya no llores, querida mujer,
no te muestres ingrata conmigo,
ya no me hagas tanto padecer.

Me despido de mi querida Adela,
ya me alejo de mi único placer,
nunca esperes de mí una cautela
ni te cambie por otra mujer.

Soy soldado y la patria me llama
a los campos que vaya a pelear,
Adelita, Adelita de mi alma,
no me vayas, por Dios, a olvidar.

Por la noche, andando en el campo,
oigo el clarín que toca a reunión,
y repito en el fondo de mi alma:
Adelita es mi único amor.

Si supieras que ha muerto tu amante
rezarás por mí una oración,
por el hombre que supo adorarte
con el alma, vida y corazón.

Ya me despido de mi querida Adela
de ti un recuerdo quisiera llevar,
tu retrato lo llevo en mi pecho
como escudo que me haga triunfar.



Conque quédate, Adelita querida,
yo me voy a la guerra a pelear,
la esperanza no llevo perdida
de volverte otra vez a abrazar.



*Zapata y los zapatistas*¹⁴

Oye, público ilustrado, el canto de una alma grata
que ha dedicado estos versos a don Emiliano Zapata,
cuya hombre tomó las armas en el feliz mes de enero
para defender la causa de don Francisco I. Madero.

El veinte de noviembre la guerra empezó a surgir,
don Emiliano en su tierra y don Francisco en San Luis,
Zapata estaba ayudando a Madero en sus afanes,
para que éste con despacio ratificara sus planes.

Después de un tiempo de guerra se hizo un triunfo sin igual,
y se marcharon sus huestes con rumbo a la capital,
Zapata estaba contento con el triunfo de Madero,
dicen ya tiene sus tierras todo pueblo jornalero.

Lo que prometió Madero ya no lo pudo cumplir,
en ese Plan prometido allá en San Luis Potosí,
para hacerlo proclamar al poder debió subir
y que ya estando sentado su Plan debiera cumplir.

Pero Zapata miraba que ya el tiempo se pasaba
y que bienes y promesas de eso ya nunca se hablaba;
ya perdida la esperanza la águila batió sus alas,
Zapata tomó las armas y proclamó el Plan de Ayala.

Si Madero olvida el Plan que enarboló en su bandera
yo sí cumpliré el de Ayala aunque perezca en la guerra,
esto dijo ese valiente y su estandarte tomó
y con valor eminente en Morelos combatió.

¹⁴ Maximiano Mendoza.



El grandioso Plan de Ayala quiso cumplirnos Zapata por sus triunfos en Morelos, en Guerrero y Cuernavaca, con sus triunfos y combates como soldado valiente animando con sus frases a los jefes de su gente.

En los tres puntos del sur sí lo quieren con lealtad porque les da la Justicia, Paz, Progreso y Libertad, Huerta le hacía mil promesas para que a él se rindiera y se le frustró su empresa, Zapata siguió la guerra.

Combates muy eminentes inició desde ese día; para cumplir su promesa él peleó con gallardía, uniéndose valientes jefes ilustres de gran corazón que lo ayudaron en todo dando fama a la nación.

Como es Francisco Mendoza, lo mismo que Salazar, y don Francisco Pacheco, juntos iban a pelear. Genovevo de la O, cuyo nombre no es extraño, y don Fortino Ayaquica, valiente como Montaña.

Éstos tuvieron combates contra todos los gobiernos en Ozumba, en Nepantla, Teloloapan y Morelos, por Yecapixtla y Tepexco, esas partes recorrieron, tuvieron fuertes encuentros en el cerro del Jilguero.

Felipe Neri allá andaba por todos esos lugares; en Axochiapan y Zacualpam perdieron los federales, estuvieron en Matlala, en San Marcos y Atlixco, en San Nicolás y en Chietla, en Colón y en Cuatlixco.

Milpalta, Jojutla y Chalco, Jantetelco y Atencingo, Juchitepec, Tres Marías, Topilejo y Tepalcingo, esas partes recorrieron combatiendo sin igual hasta que triunfantes llegan a la hermosa capital.



El espartano Zapata fue por muchos calumniado,
porque muchos lo juzgaban como hombre depravado,
varios decían que al llegar les causarían graves males,
entrando a la capital se verían barbaridades.

Nada de eso, no fue cierto, lo efectivo se ha de hablar,
estos entraron correctos, con muchísima igualdad,
dando gracias al pueblo, demostrando su lealtad,
dando fama, honor y mérito a su invicto general.

Les suplico que perdonen esta humilde narración
a todos los que escucharon estos versos que he cantado
y una regia corona de laureles y de nardos
solamente le deseo a este caudillo denodado.



*A la tumba de los héroes*¹⁵

Saludo, oh Patria mía, la tumba de los héroes
que están en gloria eterna gozando en dulce paz,
para ensalzar el nombre de Hidalgo y otros héroes
y bendecir la historia que hoy vine a consagrar.

Recordando de aquellos nobles ancianos
hoy la fecha de mil novecientos once
que han libertado a nuestro pueblo mexicano
del intento que amaban los españoles.

Hoy México en sus glorias secas no vio sus flores
la más pulida esencia de su cáliz apuró,
convertida entretanto en sangre y en ardores
al ver que sus promesas ninguna se cumplió.

Dios le ha dado un poder tan soberano
a otro Hidalgo que ha nacido en nuestra Patria,
estas honras recibió don Emiliano
a quien nombramos señor general Zapata.

Hoy, si Benito Juárez volviese aquí a la vida,
iríamos muy gustosos a dar nuestra ovación,
entonces levantara su faz más resentida
como serena el alma los tintes de una flor.

Este hombre que ha nacido en nuestro estado
le ha pedido, por su honra, a Dios clemencia,

¹⁵ M.A. Como verá el lector, por la redacción en bárbaro de este poema, se trata de un auténtico bardo popular que escribió seguramente esos curiosos versos para una de tantas fiestas zapatistas. El ejemplar que tenemos a la vista aparece idéntico. Es característico de la gente del sur expresarse de la anfibológica manera ya apuntada.



porque se ha visto que con la espada en la mano
él defiende con honor la independencia.

Comprendo yo que Juárez le dio desde su gloria
su cetro y su corona al bendecir su honor,
es fuerza que le demos del lauro la historia
y libre de este yugo a toda la nación.

Si el trino que se escucha entre las aves
y la flor que da su aroma al suelo santo
miles honras te consagro en tus altares
y con el trino matinal borren el llanto.

En fin, si en lo futuro mis nobles ciudadanos
llegase otra conquista del gobierno español
tendremos siempre en cuenta al señor don Emiliano,
él irá a su defensa por nuestro pabellón.

Si en tumba más sombría llegase a verte
una palma dolorida voy a darte
y al llegar yo besaré tu losa inerte
recordando de la historia que dejaste.

En fin, señores, yo pienso cual pobre mexicano,
pedir una indulgencia, si la merezco yo,
y reciba por obsequio hoy don Emiliano
laureles y guirnaldas y el centro de su honor.

A ti, digno General, hoy te pido
que te dignes dispensarme por tu honra
de mi suerte es un elogio el que he tenido
porque el autor fuiste en la sangre redentora.

En fin, ya me despido de esta amable reunión,
suplico que se sirvan mis versos otorgar,



ustedes muy bien saben que mi rano no es trovar,
también me perdonan si he venido a importunar.

Mas en fin, nobles caudillos, me despido,
señor Eufemio y también don Emiliano,
Dios los bendiga para siempre por su mano
para librar a nuestro pueblo mexicano.



*Las ferias de Morelos*¹⁶

Ya va a terminar el año,
van a principiar las ferias,
qué dices, chata, nos vamos,
a otra tierra mejor que ésta,
para que así vaya calmando
la pasión que en ti se encuentra.

El día primero de enero
nos vamos para Jojutla,
que allí hay cantadores buenos,
de donde quiera se juntan.

El día seis del propio mes
nos vamos para otra feria,
para ese Jochitepec
que está cerca de tu tierra;
la frutita mandaremos
a personas que tú quieras.

Nos daremos harto vuelo
en esto de la paseada,
si quieres te llevaré
a Morelos, a ese plan de la Cañada.

Aunque vayamos sin tlacos
a esa feria Amacuzac,
ya tú ves que no me ataco
para sacarte a pasear,
a la gran feria de Taxco
que harto gusto me ha de dar.

¹⁶ Anónimo.



De allí nos regresaremos,
nos vamos a Tetecala,
entonces descansaremos
hasta ver la Candelaria.

Llegándose el primer viernes
nos vamos a Jiutepec;
a Cuernavaca si quieres
con gusto te llevaré
y si voluntad me tienes
nos vamos a Yautepec.

Vamos el segundo viernes
por el tren hasta Morelos
que allí tendrás lo que más
te agrada, chatita, a ti.

A Tepalcingo nos vamos
que es la feria a los tres viernes
que de donde quiera vienen;
esa feria es de lo bueno;
de Puebla y de Matamoros
y del estado de Guerrero.

Muchas rifas de lo lindo
adornadas las verás,
y a Delgado y a Galindo
allí los conocerás.

Esa feria de Morelos
que de veras es mentada;
lindo es el Señor del Pueblo
su iglesia bien adornada,



ya no hay ojos con que ver;
queda la gente admirada.

Muchas músicas de viento
las oirás que están tocando,
qué concurrencia en el templo
y las campanas repicando.

Verás rifas de a montón,
de cantinas y fruterías,
verás fondas las ringleras,
como en toditas las ferias,
o en cualquiera diversión
vamos, chatita, qué esperas.

Luego con gusto y afán
yo también te llevaré
a pasear a Miacatlán
y de allí a Mazatepec.

Verás cómo se divierten
los devotos de Birján,
cómo juegan de deudas
en albures y conquián;
que hay algunos pobres tontos
que hasta sin comer se van.

Ya con esta me despido,
ya se acerca mi partida,
si te quieres ir conmigo,
vámonos, prenda querida.



*Corrido de la traición de Federico Morales*¹⁷

Si me consideras, público lucido,
y me prestas tu atención,
voy a declararme y en lo sucesivo
te daré una explicación.

El 30 de agosto día tan señalado
del mismo que corresponde,
fecha y todo tienen muy bien enterado
de mil novecientos once.

No quedó conforme el general Zapata
después de haber conquistado,
por ese motivo se salió de Cuautla
esperando el resultado.

Salió rumbo a Anenecuilco
donde su atención fijaba
como es hombre vivo, conoció el peligro,
la traición que le jugaban.

Al mismo momento se reunió su pueblo
para saber lo que pasaba
y él dio a saber del nuevo gobierno
y lo inconforme que estaba.

Mandó tocar las campanas
ese grande general,

¹⁷ Marciano Silva. Hemos respetado la construcción literaria —de igual modo que en todas las composiciones anteriormente reproducidas—. Por no haber logrado encontrar copia del original publicado, lo tomamos de un libro en que aparece sin título. El título ha sido puesto por nosotros.



vámonos de nuevo a empuñar las armas:
la defensa es natural.

Yo no ambiciono la silla
ni tampoco un alto puesto,
lo que me adolece, mi Patria querida,
verla en tan cruel sufrimiento.
Resolvió su hermano Eufemio Zapata
conociendo el mal proyecto,
yo ni ahora ni nunca rendiré las armas,
sólo ya después de muerto.

Esta política es falsa,
la tengo bien conocida,
piensan primero recogernos las armas
para quitarnos la vida.

Habló con su hermano Eufemio y le dijo:
bajándose a lo profundo,
yo no condesciendo, bajo de armisticio,
ya ves los pagos del mundo.

Salieron de Ayala rumbo a Chinameca
donde se reunieron todos,
luego que llegaron pidieron permiso
para jugar unos toros.

Dos días de toros jugaron,
nos quedan como recuerdos,
ellos en sus gustos, y un vil a trasmano
poniendo el parte a Morales.

“Aquí en esta hacienda se encuentra Zapata,
si lo quieren agarrar,



tiene cuarenta hombres, pero mal armados,
ora se han de aprovechar”.

“—Fórmenle una entretenida,
sin dársela a maliciar,
déjenlo que goce, cuanto pida,
que su día se va a llegar”.

Pusieron violento el parte a Morales
puesto por la presidencia:
“A traerme a Zapata se va usted al momento,
se halla en San Juan Chinameca”.

“—Con mucho empeño lo haré
ahora sí no se me escapa,
en 24 horas le presento a usted
la cabeza de Zapata”.

Con seiscientos hombres marchó para Hidalgo
queriendo igualar al viento.
Pero sólo Dios, que es dueño de lo creado,
no le concedió su intento.

Como a las once del día,
por Santa Rita pasaron,
porque dos sujetos que allí los llevaban
hasta el punto donde estaban.

Cuando el general se hallaba comiendo,
con don Santiago Posada,
llegó la noticia, que ya iba el gobierno
y a la hacienda se acercaba.

Montó su brioso caballo,
paso a paso se fue yendo,



frente a un obrador, con cinco soldados,
se quedó reconociendo.

Cuando el general divisó al gobierno
que se acercaba hacia el puente,
echó mano al rifle y se apeó del caballo
y con cinco les hizo frente.

Lo rodearon cuatrocientos,
pero él no se acobardó
haciéndoles fuego como decidido
entre ellos se revolvió.

Sin saber que el general
había puesto su avanzada
en el camposanto, tras de un tecorral,
les formaron una emboscada.

Cuando les marcaron el ¡alto ahí!, ¡quién vive!
Dijeron, pues —Figuroa—,
con un par de bombas, luego los reciben
para comenzar la loa.
Dicen que los derrotaron,
pues así corre la voz,
fueron sólo tres, los que allí se quedaron,
contrarios setenta y dos.



Bibliografía



- ALEJANDRO VI, papa, *Bula Noverint Universi*. Ley I, libro III de la *Recopilación de Indias*, s.p.i.
- AMEZCUA, Jenaro, *Correspondencia de Zapata*, s.p.i.
- BULNES, Francisco, *Los grandes problemas de México*, México, Ediciones de *El Universal*, 1927.
- CABRERA, Luis, *La herencia de Carranza*, s.p.i.
- CALDAS, J. C., *México-Soviet*, Puebla-México, s. e., 1926.
Diario de los Debates del Congreso Constituyente 1916-1917.
- DROMUNDO, Baltasar, *Los oradores de México. Ensayo social-político*, México, Ediciones Triángulo, 1932.
- , “Romance de los Caminos”, en *Trinchera. Poemas, romances y corridos de la Revolución Mexicana*, s. p. i.
- LIST ARZUBIDE, Germán, *Emiliano Zapata. Exaltación*, Jalapa, Talleres Gráficos del Gobierno de Veracruz, 1927.
- “Manifiesto a la nación, abril 18 de 1916”, *México Revolucionario*, abril 18 de 1916. Manifiesto a la nación.
- MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés, *La revolución agraria de México*, Libro primero: *Aspectos indios de la historia de México*, México, s. e., 1932.
- ROMANO MUÑOZ, José, *La ética de los valores como fundamento para una correcta criteriología moral. Emiliano Zapata*, presentada a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, para alcanzar el grado de maestro en Filosofía, México, 1933.
- SILVA HERZOG, Jesús, *Conferencias*, México, s. e., 1927.
- TANNENBAUM, Frank, *La revolución agraria mexicana*, Washington, s. e., 1930.

TARACENA, Alfonso, *La tragedia zapatista*, México, Bolívar, 1931.
———, *En el vértigo de la Revolución Mexicana*, México, Bolívar,
1930.
VASCONCELOS, José, *Los últimos cincuenta años*, México, s. e., 1924.



BALTASAR DROMUNDO

EMILIANO ZAPATA

BIOGRAFÍA

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.
Se terminó en mayo de 2019 en la Ciudad de México.

Baltasar Dromundo aclara en su dedicatoria de la edición original en 1934 que “El presente libro está dedicado a la nueva generación proletaria de México, con la fe por su radicalismo y su atormentada pureza, con la fe por su más recio concepto de solidaridad de clase, y con la fuerte esperanza de esta vida que llena mi libro, puesta en su sacrificio constante por la revolución social” y, para él, tan elocuente brindis sólo puede significar el ofrecimiento de un “viaje hacia Emiliano Zapata”, una biografía redactada desde la veneración al héroe. La edición está complementada por un apéndice con textos de otros autores, desde un discurso del general Plutarco Elías Calles por el quinto aniversario luctuoso de Zapata, hasta opiniones de otros intelectuales acerca del Caudillo; incluye también la transcripción de corridos y alguna otra información útil para entender la realidad del movimiento agrario en México y su vigencia en la década de los treinta.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



2019
AÑO DEL CAUILLLO DEL POPULISMO EMILIANO ZAPATA